

M A R I A G R A H A M



Diario
DE MI RESIDENCIA
EN CHILE
EN 1822



EDITORIAL DEL PACÍFICO S. A.

SANTIAGO DE CHILE

B I B L I O T E C A
SANTIAGO SEVERIN
V A L P A R A I S O

Diario
de mi residencia en Chile
en 1822

*

Título del original inglés
JOURNAL OF A RESIDENCE IN CHILE
DURING THE YEAR
1822

•

Traducción de
JOSÉ VALENZUELA D.
Revisada y corregida por
GRACIELA ESPINOSA DE CALM
conforme a un ejemplar
de la edición original inglesa
existente en el Museo Histórico Nacional.

•

Reservados los derechos
de la traducción revisada y corregida.

Inscripción N° 15745.

(c) Copyright by Editorial Del Pacífico S. A.

Ahumada 57, Casilla 3126

Santiago de Chile

1956

•

Compuesto con
BASKERVILLE LINOTYPE 12/12
e impreso en los talleres de la
EDITORIAL DEL PACÍFICO S. A.

IMPRESORES.

•

Tipografía de MAURICIO AMSTER

•

Impreso y hecho en Chile / Printed and made in Chile.
200

B I B L I O T E C A
SANTIAGO SEVERIN
V A L P A R A Í S C

M A R I A G R A H A M



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

SANTIAGO DE CHILE

B I B L I O T E C A
SANTIAGO SEVERIN
V A L P A R A Í S C

ADVERTENCIA DEL EDITOR

EL DIARIO DE MI RESIDENCIA EN CHILE EN 1822 de María Graham se había publicado en nuestro país en dos volúmenes que aparecieron en 1902 y 1909, respectivamente, traducido por José Valenzuela D., de la edición original inglesa, publicada en 1824.

Dicha edición comprende, además del *Diario* propiamente tal, una introducción en que la autora traza un *Bosquejo de la Historia de Chile*, con el objeto de proporcionar a sus lectores ingleses un mínimo de antecedentes sobre el nacimiento, desarrollo e independencia de un país sobre el cual poca o ninguna noticia se tenía en el Viejo Mundo en general.

Si bien buena parte de ese *Bosquejo* tiene la animación y vivacidad —y también las inexactitudes— que nacen de la visión inmediata de los sucesos, él no guarda relación directa con lo que constituye realmente el *Diario* de María Graham. El mismo carácter de agregados a la obra tienen varios documentos que la autora incorporó a su *Bosquejo* y otros que añadió al término de su *Diario*. Ellos nada suman al mérito e interés propios de éste, los cuales residen en las observaciones que la autora ha hecho personal y directamente. Dado, pues, el carácter de simples anexos al *Diario* que tienen esos documentos, hemos podido omitirlos en la presente edición, ya que así quedamos en situación de hacer accesible a más amplios sectores del público lector, por encima de preocupaciones eruditas, uno de las más vívidos testimonios sobre el pasado de la nación.

I N D I C E

Advertencia del Editor . . . ix

Prólogo del Traductor a la primera edición xiii

D I A R I O 28 de abril de 1822 — 13 de marzo de 1823

V A L P A R A Í S O 25

Q U I N T E R O . 91

C A M I N O A S A N T I A G O 96

C U E S T A D E L O P R A D O . 99

C U E S T A D E L O P R A D O P U D A H U E L 100

P U D A H U E L . 101

S A N T I A G O 102

C O L I N A . 129

S A N T I A G O . 134

A N G O S T U R A D E P A I N E 142

L A G U N A D E A C U L E O . 149

A N G O S T U R A D E P A I N E . 151

V I L U C O . . . 156

I N D I C E

CAMINO A MELIPILLA	160
SAN FRANCISCO DEL MONTE	164
TALAGANTE	168
SANTIAGO	169
VALPARAÍSO	173
QUINTERO	201
CONCÓN	211
VALPARAÍSO	212
QUINTERO	217
VALPARAÍSO	228
QUINTERO	231
JUAN FERNÁNDEZ	242
CABO DE HORROS	248
ISLAS FALKLAND	249
RÍO DE JANEIRO.	250

P R O L O G O

DEL TRADUCTOR

A LA PRIMERA EDICIÓN

A FINES DE ABRIL DEL AÑO 1822 LLEGABA A VALPARAISO la fragata Doris, de la armada de S. M. B., trayendo a bordo los restos de su comandante Thomas Graham, fallecido en brazos de María Graham, su esposa, al doblar el Cabo de Hornos. La piedad y el amor de su mujer habían preservado los restos del malogrado marino de ser sepultados en las ondas, hasta que la fragata arribó a Valparaíso donde fueron depositados en tierra hospitalaria, con los honores debidos a su rango y las preces de su culto.

La triste viuda desechó las proposiciones que le hacían los oficiales de la Doris para que siguiera viaje a bordo de la fragata hasta que encontrara otro buque que pudiera trasladarla directamente a Europa, y prefirió quedarse en Valparaíso para recobrar sus fuerzas quebrantadas por el sufrimiento.

El romántico interés que inspiraba la soledad en que su viudez la dejaba en tierra extraña, la distinción social que suponía el rango de su marido y, sobre todo, su exquisita cultura y lo agradable de su trato, eran motivos más que sobrados para que la sencilla y reducida sociedad de aquella época la acogiera con la más afectuosa hospitalidad. Relacionada desde un principio con el elemento oficial, que en aquellos años era el de más valía en Chile, tuvo pronto oportunidad de tratar con una de las personalidades más sobresalientes de la revolución nos referimos a Lord Cochrane. Lord Cochrane, a más de ser su compatriota, tenía para distinguirla con su amistad otro motivo cuando él figuraba entre los guardia-marinas más antiguos de la marina inglesa, llegó a bordo de la Thetis en que él estaba embarcado un joven guardia-marina que se iniciaba en la carrera naval y que más tarde llegó a ser el capitán Thomas Graham. Atendió, pues, Lord Cochrane con toda solicitud a la viuda de su antiguo camarada, que era una dama de esclarecida inteligencia y fino trato, y la presentó en Santiago a las familias de la mejor sociedad.

Dotada de una clara inteligencia, enriquecida por los conocimientos adquiridos en largos viajes y por una variadísima lectura, era natural que sus ideas y sentimientos afinaran estrechamente con las ideas y sentimientos de Lord Cochrane, que tanto aventajaban a las preocupaciones y añejeces que formaban el ambiente intelectual en que había dejado la dominación española a sus antiguos súbditos. De aquí que apreciaran de idéntica manera los hombres y las cosas de la revo-

lución, a tal punto que hay en este Diario muchas páginas que uno se sentiría inclinado a suponerlas directamente sugeridas por Lord Cochrane, si María Graham no hubiese dado a conocer sus agudas facultades analíticas, su profundo espíritu de observación en las diversas obras que formaban su bagaje literario mucho antes de su arribo a Chile.

La simpatía por el héroe injustamente proscrito de su patria, el recuerdo de sus gloriosas hazañas en las guerras napoleónicas, la admiración por su denuedo y abnegación para hacer triunfar la causa de la independencia de los lejanos Estados americanos, todo concurría a desarrollar en ella un culto vehemente por Lord Cochrane, lo que Carlyle llama heroworship, que hace que tanto en las páginas del Diario como en las del Bosquejo de la Historia de Chile que a la Revolución se refieren, la personalidad del ilustre marino se destaque en medio de una gigantesca aureola. En torno de ella se agitan, pálidas, animadas por mezquinas pasiones, las figuras de sus enemigos políticos, especialmente la del más formidable y maquiavélico San Martín.

Pero, fuera del escenario político donde la ignorancia, el temor y la ambición se exhiben en cuadros disgustantes, la vida doméstica, los afectos de familia, el alma entera de la naciente sociedad chilena, proporcionan a María Graham precioso material para trazar con gallana y apacible pluma diversos cuadros, ricos de colorido y de frescura. Como a casi todos los viajeros, la belleza de las mujeres chilenas la entusiasma, y dice así en una ocasión "que una linda chilena se ve mil veces más linda cuando se pone la mantilla para ir a misa", y cuando cuenta que ha asistido a una tertulia en casa de Don José Antonio de Cotapos, dice: "Estoy segura de no haber visto jamás reunida en un sólo día tanta mujer bonita, como en esa ocasión; no estoy segura de que fuesen todas de trascendental belleza, pero, si de que no había una sola fea". Ahora, su abnegación incomparable que la hace arrostrar junto con el hombre que ella ama, esposo, padre o hermano, todos los rigores de las adversidades políticas; sus hospitalarios sentimientos; hasta su misma pasmosa ignorancia, "que las hace recurrir con mayor gracia a los medios de seducción que la naturaleza ha dado a la mujer, la amabilidad y la ternura", son temas que vuelven muchas veces a los puntos de su pluma para dar a estas páginas un encanto que no empañan jamás ni el adulo ni la sátira.

Su temperamento artístico, su ilimitado amor a las plantas y a las flores le hacen admirar entusiasmada los variados paisajes que ofrecen a su vista los campos de la región central que ella ha recorrido; deténese en sus excursiones campestres y recoge las plantas indígenas, cuyas virtudes indaga, cuyos hábitos describe con toda prolijidad, sin someterse a las arideces de la terminología botánica. Interésase por la suerte de los pobres, conversa con ellos y se sienta a su lado para aprender sus industrias rudimentarias, la alfarería, el hilado.

Conversa con O'Higgins, con San Martín, con Zenteno, y desde el primer momento los penetra, hace su psicología y descubre al hombre bajo las deslumbrantes exterioridades que imponen al vulgo. Hay un retrato de San Martín, hecho d'après nature, puede decirse, que es una obra maestra de observación y de factura: el prócer va a hacerle una visita, invitado por Zenteno, y habla, habla de todo, para lucirse, mientras los de su comitiva le escuchan asombrados de tanto saber. María Graham le escucha, avanza algunas ideas, pero la locuacidad inagotable de aquel espíritu versátil se las lleva por delante; entonces, lo mira con atención, critica in mente la vaciedad de esa charla incontinente y piensa que ese hombre locuaz y amanerado estaría mejor en un sarao que no al frente de los Estados incipientes que tiene la ambición de dominar como Jefe absoluto. Son dos páginas realmente soberbias las que dedica a esta visita. A O'Higgins también lo vemos vivir en estas páginas, comprendemos como ha latido siempre acompasado su sano corazón en medio de la tormenta revolucionaria. Su valor es frío y resuelto, su palabra sobria y precisa, tiene todas las virtudes de un gran soldado, pero carece de las cualidades que imponen al hombre de Estado: no sabe sobreponerse a las intrigas palaciegas ni acierta a debelar las cábalas de sus adversarios políticos. Los Carrera, Freyre, Monteagudo, el Ministro Rodríguez, le sugieren juicios que nos parecen ser de un contemporáneo nuestro, que quedan en el fiel de la balanza, entre la acendrada adhesión de sus parciales y las acerbas invectivas de sus adversarios políticos.

Es sensible que la ruptura de una arteria que sufrió mientras regresaba a Santiago de una excursión a Melipilla y que puso en peligro su existencia, no permitiera a María Graham realizar el proyecto que abrigaba de recorrer el territorio de la República hasta Concepción. Tenía listas varias cartas de presentación para diversas personas,

y entre ellas una de Lord Cochrane para el General Freyre que estaba al mando de las tropas de la frontera.

Con estas condiciones, el libro tiene todo el mérito de un documento histórico, y con los recuerdos de Zapola, los de Pérez Rosales y las pocas memorias y correspondencias privadas que nos han quedado del periodo revolucionario, habrá de servir para estudiar la historia bajo un aspecto que no ofrecen los documentos y comunicacionnes de carácter oficial, que han sido la fuente de los estudios históricos hechos hasta ahora.

Otro título tiene además para darlo a conocer al pueblo chileno, que habrá de leerlo con agrado y reconocimiento, y es la sincera simpatía que revelan todas sus páginas para nuestro país, sus ardientes deseos por la prosperidad de Chile cuyo engrandecimiento político y cuya prosperidad comercial predijo hace ochenta años, al observar la energía y homogeneidad de su raza y las riquezas de su suelo.

Esto, es cuanto a la obra.

En cuanto a su autora, es sensible que no se encuentren en nuestra literatura nacional datos que nos permitan reconstituir su fisonomía moral, ni su vida entre nosotros. Vicente Pérez Rosales, a quien ella recogió en Río Janeiro donde lo había abandonado Lord Spencer y a quien repatrió a bordo de la Doris, no ha dejado por desgracia más que unas cuantas líneas en sus Recuerdos del Pasado, que nos dan a conocer las bondadosas disposiciones de carácter de la ilustre viajera. Así, pues, habremos de contentarnos con dar a conocer su intelectualidad por medio de los escasos datos biográficos que hemos podido obtener en la National Biography de Leslie Stephen y algunas otras fuentes de información no menos compendiosas.

Maria, hija de Jorge Dundas, contra-almirante de la Escuadra azul y miembro del almirantazgo, nació el año de 1785 en Papcastle, cerca de Cockersmouth.

Desde sus primeros años, manifestó una decidida afición a la lectura y al estudio de las plantas y las flores. La governess que dirigió su educación era mujer muy ilustrada y que cultivaba relaciones de amistad con las más esclarecidas inteligencias de la época, Burney, Johnson, Reynolds, a quienes dió a conocer las brillantes disposiciones de su discípula. Maria Dundas, por su parte, frecuentaba la casa de su tío, Sir David Dundas, donde se reunían Campbell, Lawrence y otros. En 1808, impulsada por su vivaz imaginación y por su amor a

lo nuevo y a lo bello, acompañó a su padre a un viaje a la India: a su regreso, contrajo matrimonio en 1809 con el capitán Thomas Graham, de la marina real, de quien no se hace mayor mención en las obras de consulta que hemos podido procurarnos. Luego emprendió con su marido otro viaje a la India, de donde regresó en 1811, estableciéndose en Londres. Por razones de servicio, el capitán Graham hubo de permanecer varios años ausente de su patria, durante los cuales su esposa se dedicó por entero a los trabajos literarios. En 1812 publicó su Diario de Residencia en la India que años más tarde fué traducido al francés, en 1814, unas Cartas de la India; en 1815, una traducción del francés de las Memorias de Rocca sobre las guerras de los franceses en España, reimpresa al año siguiente. En 1819 regresó el capitán Graham a Inglaterra y en compañía de su esposa emprendió un viaje de recreo a Italia, que proporcionó a Maria Graham los materiales para una de sus obras más apreciadas en Europa, Tres Meses en las Montañas de Roma, publicada en 1820. El mismo año publicó un Ensayo sobre el Poussin, que la crítica francesa considera como un libro de primer orden. En 1821, el capitán Graham, al mando de la fragata británica Doris, zarpó en comisión para la América del Sur, y después de tocar en Río Janeiro siguió viaje con destino al Pacífico. Como en otras ocasiones, acompañábalo su esposa, interesada en conocer estos países que comenzaban a llamar la atención europea con motivo de su levantamiento contra el dominio de España. Desgraciadamente, el capitán Graham enfermó durante la navegación, y al llegar a la altura del Cabo de Hornos exhaló el último suspiro en brazos de su abnegada compañera.

La fragata prosiguió viaje hasta Valparaíso, adonde arribó el 28 de Abril de 1822, fecha en que comienza el Diario de Residencia en Chile. Maria Graham permaneció entre nosotros hasta Febrero de 1823, en cuya fecha se embarcó en el bergantín Colonel Allen, con destino al Brasil, en Río Janeiro permaneció hasta fines de ese año, sirviendo de institutriz a la princesa doña Maria, que más tarde fué reina de Portugal. Vuelta, por fin a su patria, continuó dedicándose a sus trabajos literarios, y en 1824 publicaba su Diario de Viaje al Brasil y de residencia en ese país durante los años 1821 a 1823 y su Diario de Residencia en Chile, que ahora se traduce al castellano por primera vez. Los dibujos, que representan paisajes, tipos y costumbres del país, que ilustran ambos libros, revelan en ella una artista de felices dis-

posiciones que sabe poner de relieve los rasgos más característicos de las cosas.

En 1827, contrajo segundas nupcias con uno de los más célebres pintores ingleses de la primera mitad del Siglo XIX, Augusto Wall Callcott, que frisaba entonces la cincuentena. Artista por temperamento, sus primeras inclinaciones lo llevaron al estudio de la música, y desde niño fué una de las voces más apreciadas de la Capilla de la Abadía de Westminster. Leyendo en una ocasión el Robinson Crusoe ilustrado por Stothard, los grabados del célebre dibujante despertaron en él la afición al dibujo, que le abrió la senda en que tantos laureles había de cosechar más tarde. Entró, entonces, a estudiar pintura con Hoppner que, como él, era además un músico muy apreciable, y bajo cuya dirección llegó pronto a ser uno de los más brillantes paisajistas ingleses. En 1806, el mérito de sus cuadros lo hizo ser admitido como socio de la Royal Academy de la cual llegó a ser miembro académico en 1810. Los paisajes que exhibió entre 1810 y 1835 que se reputan las mejores de sus obras, le valieron que sus contemporáneos lo llamaran el Claude inglés, por tenerlos en tanta estima como los mejores de Claude Lorrain. En 1837, con motivo de la ascensión de la reina Victoria, fué hecho caballero, y desde entonces se dedicó a la figura, género que había abandonado desde sus primeros trabajos. Entre los cuadros de este género que más han popularizado los grabadores ingleses se cuentan: Milton dictando su poema a sus hijas, y Rafael y la Fornarina. Con todo, la crítica moderna, que lo considera un talento serio y lo coloca entre Constable y Turner, lo encuentra frío, sin pasión ni poesía, pero le reconoce una factura amplia, fácil, una tonalidad justa, y una luz franca y agradable, que constituyen el gran mérito de sus paisajes. Por otra parte, Callcott era hombre muy estimado por sus amables disposiciones de carácter, por su generosidad y falta de prejuicios en su arte y por la liberal protección que dispensaba a los artistas jóvenes.

Unida a un hombre de estas condiciones, Lady Callcott tuvo un feliz compañero de sentimientos y de gustos artísticos, en cuyo consorcio su inteligencia se inclinó decididamente a los estudios críticos, a la historia y a la literatura de ficción. En 1829 publicó una Historia de España. En 1831 cuando regresaba de un viaje de estudios que había hecho por Italia en compañía de su marido, sufrió Lady Callcott la ruptura de una arteria que la dejó inválida por el resto de sus días

No por eso abandonó la pluma. En 1835 publicó la Little Arthur's History of England, en dos volúmenes, que alcanzó una gran popularidad y fué reimpresa varias veces, y además una Descripción de la Capilla de Giotto en Padua, con motivo de una serie de dibujos de Sir A. W. Callcott, en 1836, un Ensayo sobre la Historia de la Pintura, en 1840, un prefacio a otra colección de dibujos de su marido, titulada Los Siete Estados del Hombre, y en sus últimos años, los libros para niños que se titulan Little Blackburner, Little Mary's ten days y A Scripture Herbal.

Por fin, el 28 de Noviembre de 1842, en su residencia de Kensington Pits, la muerte puso fin a sus sufrimientos y apagó para siempre los destellos de su privilegiada inteligencia. Sepultaba en el cementerio de Kensal Green, fué pronto a reunirse su compañero de afección y de trabajo, a cuyo ilustre nombre quedó asociado el suyo en la historia de la intelectualidad inglesa.

Santiago, 5 de Abril de 1902

JOSÉ VALENZUELA D

DIARIO

28 DE ABRIL DE 1822

13 DE MARZO DE 1823

B I B L I O T E C A
SANTIAGO SEVERIN
V A L P A R A Í S C



BIBLIOTECA
SANTIAGO SEVERIN
VAL SALTO DE AGUA I S C

A bordo de la fragata de S. M., "Doris", en la bahía de Valparaíso, el Domingo 28 de Abril de 1822, por la noche.

HAN TRANSCURRIDO YA VARIOS días, y aun me siento sin fuerzas ni voluntad para reanudar mi diario. Hoy, la novedad del puerto y los demás incidentes de nuestro arribo, han logrado que mis pensamientos tomen cierto interés por las cosas que nos rodean. No puedo concebir espectáculo más glorioso que la vista de los Andes, los que divisamos esta mañana, al despuntar el alba, cuando íbamos acercándonos a tierra; como si surgieran del seno mismo del océano, sus cumbres, eternamente nevadas, brillaban con toda la majestad de la luz, mucho antes de que se iluminara la tierra; súbidamente apareció el sol detrás de ellas, y antes de divisar la costa, navegamos todavía algunas horas.

Al largar hoy el ancla, lo primero que ví fué el bergantín chileno *Galvarino*, que antes fuera el bergantín de guerra británico *Hecate*, primer buque que tuvo a su mando mi marido y en el cual navegamos por los mares de las Indias Orientales. ¡Doce años han transcurrido desde entonces!

Hemos encontrado al *Blossom*, de la armada de Su Majestad. Creo que, el capitán Vernon, su comandante, se hará cargo mañana del mando de este barco.

Se hallan también aquí los buques de los Estados Unidos, el *Franklin*, y la *Constellation*. En cuanto el comodoro Stewart avistó a la *Doris*, que se acercaba con la bandera izada a media asta, se apresuró a ofrecer todos los auxilios y servicios que el buque pudiera necesitar, y cuando supo que yo me encontraba a bordo, volvió con Mrs. Stewart a hacerme una visita y a ofrecerme un camarote en el *Franklin*, si yo lo prefería en vez de quedarme aquí hasta encontrar una habitación en tierra.

Lunes 29

HOY HA SIDO UN DIA DE prueba. Muy de mañana llegaron a bordo los sirvientes del capitán a preparar el camarote para el recibimiento de su jefe. Lo que tiene que suceder, que suceda cuanto antes, tal es mi pensamiento. Poco después del almuerzo, el capitán Ridgely, de la fragata de los Estados Unidos *Constellation* estuvo a visitarme, con la señora y la señorita Hogan, que son la esposa y la hija del cónsul americano, ofreciéronse para ayudarme en todo cuanto les

fuese posible, y el capitán me dijo que el comodoro había retardado el viaje de su fragata, la *Constellation*, que iba a doblar el Cabo de Hornos, a fin de que pudiera llevar cartas de la *Doris* y que lo retardaría más todavía si yo deseaba aprovechar la oportunidad para regresar a mi patria inmediatamente. Le agradecí mucho el ofrecimiento, pero no lo acepté. Siento que no tengo salud ni ánimo para hacer un viaje tan pronto.

Inmediatamente después, vino a bordo el gobernador del puerto, don José Ignacio Zenteno, con dos oficiales, a hacerme una visita de pésame y a presentarme sus respetos. Me dijo que había reservado un sitio en la fortaleza en donde yo podría sepultar, por fin, los restos de mi esposo, con todas las ceremonias y honores que nuestra iglesia y la armada prescriben, y me prometió el concurso de la tropa, etc. Todo esto encierra bondad y tolerancia.

A las cuatro de la tarde me trajeron la noticia de que la señora Campbell, una dama española casada con un comerciante inglés, me recibiría en su casa hasta que pudiera encontrar una habitación, y momentos después desembarqué.

Difícilmente puedo darme cuenta de cómo dejé el buque, ni en qué forma atravesé el puente, en el que apenas un año antes había sido bienvenida con sentimientos y esperanzas tan diversos.

Hace ya dos horas que estoy en tierra. La señora Campbell tiene la gentileza de dejarme en libertad para estar sola, atención que estimo como la más delicada que puede ofrecerme.

Abril 30

ESTA TARDE ME HE PASADO
en la ventana mirando la bahía. La

falúa del capitán de la *Doris* trajo a tierra los restos de mi indulgente amigo, compañero y esposo. Acompañábanlos todos sus hombres y las tripulaciones del *Blossom* y de los buques americanos con sus banderas unidas y entrelazadas con las de Inglaterra y Chile; los músicos tocaban juntos los himnos adecuados al sepelio de un hombre puro de corazón; la comitiva era numerosa y se habían agregado a ella muchos que pensaban en los que ya no existen, y muchos otros que deseaban manifestar su respeto a nuestro país: todo, en verdad, me hace pensar, y así lo creo, que se hizo cuanto pueden desear los sentimientos piadosos de nuestro ser para aquéllos que se van y si tales cosas pueden aliviar un pensar como el mío, se prodigaron en forma amplia.

Pero mi mente se ha prosternado ante Aquél en cuyas manos están las fuentes de la vida y de la muerte. Sé que no podré quedarme atrás por mucho tiempo, por más que se prolonguen mis días hasta los últimos límites de la vida humana. Y confío en que cuando se me llame a otra existencia, podré decir: "¡Oh muerte!" ¿dónde está tu arma? ¡Oh tumba! ¿dónde está su victoria?"

Mayo 6

HE ESTADO MUY MAL, MIEN-
tras tanto, mis amigos me han bus-
cado una casita a alguna distancia del puerto, y proyecto mudarme.

9 de Mayo de 1822

TOMO POSESION DE MI CA-
sita de Valparaíso, y siento un in-
descriptible placer al encontrarme sola y en medio de un gran si-
lencio.

Teniendo que ir y volver dos veces desde mi casa a la de la señora Campbell, he visto cuanto hay que ver en la ciudad de Valparaíso. Es un lugar que se extiende a lo largo, construido al pie de áridos cerros que dominan el mar y avanzan tanto hacia él en algunas partes que apenas dejan trecho para una angosta callejuela, y se abren en otras hasta permitir dos plazas regulares, una de las cuales sirve de mercado y tiene a un costado la casa del gobernador, que se halla protegida por una pequeña fortaleza en lo alto de una colina. La otra plaza se ve honrada por la iglesia matriz, la cual, al no haber obispado aquí, hace las veces de Catedral. De estas plazas arrancan varias quebradas, llenas de casas que albergan a la mayor parte de la población, la que, se me ha dicho, llega a 15.000 almas. Un poco más lejos se halla el arsenal, que contiene algunos elementos para la construcción de botes y la reparación de buques, y es de pobrísima apariencia, y más allá está el fuerte en que termina el puerto por uno de sus extremos. Al oriente de la casa del gobernador, la ciudad se extiende medio cuarto de milla o poco más, hasta donde se juntan los suburbios con el barrio del Almendral, situado en una vasta llanura, arenosa pero fértil, que corre entre los cerros y el mar. El Almendral tiene cerca de tres millas de largo, pero es muy angosto; las casas, como casi todas las de la ciudad, son de un piso. Su construcción es de ladrillos sin cocer y blanqueados, que se llaman adobes. Los techos son de tejas color rojo. Hay en el barrio dos iglesias,

la de la Merced, es bastante hermosa; se encuentran, además, dos conventos, y el hospital, que es una fundación religiosa.

El Almendral está lleno de olivares y huertos de almendros, de donde le ha venido su nombre, pero, si bien es el sector más agradable de la ciudad, no lo consideran muy seguro para vivir en él sin peligro de que a una le roben o la asesinen, por lo que causó más asombro que aprobación mi propósito de alquilar una casa casi al final del barrio. Por mi parte, me siento muy tranquila, porque creo que nadie roba o mata sin tentación o provocación, y como no tengo nada para tentar a los ladrones, no he de provocar tampoco a los asesinos.

Mi casa es el más acabado tipo de vivienda chilena. Consiste en un pequeño zaguán a la entrada y una espaciosa antesala de dieciséis pies cuadrados, a un extremo de la cual se abre una puerta que da a un oscuro dormitorio, en el zaguán hay una puerta que da acceso a otra habitación más pequeña. Este es el cuerpo principal de la casa, que tiene al frente un amplio balcón con vista al sur-oeste. Casi inmediata está la habitación de los sirvientes y, a corta distancia, la cocina. El propietario, que negocia en caballos, tiene en los alrededores algunos establos y cuadras para la caballada y los bueyes, y varias casas para los peones y sus familias, además de un almacén.

Al frente de la casa, en el terreno que desciende hasta el estero que me separa del Almendral, hay un huerto plantado de manzanos, perales, almendros, parras, duraznos, naranjos, olivos y membrillos, además hay calabazas, melones, repollos, papas, habas y maíz, y unas cuantas flores; detrás de la casa se alza abruptamente un cerro rojizo y desnudo. Crecen en él algunos arbustos muy hermosos, y por su falda transitan constantemente las recuas de mulas que traen la leña, el carbón y las legumbres al mercado de Valparaíso. El interior de la casa es ascado, las murallas están blanqueadas y el techo entablado, porque los cielos de estuco no resistirían los frecuentes temblores, de los cuales tuvimos en la noche uno bastante recio.

Ninguna casa de la clase media en Valparaíso, presenta más de una ventana; ésta es sin vidrios, resguardada, por lo general, con barriles de madera tallados o con rejas de fierro. Esta ventana corresponde a la antesala, de manera que el dormitorio está perfectamente a oscuras. Me considero muy afortunada de que el mío tenga puer-

tas, pero como no hay ninguna entre el zaguán y la antesala, me he permitido colgar una cortina, con gran asombro de la propietaria quien no puede comprender que no me entretenga observar los movimientos de los sirvientes y de las visitas que pueden estar en las piezas de afuera.

Mayo 10

GRACIAS A MIS AMIGOS DE

tierra y de la fragata, estoy ahora muy confortablemente instalada en mi reducido *home*. Todos se han portado cariñosos: un vecino me presta un caballo; otro, tal utensilio que necesito, la nacionalidad y las costumbres no hacen diferencias. He llegado aquí menesterosa de bondad y ternura y las he recibido de todos.

Me agrada mucho vagar por el cerro que está detrás de la casa, desde el cual se domina el hermoso panorama del puerto y de los cerros vecinos. Carece totalmente de cultivo y en la mejor estación apenas crece pasto para las mulas y caballos. En la actualidad, casi todos los arbustos están sin hojas y no crece hierba. Pero hay variedades de plantas que están todavía bastante verdes como para recrear la vista. Algunas de ellas, la lobelia, por ejemplo, aun conservan algunas flores anaranjadas o escarlata, y hay varias plantas parásitas, cuyas flores exquisitamente hermosas, adornan las desnudas ramas de los arbustos, y sus brillantes hojas verdes, entre las vivaces flores rojas y amarillas, avergüenzan al severo color gris de los olivos, cuyos frutos comienzan a madurar. La rojiza cumbre del cerro se presenta surcada aquí y allá por largas vetas de mármol y espato, y en sus faldas están señaladas las profundas huellas de los torrentes invernales: en el lecho de éstos he encontrado unas piedras verdes muy pulidas y trozos de cuarzo y de granito. En una de estas quebradas cierta vez buscaron oro, pero la cantidad encontrada fué tan poco apreciable que el propietario no vaciló en abandonar la aventura y dedicarse a cultivar la chacra que está junto a la mía, que le da mayor rendimiento.

Suelo ir a pasear por esa chacra, en donde encuentro, además de las frutas que hay en la viña, higos, limones y granados y cercos llenos de rosas blancas. La dueña es pariente cercana de la propietaria de mi casa, y se ocupa en lavar, lo que de ningún modo significa que su rango y sus pretensiones sean tan bajas como las de una lavan-

dera europea. Su madre era dueña de no menos de ocho chacras; pero como ella tiene por lo menos noventa años, aquéllo debe de haber sido unos cien años atrás, cuando Valparaíso no tenía la extensión de ahora y, por consiguiente, cuando las chacras eran menos valiosas. Sin embargo, la señora era una gran propietaria de tierras, pero, conforme a la costumbre de aquí la mayor parte de éstas sirvió para dotar a sus numerosas hijas y se me ocurre que una parte sirvió también para pagar el oro que se encontró en la quebrada de la hacienda.

Al verme en su jardín, la anciana señora me invitó cortésmente a entrar. El corredor del frente de la casa es igual al de la mía, pavimentado con ladrillo de nueve pulgadas y sostenido con macizos pilares de madera, que la fantasía de los arquitectos chilenos ha tallado con cierto gusto. Allí encontré dos niños, los más hermosos que he visto, y una jovencita muy donosa, que son nietos de la anciana señora. Todos se levantaron del banco en que estaban sentados y corrieron a recibirme, manifestándome la mayor amabilidad. Uno de los niños corrió en busca de su madre, el otro fué a cojer un manojo de flores para mí, y Juanita me condujo a la casa, obsequiándome unos hermosos claveles. Del jardín pasamos inmediatamente a la sala, en donde, conforme a la costumbre, una estrecha ventana con celosía dejaba pasar una luz muy escasa. Al lado de la ventana, un largo banco cubierto con una especie de burdo tapiz de Turquía, hecho aquí, ocupa casi todo el largo de la habitación, y adelante hay una plataforma de madera, que llaman *estrado*, se levanta unas seis pulgadas del suelo, tiene cerca de cinco pies de ancho y está cubierto con un tapiz de la misma clase; el resto del piso es de ladrillos desnudos. Una hilera de sillas, de respaldo alto, ocupa el costado opuesto de la sala. En una mesa que hay en un rincón, veo, bajo un fanal, un curioso trabajo religioso, algo como para los niños, es un pequeño Jesús, de cera, de una pulgada, que retoza en las faldas de una virgen, rodeados por José, los bueyes y los asnos, todo del mismo material, y decorado con musgo y conchitas.

Al lado, observo un jarrón con flores muy hermosas, dos utensilios de plata de formas muy bonitas, que tomé al principio por accesorios religiosos, después por tinteros, y que finalmente descubro que uno es el pebetero en que las jóvenes queman pastillas olorosas para perfumar sus pañuelos y sus mantos, y el otro, la taza que sirve para contener la infusión de yerba del Paraguay, que llaman *mate*, y que

todo el mundo bebe o más bien sorbe aquí. La yerba tiene el aspecto de las hojas secas del sen, se pone una pequeña cantidad en una tacita, con un poco de azúcar, y a veces con una cascarita de limón, se le echa el agua hirviendo y al instante se chupa por medio de un tubo de unas seis pulgadas de largo. Este es el gran lujo de los chilenos, tanto hombres como mujeres. Lo primero en la mañana, es el mate; lo primero, después de la siesta de la tarde, es también el mate. Todavía no lo he probado, y me halaga muy poco la idea de usar el mismo tubo del que se han servido una docena de personas.

Me impresionó mucho el aspecto de mi venerable vecina, la cual, aunque encorvada por los años, no presenta señales de enfermedad, su andar es rápido y ágil y en sus ojos grises chispea la inteligencia. Siguiendo la costumbre del país, lleva descubiertos sus cabellos plateados, que le cuelgan por la espalda en una gruesa trenza; usa una camisa de hilo, recogida muy arriba cerrando el escote, y cuyas mangas le llegan hasta las muñecas, la enagua es de un género de lana blanco, y el vestido, de lana de color, es una especie de chaqueta cerrada a la cual va unida una falda llena de plegados y adornos con una doble corrida de botones al frente. Un rosario le cuelga sobre la falda y lleva siempre puesto el manto o el pañuelo, que las demás se ponen solamente cuando tienen que salir a la calle o hace mal tiempo. El vestido de la nieta no se diferencia mucho del de una francesa, sólo que el manto hace inútiles los sombreros, cofias y capotas. Las jóvenes, ya se arreglen el pelo con peinetas o lo dejen colgando en trenzas, son muy aficionadas a adornarse con flores naturales y es muy común verlas con una rosa o un junco prendido detrás de la oreja o en los aretes.

Después de estar un rato en la casa acepté la invitación de Juanita para ir a pasear por la huerta; en parte se encontraba ya plantada de papas y el resto lo estaban arando para sembrar cebada, que cortan después para forraje.

El arado es una herramienta muy primitiva y se usa tal como los españoles la trajeron aquí hace trescientos años: un codo de madera, reforzado en una punta por una plancha de fierro, forma el arado, en el cual se fija por medio de cuña, una pértiga o palo largo, amarrada la pértiga al yugo de los bueyes, comienzan éstos a arrastrar el arado por el suelo, escarbando apenas la superficie.

Lo que es un rastrillo, no he visto ni oído hablar de él. Ordina-

riamente se le reemplaza por un atado de ramas, que arrastra un buey o un caballo, y si no es bastante pesado, se le agregan piedras o el peso de uno o dos hombres. Las calabazas, lechugas y repollos se cultivan con más cuidado se forman surcos para su cultivo con las azadas de madera originales del país o con palas de fierro de mango largo. El trabajo más considerable, sin embargo, es el de la irrigación de las fincas, cosa indispensable debido a los ocho meses de sequía. Un sinnúmero de pequeños canales cruzan el campo en todas direcciones, y las horas para darles el agua se regulan de acuerdo con sus respectivas necesidades entre los vecinos por cuyos terrenos pasa la corriente común. En todas las chacras hay un huerto o arboleda pequeña, y pocas son las que no tienen un jardincito en donde se cultivan la mayor parte de las flores conocidas en Inglaterra. El altramuza perenne y el anual son aquí plantas rústicas. Las plantas bulbosas originarias del país sobrepasan en belleza a muchas de las nuestras, sin embargo, las extranjeras son tratadas con injusta preferencia. Las rosas, los claveles y jazmines son debidamente apreciados: la clavelina y el escaramujo oloroso son escasos y la madreselva no se consigue; a la escabiosa la llaman aquí "flor de la viuda" y los niños me las traen a manos llenas.

Desde el jardín pasamos al lavadero, en donde encontré una gran fogata de carbón encendida a la orilla de un lindo arroyuelo. En el fuego había un gran tueste de cobre lleno de agua hirviendo en la que flotaba una hoja de tuna (*cactus ficus Indians*), planta a que se atribuye la propiedad de aclarar y suavizar el agua. Al lado había una ancha tinaja de greda que me pareció llena de burbujas de jabón, pero luego ví que no era jabón corriente. El árbol llamado *quillay*, que es muy común en esta parte de Chile, da una corteza dura y arrugada, tan llena de materia jabonosa que si se pone un pedazo envuelto en un trapo, se le humedece, y después se le golpea entre dos piedras produce lavaza como el mejor jabón, de una calidad superior para desmanchar. Con ella se lavan todos los vestidos de lana, y tanto la seda como la lana adquieren con su uso un tinte tan fresco como si fueran nuevos. Pedí un pedazo de la corteza seca la parte interna está salpicada de cristales muy pequeños, y el gusto es muy parecido al de la soda.

Al regresar a casa desde el lavadero, tuve ocasión de ver algunos ejemplares de los vehículos que se usan en Chile. Las ruedas, el eje,

la carrocería, todo está ajustado sin un clavo ni piezas de fierro. Las ruedas se componen de un doble círculo de madera, dispuestos de modo que las junturas del uno quedan cubiertas por el otro, y los de éste están ajustadas con fuertes clavijas, el resto es una sólida armazón de madera amarrada con tiras de cuero, que, puestas frescas, al secarse se contraen y endurecen, y forman la más segura de las ligaduras. Tanto el piso de los coches como el de las carretas es de cuero; las carretas tienen un toldo de colihues y de paja muy bien trenzada, el coche lleva comúnmente un toldo de lona pintada, cosida en una ligera armazón, los asientos van a los lados, y la entrada es por detrás.

El coche es tirado generalmente por una mula, si bien, con frecuencia, se usan bueyes para el objeto, para las carretas se emplean siempre los bueyes enyugados como para el arado. Estos animales hacen el viaje de aquí a Santiago, o sea unas noventa millas, con una carreta cargada, en tres días. Los bueyes son aquí tan hermosos como no los he visto en parte alguna del mundo; las mulas también son particularmente buenas. Está demás opinar sobre los caballos, que por su belleza, su fuerza e inteligencia no tienen rival, no obstante su pequeño porte.

11 de Mayo

TENTADA POR LA SORPREN-
dente belleza del tiempo y la

suave frescura del aire, he salido esta mañana para seguir el curso del pequeño estero que riega mi jardín, en busca de su origen. Después de faldear el cerro un buen trecho, mirando siempre hacia un fértil valle, echando una ojeada, de vez en cuando, a la bahía y metiéndome entre los árboles frutales, sentí el ruido de una caída de agua y al dar vuelta rápidamente a una roca, me encontré en una quebrada llena de grandes peñascos de granito, que el hermoso torrente, al saltar de piedra en piedra, había despojado de su arcilla, yendo después a caer a un pequeño lecho de arena en que relucían algunas partículas de mica con el fantástico brillo del oro. En este mismo punto, que los arrayanes hacían casi inaccesible, una espesura boscosa detenía parte del estero en su caída y lo desviaba al canal trabajado en el cerro para el servicio de las tierras de cultivo de ese lado; el resto del estero corre hacia el camino a Santiago, juntándose con varios otros pequeños riachuelos, baña el otro lado del valle y sigue su curso hacia la playa para vaciarse en el mar, formando una

barra de arena junto a una caleta de pescadores. Subiendo un poco más por la quebrada, encontré, en lo alto de la caída de agua, un lecho de mármol blanco, en medio del gris opaco de la roca, y a cierta distancia de él, medio oculta por los arbustos, el agua formaba mil caídas entre los tupidos helechos y las flores silvestres de los argentinos manantiales se esparce grata frescura y sus chorros caprichosos surgen de las fuentes de granito, para llevar la vida y ofrecerse chispeantes al sediento.

Pero en este valle, como en todos los inmediatos a Valparaíso, los árboles escasean. Los arbustos, sin embargo, son muy hemosos y se presentan aquí y allá mezclados con el áloe chileno (*Pourretia coarctata*) y los altos cactus. Entre las humildes flores noté algunas variedades de las hierbas comunes de nuestros jardines, alcaravea, hinojo, salvia, tomillo, menta, ruda, zanahoria silvestre y varias clases de acederas. Pero, no estamos en la estación de las flores, en una que otra parte se divisa una fucsia solitaria y una andrómida. No me hacen falta las flores, la sola sensación del aire libre, el verdor, la viva luz del sol, me bastan para gozar intensamente de este mi primer paseo campestre después de tanto tiempo en el mar

Viernes 17 de Mayo.

TRES DIAS DE NEBLINA Y DE
lluvia, nos anuncian la partida

del buen tiempo, y, en consecuencia, el dueño de la casa ha mandado trabajadores para arreglar el techo en previsión del invierno. Esto me ha dado oportunidad de iniciarme en todos los misterios de la albañilería y arquitectura chilena, o sea en la manera de edificar que se observa aquí, sea cual fuere la denominación que se le dé. Los pobres campesinos viven en chozas semejantes a las viviendas primitivas de todos los países, pero, están construidas con menos cuidado aquí, en donde el clima es tan suave y la temperatura tan igual, que con tal que el techo resista las lluvias, a las murallas no se les da mayor importancia. Estas chozas se hacen con estacas enterradas en el suelo y unidas entre sí por medio de palos transversales, amarrados con cordel, hecho con cáñamo del país, o con correas. Algunas sólo tienen una espesa muralla de ramas de arrayán o de hinojo, que a veces rellenan con arcilla en sus aberturas, blanqueando las paredes ya sea con cal, que los habitantes saben preparar en los yacimientos de conchas descubiertas en el país desde

antes de la invasión de los españoles, o con una especie de ocre blanco, que es muy fino y se encuentra en grandes mantos en diversas partes del territorio. Los techos son de construcción más sólida, y tienen generalmente sobre las vigas de soporte, una capa de ramas revocadas con barro, cubierta con hojas de palma tejera, que es muy común en los valles de Chile. Empléase también para los techos el hinojo, la caña y cierto pasto bastante largo y bonito. Por pobre que sea la casa, siempre tiene, sin embargo, una construcción separada para la cocina.

Las casas mejores, la mía por ejemplo, tienen murallas muy sólidas, muchas veces de cuatro pies de espesor, construidas de adobes de dieciséis pulgadas de largo, diez de ancho y cuatro de grueso. Tanto los adobes, como la argamasa o barro que sirve para asentarlos, se hacen de tierra común, que se prepara con este objeto en la vecindad.

Cuando una persona desea edificar, hace una excavación en el cerro vecino y humedece la tierra suelta hasta que adquiere la consistencia y suavidad requeridas, entonces se le agrega una cantidad de paja picada y se le vuelve a pisar hasta que la paja se distribuye por parejo en toda la masa, la cual queda muy sólida. A los adobes se les da forma en unos moldes de madera, y en seguida se les pone a secar a la sombra, y por fin, a endurecer a todo sol. Después que están construidas las murallas, se las deja asentarse algún tiempo antes de colocar las vigas, porque el techo es en realidad de un peso formidable.

Una tupida cubierta de ramas, con hojas y todo, se amarra primero con cordeles a las vigas, llenándose cuidadosamente los huecos con colihues, encima de esto se extiende una capa de mezcla, o más bien, de barro, de un grosor de cuatro pulgadas por lo menos; en el barro se colocan las tejas, con una mezcla de cal para pegarlas en hileras, de esta mezcla se da una mano más delgada sobre el revoque de barro, tanto por dentro como en el exterior de las casas.

Los edificios de adobes y las habitaciones rústicas que tienen tejado y cuyos muros están revocados por dentro y por fuera, se denominan *casas*, las demás se llaman, por lo general, *ranchos*. La palabra *ranchos* suele aplicarse también a la habitación en que vive el campesino chileno. Todo está aquí tan atrasado con respecto a las conveniencias y mejoras de la vida civilizada, que si no recordásemos el estado de los *High-Lands* de Escocia hace setenta años, sería de no

creer que este país haya estado por más de tres siglos en manos de un pueblo tan culto y tan brillante como era el pueblo español en el siglo XVI, cuando tomó por primera vez posesión de Chile.

Las únicas prendas de vestir que se venden públicamente en Chile son los zapatos, o más bien, las zapatillas, y los sombreros. Esto no quiere decir que no se puedan comprar también géneros de Europa o vestidos para las clases acomodadas, ya que desde la apertura del puerto, las tiendas para la venta al detalle de toda clase de artículos europeos, son tan comunes en Valparaíso, como en cualquier ciudad semejante de Inglaterra. Pero la gente del país conserva todavía la costumbre de hilar, tejer, teñir y hacerse todas las cosas para el uso personal en su misma casa, excepto los zapatos y sombreros. La rueca y el huso, la devanadera, el telar, especialmente este último, son de la más simple y burda fabricación, y el mismo telar que consiste en unos cuantos palos cruzados, sirve para tejer la camisa o los calzones de lienzo, la chaqueta de lana y la manta, lo mismo que la alfombra o tapiz que se extiende en el estrado, en la cama, en la silla, y se lleva a la iglesia, como lleva el musulmán su estera a la mezquita para arrodillarse en ella a rezar sus oraciones. Las yerbas y raíces del país proporcionan abundantes y variadas tinturas, y pocas son las familias que no cuentan con una mujer entendida en las propiedades de las plantas, ya sean medicinales o para teñir. La corteza del quillay se usa continuamente para limpiar y restaurar los colores.

El traje de los hombres de Chile se parece al de los campesinos del sur de Europa; camisa y calzoncillos de lienzo, chaqueta, chaleco y calzones cortos de paño con franjas de color en las costuras, abiertos y desabotonados en la rodilla para dejar ver los calzoncillos. En la vecindad de Valparaíso, sin embargo, está prevaleciendo el uso de los pantalones largos. Entre la clase acomodada los hombres usan medias blancas de algodón o de lana y en vez de zapatos se ponen zuecos de madera o bien ojotas, pedazos cuadrados de cuero, a los cuales se les da forma amarrándolos a una horma mientras están frescos todavía, para que queden ajustados al pie. Las mujeres llevan los cabellos peinados en una gruesa trenza que cuelga a la espalda, usan un pañuelo de colores amarrado a la cabeza y encima un sombrero de paja afianzado con un lazo negro. En algunas partes se llevan sombreros de fieltro negro, en otras, unos altos bonetes. Cuando el chileno monta a caballo, cosa que hace cada vez que la ocasión se le pre-

senta, usa como abrigo el poncho, que es una prenda de vestir exclusiva de la América del Sur: consiste en un pedazo de paño cuadrado, con una abertura en el centro, lo bastante ancha para dejar que pase la cabeza, y en particular es muy conveniente para andar a caballo porque deja los brazos libres y protege completamente el cuerpo. Un par de toscas polainas de paño, muy sueltas, que llegan hasta más arriba de la rodilla, amarradas con tiras de colores, defienden las piernas, y un enorme par de espuelas con rodajas de tres pulgadas de ancho, completa el equipo de un jinete. Estas espuelas son a veces de cobre, pero el mayor orgullo de un chileno es tener de plata los estribos y los adornos de las riendas. Estas se hacen ordinariamente de correas trenzadas, muy bien trabajadas, y terminan en un ramal de cuerdas, también de correas trenzadas, que sirve de látigo. El freno es sencillo, pero muy recio. La silla consiste en una armazón de madera colocada sobre ocho o nueve pedazos de paño, de alfombra y de pellejos; y sobre esta armazón van todavía otros tantos cueros, peinados y teñidos de azul, de castaño o de negro; sobre todo esto, los más acomodados usan una especie de cubierta de silla, de cuero, muy suave y bien armada, el todo va ajustado con una faja de cuero estampado, amarrada con correas en lugar de hebillas. Algunos hacen grandes gastos en los paños, tapices y pellejos que requiere la silla, pero el material es en casi todos el mismo, de modo que un caballo ensillado parece que llevara una carga de pisos y alfombras. Usualmente va amarrado a la silla el lazo, o cuerda de cuero trenzado, que los colonos de la América Española, de ambos lados de los Andes, manejan con singular destreza, ya sea para capturar el ganado o para tomar prisioneros en la guerra. Completan estas monturas de tan peculiar apariencia, los sencillos estribos de plata, que tienen presillas del mismo metal en las acciones, pero cuando se trata de largos viajes por las montañas, se reemplazan por una especie de cajas talladas, muy pesadas, sumamente anchas, con el objeto de defender el pie contra las espinas y las ramas. De vuelta de un corto paseo, tuve hoy oportunidad de ver un grupo de jinetes, jóvenes y viejos, que venían de los alrededores de Rancagua, ciudad situada casi al pie de los Andes, al sur de Santiago, con un cargamento de vino y aguardiente. El licor es traído en cueros y a lomo de mula. No es raro ver unos ciento cincuenta de estos animales arreados por diez o doce peones a las órdenes del huaso o hacendado, acampando a la intemperie junto a las casas de un fundo in-

mediato a la ciudad. Varias de estas casas tienen un edificio separado en el cual los amigos transeúntes dejan depositado el licor mientras van a los fundos vecinos o a la ciudad misma en busca de clientes, a fin de no pagar peaje sin la seguridad de vender el vino. Compré cierta cantidad para el consumo diario, es un vino generoso, fuerte y algo dulce, susceptible de mejorar mucho con una buena manipulación, e infinitamente mejor que todos los vinos del Cabo que conozco, excepto el *Constanza*. Lo pagué a razón de seis pesos por dos arrobas, lo que hace 3 1/2 peniques por botella. El aguardiente sería bastante bueno si no estuviera tan mal destilado y, por lo general, echado a perder con una infusión de anís. El licor que bebe la clase baja es la chicha, que desciende en línea directa de aquella embriagadora mezcla que los salvajes sabían hacer cuando llegaron los españoles. Para esto mascaban varias clases de bayas y granos y los escupían en una gran tinaja en donde los dejaban fermentar. Pero, la demanda siempre creciente de la chicha ha introducido un método más limpio en su preparación, de modo que en la actualidad es algo como una cidra ácida, elaborada en su mayor parte con manzanas y aromatizada por las diversas bayas que primitivamente componían por sí solas la chicha de los indios.

18 de Mayo

UNO DE LOS JOVENES AMI-

gos de la *Doris* que vienen todos los días a visitarme, me ha traído unas excelentes perdices cazadas por él. Son algo más grande que las de Inglaterra, y tan buenas como aquéllas cuando están bien guisadas, y asadas, mejores son todavía, pero las cocineras tienen aquí la costumbre de pelar las aves con agua caliente, con detrimento de la fragancia de la carne. Hay aquí varias especies de buenas aves para la comida, aunque no hay faisanes ni codornices, tienen una multitud de enemigos, desde el cóndor y las diversas variedades de aves de rapiña, buitres, halcones y lechuzas, hasta el horroroso y torpe loro verde de Chile, de pico achatado, que nunca presenta un aspecto tolerable, excepto cuando vuela y deja ver sus lindas plumas purpurinas y amarillas. Es un gran enemigo de los pajaritos cantores cuyas notas y plumajes recuerdan al pardillo y que son muy abundantes en estos alrededores. Existe también una especie de mirlo, cuyas notas son suaves, dulces, pero muy bajas, y un pajarillo descarado que repite sola-

mente dos notas, algo parecido al sinsonte, y que no se aparta nunca de los caminos, las golondrinas y los guainambies son muy abundantes y los niños me dicen que han visto en los pantanos cigüeñas y grullas maravillosas, a las que no dejaré de ir a ver después de las lluvias. No se si debo creer que los aborígenes chilenos poseyeran aves domésticas. En el momento actual son abundantes y excelentes, entre otras, los patos del país y los del extranjero, y los gansos. Los pichones no son muy comunes, pero se reproducen y domestican muy bien; este delicioso clima parece favorable a la producción de todo lo que se necesita para el uso y alimento del hombre.

Lunes 20 de Mayo

HOY HA SIDO UN TRISTE

día, la *Doris* zarpó esta mañana temprano y vuelvo a sentirme sola en el mundo, en ella se van las únicas relaciones, las únicas amistades que tenía en este extenso país. Cuando los amigos se separan, los que se van tienen menos que sentir que los que se quedan. Los primeros tienen el movimiento, el encanto de lo nuevo, o por lo menos, el cambio de situaciones, y la ventaja de que los objetos que se le presentan a la vista no despertarán recuerdos ligados a las personas que se extrañan. mientras tanto, el que se queda ve en cada objeto un recuerdo de los que se han ido: la voz tan conocida se echa de menos a la hora acostumbrada, el paseo solitario trae una serie de pensamientos, y nos embarga la pena de sentir que estamos solos. En el curso del día, los gestos y expresiones cariñosos de mis nuevos vecinos y las amistosas atenciones del comodoro Stewart, del buque de guerra americano *Franklin*, y de su señora, del barón Macau, del buque de S. M. C. *Clorinda* y de otros, tantos ingleses como extranjeros, me persuadieron de que siempre quedan alrededor mío muchos corazones generosos y mitigan la tristeza que me dominaría de otra manera. Sin embargo, no puedo olvidar que estoy viuda, desamparada en un país extraño, alejada de todos mis verdaderos amigos por distantes y peligrosos trayectos, ya sea que regrese por mar o por tierra.

22 de Mayo

SEGUN CREO, POR PRIMERA

vez, desde mi llegada, tenemos noticias del Perú. Un cuerpo de ejército del general San Martín ha sido sorprendido y derrotado por los realistas. La escua-

dra chilena, a las órdenes de Lord Cochrane, ha vuelto al Callao, después de su difícil y peligroso viaje a Acapulco, en el que repelió a los dos últimos buques españoles a los puertos patriotas, en donde fueron obligados a rendirse, y se dice que San Martín ha ofrecido a Lord Cochrane los más halagadores términos de reconciliación. Si comprendo bien las cosas, puede que su señoría le preste oídos en pro de la causa; mas, personalmente, con seguridad no depositará la menor confianza en él.

23 de Mayo

HOY, POR PRIMERA VEZ, DES-
de que estoy establecida aquí, he

salido a caballo a ver el puerto, y he tenido oportunidad de observar las tiendas, los mercados y el muelle, si este nombre puede dársele a la plataforma que hay delante de la aduana.

Las tiendas nacionales, aunque pequeñas, son por lo general más aseadas que las de la América portuguesa. En ellas se encuentran comúnmente sedas de China, Francia e Italia, telas de algodón de Gran Bretaña, rosarios, amuletos y cristales de Alemania. Los artículos del país, rara vez se compran en las tiendas, porque los pocos que se fabrican son sólo para el consumo doméstico. Las tiendas francesas presentan una rica variedad de la misma clase de artículos, y hay una modista francesa muy aceptable, que con sus modales y sonrisas tan artificiales en comparación con la graciosa sencillez de las jóvenes chilenas, no haría mala pareja con el maestro de baile francés de Hogarth. Las tiendas inglesas son las más numerosas. La quincallería, la loza y los géneros de lana y algodón, son naturalmente los artículos principales. Es divertido observar la ingenuidad con que los artistas de Birmingham se han amoldado a los rudimentarios gustos transatlánticos. Los santos de bulto, las vistosas tabaqueras de oropel, los adornos de lujo, hacen sonreír cuando se les compara con la modesta y elegante sencillez que tienen estas cosas en Europa. Los alemanes proporcionan la mayor parte de la cristalería de uso corriente, que es de mala calidad, pero, lo mismo que los espejitos alemanes que se compran principalmente como ofrendas votivas en las capillas, responde suficientemente a las necesidades del consumo chileno, los abalorios, peines, juguetes y perfumes ordinarios se encuentran también en las tiendas alemanas. Hay establecidos aquí algunos artesanos alemanes y se hace notar principalmente un hábil herrero y veterinario,

un tal Frey, cuya hermosa y aseada casa, con su taller y su jardín, es un excelente modelo para los chilenos que surgen.

En todas las calles se ven carteles de sastres, zapateros, talabarteros y posaderos ingleses; y la preponderancia del idioma inglés, sobre todas las demás lenguas que se hablan en la calle, lo harían a uno creerse en una ciudad de la costa inglesa.

Los norteamericanos contribuyen en gran parte a esto: sus artículos que consisten en materiales corrientes, harina, galletas y provisiones navales, los hacen necesariamente pasar ocupados más que cualquiera otra gente. Los artículos más elegantes de París y Londres se despachan generalmente sin abrirlos para Santiago, donde es naturalmente mayor la demanda de artículos suntuarios.

Es asombroso el número de pianos importados de Inglaterra. Casi no hay casa en que no haya uno, y el gusto por la música es excesivo: muchas jóvenes tocan con destreza y gusto aunque pocas se dan el trabajo de aprender con método, y se confían enteramente en el oído.

En cuanto al mercado, no se ve en él la carne muy a menudo, por estar el matadero ubicado fuera de la ciudad, en el Almendral, desde donde se conducen las reses beneficiadas a las carnicerías, a lomo de caballo o en carreta. Las carnes de buey, de cordero y de chanco son todas excelentes, pero el burdo método de cortarlas ofende la vista y el gusto de un inglés. Unos cuantos ingleses, sin embargo, han establecido carnicerías, en donde también se prepara carne salada, y uno de ellos ha fabricado últimamente velas tan finas como las de Inglaterra, lo que es un positivo beneficio para el país. Las velas corrientes son en verdad malas y caras, hechas de sebo sin refinar ni blanquear y con el pabilo muy grueso.

El mercado de pescado se surte con mucha deficiencia, por desidia, se me ocurre, porque el pescado es abundante y de excelente calidad. Hay algunos muy delicados, y uno de ellos, el congrio, es tan agradable como la mejor trucha-salmón, a cuyo gusto se asemeja, pero la carne es blanca, el pescado es largo, muy achatado hacia la cola y cubierto con una piel amarmolada de bellos colores blanco y rojo. Hay varias clases de excelentes pescados que los habitantes secan lo mismo que los pescadores del Devonshire, siéndome desconocidos sus nombres, tanto indígenas como los ingleses. Hay uno que, comido fresco, es tan bueno como el pez-gallo, al que se parece mucho exterior-

mente, pero que pasadas unas cuantas horas, ya no se puede comer. En Frezier puede consultarse un buen catálogo de pescados.

Los mariscos son variados y muy buenos, particularmente una especie muy abundante, llamada loco y unas jaivas admirables, de forma redonda.

De las provincias del sur se trae con frecuencia una abundante variedad de ostras, y las rocas de Quintero proporcionan el pico, que, sin excepción, es el marisco más delicado que he probado.

Las legumbres y frutas del mercado de Valparaíso son excelentes en su clase; pero el estado de atraso en que se halla aquí la horticultura, como tantas cosas, hace que dejen mucho que desear otras. Aquí las frutas se dan a pesar del descuido con que se las cultiva, y aun cuando estamos en la estación de las frutas frescas o verdes, las manzanas, las peras y las uvas, los duraznos y las cerezas secas, los higos y la abundancia de naranjas, limones y membrillos, prueban que sólo hace falta el cultivo para mejorar todas las frutas hasta la perfección.

Las papas, que son originarias de este suelo, son de excelente calidad. Hay coles de toda clase, lechugas, inferiores sólo a las de Lambeth, unos cuantos nabos y zanahorias, que recién comienzan a cultivarse aquí; toda clase de calabazas y melones, cebollas que son una perfección, con sus variedades de cebolletas, ajos y chalotas; para la estación me han prometido coliflores, porotitos verdes, habas francesas, apio y espárragos. Las habas francesas son, naturalmente, de lo mejor, en legumbres secas hay frejoles, *faggioli* de Italia y *haricots* de Francia.

En cuanto a las aves de corral son bastantes buenas de por sí, pero un pollero de Londres se sorprendería no poco por la forma en que se presentan al mercado. Todo se trae a lomo de mula o a caballo. Las frutas, en árquenas cuadradas hechas de mimbre, ingeniosamente trenzadas y tejidas, y las legumbres en una especie de cambuchos hechos también de mimbre, el que en realidad sirve para fabricar casi todos los objetos: canastos, cestas, cambuchos, puertas, pisos, bateas para acarrear mezclas, en una palabra todo se hace de mimbre.

Fuera de los artículos de consumo ordinario, la gente del pueblo expone para la venta, ponchos, sombreros, zapatos, tejidos burdos, útiles de greda, y algunas veces, jarros de greda fina de Melipilla o de Penco y tacitas del mismo material para tomar "mate". El pueblo ro-

dea los puestos con un aire de verdadera importancia, fumando y retirándose algunas veces un poco al interior, donde el sabroso aroma que se esparce y el chisporroteo de la grasa hirviendo hacen saber a los transeúntes que allí pueden encontrar frituras dulces y sabrosas; además no escasean las copas de vino o aguardiente para mejorar la merienda. Pero, el mayor regalo para la gente del mercado consiste en un surtidor de agua exquisita que cae a una tosca fuente de granito desde la boca de un león horroroso empotrado en la muralla de la casa de gobierno, más bien dicho, de la pequeña fortaleza que habita el gobernador. El agua no escasea en los alrededores de Valparaíso; pero está muy mal distribuida para servir a las necesidades domésticas y para la aguada de los buques de la bahía. La fuente más cómoda es un bonito y abundante estero que va a desembocar en un extremo de la bahía, pero corre inmediato al hospital, por lo que le tienen cierta prevención. Además he oído decir que el estero no tiene agua constantemente. Hay también otros que no tienen ese defecto, en los cuales se paga una pequeña suma por cada vasiya, grande o chica, que se llena y me parece que los buques de guerra ingleses comúnmente surten sus estanques aquí.

De vuelta de mi excursión por las tiendas, pasé donde el boticario (aquí hay sólo uno) para comprar un poco de azul, que, con gran sorpresa mía, supe que únicamente ahí podía procurarse. Su apariencia me hizo pensar en un boticario del siglo XIV, porque es de un aspecto mucho más anticuado que los que he visto en Francia y en Italia. El hombre tiene cierto gusto por la historia natural, de manera que además de sus potes de medicina pasados de moda, rotulados con signos cabalísticos, confusamente revueltos con paquetes de medicinas con patente de Londres, hierbas secas y sucias vasijas de greda, hay cabezas de pescado y cueros de serpiente. En un rincón se ve un gran cóndor arrancando la carne de los huesos de un cordero; en otro, un monstruoso carnero que tiene una pata demás que le nace en la frente; y hay gatos, papagayos, pollos, etc., todo esto forma una combinación de polvo acumulado y de mugre reciente que excede a todo lo que he visto. —"Inglaterra, con todos sus defectos, siempre te quiero", decía Cowper en Gran Bretaña, y Lord Byron en Calais. Por mi parte, creo que si cualquiera de ellos hubiese estado en Valparaíso, habría olvidado que hubiera defectos en Inglaterra. Es muy lindo, encantador, leer relatos de deliciosos climas y arboledas de mirtos; de habitantes

inocentes y sencillos que llevan una vida simple, pero como el hombre es un animal nacido con disposiciones sociales y de progreso, es realmente muy desagradable tener que retroceder a un estado que hace menospreciar las bendiciones del clima, ya que se encuentra menos bienestar en un palacio de Chile que en la choza de un labrador en Escocia. Bien dice el Espíritu "No es bueno para el hombre vivir solo". Mientras tuve a otro ser con quien compartir mis pensamientos siempre ví el lado más hermoso de toda escena, pero ahora sospecho que va creciendo dentro de mí ese egoísmo que mira con frialdad o disgusto todas las cosas que no concuerdan con los propios gustos o ideas y que sólo ve las tristes realidades de las cosas. La poesía de la vida no ha muerto, pero empiezo a sentir que los cuadros de Grabbe son más reales que los de Lord Byron.

Domingo 27 de Mayo

TENTADA POR LA BELLEZA

del día y por el deseo de ver nuevamente algunos árboles rústicos, pues en las inmediaciones de Valparaíso no hay más que árboles frutales, resolví dar un paseo a caballo e invitar a mi criada. La dificultad consistía en obtener montura para ella, porque yo tenía solamente una silla. Sin embargo, ella se acomodó en una albarda de las que usan las mujeres del país para cabalgar en lo que llamaríamos al anca del caballo, y nos metimos resueltamente por la Zorra o Sierra que espaldea la ciudad. Seguimos unas cuantas millas por el camino a Santiago, y entonces nos internamos en un delicioso valle llamado el "Cajón de las Palmas" que es parte de la hacienda del mismo nombre que depende de la Merced. Durante la primera media milla bajamos una escarpada colina que no presentaba otras hierbas y arbustos que los que habíamos dejado en el camino real, pero cuando llegamos a un hermoso esterito que salta de piedra en piedra, ora formando cascadas en miniatura, ora pequeños lagos entre el tupido césped, nos encontramos con arbustos de mayor tamaño; y mientras nos emboscábamos en medio de ellos, la fragancia que exhalaban sus hojas me traían al pensamiento el recuerdo de las enramadas que describe Milton en el "Paraíso Perdido".

Las variedades de laurel y arrayán son muy notables y hay gran abundancia de otros árboles y arbustos cuyas hojas en su mayor parte despiden un delicado aroma al restregarlas. Uno de los más grandes

y hermosos es el canelo o falso cinamomo, usado en medicina tanto por los españoles como por los indios y cuyas propiedades son muy parecidas a las del verdadero cinamomo de Oriente. Es, además, un árbol de interés en lo que se relaciona con la historia y las supersticiones de los indígenas. A su sombra los indios de Chile ofrecían sacrificios a las divinidades e invocaban a Pillán, el supremo juez, creo que todavía lo veneran algunas tribus indígenas. Mojan las ramas de este árbol en la sangre de los sacrificios y con ellas rocían y consagran los sitios de reunión, además se usan las mismas ramas como señales de paz y, en consecuencia, les son dadas a los embajadores para la celebración de los tratados. Hace aquí el canelo el papel que entre los druidas hacía la encina, y su belleza, su fragancia y su amplia sombra le compensan en agrado lo que le falta de la grandeza del rey de los árboles.

Después de andar a caballo algún tiempo, parte por el lecho del río, parte por sus suaves márgenes llenas de verdor y en medio de fragantes arboledas, llegamos a un claro, en donde unas tres o cuatro pintorescas viviendas, con jardines y algunos sembrados, ocupaban un pequeño llano rodeado de montañas escarpadas y boscosas, y en el que por primera vez se nos presentaron las palmas que dan el nombre al valle. Las huertas son bastante extensas, pero están casi enteramente plantadas de frutillas. Actualmente se están arando los campos, y el ganado pasta en los cerros vecinos; dos o tres palmas se levantan en medio de las huertas de árboles frutales que rodean los jardincitos. Son diferentes de todas las demás variedades que he visto y producen una nuez de forma de avellana, pero la almendra es mucho más grande, se parece a la del coco y, como ésta, es lechosa cuando fresca, la hoja es más ancha, más gruesa y más rica que la palma cocotera y también es más adecuada para techar, uso al que se la destina comúnmente aquí, recibiendo el nombre de "palma tejera", las hojas inferiores se cortan todos los años y no se dejan más de unas dos o tres de las superiores. Por este medio, el erecto y elevado tronco se ve coronado por un capitel muy singular antes de que se ramifiquen las hojas, y es tan parecido a algunos de los capiteles que se encuentran en las ruinas del antiguo Egipto, que no podía dejar de imaginar que tenía frente a mí el modelo de su sólida y elegante arquitectura.

Esta palma difiere considerablemente de todas las que he visto en el mundo.

La altura de las más crecidas es de cincuenta a sesenta pies y como a los dos tercios de esa altura el tronco se estrecha considerablemente. La corteza se compone de anillos circulares nudosos y castaños, el tronco es siempre muy recto y excede en circunferencia al de todas las palmas que he conocido excepto el "drago"; la envoltura que contiene la flor es tan grande que es usada por los campesinos para guardar varios artículos domésticos y tiene una forma tan exactamente igual a las canoas de la costa que parece haber servido de modelo para su construcción.

No he visto la flor, pero, como casi todas las de la especie, las flores hembras y machos se producen en diferentes plantas; los indígenas respetan más los árboles con cocos, cuyas hojas no cortan, o por lo menos, no pelan tanto como lo hacen con las plantas estériles.

Cuando el árbol llega a viejo, esto es, cuando se calcula que ha visto pasar unos ciento cincuenta años, los habitantes lo cortan y aplicándole fuego se le hace destilar un rico jugo que llaman miel, y que tienen un gusto entre el de la miel de abejas y el de la más fina almíbar. La cantidad que produce cada árbol se vende en \$ 200. Otras variedades de palmas que conozco producen una especie de azúcar. El dátil es una de ellas, pero recuerdo que en las Indias Orientales se acostumbraba barrenarlas. Intento insinuarle a algunos de mis amigos que prueben con este árbol si, como el verdadero cocotero y el *palmetto* de Adamson, y las *cycas* o *toddapana*, soporta el barrenaje por medio del cual se destila el excelente *arrack* de las Indias Orientales. Pedro Ordóñez de Ceballos dice que los indios lo llaman *magui* y hacen de él, miel, vino, vinagre, cuerdas y techos.

Después de detenernos algún tiempo junto al primer grupo de palmeras, continuamos a caballo por el cajón, siguiendo el curso del estero que a veces se desliza por un suave valle y otras entre montañas tan escarpadas, que el sol a mediodía no da en sus profundidades, en donde el rocío brilla todavía a esa hora en los arbustos. Cuando volvíamos, encontramos el primer rebaño de ovejas que he visto. Son más bien pequeñas, su lana es delgada y fina, y el precio actual de cada una es de dos, tres, cuatro y cuando mucho, siete reales, las de mejor clase, me es grato decir que durante mi excursión a caballo ví varios campos que estaban en preparación para dedicarlos al cultivo,

da pena ver tanta tierra fértil perdida aquí, por la escasez de brazos. Creo que toda la población de las provincias de Chile no alcanza a igualar a la de Londres. Pero sería todavía muy prematuro un juicio sobre estas cosas. Me inclino a tener una alta idea del carácter y disposición de los chilenos: Son francos, alegres, dóciles y valientes. Con seguridad estas cualidades les servirán para formar un hermoso pueblo, una nación que llegará a ser algo.

Mayo 30

HOY COMÍ EN EL PUERTO

con mis buenos amigos, el cónsul americano M Hogan, su esposa e hija, el capitán Guisé, que perteneció hasta hace poco a la marina chilena, junto con sus acompañantes el doctor y Mr. El Capitán Guisé estuvo sumamente cortés conmigo y parece ser un hombre muy caballeroso. No dudo de que en el servicio, los conocimientos técnicos y profesionales del doctor ... y de Mr. ... hayan sido de infinita utilidad, y que hasta cierto grado tienen derecho a la gratitud de todos los que aman la causa de la independencia, pero no poseen la altura de miras necesaria para dirigir a los hombres, ni influir en los consejos, ni juicio para dejarse guiar por otros. En una palabra, sólo puedo considerarlos como aventureros cuyo único objetivo ha sido acumular fortuna en estas ricas provincias, sin tener la filantropía ni las caballerosas finalidades que han acompañado a las expectativas de ventajas personales de muchos de sus compañeros de labor en la gran lucha por la independencia.

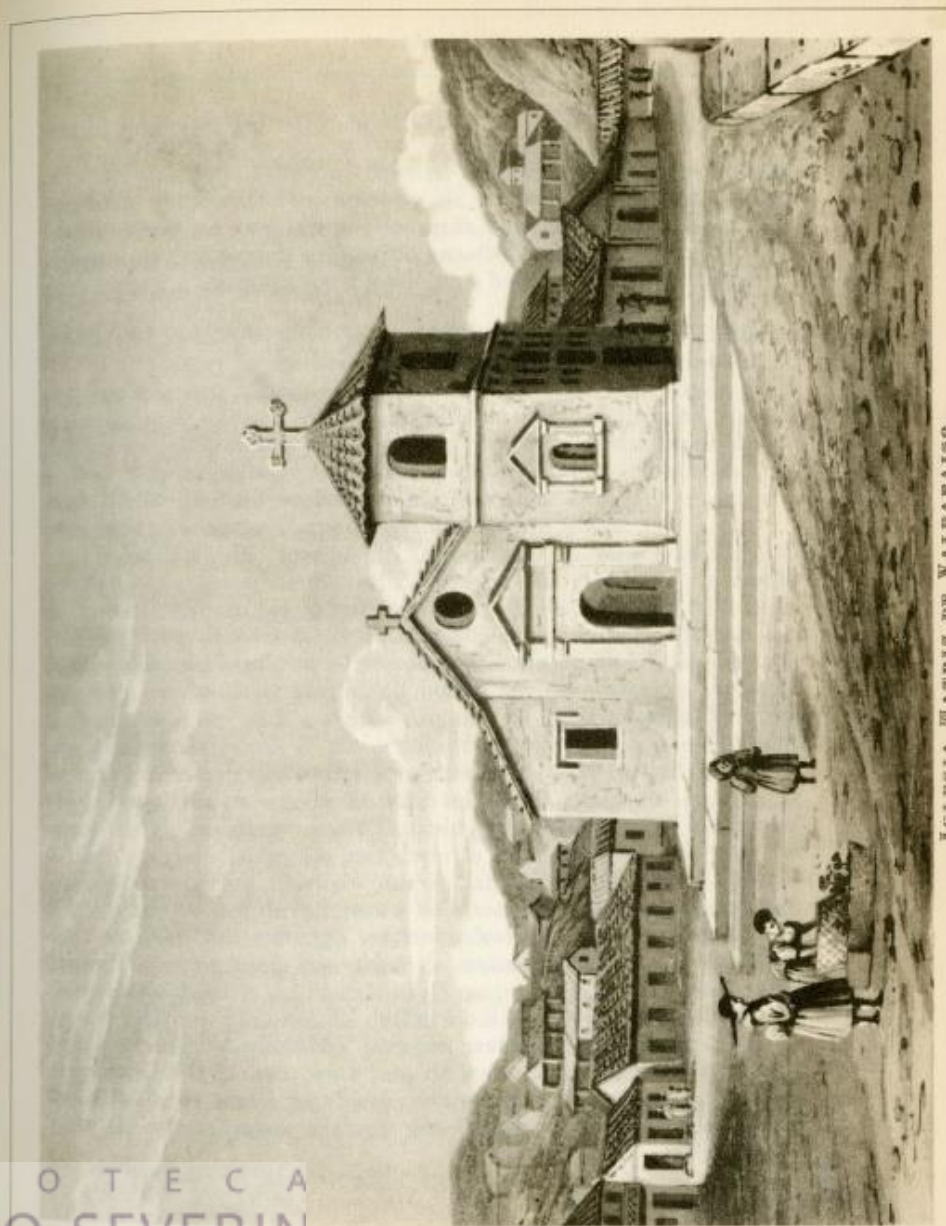
Es natural que el despecho sea la consecuencia de aspiraciones tan limitadas. El oro y la plata por sí solos no bastan para hacer ricos a los individuos, y las naciones que no tienen otra cosa, pueden considerarse pobres. Es por esto que Chile y el Perú, que sólo tienen dinero y no cosas de valor, están muy distantes de poder recompensar convenientemente a sus servidores extranjeros; y todo lo que podía razonablemente anticipárseles eran las precarias probabilidades de las presas españolas. Tengo la convicción de que las disensiones que, según he oído, se han producido en la escuadra, han tenido su origen en la frustración de expectativas demasiado exageradas, salvo el caso, y me avergüenzo de pensarlo, de que algunos oficiales ingleses esperasen que sus servicios en Chile fueran únicamente una especie de piratería autorizada, en que cada uno sería dueño de su buque y de

sus actos sin someterse a reglamento ni subordinación alguna. Pero el gobierno previó sabiamente el peligro, adoptó el Código Naval inglés y estableció una rígida subordinación. Puso el supremo comando en manos expertas, firmes y honorables, y quiero confiar en que los beneficios de esta sensata medida se harán sentir permanentemente.

Por cartas recibidas hoy de Lima, parece que Lord Cochrane no ha bajado a tierra en el Perú, permanece en la bahía del Callao con sus cañones cargados, y tendremos que esperarlo aquí por algún tiempo todavía.

Hoy pude observar con qué poco cuidado hacen algunos hombres cultos sus observaciones en países extranjeros, sobre materias que son de su diario conocimiento. Durante la comida un médico mencionaba las cualidades medicinales del culén (*Cytisus arboreus*), agregando que valía la pena introducirlo en Chile y hacer por lo menos algunas plantaciones en las vecindades de Valparaíso, a fin de cultivarlo para la exportación. Como recién llegada, tuvo cierto temor de adelantar que la gente del pueblo me había mostrado una planta que llamaban culén, y cuando me aventuré a decírselo, este señor me contestó que no podía ser, porque nunca había oído hablar aquí de tal planta. Cuando volví a casa, me dirigí a la quebrada, en donde encontré las rocas de ambos lados cubiertas con el mejor culén, no siendo escasa la especie inferior que crece a más altura. Y sin embargo, éste es un hombre culto y que ha residido algunos años en el país. El culén es muy agradable en infusión y se dice que posee cualidades antiescorbúticas y antifebriles, el olor de sus hojas es muy agradable y de los pedúnculos sale una goma dulce, que los zapateros emplean en lugar de cera, las hojas frescas, hechas emplasto con un poco de manteca de cerdo, se aplican con buen resultado en las heridas recientes.

Los errores respecto del culén me han traído a la memoria el admirable cuento de las *Tardes del Hogar*, de Mrs. Barbauld, "Los ojos que no ven". ¡Cuánto debemos a esta excelente mujer, que con tanto talento y complacencia hacía agradables los primeros pasos de los jóvenes en la literatura, y que desdeñaba la fama con tal de hacerles un bien, encaminándolos por la senda de la verdadera investigación! Me siento orgullosa de pertenecer al sexo y a la nación que pro



IGLESIA MATRIZ DE VALPARAISO.

cudirá nombres acreedores al respeto y al afecto de nuestros semejantes mientras sigan cultivándose la virtud y las letras.

Mientras haya hijos que enseñar, ningún padre, ninguna madre, oír con indiferencia los nombres de Barbauld, Trimmer o Edgeworth. Hasta en este lejano país serán admirados. Está colocada la primera piedra: se han establecido escuelas, y sus obras están prontas para formar e ilustrar a los hijos de otro hemisferio y de otro idioma.

Viernes 31 de Mayo

HOY HE DADO UN PASEO,

que proyectaba desde varios días, por un oscuro sector del Almendral llamado "La Rinconada", supongo que a causa de encontrarse en un ángulo que forman dos cerros. Mi objeto al ir allí era ver la manufacturera de alfarería que me imaginaba existiría en ese punto, porque me habían dicho que ahí se fabricaban ollas para la cocina y cántaros para acarrear agua, lámparas y braseros de greda.

Pasada la calle derecha del Almendral, un poco más allá del estero que la separa de mi cerro, entré en una callejuela por medio de la cual corre un estero que baja de los cerros de detrás de la Rinconada y que, después de ser subdividido e internado en diversos jardines y chacras, llega muy mermado a su cauce de los arenales del Almendral, en donde se pierde. Siguiendo por esa dirección, encontré la Rinconada que está a alguna distancia de unas murallas ruinosas que se extienden desde el pie de los cerros hasta el mar y que en otro tiempo estuvieron destinadas a la defensa del puerto por ese lado: ahora, no sirven para nada. En vano miré a mi alrededor tratando de descubrir alguna construcción bastante grande que sirviera de fábrica o bien que tuviera hornos para cocer la loza, con todo, pasé por delante de varias chozas a cuyas puertas había en venta fuentes y cántaros, por lo que deduje que serían las viviendas de los trabajadores de clase inferior. Sin embargo, adelantándome un poco más lejos, me convencí que no había esperanzas de encontrar una fábrica establecida, nada de división del trabajo ni de maquinarias, ni siquiera la rueda del alfarero, nada en fin de los auxilios de la industria que me parecían casi indispensables para un trabajo tan artificial como la preparación de la loza. Ante uno de los ranchos más pobres, hecho únicamente de ramas y cubierto con totora y que tenía un cuero a guisa de puerta, estaba sentada una familia de loceros. Trabajaban

sentados en unos cueros de oveja, extendidos bajo la sombra de una pequeña enramada verde. Manipulaban una masa de arcilla recién compuesta y cada cual, según sus años y su capacidad, iba haciendo cántaros, platos y fuentes. Sólo las mujeres hacen estos trabajos pequeños y, según me parece, ningún hombre consentiría en hacerlos, ellos fabrican las grandes tinajas de Melipilla para el vino, etc.

Como el medio más corto para saber algo es mezclarse desde luego con las personas cuyo oficio deseamos aprender, me senté en uno de los cueros y comencé a trabajar con empeño, imitando como podía a una muchacha que estaba haciendo una fuentecita sencilla. Una anciana, que parecía hacer de directora, me contempló con gravedad y en seguida tomó mi trabajo y me enseñó a hacerlo de nuevo y a trabajar con esmero en darle forma. Lo que es esto, seguramente, no me habría costado gran cosa, pero el secreto que yo necesitaba conocer era el arte de pulir la greda, porque el brillo que tiene no se lo dan por ninguno de los procedimientos para vidriar que yo he visto, así, pues, esperé con paciencia y trabajé en mi fuente hasta que estuvo concluida. Entonces la anciana metió la mano en un saco de cuero que llevaba delante y sacó una conchuela pulida, con la cual le formó de nuevo los bordes y en seguida comenzó a rasparlo, primero suavemente y con más fuerza a medida que la arcilla iba endureciéndose, humedeciendo de vez en cuando la concha en agua, hasta que se produjo un pulido perfecto; después se puso a secar el tueste a la sombra.

En ocasiones se cuece la loza, así preparada, en grandes hornos contruidos para el objeto, pero, la mayor parte de las veces los hoyos que quedan en los cerros de donde se ha extraído a mano la arcilla, o donde se ha excavado a mano sirven para este objeto. La leña que se usa principalmente para estos sencillos hornos es la de espinela, arbusto distinto del espino, que es la leña común del país y cuyas flores son sumamente aromáticas. La espinela tiene más bien la apariencia de una coronita espinosa y se dice que, de las maderas del país, es la que da el mejor fuego. La alfarería de aquí produce sólo utensilios muy ordinarios, pero he visto algunos jarros de Melipilla y de Penco, que por su forma y su acabado trabajo, podrían pasar por etruscos, se venden a veces a precios tan elevados como el de 50 pesos y se usan para guardar agua. Los adornan con listas y varios dibujos blancos y rojos cuando la tierra es negra, y donde la tierra es roja o café van decorados con blanco y negro. Algunos jarros rojos van guar-

necidos con una substancia brillante que tiene el aspecto de un polvo de oro, y que, según creo, es greda que contiene piritas de fierro; muchos tienen cabezas grotescas con imitaciones de brazos humanos a modo de asas, pero no he encontrado ninguna vasija chilena con otras decoraciones en relieve fuera de las imitaciones de brazos y cabezas.

Es imposible imaginar un grado mayor de pobreza que el que presentan las viviendas de los loceros de la Rinconada. Algunos, sin embargo, tienen un lecho aceptable, unas cuantas estacas enterradas en el suelo y entrelazadas por correas, forman el catre, un colchón de lana y, donde hay mujeres industriosas, unas sábanas de algodón ordinario y una gruesa sobrecama tejida proporcionan un sitio de descanso nada despreciable para el marido y la mujer, o más bien dicho, para la mujer, porque según me parece los hombres pasan la mayor parte de la noche durmiendo al aire libre envueltos en sus ponchos como es costumbre en el país. A los niños se les cuelga en pequeñas hamacas de cuero amarradas a las vigas del techo y los demás niños y parientes, duermen como pueden, tendidos en el suelo sobre unos cueros y envueltos en sus ponchos. En uno de los ranchos no había una sola cama; todo el mobiliario consistía en dos baúles de cuero y ahí dormían los once moradores, incluso dos mellizos de corta edad, sin padre ni hombre alguno que los protegiera.

La natural bondad y sencillez de carácter de la gente de Chile preserva aún a los menos virtuosos, y sobre todo a las mujeres, de la desvergüenza que habría presentado en Europa una familia semejante a la que yo he visto aquí.

Mi instructora era casada y su hogar era de mejor condición; tenía una cama, había un banco de barro y algunos útiles de industria femenina. la rueca y el huso, y agujas de tejer hechas con espinas de los grandes quiscos de Coquimbo, en donde crecen hasta de nueve pulgadas de largo. Jamás he visto un caserío más miserable que el de la Rinconada. Sus habitantes, sin embargo, me hacían notar la hermosa vista de que gozan entre el Océano y los Andes cubiertos de nieve y ponderaban el placer de dar un paseo por los cerros en la tarde de un día de fiesta, mostrábanme su estero de suave y tranquila corriente y sus viejas higueras, invitándome a volver "cuando los higos estuviesen maduros y las flores se miraran en el estero". Me avergoncé de las frases de compasión que se me habían escapado. Si no puedo

mejorar su condición, ¿para qué despertar en ellos el sentimiento de su miseria?

Me retiré de la Rinconada y en vez de seguir directamente por el Almendral, me fuí por el cerro hasta el caserío llamado Pocuro, en donde encontré viviendas de mejor condición, muchas de las cuales tenían su huertecito con cerezos y manzanos, algunas hortalizas y flores. En el corredor de una de ellas, una mujer tejía un paño azul, muy basto. La operación es fastidiosa, porque no conocen el telar fijo ni la lanzadera, y exceptuando el tejido de las esterillas de crin entre los árabes, no concibo que en parte alguna del mundo se practique esta operación en forma más primitiva e inconveniente. A un extremo de Pocuro, un carnicero inglés ha edificado una casa que aquí hace el efecto de un palacio, y la cual es muy admirada por los vecinos. Algo más arriba, en una meseta que está como a unos 80 ó 100 pies sobre la ciudad, se halla el nuevo cementerio o panteón; el gobierno ha tomado algunas medidas muy prudentes para evitar que se continúen haciendo inhumaciones en la ciudad o en sus alrededores. Sin embargo, los prejuicios que se aferran al antiguo cementerio, no permiten que se ocupe el nuevo conforme a la intención de sus fundadores. Separado de él solamente por una muralla, se halla el sitio que la superstición católico-romana ha asignado por fin a los herejes para sus sepulturas, o más bien dicho, que se ha permitido que compren los herejes. Hasta hace poco, todo aquél que no tenía permiso para ser sepultado en los fuertes donde podía quedar resguardado, prefería ser arrojado al mar; ocurrieron muchos casos de herejes sepultados en la playa, que los fanáticos del pueblo exhumaron después, dejando los restos a merced de las aves y animales de rapiña.

Este sitio de reposo se halla en un hermoso lugar; algo elevado sobre el plan, rodeado de cerros, mura hacia el océano a través de huertos y olivares. si es verdad que los espíritus rondan sobre sus despojos mortales, aquí, por lo menos, se verán rodeados de "formas y vistas deliciosas".

Era ya la hora del crepúsculo cuando llegué a mi casa, la tarde se había puesto fría y el cielo estaba cubierto de nubes, en mi solitaria vivienda, me senté y me puse a pensar en las esperanzas y deseos que había abrigado al salir de Inglaterra, y casi llegué a dudar si no había pasado ya los límites de la vida; felizmente, tales reflexiones no duran nunca largo rato. El curso ordinario de la existencia no pasa

tan suavemente, y a cada vuelta una interrupción nos despierta a la conciencia de las cosas, y así desperté para dedicarme a mi diaria tarea de estudiar y escribir los acontecimientos del día.

Muchas veces he pensado que una colección de memorias fidedignas daría mejor material a un filósofo para sus especulaciones que todas las disertaciones que se han escrito hasta ahora. Hay días tan felices y llenos de actividad, que apenas si permiten a la inteligencia preocupada unas cuantas anotaciones breves y concisas; otros hay, en que la vanidad y el amor propio, que todos sentimos en mayor o menor grado cuando escribimos un *Diario*, llenan las páginas de necedades artificiosas, y hay otros aún en que unas cuantas frases breves dejan transparentar un estado de ánimo que necesitaríamos valor para mostrar a los ojos de un extraño. La copia de un *Diario* tiene menos carácter puede ser igualmente verídica, y dar una mejor relación de los países recorridos, por lo mismo que es más razonado y más cuidado, pero al copiarlo, pueden despertarse en el escritor asociaciones que lo lleven a contemplar otros aspectos, a discurrir con otros sentimientos sobre los mismos sucesos. Y aunque no haya variaciones intencionales, cierto temor hará que se disimulen algunos rasgos del carácter y que otros se supriman aunque sea por modestia; y hay sentimientos respecto a otras personas que no podemos menos que borrarlos del manuscrito sin embargo, el *Diario* es verídico; verídico en lo que se refiere a la naturaleza de las cosas, verídico en cuanto a los hechos, y verídico, por fin, con respecto a un sentimiento mejor, que en algunas ocasiones suele dictar líneas de tedio y de sufrimiento. Esta veracidad es la que me comprometo a observar en las páginas de mi diario.

No puedo dar más y confío en que nadie me pedirá más.

Junio 2

LA MAÑANA ESTA LLUVIOSA y hace frío a pesar de que el

termómetro no baja de los 50 grados Fahrenheit. Mientras estaba almorzando entró uno de mis vecinos a toda carrera gritando: —Señora, ya llegó, ya llegó. —¿Quién llegó, hijo? —El almirante, nuestro grande y querido almirante, y si Ud. se acerca al balcón verá las banderas en el Almendral.

Al oír la noticia me asomé y ví la bandera izada en todas las puertas. en la bahía había dos nuevos buques. La *O'Higgins* y la

Valdivia habían arribado durante la noche y todos los habitantes del puerto y de los alrededores se habían dado prisa en desplegar sus banderas y celebrar el feliz regreso de Lord Cochrane.

Su arribo me complace no sólo porque necesito verle, considerándolo aquí mi verdadero amigo, sino también porque creo que él tendrá suficiente influencia para enmendar algunas cosas y prevenir otras; que, mucho me temo, redundarán en perjuicio del naciente Estado de Chile y quizás de la causa general de la independencia sud-americana, si no se cuenta con una influencia semejante. Después de mi llegada no me he sentido con la mente libre como para interesarme por el estado político del país, a pesar de estar en suspenso una medida de tal importancia.

En el nuevo orden de cosas, después de la batalla de Chacabuco, habíase elegido a don Bernardo O'Higgins para presidir la nación, con el título de Director Supremo de Chile, designándose un Senado compuesto de respetables ciudadanos para asesorarlo y adoptándose una Constitución provisoria.

Las leyes del país continuarán siendo las mismas que dejaron los españoles. La Constitución, sin embargo, daba a todos los mismos derechos, abolía la esclavitud, limitaba los derechos de los mayorazgos, disminuía el poder y la renta de la Iglesia, y adoptaba el Código Naval inglés para la reglamentación del servicio marítimo.

Pero, tres años y medio de paz interna y de triunfos en lejanas expediciones, habían permitido a las provincias del norte de Chile y particularmente a la capital ver y sentir los inconvenientes de la actual forma de gobierno, que en un principio fué, en el hecho, una oligarquía despótica, cuyo poder, por la ausencia y división de los miembros del Senado, que estaban disgustados por la oposición que encontraron a un proyecto para declarar sus cargos perpetuos y hereditarios, había venido a parar por entero a manos del Director Supremo, quién, podía haberse hecho señor absoluto si hubiera tenido un rastro de ambición. Es curioso que un soldado afortunado como O'Higgins tenga la sensatez de ver el peligro del poder absoluto, y el buen sentido de evitarlo, él, sin embargo, posee ambas cualidades y, disuelto el Senado, ha convocado a una asamblea deliberante con el objeto de formar una Constitución permanente. Sus miembros serán designados por él y por su consejo privado entre los habitantes más respetables de cada municipalidad. Esta asamblea debe proponer los me-

dios para formar y asegurar la representación nacional, y, mientras tal representación pueda reunirse y se constituya en cuerpo legislativo, el poder ejecutivo continuará en manos del Director por unos tres meses a lo menos.

Si semejante asamblea cumpliera honradamente su deber, nada habría más sabio que esta medida. Pero, escogida por el ejecutivo y, por lo tanto, naturalmente inclinada a su favor, me parece que toda la dificultad estriba en obtener, por medio de tal asamblea, un Gobierno efectivamente representativo, más atinado hubiera sido, y más legal, por cierto, dada la constitución del Gobierno, haber dictado un decreto para que desde luego cada ciudad eligiera a sus representantes. El número de éstos iría naturalmente aumentando a medida que se incrementara la población del país y mejorara su cultura, de modo que el Gobierno fuera desarrollándose conforme a las necesidades de la población.

Tengo bastante experiencia para no sentirme recelosa de las constituciones que se hacen con apresuramiento, y, en especial, de ver súbitamente aplicada a una nación incipiente como ésta, una constitución adecuada a los hábitos de otros pueblos de una civilización superior.

Cuanto más simple sea una cosa aquí, tanto mejor; es probable que el Director y un Senado, o el Director y un alcalde para cada ciudad, que sería reemplazado cada año, y que equivaldría a los consejos de los primitivos reyes o patriarcas, se adaptaría por muchos años a ese estado social, mejor que ninguna otra complicada forma de legislación.

A este consejo habría de llamarse naturalmente a los jefes del ejército y de la marina. Con una población tan limitada serían, no sólo inútiles, sino perjudiciales otras corporaciones encargadas de regular los diferentes ramos del gobierno. Ni los hombres ni el dinero deben escatimarse para un objeto semejante, y podría responder a todas las necesidades un solo jefe competente para cada departamento.

Aquí, donde tan pocos han recibido una educación adecuada para servir de legisladores, los abogados y el clero tienen que actuar en una proporción desmedida respecto de los demás. Por la ciudad marítima de Valparaíso se ha elegido un sacerdote, y los comerciantes que llenarán los demás lugares con unos tres o cuatro militares, sin que se haya nombrado un solo representante de la armada, son homi-

bres cuyos puntos de vista se encuentran limitados por mezquinas especulaciones, y de quienes, por buena intención que tengan, sería vano esperar algún procedimiento esclarecido.

Me interesa el carácter de este pueblo y hago votos por la noble causa de la Independencia una vez que las colonias sudamericanas logren asegurarla, la libertad civil, con todas las ventajas que de ella se derivan, llegará a su tiempo.

Pero he pasado escribiendo toda la mañana y me he dejado llevar por pensamientos semejantes a los de los singulares habitantes del *Pandemonium* de Milton. ¿Qué me importan estados y gobiernos a mí, que el sufrimiento me hace vivir en tierra extraña, y que sé por experiencia cuán poco influyen en las penas del corazón humano, los monarcas y las leyes?

Junio 6.

HOY DIA SE CELEBRO LA

fiesta de Corpus y fui a la Iglesia Matriz con mi amiga la señora Campbell a oír predicar a su hermano don Mariano de Encalada. Salimos a las 9 de la mañana; ella se había quitado su traje a la francesa y adoptó el traje español, yo tuve que hacer lo mismo y ponerme mantilla en lugar de sombrero, porque ése es el traje que se usa para ir a la iglesia. Un niño nos seguía llevando un libro de misa y una alfombra para arrodillarnos. La iglesia, como todos los demás edificios de aquí, presenta por fuera un aspecto miserable, pero en el interior está suntuosamente decorada. naturalmente la Virgen estaba vestida de blanco, con una aureola y guarniciones de plata, rodeada de espejos y sostenida de las manos por San Pedro y San Pablo; el primero con una casaca de encajes y el segundo con un vestido tallado en el mismo trozo de madera que compone su graciosa persona.

Como tendría lugar una procesión en que el gobernador debía ir a la cabeza como la persona principal, tuvimos que esperar su llegada hasta las 11 del día para que comenzara el servicio: de este modo tuve tiempo suficiente para examinar la iglesia, los santos y las señoras; éstas, generalmente, conversaban, eran muy buenas mozas y estaban muy graciosamente vestidas con sus mantillas y con el cabello dividido en trenzas. Por fin llegó el gran hombre que, según se susurraba, había estado en conferencia con el almirante para transmitirle a él, a los capitanes y demás oficiales los agradecimientos del gobierno

por sus servicios. Pero los murmullos se acallaron y comenzó su plática el joven predicador. El sermón, como era natural, era adecuado a la ocasión, habló con escogido lenguaje de la libertad moral que confería la dispensa cristiana, de la cual no había mucha distancia a la libertad política, pero el argumento fué manejado con tanto decoro que nadie podía ofenderse, y recomendado con tanta fuerza que debe de haber convencido a muchos. El sermón me agradó bastante, pero me disgustó ver que lo sucedía la ceremonia de besar un relicario, que pareció no ser muy del gusto de Zenteno, a juzgar por el gesto de marcado desdén que le hizo al pobre sacerdote que se lo presentó. La procesión estaba formada, y entonces para no vernos envueltas en ella, salimos apresuradamente de la iglesia, y fuimos a buscar un sitio desde donde podíamos observarla a distancia. Cuando ví aparecer la diminuta procesión, porque era bien poco numerosa, a pesar de formarla todos los dignatarios municipales y militares que pudieron reunirse, no pude dejar de recordar el espléndido espectáculo que presencié hace tres años en el día de Corpus Domini en Roma, y de pensar cómo, en ambos casos, las formas del culto hacen desmerecer la idea del poder de la divinidad, y cuánta distancia hay entre esto y la fe que adora a Dios en espíritu y en verdad.

En el mar se desarrolla, sin embargo, una parte interesante del espectáculo, unos 150 botes y canoas, adornados con los colores nacionales, van remando por la bahía, encendiendo cohetes y deteniéndose delante de cada iglesia y de cada caleta de pescadores para entonar un himno. Después de acompañarlos cierto tiempo, me fui a casa de Mr. Hoseason, en donde encontré a Lord Cochrane. Noté que tenía mejor aspecto que cuando lo ví la última vez en Inglaterra, por más que su vida de trabajos y penurias no haya sido de lo más propicia para mejorar su físico.

He sentido entristecido el corazón al pensar que mi país, al perder sus servicios, ha procedido como "el miserable etíope que arroja al fango una perla que vale más que toda su especie junta". Pero él hace cumplido honor a su patria, sosteniendo la causa por la cual ella siempre ha abogado, y espero que en el porvenir, su nombre habrá de figurar entre los de los genios tutelares de los chilenos.

Cuando llegó Lord Cochrane de Lima, todo el mundo tenía ansiedad, naturalmente, por saber qué pensaban, él y los oficiales de la escuadra, acerca del Protectorado del Perú. Su Señoría no ha dicho

ni una palabra respecto a la conducta de San Martín, los oficiales, sin embargo, no son tan discretos unánimemente presentan al actual gobierno del Perú como el más despótico y tiránico, manchado repetidas veces por crueldades que no sólo hacen recordar las arbitrariedades de los más grandes tiranos militares, sino más bien los frenéticos actos del Czar Pablo. Tengo una carta de un oficial de la *Doris*, en la cual refiere el caso de una respetable y anciana señora de Lima, que se permitió hablar con demasiada libertad de San Martín, y que fué condenada a ser expuesta durante tres horas en la calle pública con un traje infamante, y como sus palabras eran las que más habían ofendido, amordazáronla, empleando como mordaza un hueso humano. Conducida a su casa, cayó aniquilada por la repugnancia, y murió.

Se encuentra actualmente en el puerto un buque, el *Milagro*, lleno de prisioneros españoles a quienes San Martín había ofrecido seguridad y protección para sus personas y propiedades. Después de haber adquirido cartas de ciudadanía mediante el pago de la mitad de su fortuna, a fin de obtener permiso para conservar el resto y poder retirarse de Lima, fueron apresados, despojados de todo en el camino al Callao, y arrojados al fondo del buque-presidio; ahora se hallan en la bahía para ser enviados con los demás prisioneros a Santiago. Su cautividad durará probablemente toda la vida, porque sólo serán puestos en libertad cuando España reconozca la independencia de sus colonias. Esta pobre gente ha llegado careciendo hasta de lo más indispensable, y se les ha negado permiso para proveer a algunas de sus más apremiantes necesidades, pero, Lord Cochrane los ha asistido sin preocuparse de permiso alguno. Ojalá pudiera inculcar aquí algunas de las prácticas humanitarias que en Europa se acostumbran en la guerra.

Según se dice, en el *Milagro* han venido dos agentes del gobierno del Perú con el propósito de observar el estado de las naves de Lord Cochrane, probablemente para entrar en tratos con los oficiales y hasta con el mismo gobierno para adquirirlas para el Perú. Se rumorea, sin embargo, que sólo vienen como encargados de los prisioneros; puede que sea así, pero ya la opinión está formada respecto a la honradez del Protector del Perú.

El almirante se dispone para ir a Santiago a visitar al Director. Espero que el gobierno querrá hacerle la justicia de atender a la reparación de sus buques, le queda todavía mucho por hacer. Mientras

los realistas continúen haciéndose fuertes en Chiloé bajo las órdenes de Quintanilla, siempre habrá allí un refugio y un centro para recibir refuerzos de España, y si bien me parece imposible que estas provincias vuelvan a verse unidas a la madre patria, los reveses y las miserias de la guerra civil pueden prolongarse quién sabe cuánto. Por otra parte, ¿qué mejor defensa puede tener Chile para sus dilatadas costas que su escuadra?

Junio 8

FUI A HACERLE UNA VISITA

a la esposa del propietario de mi casa, que me tenía muy convidada a ir a tomar mate con ella; pero hasta hoy me lo impedía el temor de tener que usar la bombilla, o tubo que sirve para chupar el mate y que pasa por boca de toda la concurrencia. Me resolví, sin embargo a desechar esta preocupación y así dispuesta me dirigí esa tarde a su casa. El edificio tiene más o menos la distribución de las casas semi-morisca que los españoles introdujeron en el país. Después de pasar un zaguán, a cuyos lados hay varias tiendas con vista a la calle, que pertenecen a distintos comerciantes, me encontré en un amplio patio, al cual dan las ventanas de la casa.

A continuación del costado de la entrada, hay una bodega que ocupa otro flanco, entre los otros dos, están las habitaciones, a juzgar por las ventanas con celosías medio entornadas. En la antesala, estaban sentados los sirvientes, ociosos por haber terminado ya el trabajo del día, y se entretenían en mirar hacia el departamento de la familia, en donde las mujeres reclinadas en unos cojines dormitaban en el estrado, plataforma cubierta por un tapiz, y que se encuentra en uno de los costados de la habitación, al otro lado estaban los hombres, con sombrero puesto, sentados en altas sillas, fumando y escupiendo. A lo largo de la muralla del estrado se apoyaba un banco tapizado; invitaronme a sentarme allí y se pidió el mate en seguida.

Una de las amigas de la señora bajó entonces del estrado y se sentó en el borde de la plataforma, delante de un ancho bracero con carbones encendidos, en el cual había una tetera de cobre llena de agua hirviendo. Se le pasaron los útiles necesarios, empezó por cebar la taza con los ingredientes acostumbrados, vertió sobre ellos el agua hirviendo, se llevó la bombilla a los labios y después de chupar el mate me lo ofreció a mí, pasó largo rato antes de que pudiese decidir-

me a probar el hirviente brebaje, que si bien es más áspero que el té, me pareció muy agradable. En cuanto concluí mi taza, volviéronla a llenar al instante y se la pasaron a otra persona, y de esta manera se siguió hasta que todos se hubieron servido: dos tazas con sus bombillas circularon entre toda la concurrencia. Poco después del mate, nos sirvieron bizcochos azucarados y, por último, un vaso de agua fresca, con lo cual concluyó la visita. Esta es una familia de tenderos de la mejor clase, dignificados con el nombre de comerciantes, y tienen el mayorazgo de un pequeño fundo cerca de la chacra en que residio. Sus modales son muy agradables y hay en las mujeres cierta gracia y amabilidad que llamarían la atención en los salones más correctos, lo que hace que la falta de educación no sea tan insoportable como en nuestro país, donde va siempre acompañada de vulgaridad. Aquí, la falta de cultura, hace que las mujeres tengan que recurrir a sus medios naturales de persuasión, a la gracia y a las caricias, y si en esto entra algo de astucia, es porque ésta es la protección que la naturaleza ha dado al débil en contra del más fuerte. En Inglaterra, nueve de cada diez mujeres ignorantes son vulgares, y como tales se conducen, y como tales tratan a los demás. Aquí, la simplicidad de carácter se aproxima a la más refinada educación, y una jovencita inglesa bien nacida y educada no se diferencia mucho en sus modales de una niña chilena.

Junio 12

DESPUES DE TRES DIAS DE

lluvia, la mañana de hoy es tan hermosa "como aquélla en que fué creado el paraíso"; así, pues, pasé la primera mitad de ella en el jardín y la otra mitad vagando por las quebradas en busca de flores silvestres. Desde luego, en el arenoso sendero vecino encontré una variedad de la amapola amarilla, algunas malvas de las que hay silvestres en Inglaterra y otras rojizas de cultivo; verbenas, dos o tres clases de trébol, hinojo y una pequeña malva escarlata de flores diminutas. Estas, y tres o cuatro clases de geranios, acederas, llantenos, alfalfa, que es el forraje usual aquí, y varias flores más me hicieron imaginarme en un campo inglés. Una de las plantas desconocidas que primero me llamaron la atención fué el rojo y hermoso quintral, que algunos llaman la madreelva chilena por su caprichosa semejanza con aquella enredadera, aunque es una planta parásita y sin perfume. Hay otra florcita muy hermosa, parásita también, que se llama aquí cabello

de ángel (*cuscuta*) desprovista de hojas, y que tiene, en cambio, largos tallos semi transparentes, que al mecerse en el aire, colgando de los árboles a que se han adherido, parecen rizos de dorados cabellos, de lo que ha nacido el nombre de la planta. La flor se da en gruesos y apretados racimos y tiene la apariencia de la cera blanca, con un ligero tinte rosado en el centro; es de seis pétalos, más o menos del tamaño de las flores sencillas del lirio del valle, y muy fragante. La gente del país considera estas plantas parásitas como emolientes y las aplican a las heridas. Pronto se agotaron mis conocimientos de botánica, y entonces cogí un gran puñado de toda clase de hojas y de flores para llevarlas donde un vecino que tiene fama de ser muy buen conocedor; mientras caminaba, iba recordando el apóstrofe de Clorinda a las hierbas que ha cogido, y que es uno de los más bellos pasajes del acto II de la *Pastora Fiel*.

Luego supe que el *culén*, cuyas virtudes he mencionado ya, tiene también poder contra los maleficios. El *litre*, cuyas hojas levantan ampollas en las manos, es tan acre que las personas que pasan a su lado quedan con la cara hinchada, y es muy peligroso dormir bajo su sombra. Sin embargo, con sus bayas se hace una bebida muy saludable: la madera es dura como el fierro y se usa para los arados. La *algarrobilla* es una pequeña y bonita acacia, que produce una tintura negra, de la cual se hace la tinta ordinaria para escribir. El *quislo* es un arbustito rampante que da unas flores verduzcas, a las cuales suceden unas bayas, o semillas encerradas en una envoltura carnosa, que se divide en cinco segmentos y deja a la vista la semilla. La baya es del porte de una grosella y tiene un sabor un poco ácido, muy agradable: las raíces hervidas úsanse para restaurar al cabello su primitivo color. El floripondio (*Datura arborea*) da una hermosa flor en forma de embudo, de diez pulgadas de largo por cuatro de ancho, y de un color blanco lechoso, cuyo suave perfume se hace sentir a la puesta del sol. El romerillo o romero bastardo, se emplea en infusión para fortalecer el estómago. Hay dos clases de palqui: una amarilla y otra de flores lilas, esta última huele como el jazmín durante la noche, pero es muy agradable después de la salida del sol: la planta es útil para lociones en los casos de hinchazones y erupciones cutáneas, pero muy dañina si se ingiere: su mayor consumo lo hacen los fabricantes de jabón, porque da las cenizas más finas y en mayor cantidad que ninguna otra planta. La yerba-mora es una variedad de *solanum*, que se

considera como un específico para las afecciones de los ojos, hay una variedad muy bonita de flores de un azul profundo, con hojas dentadas. La manzanilla, llamada así porque su color recuerda al de las manzanas es un amargo muy fuerte, semejante a la camomila, en cuyo lugar se usa, y a la cual se parece por sus flores abiertas y listadas a la verdadera camomila se le llama aquí manzanilla de Castilla.

La maravilla, o girasol, crece abundantemente en los cerros vecinos, en donde proporciona un excelente alimento para el ganado. El mayu, que pertenece al orden de las Lomentáceas de Linneo, produce unas vainas que contienen un polvo oscuro que sirve para hacer una excelente tinta para escribir. La pimientilla es una especie de salvia, de espléndidas flores y de hojas de un gris ceniciento, que se usa para los dolores reumáticos. El quillo-quillo, o *lychnis* blanco, y la tornatilla, una malva, se usan también en medicina, en casa he visto atados de cachanagua seca, o centáurea ordinaria, que, según me aseguraron, es un excelente remedio para los desgarros de sangre. Además de todas estas plantas útiles he cogido la flor del soldado, (*celsia escarlata*), la barba de viejo, arbusto que da unos pequeños racimos de flores apretadas, de un olor parecido al de la reina del prado la andrómeda, y una fucsia ordinaria, de manera que, si se considera que no estamos en la estación de las flores, no he podido andar más afortunada. Me entristece saber tan poco de botánica, porque soy realmente aficionada a las plantas. Me agrada ver su desarrollo y conocer su procedencia y sus usos, pero me parece que la nomenclatura botánica ha sido creada para mantener alejada a la gente de todo conocimiento real de una de las más hermosas ramas de la naturaleza. ¿Qué tienen que hacer esos rudos vocablos con cosas tan agradables como las rosas, los jazmines y las violetas?

Miércoles 19 de Junio

DURANTE ESTOS ULTIMOS días he pasado menos sola. Mi

amiga la señorita H me acompaña y hemos hecho juntas varios paseos agradables; además, he conocido a unos cuantos oficiales de la escuadra chilena. Forster, que era capitán más antiguo, ha dejado el mando, y según se dice, ha presentado la renuncia al Supremo Gobierno. El otro día tuvo la amabilidad de venir a dirigir la instalación de una estufa en mi saloncito, hasta ahora,

había usado yo un brasero abierto, pero, como a pesar de ser muy confortable, deja circular el humo del carbón, que puede ser dañino, he preferido colocar una estufa, que tiene salida por la chimenea. Son varias las casas que en la actualidad tienen estufas y fogones ingleses, pero el consumo del carbón no es todavía muy difundido. El carbón inglés es muy caro y el que se extrae en la provincia de Concepción, más o menos de la calidad del carbón de Escocia, no se explota todavía en cantidad suficiente para abastecer el mercado.

De los oficiales que en la actualidad pertenecen a la Escuadra, he visto al capitán Crosbie, capitán de la insignia de Lord Cochrane: es un joven irlandés, cumplido caballero, inteligente y valeroso, como debe serlo todo capitán de Lord Cochrane.

Otro, es el capitán Cobbet, sobrino de Cobbet, que tiene mucho del espíritu batallador de su tío y dotado también, si los rasgos fisonómicos no engañan, de no pequeña dosis de su mismo engrandecimiento. todo se lo debe a Lord Cochrane, educación y rango, tanto en la armada inglesa como en la chilena, y goza de la reputación de ser un excelente marino; lo encuentro correcto, inteligente y comunicativo. Con todo, la persona que parece poseer particularmente los conocimientos relativos a todas las cosas que me interesan, es el Dr. Craig, cirujano de la *O'Higgins*. Hábil en su profesión, de buen sentido, dotado de una natural curiosidad y de un carácter entusiasta disimulado por cierta fría apariencia es una de las personas más atractivas que pueda encontrarse a este lado del Cabo de Hornos y por eso me complace particularmente su amistad.

No deja de ofrecer cierto agrado que vengan a interrumpir de vez en cuando nuestra soledad algunas personas que, como éstas, tienen un carácter propio, ya que entre la sociedad inglesa que aquí se encuentra, existe una sensible proporción de gente baja. Sin embargo, como la vulgaridad, la ignorancia y la rudeza ocultan a menudo la bondad de algunos corazones, y como es esta última la que reconozco en todos aquí, ocurre pocas veces "que tenga que lamentar la rigidez de la corteza de la piña, mientras saboreo las delicias de la fruta". *

Ayer zarpó de aquí para Lima Mr. Thompson, uno de esos hombres a quienes la verdadera filantropía cristiana ha traído a través del Océano y de los Andes para difundir los beneficios de la educa-

* Alusión a una frase del obispo Horne. (N de la A.)

ción entre sus semejantes. Ha pasado algún tiempo en Santiago, donde, bajo el patrocinio del Director Supremo, ha establecido una escuela de instrucción mutua según el sistema de Lancaster.

En Valparaíso también ha estado cierto tiempo dirigiendo la formación de una escuela parecida, a cuyo sostenimiento se ha destinado la renta de un monasterio clausurado. El gobernador, con el cabildo y los oficiales militares en procesión, acompañaron a Mr. Thompson en la apertura de la escuela, a fin de darle al acto toda la importancia posible, y me es grato decir que se alcanzó un buen resultado. Ahora es muy concurrida, y he encontrado a mucha gente del pueblo que, de mañana, lleva allí a sus hijos. El gobierno ha declarado solemnemente a Mr. Thompson, ciudadano libre de Chile. Las necesidades más apremiantes del país son la educación de las clases media y superior y un mayor número de mano de obra. Debiera decir trabajadores productivos. No se cultiva ni la centésima parte del suelo que rinde desde 16 por 1 en la costa hasta 100 por 1 de trigo en los terrenos más elevados, el rendimiento ordinario es de 60 en todas partes y en algunos puntos de 90, para la cebada y otro tanto para el maíz; por otra parte, los frutos trasplantados aquí parecen haberse adaptado al suelo y aun mejorado en calidad y encantidad en este favorable clima.

Junio 20

HOY, CON EL DESEO DE PROCURARLE un nuevo espectáculo a

mi joven amiga, hemos ido a pasear a lo que se llama aquí comúnmente el jardín, y he pasado muy feliz todo el día. Cuando llegamos, la dueña del jardín, estaba sentada en el banco de ladrillo que está delante de la puerta. Parece muy anciana, tiene el pelo, que le cae en una sola trenza por la espalda, completamente gris. Es alta y de aspecto muy saludable, y pronto llamó a tres de sus cinco hijas para que nos recibieran. La más joven de ellas parece tener por lo menos cincuenta años. es alta, musculosa, bien hecha, con restos de una decidida belleza, el paso ágil y la voz agradable, adelantóse trayendo unas alfombras para que nos sentáramos y naranjas para refrescarnos. Las otras dos, cuya apariencia no es menos atrayente, se nos acercaron y nos invitaron a pasear por el jardín. No hay en él ninguna de las flores de cultivo, pero estas mujeres han adornado la arboleda de duraznos, cerezos y manzanos, con

todas las flores rústicas de la vecindad, algunas de las cuales crecen cerca del pequeño arroyo que surca el terreno y otras se enredan en los troncos de los árboles frutales que recién comienzan a florecer.

Yo desearía, sin embargo, ver todo esto mejor cuidado. Hasta Eva escardaba su jardín y Adán tenía la obligación de embellecer el terreno que cultivaba. Nos mostraron un hermoso rincón cubierto de verdor situado en el ángulo que forman dos colinas, donde la joven y bella lady Cochrane acostumbraba invitar a sus amigos a comer y a gozar del agreste paisaje. Parece que su alegría y vivacidad han producido una fuerte impresión en la gente de aquí, que hablan de ella con admiración y añoranza. De vuelta a la casa, pasamos por el jardín particular donde ví por primera vez el lúcumo (*Achtaes lúcumo*) fruta rara aquí pero que abunda bastante en Coquimbo y florece muy bien en Quillota. La simiente parece una castaña y, como el níspero, está envuelta en una pulpa de sabor agradable y dulce. Se encuentra también el chirimoyo, (una *anonna*, de las coadunatas del método natural de Linneo), tan famoso en el Perú, cuyos árboles se parecen exactamente uno al otro.

Encontramos a la anciana señora sentada donde mismo la habíamos dejado, repartiendo consejos y plantas de varias clases a dos o tres mujeres y a algunos niños que se habían reunido a su alrededor mientras nosotros andábamos en el jardín.

Entre las muchachas había dos hijas de pescadores que iban a vender una clase de algas y varios mariscos. como yo dijera que no había visto antes varios de esos mariscos, las señoras nos invitaron a mí y a mi compañera para que viniésemos un día a comerlos guisados a la manera del país. Hoy era ya tarde para prepararlos, pero nos rogaron tanto que volviésemos después del paseo que pensábamos hacer a la quebrada para que participásemos en la comida de la familia, que yo, tan aficionada a ver todas las cosas, consentí luego en ello; y, en efecto, a las dos de la tarde volví a la casa del jardín.

Encontramos a la madre que estaba sola en el estrado reclinada en unos cojines, delante de ella tenía una mesita baja y redonda, en la cual se había extendido un mantel de algodón, que distaba mucho de verse limpio. Las hijas entraban sólo para servir a su madre, pues comían en la cocina junto al fuego; a nosotras nos pusieron asientos junto a la mesa de la señora. Lo primero que apareció fué una pequeña fuente de barro que contenía médula cocida, y se nos invitó a untar

en ella el pan que a cada cual se nos había dado; la anciana señora dió el ejemplo y aun llegó a ofrecerle con sus dedos unos pedacitos bien sopeados a miss H., quien trató de pasárselos a un perrillo que estaba detrás de ella. Yo, que no estaba tan cerca, escapé mejor; por lo demás, como no me disgusta realmente la médula unté mi pan diligentemente y lo comí con gusto, si bien en vano eché de menos un poco de sal y de pimienta. En Chile el pan no es bueno después del primer día. Los panaderos del país acostumbran ponerle sebo o grasa, de modo que tiene gusto a bizcocho, hay, sin embargo, unos pocos panaderos franceses que hacen excelente pan, el de hoy, era pan del campo y cuadraba muy bien con la médula derretida.

Después de este aperitivo, como lo llamarían mis compatriotas, se nos puso delante una gran fuente de charquicán. Consiste el charquicán en carne fresca de buey muy hervida, pedazos de charqui o carne seca de buey, rebanadas de lengua seca, y tomates, calabazas, papas y otras legumbres cocidas en la misma fuente. La dueña de casa comenzó inmediatamente a comer en la fuente con los dedos, invitándonos a que hiciéramos lo mismo; pero una de sus hijas nos trajo a cada una, un plato y un tenedor, diciendo que ella sabía que, esa era nuestra costumbre.

No obstante, la buena señora persistió en ponernos en el plato los pedazos más delicados con su pulgar e índice. El guiso era bueno y estaba bien cocinado. Siguió un ave que ella partió con las manos, luego, otro guiso de ave despedazada, dispuesta en torrijas, espolvoreada con hierba picada, después unos menudillos de ave, sopas, y, por último un pocillo de leche y un plato de harina de *yalle*, o sea harina hecha con una variedad de maíz pequeña y delicada. Echamos la harina en la leche y la revolvímos: la encontré excelente y muy parecida a la que llamamos *milk brose*. * Bebimos vino del país, y cuando íbamos al corredor después de comer, nos ofrecieron manzanas y naranjas. Como todavía no era hora de que la anciana fuera a dormir su siesta, aproveché la oportunidad para hacerle una pregunta acerca de la creencia de la gente del pueblo sobre las brujas. Hay algo en su aspecto cuando la rodean sus cinco hijas, que irresistiblemente me hace pensar en las hermanas brujas y sentíme medio inclinada a preguntarle quiénes son, "que no parecen habitantes de la tierra y están sin embargo en ella".

* Bebida escocesa que se prepara en forma parecida al ulpo. (N. de G. E. de C.)

oír hablar del tiempo de los españoles, añorándolo con cierto pesar. El Gobierno actual, al suprimir muchas de las prácticas religiosas, ha librado al pueblo de una pesada carga, a no dudarlo, pero también lo ha privado de sus diversiones acostumbradas. En un clima como éste, donde no es necesario el constante trabajo para el sustento de la vida, debe prestarse cierta consideración a la necesidad de divertirse que tienen las clases populares, puesto que las diversiones puramente intelectuales no existen. A mi juicio, no debiera haberse abolido la festividad de San Pedro, que tan peculiarmente se adapta a un sitio que está junto al mar. En el día de San Pedro se acostumbraba sacar su estatua con toda solemnidad de la Iglesia Matriz, en donde se guarda, y colocarla en una goleta adornada con cintas y guirnaldas, enteramente empavesada y con otras imágenes a bordo. La goleta, daba una vuelta por la bahía seguida por todos los botes y canoas tripulados por pescadores. En diversos puntos de la bahía se estacionaban algunas bandas de música y cuando la goleta iba acercándose, se la saludaba con petardos y cohetes.

Siempre he admirado la sabiduría de Venecia en lo que se refiere a sus festividades. Casi no hay ninguna de las fiestas de la Iglesia que no tenga relación con algún acontecimiento nacional. En la fiesta de la Purificación celébrase la captura y el rescate de las novias venecianas, conocidas bajo el nombre de las Marías, que ha servido de tema a innumerables leyendas y poemas en todos los idiomas. Las ceremonias del último día de carnaval conmemoraban una división interna de la ciudad. Pero entre mil otras, la más importante en todo sentido era la que se celebraba el día de la Ascensión; el Dux se internaba en alta mar a bordo del *Bucentauro* y se desposaba solemnemente con el Adriático, en conmemoración del triunfal regreso del Dux Urseoli, el día de la Ascensión, después de haber sometido todo el Adriático al dominio de Venecia. Puede objetarse que injertar de esta manera los sagrados sentimientos del patriotismo en el tronco de la superstición sólo aprovecha a esta última y que la esclarecida política de los tiempos actuales debe sobreponerse al espíritu de contemporización que tal unión exige. Pero si los pueblos tienen actualmente la ilustración suficiente para ser insensibles al aparato, a los entretenimientos y a las manifestaciones externas, ¿no sería cuerdo utilizar esas ostentaciones y manifestaciones para ligarlas a los sentimientos patrióticos?

Si tal cosa hubiera hecho, en vez de hacerle la sencilla pregunta que le hice, no se hubiera mostrado mi anfitriona más horrorizada; santiguóse, sacó un escapulario de la Merced * para besarlo y dijo en seguida: —Ha habido brujas, pero sería pecado mortal creer en ellas o consultarlas: que Nuestra Señora nos defienda de ellas a mí y a los míos. Poco más podía sacarse de ella sobre este asunto a pesar de que comenzó a esplayarse en una larga historia de santos y milagros, fabricada especialmente contra los herejes, en particular contra los rusos y en favor de los fieles españoles. Me parece, sin embargo, que las brujas se dedican aquí a hacer las mismas cosas que en Europa, influyen en el nacimiento de los animales y hasta en el de los niños, cortan la leche, secan los árboles y dirigen los vientos a su antojo. No hace aún 30 años que fué encerrado en la cárcel de la Inquisición el piloto de un buque mercante que había llegado desde Lima en 35 días, tiempo que entonces se consideraba demasiado corto para haber hecho el viaje sin una ayuda sobrenatural.

La gente es aquí tan española en sus costumbres, que sería difícil para una persona determinar qué parte de sus supersticiones, hábitos e inclinaciones se derivan de los aborígenes chilenos, y mucho más difícil lo es para mí que no he estado nunca en España, de modo que donde las costumbres se diferencian de la de los campesinos de Italia, quedo ignorando igualmente si la diferencia procede de los antecesores hispano-moriscos o de los chilenos.

Las supersticiones y la cocina de hoy día son decididamente españolas, aunque algunos de los materiales que se emplean en ambas son de origen netamente americanos, no es mal signo, según creo, para caracterizar a la nación.

24 Día de San Juan

PARECE QUE HUBIERA CAÍDO aquí la balsámica *nucca*, el

rocío celestial que cayó sobre Egipto e hizo desaparecer las plagas: todo está alegre y risueño en la ciudad, y las gentes se han puesto sus vestidos domingueros. Es sensible, sin embargo,

* El escapulario es un pedazo de paño o de seda que en un lado tiene bordada una cruz blanca en campo rojo y en el otro las armas de Aragón. Se usa colgado del cuello y me hace recordar el cordón de los brahmanes. En el día de la Asunción los que se han incorporado a la Hermandad o sociedad, pagan dos reales y un real todos los meses siguientes, por derechos de sepultura en el Panteón consagrado de la Merced. El escapulario es el recibo que los santos hermanos dan por el dinero que perciben. (N. de la A.)

Chile es un país tan esencialmente marítimo, separado como se halla su territorio por los Andes, de los países del este, y por el desierto de Atacama, de los países del norte, que si yo fuera legislador dirigiría toda mi atención y todo mi interés hacia el mar. Haría del día de San Pedro una festividad nacional esencialmente marítima. distribuiría premios a los pescadores y a los lancheros; acordaría recompensas honoríficas a los oficiales, recibiría y resolvería todas las peticiones y representaciones que tuvieran atinencia con el mar en una palabra haría sentir en ese día que la protección del Gobierno se daba la mano con la de la religión para amparar a la más útil, y por consiguiente, a la más favorecida clase de los ciudadanos chilenos.

Junio 25

HE IDO DE PASEO CON UNA numerosa comparsa a la *Laguni-*

lla, pequeña laguna de agua dulce formada por diversos esteros, separada del mar sólo por un banco de arena, el camino por el valle de la laguna es bueno, pero es uno de los más escarpados que he conocido para hacerlo a caballo. Al dejar Valparaíso, que queda a tres leguas de distancia de la laguna, nos encontramos en una elevada planicie, desde donde se goza de una magnífica vista de los Andes centrales, por un lado, y de la costa con todas sus bahías y caletas, por el otro. Se dice que la bahía de la *Laguni-lla* no es segura para los buques que siempre recalán allí cuando vienen del sur. En el fondo del valle encontramos un rancho que ofrece actualmente un triste aspecto de pobreza y de miseria, ésta es la estación más pobre del año; las provisiones traídas para la temporada están casi agotadas, sin embargo, el campesino espera sin impaciencia (porque los chilenos son alegres y de buen humor) que vuelva la estación que le traerá las manzanas para hacerle el pan más agradable y las verdes ramas que darán más frescura a sus techados y a sus cercos que, desde que se acabó la cosecha de la chacra, han ido desapareciendo gradualmente para alimentar el fuego. Habíamos enviado una mula cargada de provisiones a este punto y uno de nuestros compañeros había cazado algunas perdices que fueron guisadas en el rancho. Se extendió el mantel en un agradable sitio donde comimos oyendo los murmullos del pequeño arroyuelo que surca el valle dándole verdor y fertilidad. Unos cuantos árboles frutales crecen entre los peñascos que un furioso alud ha hecho rodar desde el cerro vecino. Es ésta la

primera excursión en que he tomado parte desde mi llegada, y no sin cierta resistencia, porque no me encuentro todavía en condiciones para hacer buena compañía a los jóvenes y compartir su alegría, pero ahora no lo lamento. El buen tiempo, el ejercicio, los bellos paisajes, tienen que hacer bien tanto al cuerpo como al alma, me siento ahora mejor de lo que jamás había esperado sentirme cuando recién desembarqué en estas playas.

Cuando volvíamos, divisamos la fragata inglesa *Aurora* que llegaba en ese momento a Valparaíso procedente del Brasil y que al entrar saludó a la insignia de Lord Cochrane. Su Señoría se encuentra actualmente en Santiago. Según dice la gente, está tratando de obtener del gobierno el pago de los sueldos y de la parte que en justicia le corresponde a la Armada por los buques apresados. Algunos de sus amigos le atribuyen infundadamente, a mi juicio, estar interviniendo en la reorganización que se proyecta hacer en el gobierno. Otros, tal vez mejor informados, dicen que se ocupa de refutar los absurdos cargos que en su contra ha formulado San Martín. Estos cargos proceden de los móviles más bajos; envidia de su reputación, despecho por sus acciones y miedo de sus resentimientos; esto, sin hablar de la desatada cólera que le ha ocasionado la opinión de Su Señoría, de que es "más honroso revelar un franco disgusto, que disimular secretos rencores" como expresó al descubrir los infames designios que abrigaba San Martín contra el Estado que había jurado servir. Estos cargos son tan frívolos, tan mezquinos, tan despreciables como los que un ladrón pudiera lanzarle desde las galeras a un hombre inocente que lo hubiese ofendido, y siempre he pensado que, en este caso, ponerse a vindicar la integridad e incorruptibilidad de un hombre como Lord Cochrane, sería hacerle una afrenta a sus virtudes.

27 de Junio

HOY FUI A PAGARLE UNA VISITA a la señora del gobernador

Zenteno, dama muy fina y agradable que me recibió con mucha cortesía y mandó a buscar a su marido. Este llegó inmediatamente, al parecer muy regocijado de poder exhibir las comodidades a la inglesa que había en el departamento en que fui recibida. En un día frío y lluvioso como éste es agradable encontrarse en una habitación donde hay una alfombra inglesa, una estufa inglesa, y hasta carbón inglés encendido. Zenteno me asegura-

ba que no había para él nada que estimulara mejor la conversación que el fuego encendido así, en una estufa abierta, y que lamentaba haber pasado tantos años, sin sospechar siquiera que existiese tal comodidad. Todo su afán es introducir el gusto por la elegancia de la vida civilizada, en cualquiera otra circunstancia, habría podido decir yo que en su gran admiración por todo lo inglés había cierto fondo de afectación. El pueblo de Valparaíso le debe, sin embargo, considerables mejoras en calles y caminos y, entre otros proyectos, tiene ahora en estudio el de construir un nuevo mercado en cuanto los recursos lo permitan. Estas cosas les parecen insignificantes a los extranjeros, que olvidan que Valparaíso, uno de los más grandes puertos de este lado del vasto continente sudamericano, es poco más, en apariencia, que cualquier pueblo inglés de pescadores. En comparación, Sidmouth es una ciudad importante. De la casa del gobernador me dirigí a la cárcel, macizo edificio en pésimas condiciones, que ahora está desocupado. Los prisioneros han sido trasladados al hospital de San Juan de Dios: me da vergüenza decir que los prisioneros españoles que San Martín ha mandado de Lima están allí mezclados con los reos comunes. A su llegada, los españoles se encontraban en una situación tan deplorable que para evitar que pereciesen de hambre, los vecinos ingleses hicieron una suscripción, encargándose uno de los comerciantes de vigilar todos los días que se les distribuyeran alimentos.

29 de Junio.

HOY HA LLEGADO LA *INDEPENDENCIA*, uno de los buques

de la escuadra chilena. Lord Cochrane la había dejado vigilando las costas del norte para ayudar a la lucha contra los españoles y conseguir provisiones * en compañía del *Araucano*, pero en una ocasión, en que aquella se separó para ir en servicio a la bahía de Lorero, el piloto, el condestable y el contramaestre del *Araucano* se amotinaron, aprovechando la ausencia del capitán y de algunos oficiales que se hallaban en tierra por razones de servicio, y se adueñaron del buque. Desembarcaron en Dolores a to-

* Todas las órdenes para obtener provisiones para la escuadra chilena, encarecen de manera particular que sean pagadas cumplidamente, y que, en caso de no poder hacer, se emplee la fuerza sólo con las propiedades que se amparen bajo la bandera española respetando cuidadosamente la propiedad privada. (Véanse las órdenes impartidas al *Araucano*, etc.) Tal fué la práctica constante de la escuadra mientras estuvo bajo las órdenes de Lord Cochrane. (N de la A.)

dos los chilenos y a los ingleses que no quisieron acompañarlos, y se hicieron a la vela con 16 hombres, sin que hasta ahora se haya oído hablar más de ellos. Cuarenta y siete tripulantes a las órdenes del capitán han quedado en situación de volver al servicio y es de notar que no hubo ningún chileno entre los desertores.

La *Independencia* ha hecho en la costa algunos reconocimientos de importancia y en varios casos ha prestado útiles servicios a la buena causa, estimulando a las ciudades del litoral a declarar su adhesión a los gobiernos independientes de los territorios en que están situadas. Es de lamentar, sin embargo, que la intemperante conducta de uno de sus oficiales, que expió su culpa con la vida, haya ocasionado algunos disturbios que, mucho me temo, tengan mal resultado.

Junio 30

HOY SE LLEVARON A SAN

tiago 300 prisioneros de Lima, algunos a pie y otros en carretas por serles imposible caminar a causa de la edad y de sus enfermedades. Entre estos últimos iba un anciano de cabellos grises que apostrofaba al mar, cuyas playas dejaba, diciendo que se separaba del único camino que podía llevarlo a su tierra nativa, con débiles lamentos sentóse descuidadamente en un lado del vehículo; al dar vuelta la primera cuesta, cayó al suelo y murió ahí mismo, no a causa de la caída, sino de pesadumbre y de tristeza. Dicen sus compañeros, que murió en la misma carreta con la palabra *España* en los labios, cayendo después al suelo. Cosas son éstas que acongojan el corazón y lo más sensible es que el mal no proviene del curso ordinario de los sucesos de la naturaleza, en que los sufrimientos y las pruebas afligen al hombre en proporción a sus fuerzas; ni de esa mano altísima que es tan poderosa como clemente, sino que viene del hombre que hace presa de sus semejantes, que agrega la hipocresía a la crueldad, y comete sus crímenes bajo el sagrado nombre de virtud. * La historia de estos prisioneros resume todo cuanto hay de bajo, de cruel y de cobarde, porque ¿cuándo ha sido valiente un hombre cruel?

Hoy es la festividad de Nuestra Señora del Pilar, la abogada de los Marineros. ¿Cómo podía dejar yo de observarla? Me dirigí, pues, donde mi vieja amiga del jardín a quién llaman comúnmente la Cha-

* Son de recordar las palabras de Mme. Roland, frente a la estatua de la Libertad. ¡Oh, Liberté; que de crimes on commit dans ton nom! (N de la A.)

belita y en cuanto supe que ella pensaba ir a la ceremonia que se celebra en la iglesia de la Merced le pedí que me permitiera acompañarla. La tarde no pudo ser más provechosa, ya que sin tal compañera no hubiera podido disfrutar de tanto entretenimiento e información. Desde luego no sé cómo me hubiera atrevido, de otra manera, a entrar en una venta o negocio de licores, como hoy lo hice. Llegamos a la Iglesia muy temprano y después de recorrer en todo sentido el espacio por donde debía pasar la procesión, nos dirigimos a la expresada venta que se halla justo frente a la Iglesia. Al principio me imaginé que fuera la casa particular de alguna amiga de la Chabelita, pareciéndome que la mesa que se hallaba dispuesta en la puerta, con frutas y bollos para la venta, sería solamente un adorno para la festividad. Cuando entramos a una sala muy grande, rodeada de bancos en tres de sus costados y con un brasero en el centro, ví que en el cuarto costado había una mesa cubierta de jarros y botellas que contenían licores de variadas clases, rodeados de vasos de diferentes tamaños. Sentados en uno de los bancos hallábanse dos religiosos de la orden de la Merced, vestidos con amplios y largos trajes blancos con cruces negras y que llevaban puestos unos enormes sombreros, fumando y conversando de política. Los principales temas de la conversación era el destierro del obispo, los probables resultados de un concilio que debía reunirse para tratar asuntos eclesiásticos, y algunas murmuraciones acerca de la elección de diputado por Valparaíso que había recaído en don Celedonio Márquez, provincial del convento de Santo Domingo, con olvido de los mucho más dignos hermanos de la Merced. Nuestra entrada pareció interrumpir por un momento su conversación, pero después de un cuchicheo de unos cuantos minutos, durante los cuales oí, una y otra vez, las palabras "viuda inglesa", volvieron a su política, y una vez que terminaron de fumar sus cigarros se levantaron y se fueron. Mientras tanto, había estado observando a unas cuantas ancianas gordas que andaban ocupadas en hacer mezclas de distintos licores que llevaban a otro departamento interior. Probé algunos de esos licores. Muy poco era el aguardiente o el vino que se pedía, en cambio, había un gran consumo de diversas clases de sorbetes, de los cuales, el mejor, es la *aloja*. La *aloja* es una infusión de culén, canela o cinamomo silvestre, y un poco de almíbar, a la cual se le atribuyen cualidades tan saludables como agradables. Muy luego comenzó a llenarse la casa. Iban llegando grupos tras gru-

pos de jóvenes que eran conducidos a diversas salas y sólo entonces vine a darme cuenta dónde me hallaba. Algunos parroquianos comenzaron a pedir variados guisos, otros, vino, unos cuantos, refrescos y bizcochos, música y cigarros. Entonces aparecieron unas cuantas muchachas de buen aspecto que llevaban guitarras y entraron a las salas en que se pedía música. Muy pronto oí cantos y música de baile y entonces con la satisfacción de ver a todos alegres y contentos, me retiré de aquel sitio, persuadida de que el regocijo sería aún mayor en la tarde, y que los bailes que he visto a menudo entre la gente ordinaria en las más bajas tabernas, cuando he pasado en la noche por el Almendral, son los mismos que se ven aquí, aunque más en privado, entre la gente de mejor clase, en moradas de la tranquila apariencia de ésta. El juego es tan común entre la clase baja como en la mejor sociedad. Toda nación rudimentaria juega, todo pueblo de civilización refinada hace lo mismo. El salvaje, en los intervalos que le dejan la caza y la guerra, no tiene más que el ocio y cuando su vida se estanca, siente la necesidad de un estimulante, entonces, juega. El caballero de una sociedad civilizada no necesita de la caza para procurarse el sustento, y si no se dedica a ella por ejercicio, necesita procurarse ese mismo estimulante que parece indispensable para la existencia, y entonces también juega. Las especulaciones comerciales y la guerra, no son sino un juego en gran escala.

Varios juegos se practican aquí tal como en Europa y en el Oriente, y con seguridad fueron introducidos por los españoles. La especie de golf que en Persia se juega a caballo, se practica aquí en la misma forma. * En las casas hay predilección por las cartas, los dados y el billar; al aire libre se juega al palitroque y al volantín, a éste último se dedican jóvenes y viejos.

Hay una especie de juego de bolos que es una novedad para mí. Bajo una ramada se arregla la cancha para el juego, en el suelo se dispone una armazón de madera de unos treinta pies de largo por unos quince de ancho; dentro de este espacio se aplana convenientemente el piso con tierra gredosa, de modo que la armazón sobresalga unas seis pulgadas del suelo en todo el contorno. Como al tercio de distancia de una de las extremidades se coloca un anillo que está fijo de un arco y que gira al menor contacto; el jugador se sienta en el

* Según se dice, este juego es indígena; antes de la llegada de los españoles se jugaba a pie, pero desde la introducción del caballo todo se hace aquí a caballo. (N. de la A.)

costado opuesto a la armazón y trata de lanzar una bola de modo que atraviese el anillo sin tocarlo. Este es el juego favorito y tengo la seguridad de que no hay peón de la vecindad que no haya perdido y ganado alternativamente, no sólo todo su dinero, sino hasta la camisa, por lo menos media docena de veces al año, en este juego.

Era ya tiempo de volver a la iglesia. Ahí, de rodillas delante del elevado altar, oímos la misa dedicada a Nuestra Señora, la de reluciente rostro, y oramos por la salud de los marineros vivos y por las almas de los que ya no existen. No puedo ni quiero pensar en mezclar mis oraciones a las de otro culto, pero la verdad es que jamás he rezado con más fervor que ahora. Pero cuando de pronto me vi obligada a interrumpir mis oraciones para seguir la procesión, sentí que renacían todos mis prejuicios de protestante. Vestida con un traje oscuro y adornada con joyas de valor, Nuestra Señora fué sacada en un anda, conducida hasta cerca del mar en medio de un sendero de mirto y laurel; aquí y allá había altares, delante de los cuales se detenía la multitud y entonaba un cántico. Una vez que hubo visitado de esta manera a San José, a N. S. de los Dolores y a Santa Gertrudis, fué conducida de nuevo a su altar a la hora de la puesta del sol, cantándose el Ave María. A la luz del día, queda en descubierta la horrorosa superstición que realza la ridícula decoración de los santos: los espejos y los dijes que les sirven de adorno son primitivos y sin elegancia. Ahora que la noche ha caído y que todo queda oculto en la sombra, el Ave Maris Stella me recuerda a Italia y su mágico poder que aún en la decrepitud arroja cierto resplandor. ¡Cuántas veces en las tardes embalsamadas escuchaba con deleite las voces que cantaban el Ave María con las melodiosas entonaciones italianas, mientras Roma parecía sumergirse en un religioso y sobrecolector silencio!

Julio 1º

ANOCHE LLEGO DE LIMA LA

fragata de S. M. B. *Alacrité*, que me ha traído cartas de mis amigos de la *Doris*. Trae también algunas noticias de Lima, que confirman todo lo que hemos oído del odioso y amanerado San Martín. Como se sabe, don Pedro Abadía, además de ser uno de los comerciantes más ricos de la América del Sur, es también uno de los hombres más ilustrados, más liberales y más dignos de respeto. San Martín había

profesado siempre una gran amistad hacia esta excelente persona, utilizando sus conocimientos y talento para establecer la reglamentación de sus aduanas y fijar los demás impuestos. Una vez que hubo logrado este objetivo, las riquezas de Abadía, despertaron su codicia y valiéndose de la más baja traición ideó un medio que justificara su arresto. Sabedor de que los realistas se habían adueñado de una inmensa propiedad que Abadía poseía en Pasco, San Martín dió instrucciones a dos frailes para que fueran donde él y le ofrecieran llevar algunas cartas suyas a los jefes de las tropas españolas para ver si podía evitar la absoluta ruina de su propiedad, que consistía principalmente en minas y en costosas maquinarias que había importado de Inglaterra con la idea de hacer progresar al país. Fácilmente engañaron los frailes a Abadía, que con este pretexto fué mandado a la cárcel y juzgado por un tribunal instituido por San Martín. Sin embargo, como sus cartas se referían exclusivamente a los negocios de su hacienda y a sus maquinarias, fué absuelto, no sin que antes San Martín tratara de obtener del tribunal la revisión de la sentencia. Con todo, antes de ser puesto en libertad obligósele a pagar una elevadísima multa, y su mujer y sus hijos fueron tomados como rehenes para mandarlos desterrados a Panamá o a cualquier otro punto no menos distante. Abadía logró refugiarse en la *Alacrité*, de donde pasó a la *Doris*, captándose a bordo de ambos buques la estima y simpatía de todos. Se dice generalmente que San Martín es aficionado a la bebida. no creo que esto sea verdad, pero tiene el vicio del opio y le acometen accesos de pasión tan frecuentes y violentos que nadie puede sentir segura su cabeza. Gracias a la liberalidad que gasta con sus soldados, su Gobierno es muy popular entre ellos, pero no por eso es menos precario, porque no parece muy difícil que el general realista La Serna vuelva a recobrar a Lima, en cuyo caso se espera que declararía independiente al Perú y licenciaria de cualquier modo al Ejército Libertador. Es verdad que no hay calamidad mayor para una nación que soportar el despotismo militar; pero también es cierto que este despotismo jamás dura mucho tiempo.

Cuando se ha realizado algún cambio queda la posibilidad de efectuar otros más se han roto los lazos de la tiranía y el pueblo crecerá, se educará, con cierta rudeza probablemente, pero los conocimientos irán desarrollándose, y como el saber es una potencia, llegará el momento en que el pueblo podrá sacudir la tiranía, tanto la de

los gobiernos extranjeros como la de los déspotas sudamericanos y obligara a sus gobernantes a reconocer que están allí para el servicio del pueblo, y que no es el pueblo el que debe servirlos a ellos.

Julio 2.

HOY DIA, MIENTRAS ESTABA en el cerro que hay detrás

de casa admirando el hermoso paisaje que se extendía a mi vista, y las sombras que a su paso dejaban las nubes mientras se deslizaban hacia el mar, ocultando a veces y descubriendo otras los peñascos de Valparaíso, vino a hacer más imponente la escena el cañoneo con que la *Aurora* saludaba a Lord Cochrane que iba a visitarla; el humo de los cañones, después de encrespase en blancos copos sobre el agua, dilatábase gradualmente en nubes grises que iban a mezclarse con las brumas que se extendían al pie de los cerros. En la tarde estubo Su Señoría en casa a tomar el té. Me dijo que tenía permiso para ausentarse por cuatro meses con el bergantín *Moctezuma* a su disposición y que pensaba ir a visitar la hacienda de Concepción, que hace tiempo le había otorgado el Gobierno, y a la cual hasta la fecha no había sacado provecho alguno, a pesar de ser una de las más fértiles de aquella prolifera región. La verdad es que, por estar situada tan inmediata a la frontera que la separa de los indios y tan expuesta a sus depredaciones, durante muchos años ha quedado completamente abandonada, sin que se haya podido cosechar gran cosa. Habilitar de nuevo para el cultivo una hacienda como ésta, representaría más beneficio para el público que provecho particular. El solo ejemplo de una empresa de tal envergadura tendría importantes consecuencias, y en un corto lapso, esa deliciosa tierra, que ha sufrido más que ninguna otra provincia, volvería a ser lo que antes fué en los tiempos en que Villa Rica era su capital y cuando el autor de Robinson Crusoe, recordando los relatos de los aventureros ingleses de su tiempo, que habían recorrido el sur de Chile, describía esa región como el paraíso terrenal y a sus habitantes como seres dignos de él.

Julio 7

INVITADA POR LORD COCHRANE, me dirigí ayer por la

mañana al puerto para reunirme a un grupo de amigos que debía embarcarse con él a bordo del buque a vapor *Rising Star*, e ir de paseo a su hacienda de Quintero, situada a unas veinte millas

al norte de este puerto. La distancia por tierra es de 30 millas, porque el camino va bordeando la bahía de Concón.

Formaban la partida, don José Zenteno, gobernador de Valparaíso, su hija, doña Dolores, el honorable Capitán Frederick Spencer, comandante de la *Alacrity*, fragata de S. M. B., el capitán Crosbie, el capitán Wilkinson, varios oficiales de la escuadra patriota a quienes no conozco, y otros cuantos caballeros más. El almirante llegó conmigo a bordo a las diez de la mañana. Lo primero que hice fué visitar las máquinas: son dos a vapor, de 45 caballos cada una. Las ruedas van cubiertas. El buque es una gallarda polacra, * cuya construcción se activó bastante antes de la venida de Lord Cochrane, pero sólo este año arribó a estos mares. Con no poco placer pisé la cubierta del primer buque a vapor que navega por el Pacífico, y pensaba con entusiasmo en los triunfos que el hombre ha alcanzado sobre los obstáculos que la naturaleza coloca entre él y la realización de sus deseos. ¡Qué profunda emoción habría experimentado Almagro, si un mago le hubiese mostrado en el espejo del futuro el puerto de Valparaíso, lleno de buques de Europa, del Asia y de otros países que entonces no existían, y en medio de ellos, este barco, deslizándose suave y tranquilamente, sin una sola vela, contra viento y marea, llevando en cubierta una artillería más fuerte que la que él jamás tuvo bajo su mando y conduciendo a bordo a un héroe, cuyo nombre, tanto en Chile como en el Perú, había de sobrepasar no sólo el suyo, sino también el de Pizarro, su más afamado compañero!

La cruel política que España observó con respecto a estos países reprimió siempre toda tentativa para establecer el comercio en las costas, por más que en las de Chile abundan las bahías adecuadas para el objeto. De aquí que estas bahías no hayan sido nunca bien reconocidas o que aparezcan tan erróneamente ubicadas en las cartas que se publican, que los buques de todas las naciones, incluso los de España, no se deciden a recalar en ellas, y que todo el tráfico tenga que hacerse a lomo de mula por los caminos más difíciles del mundo.

Por ejemplo, el cobre de Coquimbo, que se encuentra sólo a tres grados y medio de Valparaíso, se trae a este puerto a lomo de mula a través de un montañoso y escarpado camino sin que se emplee jamás un bote para su conducción. Los enormes impuestos que gravan el tráfico marítimo con el nombre de derechos de puerto, etc. y que

* Embarcación de tres mástiles que se usa en el Levante. (N de G. E. de C.)

pesan sobre las embarcaciones pequeñas más que sobre las otras, impiden no sólo el cabotaje, que sería el sustento de los marineros de Chile, sino también el cultivo de las dilatadas extensiones de fértil terreno inmediato a la costa. La vecindad de los cerros y la costa, más su abrupto descenso, no permite la existencia de ríos caudalosos aptos para la navegación, en cambio, las bocas de los ríos de menor cauce forman bahías adonde los productos de sus riberas de asombrosa fertilidad, pueden llegar navegando y ser embarcados cómodamente. Con todo, creo que no se presta atención alguna a nada que se asemeje al comercio de cabotaje, y de aquí que el carbón de Concepción, a pesar de su abundancia y buena calidad, y de estar situada la mina a 300 millas de distancia, cueste en Valparaíso más caro que el que se trae de Inglaterra. De la misma manera, la extensión de terreno de aluvión que han formado las lluvias invernales que lavan la falda de los cerros y que fertilizan las lagunas formadas por la reunión de las aguas lluvias en los valles, permanece sin cultivarse a pesar de ser de lo más apto para la producción de toda clase de legumbres; actualmente esos terrenos sólo se aprovechan para el talaje en verano, siendo que, si se dedicaran al cultivo de forrajes más nutritivos y productivos se podría fomentar eficazmente la crianza de ganado ovejuno, cuya alimentación en el invierno es la mayor dificultad con que ahora se tropieza, y entonces se tendría en la lana, que es de excelente calidad, un valioso artículo de exportación. Pero, ¿quién puede pensar en cultivar la remolacha o el nabo cuando tiene que pagar por derechos de puerto para traerlo a la plaza, casi como el valor total de la cosecha? ¿Y quién se dedicará a la crianza de ovejas, si la lana teñida o manufacturada paga un derecho de exportación más elevado que el precio de las telas importadas al país? Recuerdo particularmente que en Coquimbo, la región de las minas de cobre, don Felipe del Solar ha pagado por derechos de exportación de algunos cargamentos de cobre más que el precio de un cargamento de igual tonelaje de artículos de primera calidad importados de Bengala. Esto equivale a un impuesto directo y opresivo sobre la industria, y el efecto que produce es retardar la población del país, como también su civilización.

Estas reflexiones me eran sugeridas naturalmente por la vista de las pequeñas bahías y caletas de la costa, mientras navegábamos con rapidez a bordo del primer buque que ha traído a estos mares

el más completo triunfo del genio del hombre sobre los obstáculos que le presenta la materia. Confío en que no esté distante el día en que el *Rising Star* no sea el único buque a vapor que navegue por estas costas y que queden cumplidos los sabios y admirables propósitos con que fué traído.

Los vientos permanentes que ahora obligan a los buques a alejarse hasta Juan Fernández para hacer un viaje en regulares condiciones entre Valparaíso y el Callao, no son nunca tan fuertes que impidan la navegación de un buque a vapor; además, la facilidad de comunicación entre esos puertos y sus intermedios no sólo desarrollaría sus intereses comerciales, sino que sería un medio de seguridad contra los enemigos de afuera. Es probable que la América del Sur esté libre de invasiones mientras Europa permanezca tranquila y España se reponga del furor de la guerra civil, pero si alguna de las potencias que no han reconocido la independencia de estos Estados llegara a entrar en guerra con España, ¿quién podría asegurar que, aprovechándose de no haber hecho ese reconocimiento, no quisiera apoderarse de una parte de ellos como provincias que "de jure" pertenecen a la madre patria? Confieso que una invasión francesa (porque no puedo creer que Inglaterra fuera tan malvada) sería para estos nacientes una de las mayores calamidades, de la que sólo puede defenderlos una fuerza naval.

Hoy he conversado con Zenteno según me ha sido posible, dado mi imperfecto conocimiento del español. Parece verdaderamente deseoso del bien de Chile, pero su ignorancia respecto a las cosas que más contribuirían a ello es asombrosa. La mañana pasó agradablemente; nos sentamos a una mesa provista de cuantos manjares pueden ofrecer Europa y América, y nos divertimos quizás algo inconsiderablemente con la glotonería del cura de la Placilla, aldea situada cerca de la boca del río Ligua, que corre hacia la bahía de Quintero y en cuyas márgenes se halla la ciudad de la Ligua, famosa por sus pastos y cranzas de caballos. El pobre cura, que había sido obsequiado por sus amigos en varias ocasiones con cerveza inglesa, tomó el champaña por cerveza blanca y se puso a beberlo como tal, declarando que incondicionalmente le daría la absolución por cien años a todo el que se embriagara con tan divino licor; e indudablemente se habría transformado en un segundo Calibán, llegando hasta a adorar al bodeguero, si un accidente no hubiese venido a llamar nuestra atención. Una

pieza de la máquina se había descompuesto por estar mal ajustada y ser ésta la primera ocasión en que se hacía una prueba a toda máquina en estos mares, de modo que el viaje quedó interrumpido precisamente cuando enfrentábamos a Quintero. Teníamos el viento a proa, pero como estábamos tan cerca, se votó por unanimidad que siguiéramos adelante, y en consecuencia, nos confiamos a la marea para que nos llevara al puerto. Pero no siempre ocurren las cosas de acuerdo con nuestros deseos, y así se nos vino encima la noche, una noche pavorosa, fría y nublada. Los que no estaban acostumbrados al mar, empezaron a demostrarse cansados y aburridos, el cura y los demás partidarios de la cerveza blanca, comenzaron a sentir sus efectos, junto con los vaivenes del buque, que zapateaba al empuje de las olas que comenzaban a agitarse impelidas por el viento contrario; de suerte que todos resolvimos irnos a acostar. Poco después, se largaron las velas, que hasta entonces se habían tenido recogidas, tan seguros estábamos de nuestro viaje, y lo primero que aconteció fué que el trinquete se estrelló contra las dos chimeneas de la máquina. Luego aumentó el viento y el mal tiempo y todo el aparejo comenzó a correrse, hasta que por fin en la mañana nos encontramos más lejos que nunca del lugar de nuestro destino. El almuerzo, sin embargo, nos dió valor y resolvimos perseverar unas cuantas horas, pero el tiempo comenzó a hacerse amenazador y el cielo se volvía cada vez más negro, de modo que por último tomamos rumbo a Valparaíso, en donde desembarcamos a las dos de la tarde.

Un gran placer nos esperaba, que algo nos consoló del fracaso de la expedición, si es que las noticias de orden público pueden consolarnos de las decepciones particulares. Mr. Hogan me saludó en la playa con la buena nueva de que el Congreso de los Estados Unidos había reconocido la independencia de las colonias hispano-americanas de México, Colombia, Buenos Aires, Perú y Chile. Esto es, en realidad, un paso hacia adelante que vale, naturalmente, por veinte: los Estados Unidos, que acaban de emanciparse del yugo de la madre patria, son los verdaderos protectores de la independencia de sus hermanas americanas, además, la moral de la historia política de la época habría sido menos interesante si cualquier otro Estado hubiese dado el ejemplo.

Comí en casa del señor donde estuvo Lord Cochran en la noche y pudimos presenciar una escena que nunca olvidaré.

Mr. Benett, secretario de Su Señoría llegaba de Santiago, en donde había estado de servicio, y venía acompañado del coronel don Fausto Del Hoyo. Este caballero había sido tomado prisionero por Lord Cochrane en Valdivia, y Su Señoría había obtenido del gobierno la promesa de que el coronel sería tratado con generosidad. Sin embargo, en cuanto el almirante abandonó las costas, tuvo que sufrir el coronel Del Hoyo las mismas injustas y crueles restricciones que se les imponían a todos los prisioneros de guerra, cualquiera que fuese su rango. Fué arrojado a una obscura prisión donde se le tuvo sin fuego, sin luz, sin libros, como si el cruel tratamiento individual de los prisioneros hubiera de obligar a España a reconocer la independencia de Chile. Ahora había salido en libertad bajo palabra, gracias a la intervención de Lord Cochrane, y nunca, nunca olvidaré la ferviente expresión de reconocimiento, no sólo de palabra, con que saludó a su generoso vencedor, ni la cumplida y modesta manera con que Su Señoría las recibió y les puso término. Después que hubo pasado esto no me maravillé de que, a pesar del contratiempo que habíamos experimentado a bordo del vapor, Su Señoría tuviese el ánimo mejor que nunca.

Julio 8

HOY DIA ESTUVO A VISITAR-me un joven nacido en Cundina-

marca, pero educado en Quito, que desea que le ayude a perfeccionar su gran talento natural para el dibujo. Ha estado antes algún tiempo en el buque de Lord Cochrane, en no sé qué puesto, y ha manifestado poseer una notable aptitud en algunos bocetos de costumbres, etc. El pueblo de Quito se enorgullece de conservar esa excelencia en la pintura que distinguió a sus predecesores del tiempo de Pizarro. Los sacerdotes cristianos han introducido los modelos y la técnica europeos; pero, el talento en las artes imitativas es inherente a todos, o a casi todos los quiteños; la verdad es que los pintores, en diversas partes de la América del Sur, son casi todos quiteños. Mi alumno es agradable y perseverante, si bien algo indolente; está dotado de muy buen sentido y de un vivo sentimiento poético. Si estuviera en Europa, donde pudiera hacerlo ver hermosas pinturas y sobre todo mejores dibujos, no dudo de que llegaría a ser un buen pintor; pero aquí donde no tiene nada que ver que supere a lo suyo, hay pocas probabilidades de que progrese

gran cosa. He oído extravagantes alabanzas de los cuadros de varios pintores sudamericanos, pero las prodigaban personas que probablemente nunca han visto un cuadro europeo de primer orden, porque muchas veces ponderaban al mismo tiempo, las esculturas de los propios pintores, poniéndolas por las nubes. Con mayores datos he llegado a darme cuenta de que la escultura que se practica aquí consiste en tallar la cabeza, las manos y los pies de los santos que hay que vestir. Los pintan después, y no dudo de que producen una fuerte impresión de realidad, pero esto no es escultura. La escultura no es la imitación sino el perfeccionamiento de la naturaleza, así es que, con cierta desconfianza he oído hablar de espléndidas novedades en cuadros y esculturas hechas por los nativos, que, según dicen, adornan las iglesias de Lima y de Quito. Las que yo he visto aquí en el templo de la Merced, por ejemplo, están buenas para el sitio en que se encuentran y son evidentemente de algunos de los frailes españoles que han decorado sus iglesias a la usanza europea, con todo el esplendor que les han permitido las circunstancias. En cuanto al parecido son ciertamente un poco mejor que los retratos de la China, pero son igualmente duros, y si bien las Vírgenes tienen una dulce expresión que recuerda algo a las antiguas Madonas de antes del Renacimiento, están mal dibujadas y, sobre todo, mal terminadas. No creo que haya actualmente en todo Chile un solo pintor, nacional o extranjero, y me duele pensar que el país tiene aún que atender a muchas cosas de importancia más apremiantes que las bellas artes.

Julio 10

EL CAPITAN... ESTUVO A ALmorzar hoy conmigo y después tuvo

la amabilidad de acompañarme a hacer una jira de visitas, para corresponder a las que he recibido aquí de las señoras inglesas. Es curioso, a esta distancia de la patria, ver tipos como los que sólo se encuentran entre los Brangtons, en la *Cecilia*, de Mme D'Arblay, o como las Mrs. Elton, de las admirables novelas de Miss Austin; y con todo, éstas son las personas más aptas para vivir aquí.

El país es nuevo, el Gobierno no está reconocido por el nuestro; los comerciantes que aquí vienen son por lo general comisionistas o vendedores al detalle de casas mayoristas establecidas en países más grandes y más antiguos. Como a todos los ingleses, desde el más encumbrado al más humilde, les agrada tener su *home*, y no hay de-

pendiente que aquí llegue que no traiga a su mujer o no la encuentre aquí de su misma condición, de donde resulta que esta sociedad, por lo menos en lo que a los ingleses se refiere, es de muy mal tono. Las simpatías del corazón son tan vividas entre ellos, sin embargo, como entre las clases más cultas; de modo que si en un momento nos apartamos disgustados del hombre que llama familiarmente a su mujer con un apodo, luego podemos, con respeto, admirar en él al hombre que ha acogido y consolado bondadosamente al enfermo y al moribundo, en cuya casa ha encontrado un asilo y en cuya familia ha tenido los mejores servidores más de uno de sus compatriotas, cuya existencia ha terminado lejos de sus amigos y de su tierra natal.

Julio 16

HOY HEMOS SENTIDO DOS
ligeros temblores. Las sensaciones

que producen son peculiarmente desagradables.

En todos los demás trastornos de la tierra, siempre parece posible hacer o, por lo menos, intentar algo para evitar el peligro. En la tempestad, gobernamos el buque en demanda de puerto seguro; los pararrayos nos prometen alejar el rayo de nuestras cabezas, pero, un temblor parece que conmueve los cimientos mismos de la tierra y se nos ocurre que es tan difícil escapar como refugiarse bajo techo. El efecto físico es igualmente desagradable: puede compararse al mareo. No porque sean aquí frecuentes los temblores se han hecho insensibles a ellos los habitantes. Recuerdo haber visto en las calles de Valparaíso personas que salían corriendo, caían de rodillas y se encomendaban a todos los santos. En el campo, los labriegos dejan el trabajo, se quitan el sombrero, golpeándose el pecho y claman. ¡Misericordia!, abandonando las casas. Uno de los temblores de hoy duró cerca de un minuto; fué acompañado por un recio ruido, como el del repentino escape de vapor de una caldera.

Se dice que los temblores son más frecuentes a principios de la estación lluviosa. Algunos, sin embargo, han fijado los meses de octubre y noviembre como los más sujetos a ellos; pero no se en qué datos pueden fundarse para aseverarlo. Algunos escritores han dicho que las provincias de Coquimbo y Copiapó están libres de ellos; lo cierto es que, durante los últimos cinco años, Coquimbo ha sido totalmente destruido dos veces, y Copiapó seriamente damnificado, y casi arruinado otra vez. Hace como noventa años hubo un temblor en

Valparaíso, durante el cual el mar arrasó el Almendral; casi por el mismo tiempo fué destruida, por otro, cerca de la tercera parte de Santiago.

Julio 18

A LOS TEMBLORES HAN SU-
cedido dos días de incesante llu-

via, pero el termómetro no ha bajado de 50°, (Fahrenheit) a pesar de hallarnos a mediados del invierno. El estero que corre entre el Almendral y mi quinta ha crecido tanto que durante estos dos días no ha habido comunicación posible con la ciudad, y ayer se ahogó un hombre que trataba de atravesarlo. Circula la noticia de que el Gobierno se unirá con el del Perú para atacar Arica, en donde se han hecho fuertes otra vez los españoles; se dice también que el almirante mandará la expedición. Esto no es probable. En primer lugar, Su Señoría se ha ido a su fundo, haciendo uso de una licencia de cuatro meses; además los buques de la escuadra chilena no se encuentran en estado de hacerse a la mar; y como hasta ahora no se les ha pagado a los oficiales ni a los marinos, no es posible que el gobierno piense ocuparlos.

Julio 22

CONTINUA EL MAL TIEMPO,
si bien en algunas ocasiones hay un

poco de sol. Me he deleitado leyendo los primeros libros nuevos que he visto en Chile: *Los Foscari*, *Cain* y *Sardanápalo*, de Lord Byron. No puede escribir sin conmover nuestros sentimientos. En *Foscari*, hay páginas que, aparte de la magia que tienen para mí, por encontrarme distante de mi patria, habrán de impresionar hondamente a muchos corazones. La lectura de estos dramas me ha proporcionado un gran deleite, y es éste el primero que tengo desde hace días.

Julio 24

HOY FUI AL PUERTO A CO-
mer en casa de mis amigos los H.,

y mientras me hallaba ahí recibí la noticia de la primera reunión que celebró ayer la Asamblea Constituyente, que, según parece, se ha arrogado además las atribuciones de una asamblea legislativa. Quizás sea difícil mantenerlas separadas. Se reunieron treinta y tres miembros y estuvieron ausentes siete.

El Director asistió a la apertura de la Convención y su llegada

se anunció por una salva de artillería, sin la cual nada se hace aquí.

Abrió la sesión con un corto discurso, en que hizo referencia a los errores y a la prematura disolución de la Convención de 1810, augurando para la presente un resultado más feliz.

Los convencionales procedieron entonces a la elección de un Presidente y Vicepresidente en seguida entre los gritos de ¡Viva la Patria! ¡Viva la Convención!, el Director presentó un mensaje que hizo leer rápidamente, y se retiró.

El documento encierra parabienes a la Convención, un rápido bosquejo de la vida política del Director, algunos consejos sobre las medidas que deben adoptarse; un estado de las necesidades del país; y concluye con la renuncia de su autoridad.

Todo el mensaje hace mucho honor al Director, excepto la renuncia. Esta Constituyente, o como la llaman, Convención preparatoria, no es competente para aceptarla. En verdad, que parece que sus miembros lo han comprendido así, porque han insistido en que reasuma su autoridad, y después de un largo y estudiado discurso del vicepresidente sobre los romanos, los cartagineses y los fenicios, una diputación fué a saludar al Director, y confiriéndole de nuevo el cargo, le reiteró las manifestaciones de agradecimiento por los actos de su pasada administración. Considero esta transacción como un engaño de ambas partes: la Convención preparatoria elegida por el Director mismo no era la asamblea competente en cuyas manos pudiera renunciar la autoridad que se le había conferido al recobrar la libertad de Chile, después de la batalla de Chacabuco, ni él tampoco podía recibir de manos de semejante Convención la renovación de su autoridad. En cambio, si se hubiese reunido una asamblea elegida por el pueblo, aunque fuese en la forma, ambas cosas habríanse verificado correctamente: quizás yo me equivoque, ya que él ha de conocer mejor a sus conciudadanos. Naturalmente que la apertura de la Convención ha causado un gran regocijo entre las mujeres, y ha despertado muchas esperanzas entre los hombres. Algunos están calculando de antemano las nuevas tarifas de aduana, otros, el número de leyes antiguas que hay que derogar y de las nuevas que hay que dictar. Muchos se asombran de que no se haga ninguna provisión especial para la marina de Chile y para el pago de ella y del ejército, que se encuentran impagos, de tal manera que ni los soldados ni los marineros se hallan en estado de ser llamados al servicio en caso de necesidad. Pe-

ro Chile se considera seguro, y el Ministro Rodríguez, procediendo conforme al principio de que la riqueza individual hace la prosperidad pública, está haciendo especulaciones privadas en compañía de su amigo el comerciante Arcos, comprando con el dinero del gobierno todo el tabaco y los alcoholes que existen en el mercado antes que se hagan efectivos los pesados derechos con que se trata de gravar esos artículos en el nuevo reglamento.

Julio 30

COMO AQUI NO EXISTEN SI-

tios de público esparcimiento para la juventud, cuando los ingleses tienen que celebrar un día de fiesta, organizan con el nombre de *pic-nics* sus excursiones a los cerros y valles, adonde van en grupos a caballo, y pasan corriendo, comiendo, bebiendo y bailando alegremente. He tomado parte en uno de los *pic-nics* más serios de esta clase y he andado a caballo la mayor parte del viaje en compañía de mis más jóvenes amigos, a veces sobre rocas escarpadas, otras entre cañadas y boscosos barrancos o por pequeñas vegas en donde crecen los hongos más hermosos del mundo. Los duraznos y los cerezos están en flor y todo tiene un aspecto alegre y risueño. La mayoría fuimos a caballo hasta el sitio de reunión en el valle de las Palmas; pero algunos prefirieron el reposado transporte de una carreta chilena tirada por cuatro nobles bueyes que tenían que arrastrar el peso adicional de una excelente comida.

El sitio se hallaba al pie de una escarpada colina cubierta de arrayanes, por dosel teníamos, como los cortinajes que Claude introduce a veces en sus paisajes, las estrellas y las franjas de la bandera de los Estados Unidos, cuyo cónsul era el anfitrión de la fiesta, cerca de nosotros corría un esterito de límpidas aguas. Las bondadosas mujeres de los ranchos vecinos vinieron a rodearnos y nos auxiliaron en nuestro pequeños arreglos, trayéndonos flores y ayudándonos a cortar el arrayán con el que hicimos asientos. Algunos pasaron muy felices desgraciadamente la felicidad no es lo que florece todos los días y no son muchas las manos destinadas a arrancar la rama de oro; por mi parte he pasado tan bien el día, como no me lo hubiera imaginado tres meses atrás.

Agosto 2.

Mr. HOGAN ME TRAJÓ DE visita al Juez Prevost, cónsul general americano, que actúa también en cierto modo como ministro. Pertenece a la familia Prevost de Ginebra, que ha dado varios ciudadanos notables y dignos de respeto, tanto a los Estados Unidos como a Inglaterra. Tiene un vivo interés por la suerte de Chile y mira a esta naciente República con la simpatía que su propio país y el de su padre le dan derecho a sentir. Pero, estoy segura de que está en un error al tratar de inculcar al gobierno la idea de que a Chile no le convendrá mantener buques de guerra ni mercantes durante cien años por lo menos, y que debiera alquilar los primeros y emplear transportes extranjeros en lugar de los segundos; es tan palpable el interés de la nación que saldría gananciosa en caso semejante, que me asombra cómo el Juez no ha tenido para sostenerlo la menor vacilación. Es que la sencillez de pensamiento de los chilenos no puede competir con la sagacidad ginebrina, unida a la especulación norteamericana.

4 de Agosto.

LAS CIRCUNSTANCIAS QUE han obligado a suicidarse al capitán de un buque mercante americano han despertado un gran sentimiento de interés: hace dos años, naufragó en las inmediaciones del Cabo de Hornos, desde donde llegó a este puerto con uno o dos compañeros de penurias, después de haber recorrido la costa en un bote ballenero, alimentándose de mariscos y de focas. De vuelta a Norteamérica, donde tenía mujer e hijos, empleó la mayor parte de sus recursos en armar un ballenero, con el que esperaba resarcirse de sus pasadas pérdidas, y a bordo del cual navegó otra vez por el Pacífico. Al cabo de mucho voltejear, recaló en Valparaíso sin una sola ballena, después de vagar en tierra dos o tres días en lamentable estado de desesperación, recogióse a su camarote, escribió unas cartas para su familia, dejó instrucciones para que su cuerpo fuese entregado a las olas, y se descerrajó un tiro!

5 de Agosto

LAS NOTICIAS QUE LLEGAN del sur no son de lo más agradables. ha habido en Valdivia una conspiración que ha sido abortada gracias a una estratagema. En cierta reunión, organizada no sé con qué pre-

texto, todos los oficiales implicados quedaron colocados cada cual al lado de la persona encargada de apresarlos, lo que se hizo, en consecuencia, fácilmente. Todavía no se ha resuelto nada acerca de ellos.

Con éste y otros motivos, y especialmente por la falta de provisiones, la expedición que debía partir para Chiloé a las órdenes de Beauchef, protegida por la *Lautaro*, ha sido aplazada, sin que haya esperanzas de que salga en esta estación, de modo que Quintanilla dispondrá todavía de un año más para desplegar su lealtad, comparable a la de los antiguos caballeros de los romances. Encerrado en el pequeño puerto de San Carlos, rodeado por una indiada, amagado por las tropas regulares y la flota chilena, falto de toda comunicación, directa o indirecta, con la madre patria, no ha flaqueado un solo instante.

12 de Agosto.

Mr. D ESTUVO A ALMORZAR conmigo y después me acompañó a caballo hasta Concón, parroquia situada a quince millas de aquí, en la ribera del río Aconcagua. Este río nace en el paso de los Andes denominado la Cumbre, y riega el fértil valle de Santa Rosa y la florida región de Quillota. El viaje es agradable, no obstante lo malo del camino, que en Inglaterra apenas si sería considerado transitable: sólo en los Apeninos he visto senderos peores. En muchas partes se bordean precipicios.

Desde Valparaíso a Viña del Mar, junto al estero de Marga-Marga, el panorama es el mismo que en los alrededores del puerto. Escarpados cerros y rocas completamente cubiertas de arbustos floridos; escaso cultivo, salvo en los valles formados por los ríos y que se abren hacia el mar, donde todo rancho se ve rodeado de huertos y campos de cebada. El océano está siempre a la vista. unas veces rompiendo al pie de las escarpadas rocas que íbamos cruzando, otras bañando mansamente las amarillentas arenas de la desembocadura de los ríos que riegan los valles cultivados. El panorama comienza a cambiar en Viña del Mar, hacienda que pertenece a una rama de la familia de los Carrera. La llanura se abre y se ensancha, las viñas y los potreros son vastos, los arbustos toman casi la apariencia de árboles; en los cerros hay mantos de pasto fino, donde el ganado encuentra abundante forraje, y aquí y allá palmas que adornan los costados del valle. La vista de las inmediaciones hace recordar algunos de los más lindos

sitios de Devonshire, pero los cerros de Quillota, entre los cuales descuella el volcán Aconcagua, que es el punto culminante del cordón central de los Andes, no tienen nada que se les asemeje en Inglaterra, ni en toda Europa. Las altas montañas de Suiza se ven siempre desde un punto extremadamente elevado; aquí, desde la playa se divisa toda la masa de la cordillera, situada a noventa millas de distancia. Esto le da al paisaje chileno una peculiaridad que lo distingue hasta en sus cálidos colores de todo cuanto he visto anteriormente.

El propietario de Viña del Mar está mejorando su hacienda en todo sentido, se están colocando millas de cercas, va desapareciendo el monte, en los valles se ve el trigo y la mejor clase de ganado está poblando los cerros. La excavación de los surcos y canales se hace todavía con pala de madera. Es verdad que he tenido oportunidad de ver a un hombre que trabajaba en su huerto con una paletilla de carnero amarrada a un garrote a guisa de pala, y he leído que los antiguos habitantes de Chile araban sus tierras con astas de cabros y huesos de buey.

Después de Viña del Mar, aumenta la pintoresca belleza del paisaje, hasta que por fin se abre el risueño valle que forma el río, sin otros límites que el océano y la cordillera.

Encontré que mis amigas, la señora Miers y su hija, a quienes iba a visitar, andaban en los cerros ocupadas en buscar raíces bulbosas que aquí abundan mucho. Inmediatamente fui a acompañarlas y nos volvimos a pie a la casa, que está relativamente cerca del río, no muy próxima, sin embargo, porque las crecidas del invierno amagan mucho los llanos vecinos.

Mr Miers llegó a Chile con un gran establecimiento para laminar el cobre, cuños para sellar metales y otras maquinarias adaptables sólo a un país en un estado de cultura mucho más adelantado. Así pues, ha tenido que convertir algunas de sus maquinarias en excelentes molinos harineros, y ha instalado asimismo unas sierras circulares para cortar duelas, aprovechando la abundancia de madera adecuada para este objeto que hay en los alrededores.

El establecimiento de Mr. Miers puede considerarse adelantado en cien años a la civilización de Chile.

Después de haber pasado un día muy entretenido viendo diversas cosas, aptas unas e inadecuadas otras al actual estado de adelanto del país, y admirando el desarrollo y crecimiento de algunas plantas

que jamás había visto antes, nos dirigimos a Quintero con Mrs. Miers en la mañana del

13 de Agosto

DESPUES DE VADEAR TRES

veces el río Aconcagua, el camino sigue unas tres leguas a lo largo de una costa árida y desolada. A un lado se ven grandes cerros de arena donde no arraiga la menor vegetación, al otro, se agita incesantemente una tremenda resaca, que no permite que se acerque ni bote ni canoa alguna. A medio camino, entre Concón y Quintero, la gran laguna de Quintero se comunica con el mar. Durante el buen tiempo se vacía a través de la arena, pero, en otras épocas, rompe la barra y entonces el vado no es muy seguro. Cuando íbamos pasándolo, estaba cubierto de varias clases de aves acuáticas, el flamenco, de pico y alas color de rosa, el cisne de Chile, que tiene las patas blancas y el cuello negro azabache; un pájaro oscuro, cuyas alas parecen de bronce bruñido y que tiene la cabeza, el pico y las alas sumamente parecidas a las del ibis egipcio, gansos, taguas y toda la innumerable familia de los ánades.

Al apartarnos de la playa subimos a un cerrito e inmediatamente entramos a un bosque en el cual había un ancho sendero tan plano que parecía ser obra del arte: a ambos lados, entre nosotros y los corpulentos árboles cuyas hojas perfumaban el aire, espesos matorrales cobijaban a una multitud de codornices, torcazas y perdices, entre las cuales Don, mi viejo perdiguero, parecía volverse loco de gusto, pero, de vez en cuando, después de señalar un nido, nos daba una mirada de reproche porque no había una sola escópeta en la partida.

El viento del sud-oeste hace inclinarse aquí a los árboles de la misma manera que en Devonshire, excepto en los puntos en que ofrecen un refugio las suaves ondulaciones de las colinas.

La casa que Lord Cochrane está construyendo en Quintero dista mucho de estar situada en la parte más bonita de la hacienda. La bahía de Quintero, o mejor dicho, de la Herradura, es muy hermosa, más abrigada que Valparaíso contra los vientos del norte, mejor abastecida de agua y de leña, y más cercana a los campos de Quintero y del valle de Santa Rosa para la provisión de víveres para los buques. Antes de la embocadura de la bahía hay algunas rocas, que son muy conocidas, pero, adentro, salvo en algunos lugares, el fondeadero es

muy bueno. El famoso navegante holandés, Jorge Spilberg, después de haber tratado en vano de hacer agua en Valparaíso, con su flota formada por los buques *Sol Naciente*, *Luna Nueva*, *Venus*, *Cazador*, *Eolo* y *Lucifer*, recaló en Quintero, adonde mandó a su gente en busca de agua y de leña, disponiendo que se armara una batería en media luna y que se destacara un pelotón de marineros en la playa para protegerla.

Al hablar de Quintero, dice que es un puerto que no puede considerarse inferior a ninguno en cuanto a abrigo, seguridad, pesca y agua. Después de Spilberg, nuestro compatriota Cavendish y también algunos filibusteros intentaron establecerse aquí, pero no se lo permitió el recelo de los españoles.

Mirando desde la casa, precisamente donde la vista se fija en la graciosa curva de la bahía, distínguese una hermosa laguna de agua dulce, que parece reposar entre sus márgenes tupidas de verdor. Pequeños cerros se levantan en todas direcciones, cubiertos en algunas partes por espesos matorrales, y en otras, por sombreados bosques de árboles rústicos, mañana y tarde pueden verse los rebaños, haciendo su acostumbrada emigración de los bosques a la abierta llanura y de la llanura a los bosques.

La casa de Quintero no está habitable todavía, porque hay una gran parte inconclusa. Como las demás casas de Chile, es de un solo piso. Las piezas van distribuidas en grupos separados. Pero, ¿quién piensa en la casa, cuando el amo está presente?

Si bien no es buenmozo, Lord Cochrane tiene una expresión de superioridad que, desde que se le ve, induce a mirarlo una y otra vez. Su expresión varía conforme a los sentimientos que pasan por él, pero, por lo general, su aspecto es de benevolencia. Cuando rompe su silencio habitual, su conversación es rica y variada, clara y llena de animación cuando trata de asuntos relacionados con su carrera. Si alguna vez he conocido el genio, puedo decir que en Lord Cochrane es sobresaliente.

Después de comida fuimos a pasear a la chacra, que está situada en un sitio pintoresco y abrigado, como a una legua de la casa. A la entrada hay varias herramientas agrícolas que Lord Cochrane ha traído con el objeto de introducir los adelantos modernos en Chile, su país de adopción.

El arado, el rastrillo, la pala de la Europa moderna, todo es nue-

vo aquí, donde durante siglos no se ha conocido ningún adelanto. Dentro de los cierros de la chacra hay un espacio dedicado a la multiplicación del alerce, de la haya y de la encina; creo que el alerce se adapta peculiarmente a este clima. Desde que Lord Cochrane llegó a Chile, se encuentran en las despensas las zanahorias, los nabos y varias clases de legumbres que antes eran desconocidas. De vuelta a la casa, estuvimos viendo varios diseños de buques de pequeño calado para hacer el cabotaje, y así transcurrió la más agradable de las veladas que he pasado en Chile.

14 de Agosto.

POCO DESPUES DE ALMUER-
zo todos montamos a caballo pa-

ra dirigirnos al extremo de más afuera de la Herradura, donde debía reunirse el ganado de la hacienda para contarlos. Técnicamente, una reunión de esta especie se llama *rodeo*, y tiene lugar ordinariamente en el verano o, más bien, en el otoño. En tal ocasión reúnen todos los inquilinos de la hacienda y seguidos por las muchachas que se han quedado atrás para engalanarse alegremente, aparecen después en el corral. El día señalado para el rodeo, los hombres, que van todos montados, se dividen en grupos: cada uno tiene un jefe, a cuyas órdenes avanza, se acerca, se separa, o se retira, conforme a la naturaleza del suelo —y no hay terreno tan escabroso, ni cerro tan encumbrado, ni bosques tan espesos que no puedan franquear. A fin de defender los brazos y las piernas contra las ramas, usan unas curiosas envolturas de cuero, amarradas a las caderas, que les protegen completamente las rodillas y la parte inferior de la pierna; son por lo general de piel de foca, curiosamente labreados y amarrados fantásticamente con cordones. He visto algunos muy caros, que han costado quince pesos.

Los cueros para los brazos son más sencillos. Estos hombres pasan a veces varias noches con sus perros en la montaña para juntar el ganado; una vez reunido, se apartan los animales que pertenecen a extraños y se marcan los de la hacienda. Un rodeo es una escena de regocijo: uno ve ahí al chileno en la gloria; corriendo a caballo, tirando el lazo, domando animales bravíos, ya sean caballos o mulas y, a veces, por chancearse, montándose en el lomo del flemático buey. El rodeo de hoy no es tan festivo, tiene por objeto únicamente contar el ganado de la hacienda, que debe sumar unas 2.000 cabezas;

pero, desde la última vez que Lord Cochrane zarpó de aquí, ha sufrido una merma considerable por falta de cuidado. Hoy se han traído sólo unos cuantos cientos, sin embargo, como éste es sólo el principio, y no es la estación de costumbre, probablemente se logrará reunir casi todo en unos pocos días más. Los capataces deben, generalmente hablando, ser nacidos en la misma hacienda donde trabajan. El ganado se halla a tanta distancia y el campo está tan poco poblado y se transita tan a lo lejos, que las huellas y las señales no sirven de nada y sólo la experiencia puede guiar al vaquero en las distintas estaciones para dar con los diferentes refugios de las bestias. Su ocupación, además de atender a los rodeos, es llevar a pastar el ganado, ya sea al llano, o a los cerros según la estación, apartarlos, de manera que tengan libre acceso al agua y vigilar las nuevas crías, ya sean terneros, caballos o mulas. Rara es la vez que un vaquero no anda a caballo; es de dudar si el ser humano y la bestia fueron en los centauros más inseparables que en un vaquero y su cabalgadura. Cada uno de estos hombres tiene a su cargo cierto número de animales vacunos, de los que debe responder al mayordomo de la hacienda. Hay una parte de la fiesta que es muy agradable para los hombres que en ella toman parte. Como a las doce del día se le pide a uno de los peones que enlace a un novillo para matarlo inmediatamente y ofrecerlo asado a la concurrencia el cuero, sin embargo, pertenece a la hacienda, y en consecuencia se procede al momento a cortarlo en tiras que sirven para hacer lazos, correas y una multitud de cosas por el estilo.

Después de pasar la tarde a caballo viendo el ganado y de haber plantado algunos árboles frutales y algunas fresas en el huerto, Mrs. Miers y yo nos despedimos y regresamos a Concón por el camino de las casas viejas de Quintero, pintorescamente situadas cerca del lago y que ya habíamos divisado cuando íbamos galopando por la costa. Parte del paisaje es muy bonito, particularmente en los alrededores de la casa, pero a medida que se sigue costeano la laguna hacia el mar, la vegetación comienza a ceder el campo a la arena, y luego tuvimos que seguir por una orilla arenosa con tanto declive, que de haber resbalado, habríamos ido a caer a las profundidades del lago, además, la arena era tan suelta que a cada instante el resbalón parecía inevitable. Por fin llegamos a orillas del mar y allí nos encontramos con que la barra del lago se había roto a causa del fuerte viento y de la marea, por lo que tardamos algún tiempo en dar con un vado. Des-

pués de mucho, pasamos libres de todo riesgo, pero sólo pudimos atravesar el río frente a Concón en la noche, y gracias a la sagacidad de los caballos que no vacilan en tomar el vado, cuando lo han atravesado una vez; a pesar de todo, siempre infunde cierto temor vadear de noche un río profundo y correntoso. El empuje de las aguas, la sensación de lucha debida a la resistencia que oponen a las patas de los caballos, el grito de una ave acuática que vuela asustada de su nido, todo parece que va a despertar al espíritu de las aguas y a hacerlo apoderarse del viajero. La noche, la duda y el temor son magos poderosos que saben poblar como nadie el mundo de la ficción.

Agosto 15

DE VUELTA DE UN LARGO Y

agradable paseo, nos encontramos con el capitán T. S. y otros caballeros que han tenido la amabilidad de venir a caballo desde Valparaíso con el objeto de acompañarnos para volver a casa. Siendo un verdadero pesar al despedirme de mis amables invitantes, que sobresalen por sus conocimientos y real distinción de las demás familias que he conocido aquí desde hace tiempo. Empleamos tres horas en llegar a mi casa, porque en muchos puntos el camino no permite galopar; pero, una linda puesta de sol, una deliciosa vista y la agradable compañía hacen que no se sientan las dificultades del camino.

Valparaíso, 17 de Agosto

HE IDO AL PUERTO PARA

preparar mi viaje a Santiago. Ahora que ha pasado la estación lluviosa, comienzo a sentirme impaciente por conocer la capital; pero, aunque la distancia es sólo de noventa millas, tengo que llevar cama y sábanas, porque las posadas, excepción hecha de la de Casablanca, que es la primera, no cuentan con esos artículos. Además necesito mulas para mi equipaje; mi peón me servirá de guía y parece que emplearé tres días en el viaje.

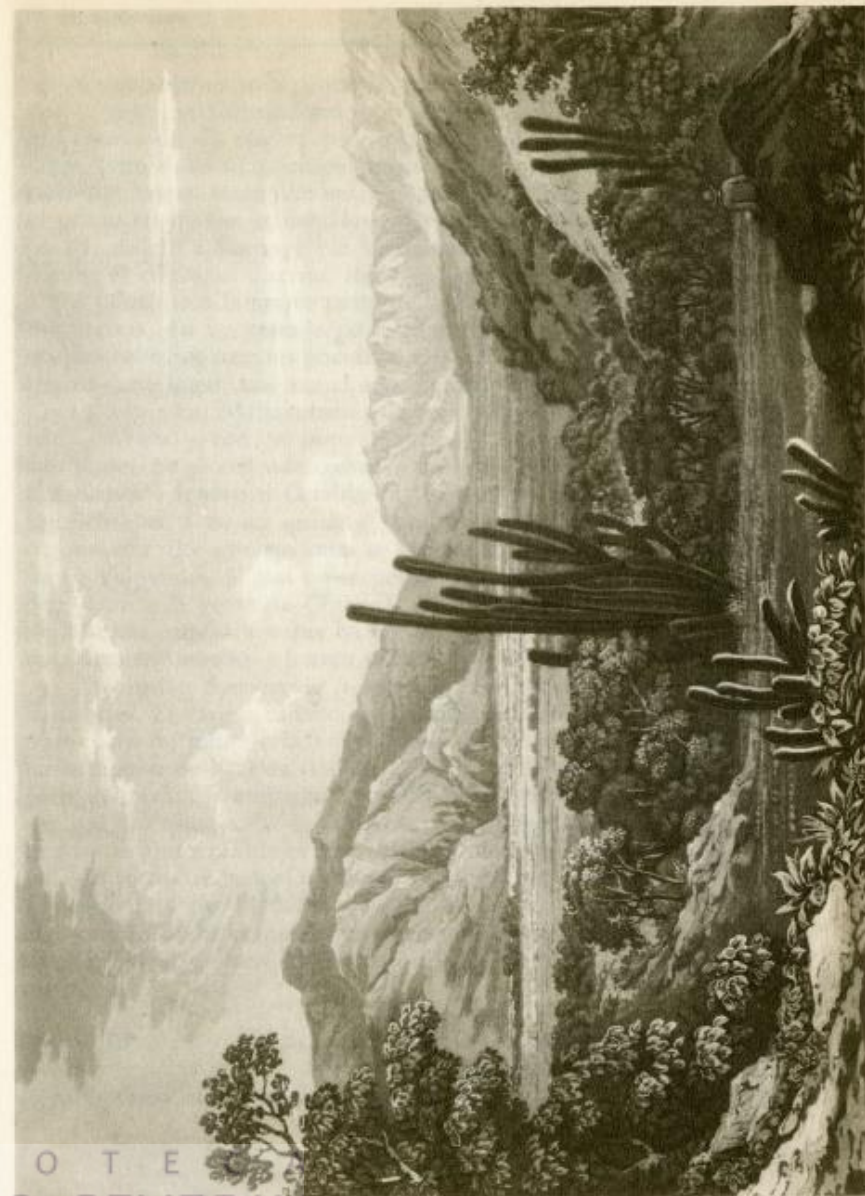
En el puerto encontré al capitán Morgell, que tuvo últimamente el mando del bergantín chileno *Aranzazú* que se hundió mientras se trataba de poner al descubierto la quilla para repararlo. Hace veintiocho días que se vino de Guayaquil, cuya plaza estaba en poder de Bolívar, quién hacía causa común con San Martín y había ofrecido mandarle 4.000 hombres de refuerzo para lograr la dominación definitiva del Perú. La población de Guayaquil, influenciada por los

agentes de Lima, se había demostrado hostil a los buques de guerra del Estado de Chile y hasta había amenazado hacer fuego sobre el *Aranzazú* y el *Mercedes*. Bolívar, sin embargo, los hizo entrar en orden, porque si bien odia a los extranjeros y les tiene recelo, comprende que nada puede hacerse sin ellos en el estado actual de la América del Sur.

Agosto 22

COMENCÉ MI VIAJE A SANTIAGO.

Era mi compañero el honorable Federico de Roos, guardiamarina del navío de S. M. B. *Alacrity*, y llevaba conmigo a mi criada y un peón, con tres mulas para el equipaje. Nos acompañaron hasta la primera casa de postas, a unas doce millas de Valparaíso, varios amigos y amigas que habían almorzado con nosotros. En vez de subir las alturas del puerto por el ancho camino carretero que Chile debe al padre del actual Director, tomamos el antiguo, que por ser más corto que aquél, y a pesar de su escasa comodidad es todavía el preferido por los leñadores y a veces por las recuas de carga. Este camino es sumamente escabroso y cortado en muchas partes por las lluvias, que, acopiándose en las mesetas superiores, se precipitan cerro abajo y abren profundos surcos en el blando suelo rojizo. Cuando llegamos a la cumbre, vimos extenderse ante nosotros una inmensa llanura, llamada "los Llanos de Peñuelas" limitada a lo lejos por cerros sobre cuyas cimas se destacaban las nevadas cumbres de la cordillera de los Andes. Atraviesan esta llanura numerosos riachuelos, y pacían en ella algunos rebaños de ganado mayor; pero está desprovista de árboles. Al término se halla otra casa de postas, pasada la cual, entramos a un camino que va serpenteando a través de una cadena de cerros que separa los Llanos de Peñuelas de los de Casablanca. El bucólico y pintoresco paisaje nos hizo recordar las verdes colinas, los arroyuelos y rebaños de Devonshire. Saliendo de allí un camino recto y completamente plano, de unas doce millas de largo, conduce a Casablanca. Los campos a uno y otro lado están casi enteramente cubiertos de espinelas o mimosas, cuyas fragantes flores perfuman la atmósfera, y el suelo tapizado de césped, anémonas silvestres, onagras blancas, azules y amarillas, ornitógalos, saxífragas, y una gran variedad de malvas y diminutos geranios. Pero la estación es aún demasiado temprana para la mejor y más bella parte de la flora de Chile.



VISTA DEL VALLE DESDE EL PIE DE LA CUENTA DE LO PRADO.

Casablanca es una pequeña villa, con una iglesia, un gobernador y varios administradores de justicia, y envía un representante a la Convención. Es célebre por su mantequilla y otros productos análogos, pero debe su principal importancia a que es la única población que hay en el camino entre el puerto y la capital, como también el punto en que se reúnen los productos de varios distritos vecinos para ir de allí a Santiago y a Valparaíso, ya sea para la exportación, o para el consumo interno. Redúcese el pueblo a una larga calle y a una plaza, pero la mayor parte de la población reside en las haciendas vecinas. En un costado de la plaza levántase la pequeña iglesia; ocupan los otros tres dos posadas y algunas quintas y huertos; y en el centro tiene lugar, una vez al año, una corrida de toros. Esta se efectúa en forma tan rudimentaria que los santiaguinos han hecho de ella tema de risas y, con no poco disgusto de los habitantes del pueblo, han puesto en escena una comedia titulada "La Corrida de Toros de Casablanca". Ignoro si Casablanca tiene algún otro título literario a la celebridad, a no ser quizá, el capítulo de los Viajes de Vancouver en que éste dice que sus casas se construyeron al mismo tiempo que las de Valparaíso. Si mal no recuerdo, dice también que sus hombres enseñaron a la gente de Chile el uso de las escobas para el barrido de las casas, suposición que ha herido mucho a los chilenos, que son notablemente ascados y barren sus casas por lo menos dos veces al día.

El capitán Spencer ha tenido la amabilidad de acompañarnos hasta aquí. El viaje a caballo, que sólo es de treinta millas, me fatigó poco, pero mi pobre criada ha llegado tan rendida de cansancio que me arrepentí de haberla traído, pues aún no llevamos sino la tercera parte del viaje. Sin embargo, una noche de descanso en camas tan buenas que no quise sacar las nuestras del equipaje, una excelente comida y un almuerzo mejor aun, restauraron de tal modo nuestras fuerzas que ya no dudamos que amaneceríamos con nuevos ánimos para proseguir el viaje. El dueño de la posada es un negro británico que algo conoce de las comodidades a que están acostumbrados los ingleses y en realidad ofrece al viajero un lugar de descanso bastante satisfactorio.

Agosto 23

EL CAPITAN SPENCER FUE
con nosotros hasta la Cuesta de
Zapata, cerro muy escarpado por el cual el camino sube serpen-

B I B L I O T E C A
SANTIAGO SEVERIN
V A L P A R A Í S O

teando de tal manera que forma dieciséis mesetas, una sobre otra, que presentan un singularísimo aspecto vistas en perspectiva desde el largo camino recto que va directamente de Casablanca hasta la Cuesta. El campo de este lado parece mucho más fértil que el que pasamos ayer, entre los grupos de espínelas velanse espacios claros pertenecientes a diversas propiedades rústicas. El camino corre entre dos filas de hermosos árboles: maitenes, sauces del país, molles y otros árboles de hoja perenne, que se hacían más y más numerosos a medida que nos acercábamos a la Cuesta, y formaban matorrales y bosquecillos en las profundas cañadas que interrumpen el camino. Al pie del cerro nos dejó el capitán Spencer, con gran pesar mío, pues si en cualquier parte es grato tener un compañero inteligente y simpático lo es mucho más a tan gran distancia de Europa.

Me asombra no haber oído nunca elogiar la belleza de este camino. Tal vez los comerciantes que lo frecuentan van preocupados durante sus viajes de las ganancias y pérdidas mercantiles, y los oficiales de la marina inglesa, que van a la capital en busca de diversiones, piensan demasiado en los entretenimientos que les esperan para fijarse en las bellezas del camino. Este me recuerda algunos de los más hermosos paisajes de los Apeninos.

El ondulado valle, llamado Cajón de Zapata, que se desplegó a nuestra vista cuando llegamos a la cumbre, sus boscosas hondonadas y las nevadas montañas en el horizonte, formaban un bellissimo paisaje. El cielo estaba sereno y la temperatura era deliciosa. En una palabra aquello habría sido un paraje de Italia si no hubiesen faltado allí los edificios y templos, signos de la presencia del hombre: pero aquí todo es aún demasiado nuevo, tanto, que casi no sorprendería ver salir a un salvaje de entre los árboles próximos o escuchar el rugido de una fiera en el cerro. Cuando nos resignamos a dejar el hermoso sitio desde donde dominábamos el espléndido panorama, descendimos al valle, y dimos descanso a los caballos en la casa de postas. Mientras estos descansaban, la dueña de casa nos hizo entrar y compartir su comida. Es una casa de campo de buen aspecto, y no una posada, aunque está instalado allí el servicio de postas. Sirviéronnos el popular charquicán, preparado con carne fresca y seca y diversas legumbres y sazonado con ají o pimienta chilena, en una gran fuente

de plata, y a las ocho personas que nos sentamos a la mesa se nos distribuyeron cubiertos de plata. Leche, harina de maíz y aguardiente completaban la comida. Por fin, habiendo descansado nosotros y las cabalgaduras, proseguimos el viaje, tomando la delantera el peón y las mulas.

Saliendo del Cajón de Zapata, entramos al largo y profundo valle en que se encuentra Curacaví y Bustamante. El primero de esos pueblos se extiende graciosamente al pie de un cerro, entre huertos y jardines y a las orillas de un ancho riachuelo llamado Estero de Curacaví, que nace de una hondonada distante y cuyo vado se encuentra precisamente en el punto más pintoresco de esa comarca. Bustamante es un villorrio, y debe su nombre al del mayorazgo a que pertenece, está situado bajo una parte de la serranía que forma la Cuesta de Lo Prado, y poco hay en él que sea digno de mencionarse. La casa de postas está a cargo de una señora de edad ya avanzada, muy atenta y amable, que nos proporcionó sabrosa carne de cordero con excelente vino y nos ofreció un asado dormitorio. El piso de éste era de tierra, en la que se hallaban afianzadas varias armazones de madera que servían de lechos. Sobre ellas acomodamos nuestras camas, y dormimos perfectamente. Mi criada era, como antes, la más cansada de todos, lo que prueba que la juventud y la salud no siempre son los más resistentes compañeros del viaje. Acostóse ella, mientras yo me ocupaba en escribir y hacer los preparativos para la mañana siguiente.

Agosto 24

A LAS SIETE NOS PUSIMOS

de nuevo en marcha, acompañados del peón Felipe; y como a una milla de Bustamante se nos agregó sencillamente y sin ceremonias otro peón, que conducía carga e hizo con nosotros el resto de la jornada. Como el nuevo camino de la Cuesta de Lo Prado da una vuelta de varias millas, Felipe tomó la acertada determinación de llevarnos por el antiguo sendero abierto en la sierra, el que nos hubiera infundido terror, si no hubiéramos estado ya algo acostumbrados a la vista de los precipicios. Más o menos a media milla de Bustamante abandonamos el camino de O'Higgins y entramos en lo que aquí llaman un monte, o espesura de bellos arbustos, con algunos grandes

árboles de trecho en trecho. * Los gigantes "cirios" ** que aquí y allá sobresalen de entre los arbustos dan al paisaje un carácter especial muy pintoresco. En medio del monte, en un extenso espacio desprovisto de vegetación vimos un interesante espectáculo. Descansaba allí una recua de mulas destinada al transporte de mercaderías a través de la cordillera. Se hallaba la carga, un fardo sobre otro, dispuesta en círculo, dentro del cual los arrieros y las acémilas descansaban o comían; dos o tres de los hombres preparaban la comida en una pequeña fogata que ardía a poca distancia. Comenzamos luego a trepar la abrupta y escabrosa montaña, y no podíamos menos de detenernos de cuando en cuando a admirar el magnífico panorama que dejábamos tras nosotros y asomarnos a los verdes y boscosos abismos que se abrían a nuestros pies. Aquí y allá seguían las sinuosidades del camino largas recuas de mulas cargadas que se dirigían a la capital, y los prolongados gritos de los muleros, repercutidos por los cerros opuestos, armonizaban admirablemente con el paisaje.

Llegamos por fin a la cumbre, y aparecieron los Andes en su nevada majestad, dominando los numerosos cordones de los cerros más bajos, pero no habíamos llegado aún al sitio más bello, que dista como media milla de la unión de los dos caminos, el antiguo y el nuevo, de la cuesta de Lo Prado. A un lado, los largos valles que acabábamos de pasar, se extendían a lo lejos engrandecidos por la niebla de la mañana, al través de la cual los cerros circunvecinos brillaban con gran variedad de tintes, al otro, encontrábase el hermoso valle de Santiago, en el que se distinguía a trechos el camino. Los elevados cerros que rodean la ciudad y la cadena de montañas más espléndida del mundo, la cordillera de los Andes, coronada de nieve, con sus cimas que parecen llegar al cielo y sus oscuras quebradas en que flotan densas masas de nubes, ofrecían a mi vista una escena como jamás había contemplado antes. En el primer plano hay abundancia de bellos árboles, con un río, el paisaje habría sido perfecto.

A los pies de la Cuesta, hacia la parte de la ciudad, tuvimos la suerte de encontrar un excelente almuerzo con cordero asado, después de nuestra larga jornada; y tanto nosotros como los caballos pudimos tomar un buen descanso. Desde este punto hasta la parada

* Esta aplicación de la palabra "monte" tuvo origen, según parece, en las pampas argentinas, que son tan planas y desnudas que cualquier bosquecillo ofrece desde lejos el aspecto de un pequeño cerro o monte. (N. de la A.)

** Especie de cactus. (N. de G. E. de C.)

siguiente, Pudahuel, el camino va por un llano arenoso, salpicado de mimosas y entubiado por el reflejo del sol en la tersa y árida superficie. Pudahuel está situado en las márgenes del lago del mismo nombre que llega hasta este punto. Créese vulgarmente que el Mapocho, a cuyas orillas se levanta la ciudad de Santiago, corre hasta aquí y desaparece bajo el cascajo y las arenas para reaparecer por siete bocas al otro lado del monte de San Miguel, desde donde se dirige al valle de Maipo, uniéndose a este río cerca de Melipilla; pero el lago de Pudahuel no se comunica con el Mapocho, sino que es alimentado por los riachuelos de Colina y Lampa. El Mapocho, muy mermado por los canales que de él se sacan para el regadío, desaparece en cierto punto del llano de Maipo, y por ser las aguas de la bella fuente de San Miguel semejantes en dulzura y otras cualidades a las del Mapocho se le da este nombre hasta su confluencia con el blanquecino y turbio Maipo. Circunstancias de este género fueron poetizadas por los griegos con esa rica y fabulosa fantasía que comunicaba especial encanto a todos los objetos que creían dignos de su inspiración. ¡Cuánto más bello es el paisaje que rodea las orillas de Pudahuel que el sucio lavadero que hoy marca el lugar de la que fuera en otro tiempo la celebrada fuente de Aretusa en Sicilia! Y sin embargo, mientras estaba allí mirando y oyendo a vulgares sicilianos, rodeada de sórdidas y miserables casas y sin otro objeto sagrado a la vista que una mutilada imagen de yeso de la Virgen, mi imaginación, que desde la juventud había anhelado ver el sitio donde "el divino Alceo se deslizó bajo la tierra para ir al encuentro de su Aretusa", no tardó en revestir de mármol las rocas y restaurar los palacios, las estatuas y la magnificencia de esa fuente que en otro tiempo mereció la alabanza o el reproche de ser el sitio más voluptuoso de una lujuriosa ciudad. Aquí Pudahuel desaparece en su belleza solitaria, sin que ningún poeta le cante, sin que se le tribute honor alguno.

El panorama que se divisa desde el paso del Pudahuel es bellísimo. Mirando a través del río, cuyas escarpadas orillas adornan grandes árboles, el valle de Santiago se extiende hasta las montañas, a cuyos pies se despliega, y la ciudad, con sus blancas torres, da a todo el conjunto un carácter especial que lo distingue de los demás bellos paisajes de Chile, en que la ausencia de moradas humanas imparte cierto sello de melancolía sobre la naturaleza.

Tres millas más allá de Pudahuel nos encontramos con don José

Antonio de Cotapos, cuya familia me había invitado gentilmente a alojarme en su casa mientras permaneciera en Santiago; y aunque no había aceptado la invitación creyendo que tendría más libertad en un hotel inglés, no pude realizar tal propósito, pues algunas millas más adelante me encuentre con Mr. Prevost, quién me dijo que las señoras se darían por ofendidas si no aceptaba su hospitalidad con preferencia a cualquier otra. Apenas había dado mi asentimiento, llegaron dos coches con la señora Cotapos y tres de sus bellísimas hijas, que habían venido a mi encuentro para llevarme a la ciudad. Rehusé este ofrecimiento para no entrar al coche cubierta de polvo. Seguí pues, a caballo, y fui muy amablemente recibida por doña Mercedes, otra hija de la señora, cuya gracia y cortesía igualan su hermosura. Después de descansar y vestirme fui llamada a comer; allí encontré a toda la familia reunida y algunos otros caballeros que habían sido invitados para que me conocieran e hicieran honor a la fiesta de recepción. La comida fue más copiosa de lo que a nuestros hábitos permitiría el buen gusto, pero todos los manjares estaban bien preparados, aunque demasiado cargados de ajo y de aceite. Sirvióse el pescado entre los últimos platos. Todos los guisos fueron servidos en la misma mesa, y era difícil resistir a las apremiantes y repetidas invitaciones a comer de cuanto había. Se considera como una muestra de la más delicada atención sacarle a alguien una porción de su plato y ponerla en el de su amigo, y a nadie se le hace escrúpulo servirle a uno con el cuchillo o cuchara con que ha estado comiendo, o tomar algo directamente de la fuente sin intervención de los platos. En los intervalos, ofreciase pan, mantequilla y aceitunas.

A juzgar por lo que hoy he visto podría decir que los chilenos comen mucho, especialmente dulces, pero son muy parcos en la bebida.

Después de la comida tomamos café, y, como ya se había hecho tarde, todo pasó más o menos como en una casa inglesa, salvo que la mayor parte de la familia se retiró a practicar sus devociones. En la noche llegaron algunos amigos y parientes, y los jóvenes se entretuvieron en danzar. Las personas mayores conversaban alrededor de un brasero, resguardadas por una gruesa cobertura, dispuesta de tal modo que a la vez que conducía el calor hasta las rodillas impedía que subieran hasta la cabeza los nocivos gases del carbón. Hace muy poco tiempo que las damas chilenas han aprendido a sentarse en sillas, en

vez de hacerlo sobre el estrado. Ahora en lugar del estrado hay generalmente largas alfombras a cada lado de la sala y dos filas de sillas, con tan poca distancia entre una y otra, que los pies de una persona quedan en contacto con los de la que está sentada frente a ella. Los más graves y de más edad se sientan con las espaldas hacia la muralla, y frente a ellos las niñas; los jóvenes se colocan detrás de éstas, y la conversación general o particular, se hace sin ceremoniosa afectación y a media voz.

Cuando hay número suficiente de personas comienza el baile, con un minué, que se parece, en verdad al solemne y majestuoso minué que hemos visto en Europa, es grave, sin duda, pero incorrecto y descuidado; no hay en él elegancia, finura, nada, en una palabra, en que el famoso capitán Nash de Bath pudiera reconocer los graciosos movimientos de las danzas que presidió durante tanto tiempo y con tanta maestría; después del minué se bailan alemandas, cuadrillas y danzas españolas. Estas últimas son muy graciosas, y tales como las he visto aquí me recuerdan las poéticas danzas que suelen representar la antigua escultura y la pintura moderna; pero en aquellos tiempos el vals no establecía tan íntimo contacto entre la alegría y la belleza de una joven y su compañero de baile. Sin embargo, aquí parecen estar habituados a ello, y reconozco que fue una tontería mía el haberme dejado alarmar por semejante espectáculo. Luego que terminó el baile y se retiraron las visitas, cerróse la puerta de la casa, y la familia pasó al comedor a tomar una cena caliente, que aquí es la comida principal. Como yo no acostumbro a comer en la noche me retiré a mi aposento, sumamente complacida de las amables y finas atenciones y franca hospitalidad de mis nuevos amigos y demasiado cansada para pensar en otra cosa que en dormir. Hacía tanto tiempo que no oía a un guardián de ronda, que experimenté una indecible sorpresa cuando llegó a mis oídos, mientras me acostaba, el canto de "*Ave María purísima, las once han dado, y sereno*" canto que despertó en mí muchos recuerdos, asociados con

*"The bellman's drowsy charm,
To bless the doors from nightly harm" **

* El soñoliento canto del rondador, que defiende los hogares de los peligros de la noche. (N. del T.)

Agosto 25

LO PRIMERO QUE HICE DESPUÉS de levantarme fué examinar la distribución de los diversos departamentos de la casa, y comencé a inspeccionar la puerta por donde había entrado el día antes, buscando en vano a uno y otro lado alguna ventana que diera a la calle. La casa, como todas las que desde aquí alcanzaba a descubrir, tenía por todo frente una muralla baja y blanqueada, sobre la cual se proyectaba un enorme alero de tejas, en el centro un gran portal o zaguán, con puertas de doblar, y una torre-cilla llamada el Alto, con ventanas y balcón en la parte superior, en donde se encuentra mi aposento, debajo de ella, cerca de la puerta de calle, está la habitación del portero. Este portal desemboca en un gran cuadrángulo, al que dan numerosos departamentos. Los de la derecha e izquierda parecen ser almacenes o depósitos de provisiones, al frente están la sala, el dormitorio principal, que hace también las veces de sala, y una o dos piezas más pequeñas. A continuación de este cuadrángulo sigue otro, adornado con plantas en macetas y árboles frutales, y circundado por una agradable galería, donde las hijas de la dueña de casa acostumbran recibir a sus amigas o se ocupan de sus labores domésticas. Alrededor de este cuadrángulo o patio están dispuestos los aposentos privados de la familia, y detrás de él hay otro más pequeño, donde se encuentran la cocina, despensas y habitaciones de la servidumbre, y por el cual, como en casi todas las casas de Santiago corre constantemente una acequia.

La disposición de las casas, bastante cómoda y agradable para sus moradores, es fea exteriormente y comunica a las calles un aspecto triste y plebeyo, éstas son anchas y bien empedradas, tienen aceras con pavimentos de granito, y por casi todas ellas corre siempre un arroyuelo, que, con un poco de más atención de la policía, podría hacer de esta ciudad la más limpia del mundo. Con todo, Santiago no es muy sucio, y cuando recuerdo a Río de Janeiro y Bahía me inclino a declararlo sumamente aseado.

La casa de los Cotapos está amoblada con lujo, pero sin elegancia. Sus grandes espejos, sus hermosas alfombras, un piano fabricado por Broadwood, y una buena provisión de sillas, mesas y camas no son precisamente los que hoy día se usan en París o en Londres, estuvieron allá de moda hace un siglo o poco más, pero hacen un lucidísimo papel en esta apartada tierra del continente austral. Eso sí

que con el comedor no puedo transigir. Es el aposento más obscuro, triste y feo de la casa. La mesa está casi pegada a la muralla en un rincón, de suerte que una de las extremidades y un costado apenas dejan espacio suficiente para las sillas, de esta manera un buen servicio se hace punto menos que imposible. Cualquiera creería que ha sido dispuesto así para comer en secreto; y me hace pensar, especialmente cuando las grandes puertas se cierran de noche antes de la comida principal, en los moros e israelitas de la península española, ocultándose celosamente de la vista de los godos, sus opresores.

Me trajeron al aposento mi acostumbrado desayuno: té, huevos y pan con mantequilla. La familia no come nada a esta hora, pero aquí, algunos se desayunan con una jícara de chocolate, otros toman un poco de caldo, y la mayoría prefiere el mate. Las señoras pasaron a saludarme antes de irse a misa, y en esta ocasión habían cambiado sus vestidos de estilo francés por otros enteramente negros, y llevaban mantilla, la que hace aparecer a una hermosa española o chilena diez veces más hermosa y agraciada.

Como a mediodía, el señor de la Salle, uno de los ayudantes de campo del Director Supremo, me trajo un atento saludo de bienvenida de su Excelencia. Por conducto de este caballero envié mis cartas de presentación a doña Rosa O'Higgins; y se convino en que la visitaría mañana por la noche, porque hoy va al teatro. Poco después de comer, el señor de Roos y yo acompañamos a don Antonio de Cotapos y a dos de sus hermanas al llano, situado al suroeste de la ciudad, para ver las chinganas, o entrenimientos del bajo pueblo, que se reúne en este lugar todos los días festivos y parece gozar extraordinariamente en haraganear, comer buñuelos fritos en aceite y beber diversas clases de licores, especialmente chicha, al son de una música bastante agradable de arpa, guitarra, tamborín y triángulo, que acompañan las mujeres con canciones amorosas y patrióticas. Los músicos se instalan en carros, techados generalmente con caña o paja, y tocan sus instrumentos para atraer compradores a las mesas cubiertas de tortas, licores, flores, etc., que los parroquianos compran para su propio consumo o para las mozas a quienes desean agradar. Algunas de las flores, como los claveles y los ranúnculos, se venden a precios exorbitantes. suelen pedir hasta cuatro reales por cada una, y un peso por un ranúnculo amarillo con pétalos matizados de rojo y verde. El pueblo, mujeres y niños, tiene verdadera pasión por las chin-

ganas. Por el llano pululan pascantes a pie, a caballo, en calesas y carretas, y aunque la aristocracia prefiere la Alameda, no deja de concurrir también a las chinganas, y todos parecen sentirse igualmente contentos, en medio de una tranquila y disciplinada alegría. Estoy segura de que en Inglaterra entre tanta concurrencia no dejaría de haber desórdenes y riñas; pero nada de esto sucedió aquí a pesar de que se jugó mucho y se bebió no poco.

En la noche asistí a la tertulia de la familia Cotapos, en que hubo música, baile y se charló como de costumbre; pude observar que en Chile, la belleza y el traje de una joven son criticados por las demás lo mismo que entre nosotros. Y ya que hablo de cosas femeninas, agregaré que jamás había visto tantas mujeres hermosas en un solo día como aquí, en el día de hoy. No me atrevo a asegurar que hubiera entre ellas alguna de extraordinaria belleza, pero sí puedo afirmar que no había ninguna fea. Son por lo común de mediana estatura, bien conformadas, de andar airoso, tienen abundante cabellera y lindos ojos, azules o negros, hermosos dientes y en cuanto al sonrosado color de su tez, nunca lo puso más bello "la pura y diestra mano de la naturaleza", pero ¡ay! la cariñosa mano de la naturaleza es generosa, más no pródiga con estas lindas criaturas, dotadas de tantos atractivos, tienen generalmente una voz desapacible y áspera y observé cierta tumefacción en el cuello de algunas, lo que indica que el bocio es frecuente en Chile.

Agosto 26

ESTA MAÑANA, AL ASOMAR-me a la calle poco después

de aclarar el día, ví pasar las provisiones de los campos vecinos para el mercado. Los bueyes cortados en cuartos y los corderos por mitad iban colocados sobre el lomo de los caballos delante de un hombre o de un muchacho, envueltos en ponchos y montados en la grupa de la cabalgadura; las aves, en grandes arcas de cuero con rejillas, sobre mulas. Huevos, mantequilla, leche, queso, verduras, legumbres, todo era conducido por bestias de carga, porque ningún chileno se resuelve a emprender a pie una larga caminata y mucho menos con una carga sobre los hombros, salvo que una imperiosa necesidad se lo exija. Y mientras desfilaban en una dirección las acémilas cargadas de comestibles, numerosas mujeres con manto, alfombra y devocionario iban camino al templo, a oír misa.

Los gritos de los vendedores en las calles son casi tan ininteligibles como los de Londres, y, con excepción de *Sweep!* y *Old Clothes!*, * se refieren a los mismos artículos.

El juez Prevost vino poco después de almuerzo y me hizo algunas indicaciones sobre mi visita de esta noche a doña Rosa O'Higgins. Parece que ir a pie a hacer una visita de etiqueta, aunque sea a la casa vecina, es algo tan contrario al buen tono que no debo ni pensar en tal cosa. Debo ir, por lo tanto, en un coche de la familia Cotapos, acompañada por dos de las señoras. Confieso que este último punto me alarmó. Esta familia es de las más respetables de Santiago, pero una de las hijas fué casada con un Carrera; toda la familia fué partidaria de Carrera, y más de uno de sus miembros ha tomado parte en conspiraciones contra el gobierno actual, más aún, contra la vida del Director, según se dice, y yo sé perfectamente que, a pesar de los generosos deseos del señor Prevost, no se ha dado aún ningún paso hacia una reconciliación amistosa entre el palacio directorial y la casa de los Cotapos. Si yo he de ser un instrumento de reconciliación y paz, en buena hora, pero me agradaría más saber francamente a qué atenerme.

Fuí a ver la Plaza: ocupa uno de sus costados el palacio en que están la residencia del Director, los tribunales de justicia y la cárcel pública. El edificio es bellísimo, pero aun está inconcluso, porque cuando se agregó el palacio directorial faltó el dinero; sin embargo todo el primer piso es del mismo estilo dórico del resto, y podrá ser terminado tan pronto como el gobierno tenga fondos con qué hacerlo. En el costado poniente de la plaza se encuentran la Catedral, inconclusa también y de estilo dórico; el palacio del obispo, y algunos edificios de menor importancia. En el lado sur hay un portal frente a las casas particulares, cuyos primeros pisos sirven de tiendas de comercio; bajo el portal se ve una serie de puestos por el estilo de los bazares de Londres. En las noches de luna presentan un aspecto muy alegre y lleno de animación. Las damas recorren entonces las tiendas y los puestos, y como todos están iluminados, la escena es muy hermosa. En el cuarto costado sólo hay edificios pequeños, de los cuales el hotel inglés es uno de los mejores. Pasamos por varios edificios públicos bellos en general y casi todos de estilo dórico; sin embargo, el

* El primero es el grito de los deshollinadores, el segundo, de los ropavejeros. (N. del T.)

aspecto de las calles es feo a causa de la desnudez y monotonía de las fachadas de las casas particulares.

Después de la comida, el señor de Roos y yo, fuimos a los Tajamares y a la Alameda.

Los Tajamares son un sólido parapeto de albañilería construido para defender la ciudad de las crecidas del Mapocho, que, aunque de ordinario es un inofensivo riachuelo que corre por un angosto canal en medio de un ancho lecho de piedras, se convierte dos veces al año en un torrente impetuoso. En el invierno, por las lluvias, y en el verano, debido a los deshielos, suelen tener lugar sus formidables crecidas, y si no fuera por los Tajamares se inundaría la mayor parte de la ciudad. La Alameda está dentro del recinto de los Tajamares; es un paseo encantador, con largas filas de sauces y una vista espléndida.

Una angosta callejuela nos llevó de aquí al peñón de Santa Lucía, que debería ser la ciudadela de Santiago. Se alza más o menos en el centro de la ciudad y la domina, en sus extremos opuestos hay actualmente dos pequeñas baterías de cañones. Mientras subíamos no podíamos menos de admirar los inmensos bloques de granito que la naturaleza parece haber amontonado allí, algunas, veces forman cavernas y otras quedan suspendidos sobre el camino, y nos recordaban las enormes rocas que los antiguos caciques precipitaban sobre sus invasores. Desde el Santa Lucía veíamos todo el valle de Santiago hasta la cuesta de Lo Prado, el llano de Maipo, que iba a perderse en el horizonte, la nevada cordillera, y a nuestros pies la ciudad: sus jardines, sus templos y su magnífico puente, todo iluminado por los rayos del sol, que al ocultarse, proyectaba esos mágicos efectos que los poetas y pintores se complacen en describir. Pero ¿qué pincel y qué pluma podrán darnos una pálida idea de los Andes iluminados por los últimos rayos del sol? Yo los contemplaba

*"Till the place became
Religion, and my heart ran o'er
In secret worship" **

Las campanas de San Isidro vinieron a sacarme de mi contemplación, y me hicieron volver los ojos hacia la pequeña iglesia, sobre

* Hasta que el sitio se convirtió en un santuario y mi corazón se desbordó en secreta adoración. (N del T.)

la cual se cernía una inmensa y negra nube. De sus puertas salía una larga y solemne procesión de sacerdotes, que comenzaba una rogativa de nueve días a San Isidro y al apóstol Santiago, patrono de la ciudad, para pedirles lluvia.

Yo quisiera que la superstición se hubiera limitado a poner cada país, ciudad e individuo bajo la tutela de un santo patrono, ya que hay algo tan consolador en la creencia de que un ser superior vela siempre pronto a interceder por nosotros ante el Supremo Juez. Los frívolos atenienses tenían a Minerva, los poderosos romanos a Júpiter, el señor de los dioses, Inglaterra reconoce todavía la protección de San Jorge, ¿por qué pues, no ha de tener Santiago por patrono al santo de su nombre, espejo y modelo de las órdenes de caballería, y a San Isidro, el labrador? Una mujer, con quien trabé conversación en el cerro, me dijo que aquí el tiempo seco es considerado muy malo, y que cuando no llueve, los cuerpos se resecan como la tierra, y que por lo tanto había gran necesidad de recurrir a la intercesión de los santos para alejar de la ciudad las epidemias y la carestía. Me agregó que de la sequedad del tiempo provenían fiebres e inflamaciones de la garganta. Si esto no es un simple prejuicio, es bastante singular.

Volvimos a casa a vesturnos para la visita a palacio, adonde fui acompañada por el juez Prevost, la señora Cotapos y su segunda hija, Mariquita, joven más cultivada de lo que se acostumbra aquí. Ambas me pidieron excusas por presentarse con medias de algodón y toscos zapatos negros, manifestándome que a causa de un voto que habían hecho durante una grave enfermedad del anciano don José Miguel Cotapos estaban obligadas a usar esas medias y zapatos durante un año, si sus oraciones alcanzaban la salud del paciente. Aunque no pude menos que sonreírme al oír tal cosa, comprendí que el cariño que les había inspirado esa promesa la hacía digna de respeto, ni se me ocultó el extraordinario mérito de semejante voto, pues en nada es más delicada una dama chilena que en la elección de su calzado. La señora Cotapos me hizo la confidencia de que los zapatos la atormentaban de tal manera que se había visto obligada a ponerles algodón para que le mortificaran un poco menos los pies. Afortunadamente ni me comprendió cuando murmuré entre dientes las palabras

de Peter Pindar: "Y took the liberty to boil my peas" * Mariquita cumple su voto sin salvedades de ninguna especie.

Entramos al palacio con menos alboroto y ceremonias que en cualquier casa particular. Las salas están bien amobladas, pero con sencillez: estufas inglesas de fierro fundido, alfombras escocesas, porcelanas y relojes de mesa franceses, poco o nada que pareciera español, y mucho menos chileno. La madre del Director, doña Isabel, y su hermana doña Rosa, nos acogieron, no sólo cortésmente, sino con exquisita amabilidad. El recibimiento del Director fué de lo más halagador para mí y mi joven amigo De Roos. Su Excelencia había residido varios años en Inglaterra, la mayor parte del tiempo en una academia, en Richmond. Luego inquirió si yo conocía Surrey; preguntó con mucho interés por mi tío Sir David Dundas y varios amigos y parientes míos, y muy especialmente por sus viejos maestros de música y otras artes. Mucho me agradó la bondad de sentimientos que demostraban estos recuerdos, y más aun cuando ví que algunas muchachitas de aspecto salvaje entraron a la sala, corrieron hacia él y se abrazaron de sus rodillas, y supe que eran indiecitas huérfanas salvadas de morir en los campos de batalla. En las invasiones que suelen hacer en los territorios de que han sido despojados los indios acostumbran llevar consigo a sus mujeres e hijos. Cuando se libra una batalla encarnizada, por lo general las mujeres toman parte en ella. Si la suerte les es adversa, no es raro que los hombres maten a sus mujeres e hijos para impedir que caigan en poder del enemigo; y en realidad con esto no se conseguía hasta ahora otra cosa que anticipar unos cuantos minutos la muerte de estas infelices criaturas, pues ni por una ni por otra parte se da ni se acepta cuartel, y tanto menos cuanto que en las filas españolas militan muchos indios, que, a despecho de su semicivilización, conservan siempre sus feroces costumbres guerreras. El Director da una recompensa por cada persona salvada en esas ocasiones, especialmente por las mujeres y niños. A los niños se les educa, y servirán más tarde de mediadores entre la raza indígena y los chilenos, y para este fin se procura que no olviden su lengua nativa. El Director les dirigió la palabra en araucano para que yo oyese hablar en este idioma, que me pareció armonioso y agrada-

* Alusión al caso que refiere Pindar de un penitente que hizo voto de poner arvejas dentro de sus zapatos, para una peregrinación, pero se tomó la libertad de cocerlas... (N. de G. E. de C.).

ble, debido quizás en parte a la suavidad de las voces infantiles. Una de las indiecitas me agradó especialmente, la pequeña María, hija de un cacique que fué muerto hace poco en un combate con su mujer y sus hijos mayores. Doña Rosa cuida a las pequeñas prisioneras con esmero y bondad maternas. He quedado encantada del modo tan noble y humano con que les hablaba. En cuanto a Doña Isabel, parece vivir de la fama y grandeza de su hijo, lo contempla con miradas que revelan el más tierno amor maternal y escucha con singular satisfacción los cumplidos que le dirigen. El es modesto, llano, de modales sencillos, sin pretensiones de ninguna clase. Si ha realizado grandes hechos, los atribuye a la influencia del amor patrio, que, como él dice, puede inspirar a un hombre corriente los más nobles sentimientos. Habló con mucha franqueza sobre la actual condición de Chile; me dijo que no dudaba de que yo estaría sorprendida del atraso del país en muchas cosas, e hizo especial mención de la falta de tolerancia religiosa, o, más bien de la pequenísima proporción en que, ha sido posible concederla, sin alterar la tranquilidad pública, dado el general estado de cosas, y en cierta forma se manifestó dispuesto a censurar a ciertos protestantes que, intempestivamente, pretendían exigirle la construcción de un templo y el reconocimiento oficial de aquel culto, olvidando que hace todavía muy poco tiempo que les concedió la libertad privada de conciencia y un cementerio exclusivo para ellos, en un país que hace apenas doce años estuvo sometido a la Inquisición de Lima. Insistió mucho en la necesidad de la instrucción pública, y me habló de las escuelas lancasterianas y otras recientemente establecidas en Santiago y otras ciudades de Chile, que en proporción al número de habitantes son, sin duda, numerosas.

Llegaron en este momento otras personas, entre ellas el coronel Cruz, que me fué presentado por el Director como el futuro gobernador de Talcahuano, y a quien recomendó que me atendiera en mi próximo viaje al sur. Entre los militares presentes había algunos franceses, que no me parecieron tener mucha de esa distinción y finura que caracterizan a sus compatriotas. Permanecían en profundo silencio, mientras algunos miembros del Cabildo, esto es, de la corporación municipal de Santiago discutían diversos temas políticos relacionados con la proyectada constitución; hasta que doña Rosa, viendo que la conversación llevaba visos de hacerse exclusivamente política, pidió a doña Mariquita que tocara piezas de música francesa, lo que

hizo al punto, de memoria y con notable perfección, dando pruebas de poseer finísimo oído y excelente ejecución.

Púseme a observar mientras tanto a las personas que me rodeaban. El Director vestía, como de costumbre, su uniforme de general, es bajo y grueso, pero muy activo y ágil; tiene ojos azules, cabellos rubios, tez encendida, y sus facciones algo toscas no desmienten el origen irlandés, al mismo tiempo sus pies y manos son pequeños, signos de su procedencia indígena. Doña Isabel representa mucho menos edad de la que tiene, y aunque de baja estatura, es muy hermosa. En doña Rosa se reproducen en mayor escala los caracteres físicos del Director. Vestía una chaquetita de raso carmesí y falda blanca, traje muy usado aquí. A juzgar por lo que hasta ahora he visto, en Chile el tipo masculino es más feo y tosco que el femenino, que, en general, sobresale por su belleza y distinción. Las chilenas poseen una cortesía natural y sencilla y maneras afectuosas que me encantan, pero a la vez he notado en ellas algunas costumbres desagradables. Por ejemplo, una rolliza y bella señora, que vino hoy a palacio vestida de raso azul, se hizo poner delante de ella una escupidera, en la que escupía sin cesar y con gran destreza, como para demostrar que estaba habituada a semejante maniobra. Sin embargo, las jóvenes aristocráticas y todas las que quieren ser consideradas como tales están abandonando rápidamente estos feos hábitos.

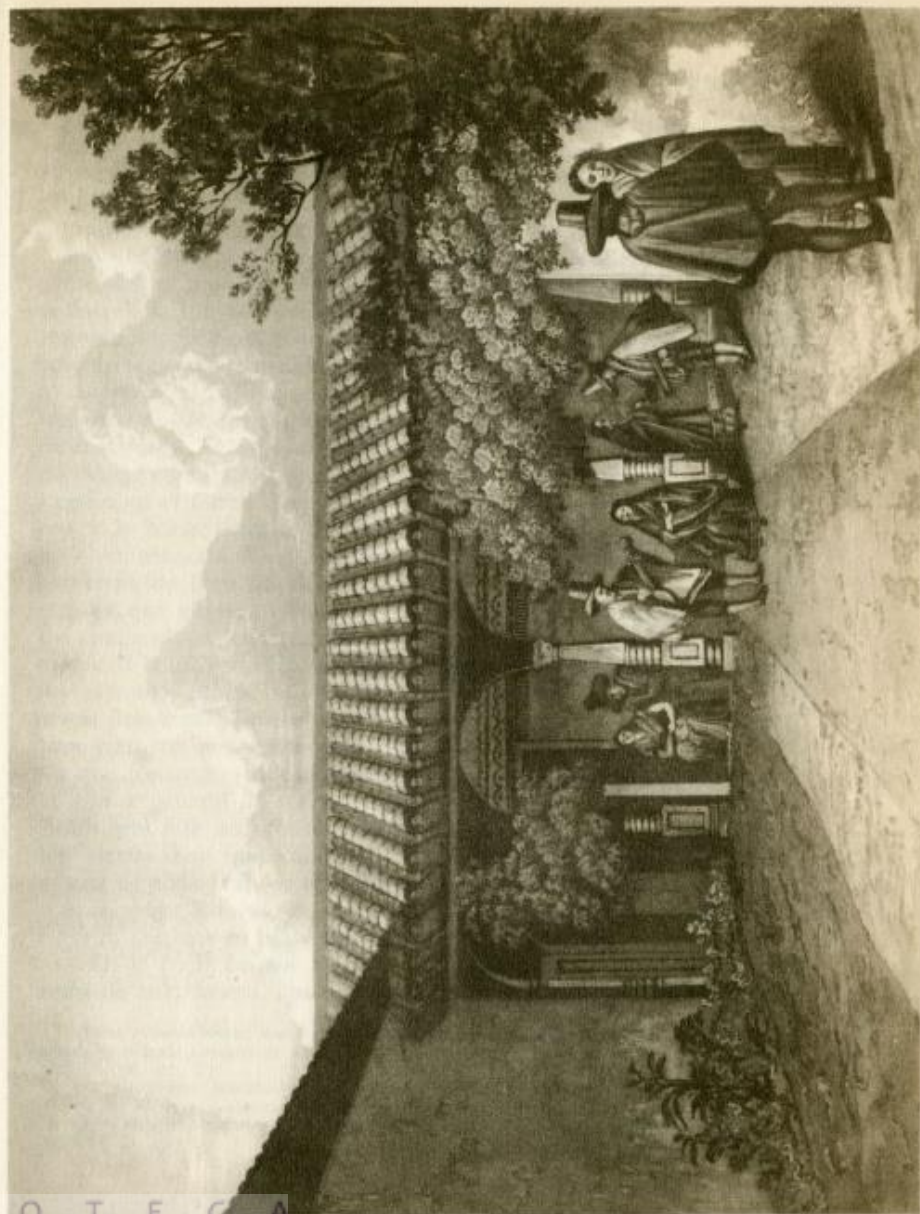
Como a las diez nos retiramos del palacio, y encontramos a nuestros jóvenes entretenidos todavía en danzar. Me quedé con ellos un rato, y en seguida me fuí a mi aposento a escribir el diario de mi segundo día en esta capital, donde me siento muy complacida.

Agosto 27

VISITÉ A DOÑA MERCEDES

del Solar, cuyo padre don Juan

Enrique Rosales, fué uno de los miembros de la primera junta del gobierno revolucionario de 1810. Es una hermosa y distinguida señora, conoce bastante bien la literatura francesa y habla el francés a la perfección. Me recibió en su dormitorio, que, como he dicho antes, es usado con frecuencia como sala de recepciones. Rodeábanla graciosos niños y algunas lindas sobrinas. Tenía junto a ella una pequeña mesa con libros y útiles de costura y delante un gran brasero de plata maciza, artísticamente grabado en realce, dentro de un marco de madera curiosamente labrado, y con tena-



ESQUENA DE COSTUMBRERAS.

zas de plata cincelada para atizar los carbones encendidos. Ya había visto otros de la misma clase, pero aquí parecía guardar armonía con el resto del mobiliario y con las personas. El majestuoso lecho francés, el piano abierto, la guitarra, el ostentoso reloj de bronce, las damas, los niños, los libros, los materiales de costura, los jarrones de porcelana llenos de flores, y el rico bracero chileno, del que subía el humo fragante del zahumerio, formaban un conjunto encantador, que, iluminado por la luz que entraba por una alta ventana, era digno de ser reproducido por un hábil pintor. No habría cambiado el amplio ropaje de pieles de la madre, que dejaba descubierto su blanco y hermoso escote, ni el pálido rostro del pequeño Vicente, * por toda la imaginación de los pintores que más han sobresalido en la pintura de interiores. Tengo especial interés por Vicente, inteligentísimo niño. Viajó conmigo en la *Doris* desde Río de Janeiro, adonde había llegado en el *Owen Glendower*. Se resfrió al doblar el Cabo de Hornos, y lo hacía pasar en mi camarote todo el tiempo que permitían las circunstancias. Hablábamos un día de las islas, recientemente descubiertas, de New Shetland del Sur ** y de los restos de un navío español que allí se encontraron, navío que conducía tropas a Chile y del cual nada se había sabido hasta entonces. El niño que estaba pendiente de la conversación, me dijo: —“He ahí la fortuna de Chile; cuando los tiranos envían buques para oprimirlo Dios los hace naufragar en costas desiertas”. Espero que sus excelentes inclinaciones, que tanto prometen, no serán destruidas por su continuo trato con los franceses que frecuentan la casa de su padrastro, don Felipe del Solar, que es agente general de todos los buques franceses que llegan a Chile. Acaso será éste un sentimiento poco noble, pero no puedo evitarlo; hay ciertas cosas que, como la fe, no dependen de la voluntad, y ésta es una de ellas. Tal vez envidiaba a los autores franceses el lugar que ocupan sobre la mesa de la señora Solar, y habría preferido ver allí el *Rape of the lock* en lugar del *Lutrin*. ***

En la tarde fuimos a caballo a la quinta del canónigo Herrera, cerca de la Alameda, hacia el noreste. La casa es espaciosa y cómoda,

* Don Vicente Pérez Rosales, hijo del primer matrimonio de doña Mercedes, fundador de la colonia alemana de Llanquihue y autor, entre otras obras de “Los Recuerdos del Pasado” (N. del T.)

** Propiamente descubiertas por segunda vez. Walter Raleigh estuvo en ellas, e hizo ahorcar en la costa a algunos soldados amotinados.

*** Célebres poemas satíricos, inglés y de Pope el primero, francés y de Boileau el segundo. (N. del T.)

el jardín delicioso. Pequeñas corrientes de agua, conducidas por canales curiosamente dispuestos, lo recorren en todas direcciones y mantienen una sucesión ininterrumpida de las más bellas y raras flores; violetas, alhelíes, claveles, ranúnculos. Hay exquisitas naranjas, de las que comimos una buena cantidad, limoneros, un extenso huerto, viña, lechería, todo lo que hace grata y provechosa la vida del campo.

De la quinta del canónigo seguimos nuestro paseo entre un frondoso olivar y extensos huertos de cerezos, duraznos, manzanos y perales, cubiertos de flores; y cruzando dos o tres cercados, a cuyas puertas estábamos seguros de encontrar a alguien que nos abriera (y también a alguien que nos pidiese dinero, práctica de la que aquí nadie parece avergonzarse), salimos a la Cañada, que hasta hace poco era un suburbio pantanoso. Actualmente O'Higgins la hace secar, despejar y plantar de árboles, de modo que pronto superará a la Alameda en belleza, como la supera en extensión. El agua que antes corría libremente, va ahora por un canal artificial, con árboles a uno y otro lado y cómodos senderos para transitar a pie y caminos más anchos para los carruajes y caballos. Esto se encuentra terminado ya en parte, y se sigue trabajando con actividad.

Agosto 28

DÍA DE SAN AGUSTÍN NO

estoy en muy buenos términos con este santo, porque no ha hecho otra cosa que contrariarme durante todo el día. Pero, comencemos por el principio.

En las primeras horas de la mañana sentí una campanilla que me recordó la que en las tardes de invierno hacen sonar los vendedores de *muffins* * Me asomé a la ventana, y ví en primer lugar a un niño que agitaba la mencionada campanilla y en seguida a otro con un haz de cirios. Todos al verlos se detenían, con la cabeza descubierta, y en actitud de rendir homenaje. Detrás de los dos niños apareció una calea de color azul oscuro, con pinturas de glorias y espíritus santos. Dentro de ella venía un señor vestido de raso blanco con bordados de plata y seda de varios colores. Precedíala un hombre con un farol dorado; otros con quitasoles la seguían. Pregunté qué significaba aquello y me contestaron que era el Padre Eterno, expresión chocante para nosotros, mas no para un español católico, que reconoce la presencia de la Di-

* Especie de panecillos, muy populares en Inglaterra, que se toman generalmente con el té. (N del T.)

vinidad en la hostia que se lleva a un moribundo; éste era, en efecto, el motivo de la procesión que acabo de describir, y lo único digno de mencionarse antes de que comenzara la serie de contratiempos ocasionados por San Agustín. El primero fué la visita que en compañía de Mr. De Roos hice a la escuela lancasteriana, nos encontramos con la escuela cerrada, pues los alumnos estaban en la misa de San Agustín. Nos dirigimos a la imprenta nacional cerrada también, y los impresores en la fiesta del Santo. De allí seguimos al Consulado, deseosos de presenciar una sesión de la Convención. la misma cosa, los señores convencionales estaban en misa. Perdiendo entonces toda esperanza de ver algún establecimiento público, resolví batirme en retirada, y me encaminé a la Plaza con la intención de hacer algunos croquis desde un balcón que para este objeto me habían ofrecido. nada tampoco, el dueño de la casa se había ido a la misa de San Agustín, con las llaves en el bolsillo. No me quedó, pues, otro recurso que volverme a casa, esperando tener mejor suerte en la tarde. Comencé a dibujar el patio interior, pero numerosas visitas, aprovechando el día festivo, llegaron unas tras otras, y no pude hacer casi nada.

Después de comer cobré nuevos ánimos y me dispuse para ir, con la señora Cotapos y sus hijas, a visitar el monasterio de las monjas de San Agustín; pero, como acababan de celebrar la fiesta de su Santo, con ésto, la vigilia y tanto cantar durante todo el día y parte de la noche, la madre abadesa y su comunidad habían quedado sumamente fatigadas, de manera que no pudieron recibirnos. La escuela en que se nos comunicaba esta desagradable noticia nos llegó cuando estábamos vestidas y listas para salir, y fuimos a visitar a las señoras Godoy, en cuya casa vive el Juez Prevost. Son parientes de la señora Cotapos, muy joviales y agradables. Pasamos un buen rato charlando en el patio o jardín interior, que se asemeja a los moriscos que describen los novelistas y viajeros. Unas lindas indiecitas, graciosamente vestidas, nos sirvieron mate; y en seguida pasamos a la casa, cuyas chimeneas, mobiliario y demás comodidades le dan un perfecto aire europeo. Oímos un poco de música, y nos volvimos a pie, mis amigas, como de costumbre, sin sombrero ni velo y con zapatos de raso.

Aproveché los intervalos entre los contratiempos ocasionados por San Agustín para ir al grande y hermoso templo que perteneció a los Jesuitas, en donde la música militar de las tropas durante la misa y las solemnes melodías del órgano producían un soberbio efecto; fui

también a la Catedral, cuyo interior es muy hermoso, aunque todavía está inconcluso. Hay allí valiosos artículos de plata y particularmente un rico frontal de altar. Para estas visitas tuve que ponerme manto, pues aquí no se permite a las mujeres entrar a los templos con sombrero.

Agosto 29.

EL JUEZ PREVOST, QUE SIEMPRE

está pronto a satisfacer mis deseos de ver todo lo interesante que hay en Chile, Mr de Roos, doña Mariquita y don José Antonio Cotapos, algunos jóvenes ingleses y yo, fuimos a caballo al Salto de Agua, única obra de los antiguos "araucanos" (sic) que subsiste en los alrededores de la capital. Atravesamos el Mapocho por el magnífico puente de piedra construido por don Ambrosio O'Higgins, y después de recorrer el barrio de la Chimba, famosa por su bien montada cervcería y sus salazones de cerdo, nos dirigimos a la fábrica de pólvora, actualmente en ruinas. Los molinos de pólvora eran movidos por el agua, y la maquinaria primitiva y muy peligrosa, pues los ingredientes se pulverizaban y unían en morteros de piedra. Esta fábrica, que costó al antiguo gobierno español una enorme suma de dinero, fué destruída por los Carrera, en su retirada ante el ejército de Osorio, en 1814 y, a pesar de la gran falta que hace, no ha sido restaurada desde entonces. Encontramos instalado en una parte de los terrenos que ocupan los molinos, a Mr. Goldsegg, inteligente artista, que después de trabajar algún tiempo en los talleres de Woolwich se vino a Chile con su mujer y familia a fabricar cohetes para la expedición contra el Callao. Por no sé qué fatalidad sus cohetes dieron mal resultado, y el pobre Goldsegg se ha quedado aquí esperando algún empleo. Por desgracia, las especulaciones mercantiles del Ministro Rodríguez han distraído para otros objetos los fondos que podrían haber servido para reparar obras públicas y pagar especialistas en diversos ramos útiles al Estado, por lo que mucho me temo que Goldsegg, con todos sus méritos vaya a aumentar la ya larga lista de las víctimas de frustradas esperanzas.

Desde los molinos de pólvora, el camino sigue por una llanura baja y fértil, regada por numerosos canales artificiales y rodeada de cerros. Al pie de uno de los más escarpados contemplamos el agua del Salto, que, conforme a su nombre, salta de roca en roca, desde la cum-

bre, ocultándose a veces detrás de tupidos matorrales, brillando otras al sol de mediodía. Los que han visto las *Cascatelle* de Tívoli, han presenciado lo único que yo recuerdo comparable con esto, pero aquí no hay casa rústica de Mecenas que corone la cima del monte, ni Templo de la Sibila que dé al conjunto el encanto de la poesía clásica. Permanecí algunos minutos separada de mis compañeros, y mientras una densa nube desprendida de los Andes avanzaba lentamente por el cielo, podría haber imaginado, imitando las fantasías de Ossian, que esa nube era el alma de algún antiguo cacique, que, al par que lamentaba el olvido de su nombre y las desventajas de su pueblo, soberano en un tiempo de estas tierras, se deleitaba contemplando los ricos sueños campos cultivados que él contribuyó a hacer fructíferos con su trabajo, mas no, quizá, en verme a mí, a una de las blancas hijas del Oriente, de donde recibirían una vez más la libertad los descendientes de los primeros dueños de este suelo. Sea como fuere, ello es que la nube pasó, y mi animoso caballo comenzó a trepar por uno de los más escarpados caminos que jamás pudiera escalar cuadrúpedo alguno, a no ser una cabra montés, de tal modo que luego me asaltó el pensamiento de que según todas las probabilidades no tardaría en ahogarme en alguna de esas corrientes, después de haber cruzado el inmenso océano sana y salva. Sin embargo, caballo y jinete nos encontrábamos poco después ilesos en la cima del peñón, a unos doscientos cincuenta pies, más bien más que menos, sobre la cumbre, en donde hay un villorrio, y desde ahí divisamos por primera vez el Salto. Me bajé del caballo, y con la ayuda de dos de mis compañeros atravesé uno de los canales para dominar el conjunto de la obra y de las caídas de agua. No habíamos descendido, perceptiblemente al menos, desde que salimos de Santiago, sin embargo, aunque habíamos trepado el escarpado peñón del Salto, nos encontrábamos aún en el llano de la ciudad, con un elevado cerro entre ella y nosotros, de bases desiguales, de modo que la falda norte descansa bajo las cascadas y la falda sur, sobre ellas. A uno y otro lado, la región parece a la simple vista perfectamente a nivel. El Mapocho corre desde los Andes por la llanura superior, la inferior no tiene otras aguas que las de los canales artificiales, y, no obstante, la tierra es evidentemente mejor que la otra. Los "araucanos", buenos conocedores de esta peculiaridad de la comarca, abrieron canales en las rocas de granito, desde el Mapocho hasta los bordes del precipicio, y aprovecharon la pendiente natural

del terreno para arrojar una considerable masa de agua desde el río hasta el valle de abajo, el que surcan numerosos canales, y los campos regados de esta manera son los más fértiles de los que rodean a Santiago. Los indios, en lugar de abrir un gran canal han abierto tres más pequeños, uno de los cuales va al centro del valle y los otros dos a los costados de los cerros que se alzan a uno y otro lado, fertilizando así toda la comarca: acertadísima disposición, tan interesante para el que admira la pintoresca belleza del paisaje como ventajosa para el agricultor. A las bellas cascadas artificiales, alabadas por los viajeros debe agregarse ésta, que es tan rica en belleza natural como Tívoli, y no menos notable, como obra de arte primitivo, que el canal que lleva al Nera las aguas del Velino. Yo, que conozco la obra del cónsul romano, puedo apreciar la de los indígenas de Chile; y sólo siento no ser poeta para inmortalizar estas bellas cascadas que se precipitan en el valle para reaparecer en graciosos arroyuelos que fertilizan el extenso llano. Con pesar nos alejamos de aquel sitio para regresar a la ciudad. Tomando otro camino, cruzamos una llanura enteramente cubierta de piedrecillas, con grupos aislados de pequeños arbustos a los que son muy aficionados los caballos. Este es el lecho de invierno del Mapocho, que cubre todo este llano con sus aguas.

A medio camino entre El Salto y la ciudad nos detuvimos en una quinta perteneciente al hermano de la señora Cotapos, o, para llamarla con más propiedad, doña Mercedes de Cotapos. Su hermano, don Enrique Lastra, ex Director de Chile, está actualmente alejado de la vida pública y se dedica al cultivo de su hacienda y a hacer experimentos para mejorar los vinos del país. Ha conseguido fabricar un vino apenas inferior al champaña, y una imitación del vino de Madeira comparable con el mejor vino tinto de Tenerife. Los vinos chilenos son en general dulces y gruesos. Los campos me parecieron muy bien cultivados, y de todas las haciendas que he visto en el país, ésta es la que más se ajusta a los métodos europeos. Don Enrique no estaba en casa cuando llegamos, pero fuimos amablemente recibidos por su esposa, que pertenece a la familia Izquierdo de Jaraquemada. Estaba rodeada de sus ocho niños, enseñando a algunos y trabajando para los otros. La casa es pequeña, pero se construye actualmente un edificio anexo que duplicará su tamaño. En los principales aposentos habrá chumeneas que reemplazarán a los tradicionales braseros. Comienza ya a darse grandes pasos en el sentido del progreso en este país

que hasta ahora ha sido el más reacto de todos los de este continente a los adelantos, por las causas de orden político, moral y físico que le son peculiares.

Luego llegó el ex Director. Parece hombre llano y sensato, de modales sencillos pero corteses, y no tardé en descubrir en su conversación cierto pulimento que debe haber adquirido de los libros, y un vigor de expresión debido quizá a las circunstancias de una vida activa puesta al servicio de la pasada revolución. Sin embargo, me inclino a creerlo algo tardo y apocado, y falto quizá de esa prontitud y presencia de ánimo para hacer frente a las situaciones imprevistas, que son absolutamente necesarias para un hombre público en los tiempos actuales. Su gabinete de trabajo es muy pequeño y haría sonreír a un estadista inglés o francés, habituado a trabajar en medio de toda clase de comodidades, pero en la nueva casa se destina una sala para una numerosa biblioteca, ordenada por el mismo buen sentido que hasta ahora ha preferido los conocimientos útiles a los de mero adorno.

Se nos sirvió un 'lunch' compuesto exclusivamente de productos de la hacienda: salchichones tan buenos como los de Bolonia, pan tan blanco como el de trigo siciliano, mantequilla de la que podrían enorgullecerse las lecherías de Inglaterra; de los vinos he hablado ya. Quedé complacidísima con esta visita, por la cariñosa hospitalidad de la familia, y porque pude apreciar los progresos que para bien del país están realizando.

Momentos después de llegar a casa recibí un magnífico obsequio de frutas y flores de doña Rosa O'Higgins: sandías, lúcumas, naranjas, limas, y las más hermosas y raras flores, dispuestas en bandejas cubiertas con servilletas bordadas, que traían sobre sus cabezas varios criados, que lucían la vistosa librea de Palacio. Uno que venía sin librea se adelantó a darme un saludo de la señora.

En la noche, las señoritas Cotapos y su hermano don José Antonio, me agasajaron con el baile nacional del *cuándo*. Lo ejecutan dos personas y comienza lentamente, como un minué; luego los movimientos se aceleran en conformidad con la música y el canto, que representa una especie de querella amorosa y la reconciliación final. El arte del danzante consiste en mantener el cuerpo a plomo y mover los pies con suma rapidez, lo que llaman zapateado. Doña Mariquita tocaba el acompañamiento y cantaba unos versos que ella misma ha

adaptado a la música, porque los versos corrientes son amorosos, y le corresponde al hombre dedicarlos a su compañera. Hay varias letras para el *cuándo*, y en la tierra en que se habla el lenguaje de Sancho Panza algunas son burlescas. *

Agosto 30

DIA DE SANTA ROSA, QUE

aquí se celebra con grandes fiestas, primero por tratarse de una santa sudamericana y, en segundo lugar, porque es el onomástico de la hermana de Su Excelencia. Por supuesto que todo el mundo fué a Palacio a dejar sus tarjetas de felici-

* He aquí algunas de las letras con que suele acompañarse este baile:

Primer cuándo

*Anda, ingrato, que algún día,
con las mudanzas del tiempo,
llorarás como yo lloro,
sentirás como yo siento*

*Cuándo, cuándo,
cuándo, mi vida, cuándo,
cuándo será ese día
de aquella feliz mañana,
que nos lleven a los dos
el chocolate a la cama.*

Hay otro del mismo género, cuyo texto no conservo. En él pregunta el galán a la dama cuándo llamará ella, madre y hermana a la madre y hermana de él. Los primeros versos son iguales.

Segundo cuándo

*Cuándo, cuando,
cuándo yo me muera,
no me lloven los parientes,
llórenme los alambiques
donde sacan aguardientes.
A la plata me remito,
lo demás es bobería,
andar con la boca seca
y la barriga vacía.*

Estas dos letras se cantan con frecuencia en las chinganas y hasta hace pocos años eran aceptadas por todas las clases sociales. Pero la apertura de los puertos de Sudamérica, poniendo a los nacionales en más íntimo contacto con los europeos, ha refinado el gusto de las clases elevadas. (N de la A.)

tación. Mi ánimo no está para fiestas, pero el que viaja por un país nuevo necesita observarlas, porque los entretenimientos públicos dan mucha luz acerca del carácter e inclinaciones del pueblo. Por lo tanto, determiné tomar un palco en el teatro para la función de la noche, y fui con mis amigas, después de tomar mate con las señoras Izquierdo. Por una puerta que hay en un bajo muro que separa el palacio del Consulado del templo de los Jesuitas, entramos a un recinto cuadrado, dentro del cual se encuentra el teatro, que me recordó los teatros provisionales que suelen verse en Europa en las ciudades de provincia. Por otra parte, la sencillez y poca elevación de los edificios tienen sobrada explicación en un país de frecuentes terremotos. El interior dista mucho de ser deslucido; en esta materia he visto cosas peores en París. El escenario es bastante amplia, las decoraciones muy buenas, pero el proscenio demasiado bajo. En el telón de boca se lee en letras doradas.

*"Aquí está el espejo de la virtud y del vicio
Miraos en él, y pronuncia el juicio"*

A la derecha del proscenio está el palco del Director, adornado con sederías azules, rojas y blancas, los colores nacionales, con franjas doradas. Al frente se encuentra el palco del Cabildo, menos suntuoso, pero adornado con los mismos colores. Aquí hay mucha afición al teatro, y casi todos los palcos están tomados por todo el año, de modo que sólo por favor especial conseguí uno esta noche. El teatro estaba completamente lleno, y la belleza de las mujeres daba un gran lucimiento al conjunto de la sala. Poco después de nosotros llegaron el Director y su familia, las indiecitas inclusive. Acostumbrada a ver tributar homenaje a los soberanos, me puse de pie e hice una reverencia, y con no poca confusión observé que yo fui la única en toda la sala que hizo tal cosa. En el palco directorial tomaron mi reverencia como una manifestación individual mía, y me devolvieron el saludo. La concurrencia pidió el himno nacional, que fué tocado y cantado como se acostumbra antes de comenzar la representación. Mientras se entonaba el himno un grupo de señoras permanecieron sentadas, volviendo la espalda y hablando en alta voz, acto de imprudente y grosera impertinencia que en ninguna parte habría sido tole-

rado a no ser por la bondad del Director O'Higgins. * Los actores hablan con voz muy clara, una excelente cualidad, pero sin expresión, y más bien que declamar parecen repetir una lección de memoria, defecto que hizo desmerecer mucho la pieza. Era ésta *El Rey Ninus Segundo*, pero no recuerdo ningún rey de este nombre que haya tenido la trágica historia que se le atribuye en este drama; y como aquí no dispongo de libros ni de literatos a quienes consultar, debo resignarme a no salir de mi ignorancia, aunque, si mis recuerdos no me engañan, la intriga de la pieza tiene algo de la historia de *Zenobia*. Por otra parte, hay en ella amoríos y asesinatos al por mayor.

Representóse en seguida una comedia titulada *Los Locos de Sevilla*. El gracioso de la pieza, un mendigo, ha ido a parar al manicomio de la ciudad, donde los locos, empeñados cada uno en granjearse su amistad, le hacen mil jugadas. No me fué posible compartir el regocijo con que la concurrencia celebró esta farsa, y experimenté un sentimiento de alivio cuando hubo terminado. Trajéronnos al palco algunos refrescos que aceptamos de buena gana, y noté que fuera de nosotros y algunas otras personas los asistentes consumieron dulces y

* El himno nacional, del que transcribimos la primera estrofa y el coro, fué publicado por decreto del gobierno el 20 de Septiembre de 1819, ordenándose que se cantara en el teatro antes de las representaciones. Consta de diez estrofas y es obra de mérito, pero demasiado larga:

*Ciudadanos, el amor sagrado
de la patria os convoca a la lid.
Libertad es el eco de alarma,
la divisa, triunfar o morir
El cadalso o la antigua cadena
os presenta el soberbio español,
arrancad el puñal al tirano,
quebrantad ese cuello feroz.*

Coro

*Dulce patria, recibe los votos
con que Chile en tus aras juró.
Que o la tumba serás de los libres,
o el asilo contra la opresión.*

vino, que parecen preferidos a otras clases de refrescos. La galería se reserva a los soldados, que tienen entrada gratis.

Sábado 31

DESPUES DE CERCIORARNOS

de que ningún santo se nos atravesaría en el camino, el señor De Roos y yo salimos nuevamente a recorrer la ciudad; y habiéndonos encontrado con el señor Prevost, aprovechamos su bondadoso ofrecimiento de mostrarnos la Casa de Moneda. Es, en verdad, un soberbio edificio. Iba a decir, demasiado espléndido para Chile, sin acordarme de que el gobierno español lo construyó principalmente para el ensaye y amonedación de los productos de sus ricas minas, que la metrópoli consideró durante largo tiempo como el único objeto digno de atención en sus dominios americanos. El edificio se compone de una serie de bellas columnas y pilastras de estilo dórico, que abarcan dos pisos los talleres en el inferior, y los departamentos de los empleados arriba. Después de atravesar una hermosa puerta, se presenta otro edificio interior, semejante a un templo y del mismo estilo; allí están el tesoro, las prensas y los laboratorios de ensayes. La maquinaria es de una rusticidad superior a cuanto hubiera podido imaginar. Se proyecta instalar nuevas máquinas de modelo francés, que resultan más costosas que la de Boulton, y que, comparadas con éstas son lo que el antiguo martillo acuñador a los cuños de tornillo que se usan aquí en la actualidad. La mayor parte del circulante en Chile, consiste en toscos trozos de plata, de pesos determinados y de formas irregulares, sellados a martillo, y lo más imperfecto y burdo que he visto hasta ahora en materia de monedas. Ya han abandonado, sin embargo, este método de acuñación, reemplazándolo por el no menos lento y pesado de trabajar el metal con un punzón y poner en seguida las piezas una por una bajo el tornillo. La oficina de ensayes está montada más a la moderna, pero yo soy demasiado incompetente en cosas de química para dar de ella una explicación apropiada. He oído que el Gobierno piensa acuñar moneda de poco valor, que beneficiará mucho al pueblo. Más de una vez he tenido ocasión de notar aquí los inconvenientes que resultan de la falta de moneda divisionaria. No hay en circulación ninguna de menos valor que un cuartillo o cuarto de real, que, estimando el peso en cuatro chelines seis peniques, vale más de penique y medio, y, además, no se acuñan cuartillos y son tan

escasos que sólo he visto tres desde abril. Podemos, pues, considerar como la moneda corriente de menos valor el medio, que equivale aproximadamente a tres y medio peniques, suma con que, dado el bajo precio del pan y de la carne, puede comer una familia. ¿Qué habrá en tales circunstancias un jornalero sin familia? Este mal, grande en sí, ha ocasionado otro mayor. A fin de suministrar a los clientes una cantidad inferior a un medio o a un cuartillo, los dueños de pulperías dan en cambio de pesos o reales, pagarés o vales, pero, aun cuando el artículo comprado valga cuatro reales, y otro tanto el vale, el dueño de la pulpería no lo cambia por dinero sino por mercaderías, de suerte que en resumidas cuentas toda la moneda del pobre parroquiano queda en poder de aquél, a lo que se agrega la posibilidad o probabilidad de que un campesino, que no sabe leer ni escribir, rompa el vale como un papel inútil. Muchas y rápidas fortunas se han formado con estos vales, y la pérdida que ellos representan para los pobres es superior a cualquiera de las contribuciones directas impuestas por el Gobierno. Algunos ricos comerciantes, amigos o parientes del ministro han aprovechado este estado de cosas, y se han establecido un buen número de pulperías costeadas por ellos, bajo el nombre de agentes subalternos. Y ésta es probablemente una de las razones de la demora en acuñar la indispensable moneda divisoria.

De la Casa de Moneda fuimos al Consulado, adonde me habría gustado llegar al principio de la sesión. Había preguntado de antemano al Director si se permitía la presencia de mujeres. Me dijo que su madre y su hermana habían asistido a la sesión inaugural, y que los extranjeros tenían entrada libre, pero, como la inusitada presencia de una señora podría tal vez sorprender a los convencionales, hablaría de antemano con el presidente de la corporación. Nos dirigimos, pues, allá, el señor De Roos y yo, sin tener por desgracia a nadie que nos diera a conocer los nombres de los diputados. Empero, logramos saber que el presidente era Albano, diputado por Talca, y el vicepresidente, Camilo Henríquez, editor del Mercurio de Chile y poeta en determinadas circunstancias.

Entramos a la sala en los momentos en que se votaba una moción, según la cual se necesitaría el acuerdo de los dos tercios de los miembros para la aprobación de cada artículo en la discusión de todo proyecto de ley. Asistían unos veinte diputados, y una media docena

de espectadores, fuera de nosotros. La sala es bella y espaciosa. En uno de sus extremos se encuentra el sillón del presidente, bajo un hermoso dosel tricolor, con adornos dorados. Cuando asiste el Director, ocupa este sillón, y el presidente se sienta a su derecha. Los diputados ocupan bancos arrimados a la pared, a uno y otro lado de la sala, los secretarios y el vicepresidente, una mesa delante del presidente, y los espectadores se sientan en bancas semejantes a las que ocupan los diputados. Pensaba que la asistencia de una señora inglesa y de un marino inglés a las deliberaciones de una asamblea nacional en Chile es, después de todo, algo bastante curioso. Pero lo que en tiempo de Addison habría parecido cosa de cuento, en el momento actual se realiza todo los días sin que a nadie sorprenda. Yo me encontré en la capital Mahratta, mientras la defendían fuerzas inglesas, he asistido a un templo protestante en la Plaza Trajano en Roma, he concurrido a las sesiones de un tribunal inglés de justicia en Malta, ¿qué tiene, pues, de extraño que ahora oyera las deliberaciones de un congreso nacional representativo en una colonia española? Quizá nunca ha experimentado el mundo tan grandes cambios como en los últimos treinta y cinco años. Nadie que reflexione sobre el imperfecto estado de la humanidad creerá que todo haya sido para bien; pero abrigo la esperanza de que la mayor parte de estos cambios ha mejorado la condición general de la naturaleza humana. No sé hasta donde me habrían llevado mis meditaciones si el vicepresidente y el secretario no hubieran interrumpido el silencio que se siguió a la votación con la lectura de un informe, y luego, la sala procedió a deliberar. El Presidente leyó en seguida un mensaje del Director, en que sometía a la consideración de la asamblea la conveniencia de enviar representantes a diversos Estados extranjeros, y de asignarles sueldos adecuados. Esto dió lugar a una animada discusión, en un tono mucho más libre del que se podía esperar de una cámara tan joven nombrada por el solo poder ejecutivo. No hubo oposición al envío de representantes, pero sobre el segundo punto se suscitaron varias controversias. ¿Podría la Convención autorizar tales sueldos antes de conocer las entradas actuales del país? ¿Podría concederse dinero para nuevos gastos, cuando se debía al ejército una fuerte suma (más de 18.000 pesos)? Y no se hizo mención de la escuadra, que se halla en el mismo caso. El discurso del presidente al abrir la sesión y su réplica a la indicación de que se examinaran previamente las cuentas de las entra-

das y gastos del país, fueron habilísimos y dichos con la facilidad y elocuencia de un hombre acostumbrado a hablar en público. Es sacerdote. Se discutió con calor, pero a la vez con gran decoro. Los convencionales se ponían de pie para hablar, y cuando se levantaban dos al mismo tiempo, el presidente daba la palabra al que veía primero.

Quedé muy complacida con mi visita a la Convención y me retiré con el deseo de que pronto tuviera el país un gobierno estable cimentado sobre bases más firmes y más fecundas en resultados prácticos que el presente.

A mi juicio, Chile ha dado grandes pasos en el camino del progreso, creo, sin embargo, que los hombres, como todas las cosas, surgen cuando se les necesita. Hay aquí elementos para la formación de un Estado; pero, antes de lograr lo que constituye esencialmente un estado, es necesario formar hombres.

"men, high minded men
men who their duties know.
But know their rights, and knowing dare maintain" *

Desde la revolución los impulsa un amargo sentimiento de rencor contra la pasada tiranía de la metrópoli, pero sus ideas siguen siendo aún esencialmente españolas, y la formación y desarrollo del carácter nacional chileno serán la obra de la educación y del tiempo.

Doña Isabel y doña Rosa O'Higgins me esperaban en casa, aunque se me había asegurado que era imposible que se resolvieran a venir. Ahora, muertos los hermanos Carrera y extinguida ya, según se cree, la facción que ellos presidieron toca a los que estaban a la cabeza de los asuntos políticos de Chile conquistarse la estimación general del país, y no dudo de que ellos ven gustosos mi presencia en el hogar de esta familia como un pretexto para visitarla sin las formalidades de una reconciliación.

En la noche fui al palacio y conversé largamente con el Director, en especial sobre la primera época de la revolución, en la que desempeñó tan brillante papel. A propósito de la escasez de armas del ejército patriota mientras ocupaba las riberas del Maule, me dijo que con frecuencia los patriotas no tenían más armas que los yugos de los

* "Hombres, hombres, de mente superior, hombre que conozcan sus deberes, pero que conozcan también sus derechos y sepan defenderlos".

bueyes y con ellos combatían con los realistas cuerpo a cuerpo. El mismo, entre otros recursos inspirados por la desesperación, se hizo fabricar un cañón de madera, que estalló al quinto disparo. Le pedí que me dijera algo de su participación en los asuntos públicos, a lo que accedió con modestia y franqueza. Con la llegada de varios caballeros la conversación se hizo general. Versó sobre el Libertador Simón Bolívar y la recepción de los diputados españoles en Caracas; se rechazó la idea de escuchar proposiciones que no estuvieran fundadas en el reconocimiento de la independencia de la América española.

Me retiré temprano del palacio y atravesé la plaza para ver la gente que recorría las tiendas de los portales. La escena es tan bella como me la había imaginado. Todos los pequeños puestos están iluminados las mejores mercaderías salen a relucir; y las señoras, que para este paseo nocturno se visten con elegancia, se ven muy bien. El sitio, bello de por sí, lo es mucho más en las noches de luna, disimulanse entonces los defectos y se observan mejor las bellezas. Las sombras proyectadas por los grandes aleros hacen menos sensible la poca elevación de las casas. Las anchas calles y los hermosos edificios públicos, y, sobre todo, las majestuosas montañas que dominan todo el paisaje y que a pesar de su lejanía parecen contiguas a la ciudad, impresionan de noche mucho más ventajosamente que de día.

*Domingo 1º de Septiembre
de 1822*

FUI ESTA NOCHE CON MIS
amigas a casa de las señoras Godoy,
donde encontramos al señor Pre-

vost y otras doce personas más, que nos esperaban para hacer un paseo a los alrededores. Partimos, en efecto, las señoras mayores en calesas y las demás a pie hacia el llano donde suelen tener lugar las chinganas. Pero; ¡ay! no había chinganas. Actualmente se hace una rogativa de nueve días a San Isidro, para pedir lluvias, y mientras tanto, se suspenden las diversiones populares. Sin embargo, aunque se prohíbe a los músicos la entrada al llano, en los puestos se venden frituras, carne asada, pescado y licores como de costumbre, y la gente del pueblo, haraganeando y observándolo todo, parece preguntarse qué tienen que hacer San Isidro y las rogativas con los músicos y las cantoras, que pierden hoy de ganar su acostumbrado real y medio. Lo aceptan, empero, con paciencia, y dicen —Indudablemente los campos necesitan agua, y los padres saben pedirla—. Llegados al llano,

nos dirigimos a uno de los sitios más pintorescos, y allí encontramos que los criados de la casa de los Godoy habían tendido alfombras y puesto sillas y cojines para la comitiva, y en pequeñas mesas preparaban té, mate con leche, frutas y tortas. Doña Carmen Godoy distribuyó ramos de flores entre las invitadas, para cada uno tenía la galante y jovial señora alguna palabra amable. Los caballeros sirvieron a las señoras y después de una hora muy agradable anduvimos un rato por entre la gente del pueblo, observando sus trajes y juegos. Las costumbres del país no permiten que las señoritas tomen el brazo de los caballeros, aunque vayan y danzan con ellos. Algunos comienzan ya a quebrantar esta regla, pero nuestras jóvenes amigas son sumamente delicadas a este respecto. Los chilenos, con su afición a los entretenimientos campestres, me recuerdan lo que cuentan los viajeros de los habitantes del feliz valle de Cashmeer, quienes pasan los días y las noches de luna en un hermoso lago o en las floridas islas que lo adornan. Para una familia chilena no hay placer mayor que un paseo al campo a pie o a caballo, tomar mate en un jardín o en las faldas de un cerro, bajo un frondoso árbol, y todas las clases sociales parecen ser igualmente aficionadas a estos rústicos placeres. Al ponerse el sol regresamos a casa de los Cotapos, donde los jóvenes cantaron y bailaron hasta una avanzada hora de la noche.

Recibí la visita de don Camilo Henríquez, diputado por Valdivia y que fué, el mes pasado, secretario de la Convención. Es persona inteligente y de agradable trato. Lo acompañaba el doctor Vera, literato y poeta. Si es verdad lo que he oído, el doctor posee el don de improvisar con la maestría de Metastasio; me dicen también que escribe poesías y que su estilo es muy prolijo. Es albino, sus cabellos, ojos y tez se asemejan a los de los albinos que suelen verse en Europa, pero su inteligencia dista mucho de tener la debilidad que generalmente acompaña los caracteres físicos de los albinos, por el contrario, es superior a la inteligencia media de sus compatriotas, y no temo afirmar que el doctor Vera podría figurar como literato en Europa. Ultimamente ha mejorado de un enorme bocio, tan enorme que amenazaba ahogarlo, cuando un amigo lo aconsejó que lo empapara con agua de colonia. Hízolo así durante algún tiempo y varias veces al día, y ya la hinchazón ha disminuído tanto que puede usar corbata como cualquiera. Yo no me di cuenta de que tenía bocio hasta que

me lo dijeron. Nadie acierta a explicarse esta curación, que refiero tal como me la relató él mismo.

Septiembre 2

HOY A LAS DIEZ EL Sr. PREVOST, el señor De Roos, doña Ma-

riquita, don José Antonio y yo, emprendimos viaje a los baños de Colina, como a diez leguas, o un poco más, de la ciudad. Hasta las primeras tres leguas de Santiago, se sigue el camino de Mendoza, que atraviesa una áspera llanura interrumpida por una pequeña altura, llamada el Portezuelo, por la cual pasamos entre dos cerros a otra parte del llano; la parte próxima a la ciudad está cubierta de huertos, regados por el agua del Salto. Pasado el Portezuelo, llegamos a una vasta hacienda de uno de los Izquierdo, donde se hacían los preparativos para el rodeo anual.

Las haciendas ganaderas, parecidas a las tierras forestales de Inglaterra, son mucho más pintorescas que las otras, pero al mismo tiempo más agrestes y con menos apariencia de civilización. Seguimos por la falda de un elevado cerro que se desprende de los Andes en una extensión como de cuatro leguas, y entramos a la garganta de la montaña en que están situados los baños. Anuncian la proximidad de ellos anchos esteros, en parte secos actualmente, árboles altos, vigorosos y variados, y una vegetación más tupida; encontramos a lo largo del camino varias casas de campo, en una de las cuales nos detuvimos a descansar y tomar algún alimento. El ir y venir de los criados de la hacienda impartía animación e interés a la escena. Pero ahora no veíamos ni vestigios de habitación humana, y pasamos la garganta por un angosto sendero de cinco a seis millas, hendido con peligroso y arduo trabajo, hasta que llegamos a los baños, que presentan un aspecto de la mayor desolación, a la que tal vez contribuyera la tristeza del día. Aun no termina el invierno, la hierba no alegra las faldas rojizas del cerro, sólo uno que otro arbusto de hojas perennes, con sus yemas todavía cerradas, pende de la ladera de la montaña sobre el valle que se extiende a sus pies. Un hermoso y cristalino arroyo se abre paso por el valle; en su fuente están los célebres baños. Varios manantiales abundantes brotan de la roca viva a una temperatura que no baja de 100 grados Fahrenheit. El agua es clarísima, sin sabor ni olor especial, pero los adquiere en unas pocas horas, al ser embotellada, según dicen. Dos series de construcciones

de ladrillo, divididas en varios departamentos (no recuerdo si tres en una y cuatro en la otra, o tres en cada una), protegen los manantiales de la lluvia y el polvo. Cavidades abiertas en las rocas forman los baños, con un frente de ladrillo, por el cual un pequeño conducto cuadrado deja salir libremente el agua, de modo que una corriente constante pasa por cada depósito, sin comunicarse entre sí. La cantidad de agua caliente es tan grande que, al salir de los baños, con el aumento de un pequeño manantial que se le une en el camino, forma el río Colina, que va serpenteando por más de treinta leguas y alimenta el lago Pudahuel. Anexas a los baños hay tres largas filas de edificios, cada una de las cuales contiene diez o doce aposentos, con un corredor común al frente. En ellos se instalan los bañistas que acuden a Colina durante el verano, esto es, desde noviembre hasta junio. Las aguas son recomendadas para el reumatismo, la ictericia, las escrófulas y las enfermedades cutáneas. Para la gente pobre hay una serie de habitaciones, cada una mide seis pies por siete y alberga a toda una familia, que en un sitio inmediato se construye una ramada para preparar la comida. De igual manera se acomodan los ricos, con la sola diferencia que sus aposentos son mayores, llegando algunos a tener quince pies por lado. La gente vive principalmente fuera de las casas, pues en ese tiempo los cerros están cubiertos de flores y los bosques umbrosos y sin humedad. La pequeña capilla ocupa el sitio más pintoresco del valle, pero ahora está cerrada, pues ni sacerdotes ni fieles se atreven a invernar en este paraje desolado y cubierto de nieve. En la primera semana de junio, o antes, los pacientes se retiran, ciérranse las puertas de las casas, el capellán guarda las llaves de la capilla, y todo queda en profunda soledad.

Nos sentamos en uno de los corredores y tomamos el *lunch* que habíamos traído. Sentía tanto frío que sumergí las manos en el manantial de agua caliente y la mezclé con el vino. Mientras preparaban los caballos para el regreso, doña Mariquita y yo tuvimos la curiosidad de entrar a uno de los aposentos que encontramos abierto, curiosidad que nos costó muy cara, pues nos invadieron millares de pulgas, que supongo habían pasado varios meses sin alimento fresco, porque nos atacaron tan despiadadamente que creí tener una fuerte erupción en todo el cuerpo. Después que hubimos subido a nuestros caballos y llegado a la pequeña altura detrás de la capilla, me detuve un instante a mirar las casas solitarias, la iglesia desierta, los tristes y desn-

dos campos, sobre los que se cernían en esos momentos negras nubes, todo tan diferente de la animación y alegría que, según me dicen, reinan allí en los meses de verano, cuando los ancianos y los enfermos vienen en busca de salud y fuerza y, en mayor proporción que aquéllos, los jóvenes y las personas sanas en busca de placeres, o para pedir la belleza que, según una arraigada y general creencia, comunican las aguas de Colina. Pero aunque doña Mariquita y yo nos mojamos con ella el rostro no notamos cambio alguno, y quedamos tal cual éramos y sin nada de maravilloso que poder contar después de nuestro viaje. Apenas salimos del desfiladero, en vez de regresar a la ciudad por el mismo camino torcimos a la derecha, y un galope de tres leguas nos puso en el pueblo de Colina, primera parada de Santiago a Mendoza y casi equidistante de la ciudad y del famoso campo de Chacabuco.

A una media milla de la iglesia de Colina está la hacienda de don Jorge Godoy, de cuya esposa e hija soy amiga. Encontramos al anciano caballero a la entrada de la casa; descansaba de las fatigas del día, con gorro, chinelas y poncho. Va muy rara vez a la ciudad, y reside aquí con su sobrino, como un patriarca en medio de sus labradores. Apenas habíamos entrado comenzó a llover con fuerza, gracias a la intercesión de San Isidro, y nos alegramos no poco de hallarnos protegidas contra la lluvia, junto a un enorme brasero lleno de carbones encendidos y con pieles de carnero bajo los pies mientras tomábamos mate, que reconforta más que el té después de un día de viaje.

Muy oportunamente hizo su aparición una abundante cena, que comenzaba con huevos preparados de diversas maneras, seguía con estofado y puchero de vaca, cordero y aves, y terminaba con manzanas, y a la cual se le hizo justicia en toda regla, desde los huevos hasta las manzanas, sin perdonar tampoco los vinos de don Jorge.

Septiembre 3

ESTA MAÑANA SALIO EL SOL claro y brillante, dejando ver

los Andes y aun a los cerros más próximos completamente cubiertos por la nieve que cayó durante la noche mientras llovía en los llanos. Antes de almuerzo recorrimos los almacenes de la hacienda, comenzando por el granero, ahora casi vacío. Vimos allí tendido sobre el piso un cuero seco y en él un rimero de carne fresca para el consumo inmediato, según la costumbre del país,

cortada en tiras de unas tres pulgadas de ancho y sin huesos. Pendían de los muros cuerdas de varias clases, lazos, fajas, etc. Dentro del granero había otra despensa, en todo el contorno colgaban velas de sebo; y en el piso había centenares de arrobas de sebo en odres, listos para la venta, y un gran montón de *skimmings*, esto es, la gordura que sobra después de derretir la grasa para extraer el sebo. Este residuo lo usan los peones en lugar de manteca o aceite para condimentar su comida, y es tan necesaria para ellos como el *ghee* * para los hindúes en el Oriente. En otro departamento se guardan los yugos y las aguijadas para los bueyes, las azadas para cavar canales de regadío, etc. Estas azadas son de una madera durísima y provistas de un largo mango; las de hierro se emplean sólo en la capital y sus alrededores y en algunas haciendas cerca de Valparaíso, donde las han introducido los extranjeros. Estos almacenes comunican por una puerta lateral con un patio cuadrado; en un costado está el matadero, donde, a fines de otoño, se benefician los animales para obtener cueros, sebo y charqui. Actualmente parece una barraca inconclusa, pero en tiempo de matanza la cubren de ramas verdes, para que la carne y demás productos se conserven frescos. A un lado del patio se hallan los fondos para derretir el sebo; son de dos pulgadas y media de grueso, hechos con greda de la misma hacienda. Próxima se encuentra una barraca con hornos para cocer las heces, que se agregan al mosto para acelerar su fermentación, y más allá un alambique, de sencillísima factura, para destilar aguardiente. De dieciséis a veinte familias de inquilinos viven de la hacienda, y dos o tres veces ese número de peones a jornal se emplean en las épocas de mayor trabajo. Se les paga salarios subidos, no por el elevado precio de los artículos de consumo sino por la escasez de brazos.

La reducida población de Chile, a pesar de la natural fertilidad del suelo y de la benignidad del clima, se explica fácilmente. Las concesiones de tierras a los primeros pobladores españoles subsisten aún en su mayor parte. Son tan extensas que entre Santiago y Valparaíso tres mayorazgos poseen todo el suelo. ** Los primeros propietarios, dedicados exclusivamente a la extracción de metales preciosos,

* Mantequilla semi fluida que se prepara derritiendo y enfriando la leche de búfalo y que forma parte de la alimentación de los hindúes. (N. de G. E. de C.)

** Los mayorazgos Prado, Aguirre y Balmaceda. Al primero perteneció acaso más de la mitad de esa enorme extensión de tierras. (N. del T.)

lo único que se buscaba entonces en este país, cultivaban sólo la tierra suficiente para proveerse de los artículos de consumo más necesarios, y este cultivo, reducido a lo indispensable, era ejecutado por encomiendas, esto es, por los indios que la corona sometía al servicio del rico terrateniente. Como es natural, esta especie de esclavitud era muy poco favorable para el acrecentamiento de la población. En el primer año de la revolución de la Independencia las encomiendas y la esclavitud fueron abolidas. Ahora los criados reciben salarios y comienzan ya a tener casas propias con pequeños huertos. Con todo, todavía subsiste de hecho el trabajo forzoso de peones y mestizos en las haciendas, a pesar de las leyes que lo prohíben. ¿Qué pueden hacer los infelices? Necesitan que algún patrón les proporcione albergue y alimento, y en cambio el patrón les exige servicios y trabajos que las leyes prohíben. El actual Gobierno proyecta facultar a los mayorazgos para vender pequeñas porciones de sus tierras con hipotecas a largo plazo o a perpetuidad. De este modo el suelo pasará a dueños que tendrán interés personal en él, y la población aumentará juntamente con los medios de subsistencia. *

Al regreso de nuestra visita a los almacenes nos esperaba un excelente almuerzo.

Pasé la tarde en mi aposento, en donde además de las niñas de la casa, me visitaron Mr. de Roos, don José Antonio y don Domingo Reyes. Don Domingo es un caballero grave, instruido y bondadoso, a quien debo gran parte de mis conocimientos históricos y físicos del país. Su padre ** fué secretario de don Ambrosio O'Higgins y de otros capitanes generales, y hasta de Osorio en el intervalo que medió entre las batallas de Rancagua y de Chacabuco, después de la cual emigró. Su conducta siempre correcta y honorable le mereció la confianza y el aprecio de todos los partidos. Llamado nuevamente al país, se le devolvieron sus bienes y se le dió un empleo. El carácter de don Domingo ha sido formado por las circunstancias y vicisitudes de la época en que le ha tocado vivir, carácter cuyo rasgo dominante es el amor a su padre, a quien ha visto sobrellevar tantas pruebas y mudanzas de fortuna. Es piadoso, y aun diría fanáticamente piadoso si no supiera de qué tristezas ha sido testigo. No obstante, siempre se le

* Recordaremos a propósito de mayorazgos, que O'Higgins decretó su abolición en 1818, decreto que quedó sin efecto. (N. del T.).

** Don Judas Tadeo Reyes. (N. del T.).

ve sereno y contento, pronto siempre a servir a sus amigos y benévolamente dispuesto con todos. Mi amigo don Antonio no posee los conocimientos, la inteligencia ni la cultura de Reyes, pero sí un excelente carácter y bondadosos sentimientos. Apenas se levanta se toma media docena de mates, fuma el día entero, asiste con regularidad a su oficina y en la noche baila *cuándos* canta y toca guitarra, con preferencia fuera de su casa. Nada de esto es de extrañar ni desdice del carácter de un galán chileno. Esta noche cantó y tocó muy agradablemente algunas canciones de aquéllas con que los jóvenes de Santiago suelen dar serenatas a sus amadas, costumbre tan general aquí como en Italia. Después de todo, en materia de serenatas no hay nada más bello en el mundo que el *Hark, the lark at heaven's gate sing* * de nuestro Shakespeare, que deja pálidas todas las trovas de amor cantadas a las bellas durmientes o a las que por oír las se mantienen despiertas.

Jueves, 5 de Septiembre

TODA LA FAMILIA COTAPOS
y muchas otras personas, entre

las cuales los señores Prevost, De Roos y yo, treinta en total, hemos pasado el día en el campo. Las señoras que no quisieron ir a caballo fueron en carretones, pequeños vehículos cubiertos, típicos del país, provistos de alfombras y cojines. Los criados y las provisiones iban en otro, techado con paja, como una choza rústica. Toda la comitiva se reunió en el patio de la casa de los Cotapos, y se puso en marcha a las nueve de la mañana, con la alegría que dan la juventud, la salud y la resolución de divertirse y gozar. De *divertirnos*, debería decir, pues, en cuanto a dicha resolución, yo no me diferenciaba de los demás.

Después de una agradable cabalgata de unas cinco millas al oriente de la ciudad, llegamos a Nuñoa, pintoresco pueblo, en que reside un obispo, ** y donde pasamos un día delicioso en una chacra que con este fin se nos había ofrecido. Es un lugar lindísimo, lleno de huertos y jardines y rodeado de sementeras de trigo. El espléndido

* ¡Escuchad! la alondra canta en las puertas del cielo. (Cimbelina, acto II, escena III) (N. del T.)

** Don José Santiago Rodríguez Zorrilla, de cuyo destierro y vuelta a Santiago habla la autora un poco más adelante. (N. del T.)

círculo de montañas que lo rodea, especialmente los nevados Andes, hacen resaltar más aún la belleza de los floridos campos de Nuñoa.

Doña Mariquita y yo, con dos o tres más, entre los cuales figuraba el padre de doña Mariquita, el apuesto anciano don José Miguel Cotapos, con poncho de vicuña de color natural, sombrero de altas alas, riendas enchapadas en plata, espuelas, etc., fuimos a una casita como a dos leguas de allí.

Debería haber comenzado por describir la comitiva. Don José Miguel no era el único de poncho, o mejor dicho, muy pocos iban sin él, aunque algunos de los jóvenes lo llevaban alrededor de la cintura en vez de cubrirse con él los hombros. Casi todos usaban monturas chilenas, con un gran número de alfombras y pieles, unas sobre otras. Las señoras montaban sillas inglesas. La generalidad de ellas vestía casacas de color, largos vestidos blancos y sombreros adornados con flores, dos, llevaban pequeños sombreros de teatro con plumas y ricos vestidos de seda: sólo mi criada y yo, teníamos sencillas y serias amazonas. Más parecíamos una vistosa cabalgata de cuentos de hadas que una partida de simples mortales que pasean a caballo tranquilamente sobre la tierra. Siento no haber podido dibujar las figuras de los paseantes. Aquí, Mariquita, vestida de blanco y escarlata y con un gorro negro de castor que le sienta admirablemente, allá Rosario, con chaquetita marrón, flotantes faldas blancas, sombrero de paja, y rosas que no lucen tanto como sus mejillas, más lejos, Mercedes Godoy y otra Mercedes, con plumas que ondean graciosamente al viento y trajes de seda que brillan a los rayos del sol, reprimen sus briosos caballos, a su lado el alegre Herrera, con su casaca verde, José Antonio, con su poncho azul turquesa tachonado flores, y De Roos, con su chaqueta de seda gris y su rubicundo rostro británico; y, por fin, acompañando los carretones, donde iban las señoras mayores en traje de gala, don Domingo Reyes y otros graves caballeros. Tal era el aspecto que la caravana presentaba en Nuñoa, cuando los cuatro o cinco que mencioné más arriba resolvieron ir a la casita de Egaña, que ocupa el punto más elevado de esa comarca. Conduce a ella un bellissimo camino, por entre campos de trigo y olivares y al través de una linda aldehueta, desde donde nos llevó a la casita una avenida de sauces que comienzan a cubrirse de hojas. Es una casa muy pequeña, adornada con papeles de diversos colores y estampas, adecuada para una

breve residencia de verano. Se encuentra a tanta altura en las faldas de la cordillera que su dueño dispone constantemente de nieve para refrescar sus bebidas. Dos manantiales atraviesan siempre el huerto. Divísase desde aquí un bellissimo panorama, varios pueblecitos y sementeras en el primer plano; en seguida, la ciudad, con el Santa Lucía y el San Cristóbal y los cerros adyacentes, que en otros países merecerían el nombre de montañas, más allá, la llanura, que termina en la Cuesta de Lo Prado, actualmente coronada de nieve

De vuelta a Ñuñoa encontramos a nuestros amigos entretenidos en danzar. Habían conseguido un par de músicos, y bailaban minués y danzas populares españolas, tal vez las más graciosas del mundo. Me gustaron especialmente el *cuándo* y la *zamba*, bailados y cantados con más expresión y entusiasmo que los que permiten las costumbres de la ciudad, pero sin salir de los límites del decoro. El baile no puede expresar sino dos pasiones, el odio y el amor. Aun el grave minué de la corte, por sus acercamientos, alejamientos y presentación de manos, como por las separaciones y encuentro final de los danzantes, expresa el amor y tanto más el minué popular y rústico, que representa un rompimiento y una reconciliación. Esto es lo que eleva a la danza a la categoría del arte. Las figuras de las danzas en que toman parte más de dos personas, como la generalidad de las que son originarias de Francia e Inglaterra tienen tan poca relación con la poesía del baile, como los dibujos impresos a máquina en las telas con la poesía de la pintura. Mis chilenos sienten el baile, y aún al bailar una contradanza escocesa saben infundirle algo de expresión poética.

El baile fué interrumpido por la comida, que dió ocasión a que se descubriera una nueva habilidad de mis amigos. Pidióse un brindis a doña Mariquita, que declamó cuatro graciosas estrofas, adaptadas a las circunstancias y a los comensales, con una facilidad que demostraba que estaba habituada a improvisar. Siguiéron varios otros brindis de los caballeros, algunos verdaderamente ingeniosos; y los jóvenes y niñas que poseían esta habilidad la ejercitaban sin cortedad ni ostentación, cada vez que se les pedía.

Al caer la tarde preparé té para los danzantes, y luego regresó a la ciudad la más alegre cabalgata que jamás haya entrado a ella. Una tertulia en casa de los Cotapos coronó los entretenimientos del día.

Septiembre 5

VISITÉ A VARIAS PERSONAS, inglesas y chilenas. Nada diré de

los ingleses residentes en Santiago, porque, con una o dos excepciones, Mr. B., y Mr. C., por ejemplo, son individuos muy vulgares. Mr. B. llamado comúnmente don Diego, * ha vivido aquí desde la revolución y dice que nunca ha sido tratado con injusticia o malevolencia en el país, el cual conoce mejor que muchos chilenos. Mr. C. ha viajado mucho; tuvo cierta participación en la guerra del sur, prestando dinero, caballos y buques a los patriotas y es, de las personas que conozco, una de las que poseen más claras ideas acerca de la actual condición de Chile. Hay entre mis compatriotas excelentes sujetos, algunos que se dan aires de caballeros distinguidos y otros que se dedican a estafar al prójimo. Así sucede en todas partes, pero desearía que aquí hubiera mayor número de cumplidos ingleses, por el honor de nuestra nación y para bien de Chile.

Septiembre 7

FUI TEMPRANO A LA IMPRENTA NACIONAL, bastante buena para

un país pequeño y nuevo, aunque algo escasa de tipos. Dudo de que se pueda imprimir un volumen *in quarto* de cuatrocientas páginas. Compré las gacetas desde 1818 hasta la fecha. Antes de ese año no se había impreso nada. ** Adquirí también algunas leyes, reglamentos y poesías. Bajo la dominación española Chile no tuvo imprenta, así me parece, al menos, aunque no estoy segura de ello ni he podido saberlo a ciencia cierta. Todas las impresiones necesarias, esto es, las que el Virrey, el Arzobispo y la Inquisición permitían, se ejecutaban en Lima.

Después de mediodía, fuimos a visitar a las monjas de San Agustín. Es una felicidad que debido a las nuevas disposiciones gubernativas todos los conventos hayan quedado tan pobres, porque así hay esperanzas de que pronto disminuyan. Estas monjas son viejas y feas, con excepción de una sola joven de bellos ojos y muy pálida, de una belleza peligrosa para un caballero enamorado; me inspiró compasión. Las ancianas señoras nos sirvieron mate, el mejor que he toma-

* Se trata de don Diego Bernard, que dejó familia en Chile. En cuanto a Mr. C., ignoramos quién es. (N del T.).

** Error de la autora, pues la imprenta fué introducida en el país en 1812. (N. del T.).

do en Chile, preparado con leche y canela del país y servido en bandejas con flores, de manera que el gusto y el olfato se deleitan a la vez. Este convento es uno de los más hermosos de Santiago. Desde el locutorio divisábamos uno de sus siete patios, en el cual, al centro de un estanque, se levanta una estatua de piedra de la Virgen, la más fea que jamás haya tallado la mano del hombre. Ha sido dispuesta de modo que pueda arrojar agua por la boca y el pecho, pero ahora no funciona porque la fuente está en reparaciones. En la obra se ocupaban en esos momentos varios albañiles, custodiados por media docena de soldados, no sé si para hacer trabajar a los obreros o para proteger a las monjas. En el breve rato que permanecí en el locutorio oí más charla que antes en todo un mes, y noté que las enclaustradas siguen interesándose por las cosas de este pícaro mundo. Cuando se me advirtió que ya era tiempo de irnos, no lo lamenté, y, dejando un poco de dinero de recuerdo a las buenas señoras, acompañé a los señores Prevost y De Roos a la biblioteca pública. Comprende unos diez o doce mil volúmenes, provisoriamente instalados en el colegio, pero habiendo ofrecido el convento de Santo Domingo su biblioteca a la nación, aquellos libros serán trasladados tan pronto como se disponga de un local conveniente para una biblioteca que se abrirá al público. El Director es don Manuel de Salas y Corvalán, instruido y culto caballero, que me mostró un bello ejemplar de Cluverius * y me habló con orgullo de su colección de obras de viajes y geografía. Los libros de leyes, ocupan la mitad de los estantes. Hay un buen número de obras francesas pero pocas inglesas, y de estas pocas, lo más conocido es el pequeño *Viaje* de Vancouver. Aquí le guardan tanto rencor por haber demigrado a Chile que, como por vía de desahogo, lo muestran a todos los visitantes. Encontré en la biblioteca al diputado Albano, a quien había visto presidir la Convención. Tuve con él una grata hora de conversación. Al pasar delante de los libros de leyes, me dijo: —He aquí nuestra gran plaga. Treinta y siete mil de estas ordenanzas están todavía vigentes, y los comentarios sobre ellas forman por lo menos el triple de ese número. Los chilenos son excesivamente litigantes. Consideran un título de honor tener un pleito, y, sin embargo, los pleitos suelen durar años enteros y arruinan más familias que todas las demás causas de ruina juntas, con excepción del

* Felipe Cluvelius (o en su forma latinizada, Cluverius) geógrafo y anticuario del siglo XVII. (N. del T.)

juego—. Abriga la esperanza de establecer una institución análoga a nuestros jueces de paz, para evitar las prisiones arbitrarias, tan frecuentes aquí. Citó a este respecto una real cédula de 1718, que fija reglas a los jueces de distrito de la América española, y expresó el deseo de verla adoptar en Chile como base de la administración civil.

Oía con tanto agrado los razonamientos del señor Albano que recibí con pesar la insinuación de mis amigos de que estábamos abusando de la bondad del bibliotecario y de que las señoras Godoy me esperaban para tomar mate. Fuí, pues, a la casa de éstas, y allá encontré a la hermosa, jovial y simpática señora Blanco, esposa del ex contraalmirante de Chile, hoy comandante en jefe naval de San Martín.

Septiembre 8

COMPRÉ EL CABALLO ROANO Fritz.

Tiene patas blancas y ojos azules; es alto y fuerte, y nunca ha sido montado por una mujer. Quería dar a mi buen Charles un descanso, y el precio de veinte pesos no me pareció excesivo. Paguélos de buen grado, y montando en mi Fritz, fuí con De Roos a hacer una visita al Director en su chacra, con intención de regresar luego, pero no nos dejaron retirarnos antes de la comida. Las señoras estaban en el jardín, y las indiecitas jugaban cerca de ellas. Este lugar se llama el Conventillo. Perteneció antes a los franciscanos, que comenzaron a construir en las inmediaciones una iglesia bajo la advocación de Nuestra Señora y para ese fin colectaban dinero de todos los transeúntes. La construcción del templo, sin embargo, no avanzaba, a pesar de las cuantiosas sumas erogadas por los fieles. El Director, en vista de esto, compró todo el terreno y a los frailes su iglesia, poniendo así término a la exacción. Esta compra, como las construcciones y grandes plantíos que allí se están haciendo, inspiran al pueblo confianza en la estabilidad del gobierno; y esta confianza contribuirá a su vez a darle estabilidad.

Este es un día memorable en Chile. El obispo Rodríguez, desterrado durante largo tiempo a causa de sus principios políticos y de su intromisión en los negocios de Estado, ha sido llamado por fin. No hace muchos días llegó privadamente a su residencia de Ñuñoa; hoy se presenta por primera vez en público en la catedral. Antes de esa ceremonia visitó al Director, quien lo felicitó por la vuelta a su dió-

cesis, agregándole que esperaba que en lo sucesivo no olvidaría que el progreso del país y de la opinión pública exigían en los asuntos eclesiásticos ideas y actos más liberales que los que pudieran convenir a los tiempos pasados; que abrigaba la confianza de que el buen sentido de Su Señoría le haría ajustar su conducta a semejante norma, y que, mientras él fuera Director de Chile, ni el Papa ni eclesiástico alguno tendría poder temporal ni derecho de exención de la jurisdicción civil y criminal del país. El obispo procedió en seguida a tomar posesión de su sede, y con ese motivo pontificó solemnemente en la catedral. Su vuelta ha causado satisfacción a muchos de los fieles, que apreciaban a su pastor; a numerosas relaciones particulares, que estiman al obispo; y, sobre todo, a las familias de los desterrados políticos, porque el regreso del más destacado de ellos les da esperanzas de que pronto volverán los otros.

Por suerte no había extraños fuera de nosotros. El Director llevó la conversación a los asuntos de Chile y a los sucesos de su vida. Se manifestó disgustado por los últimos acontecimientos del Perú (deposición de Montegudo, etc.), estimando la conducta de ese ministro y sus consecuencias como una mancha para la buena causa. No me atreví a insinuarle que la conducta de su ministro Rodríguez, aunque en otro orden de cosas, estaba produciendo aquí efectos igualmente lamentables.

Anduvimos un buen rato por los jardines y nos entretuvimos con un telescopio, con el cual me mostró el Director varias haciendas del llano de Maipo, regadas por el canal que ha abierto durante su gobierno. Todos esos campos eran antes estériles y sus jales servían de escondite a los salteadores y asesinos, de tal manera que no se podía pasar por allí sin peligro. Los bandoleros han desaparecido ya, y pacíficas haciendas ocupan las que eran tierras incultas. Sirvióse una sencilla y bien dispuesta comida, en la que la limpieza y corrección inglesas daban a los platos chilenos lo que hasta entonces había echado de menos en ellos. Fuera de nosotros sentáronse a la mesa doña Isabel, doña Rosa, la joven y hermosa sobrina del Director, doña Javiera, y un edecán. Las indiecitas comían en una mesa baja, presidida por la hija del cacique y eran servidas con tanto respeto como las señoras de la casa. La llegada de algunas personas después de la comida puso término a nuestra conversación confidencial, y recorrí con doña Isabel los departamentos de la casa. Los dormitorios de las señoras son

muy aseados y confortables. El Director usa un lecho de campaña portátil; y a juzgar por su aposento no se preocupa mucho de la comodidad de su persona. Al ponerse el sol regresamos a la ciudad, conjuntamente con la familia de Su Excelencia que iba al teatro, al que doña Rosa nunca falta. Su carruaje es inglés, sencillo y elegante.

Lunes 9 de Septiembre

ESTA MAÑANA DOÑA ROSA-

rio, don José Antonio, De Roos y yo, acompañados por mi peón Felipe, salimos de la ciudad con rumbo a la hacienda de don Justo Salinas, yerno de mi invitante. El camino va por el llano de Maipo, perfectamente a nivel entre la ciudad y el río en una distancia de veinte a treinta millas. Esta es la parte del llano fertilizada por el canal de O'Higgins, que riega la que antes era una región estéril, entre el Mapocho y el Maipo. El gobierno colonial se propuso realizar esta obra, pero, luego de invertir una ingente suma en trabajos preparatorios, nada se hizo. Después de la independencia se han gastado \$ 25.000 en el canal principal; y, vendiendo las tierras por anualidades, que para las grandes propiedades ascienden a \$ 500, no sólo se ha reembolsado esa suma sino que, según informaciones que he obtenido, el producto de las ventas ha llegado a cerca de \$ 200.000. Cada propietario queda obligado a revestir de piedra la parte del canal que le corresponde, y a conservarlo en buen estado. Las sementeras del llano prometen muy buenas cosechas; el terreno parece de tierra vegetal delgada, mezclada con arena y abundante piedrecillas, por haber estado largo tiempo bajo el agua. Estas piedrecillas son mayores y más irregulares en el llano que en los lechos del Mapocho y del Maipo, excepto en los puntos donde éste, en el centro de su cauce, ha albergado o descubierto rocas de considerable tamaño. A medio camino entre la ciudad y el río, uno de los pequeños cordones de cerros que cruzan el llano en ángulo recto con los Andes y parece unir las cimas de la Cuesta de Lo Prado y otras con la gran cordillera, atraviesa el camino, disminuyendo gradualmente hasta desaparecer del todo en el llano antes de llegar a la montaña. El paso situado entre el último pequeño cono de este cordón y la masa principal se llama Portezuelo de San Agustín de Tango. A su entrada hay algunas chozas, rodeadas de pequeños huertos, regados por un antiguo canal del Maipo y cuya vista nos alegró después de quince millas de monótono camino. Otras

quince millas, tan faltas de variedad como las anteriores, nos llevaron al vado del rápido y turbio Maipo. Este río nace de los Andes, cerca de un paso llamado El Portillo, poco frecuentado, porque sus paredes verticales no ofrecen refugio alguno contra los aludes que caen continuamente. Es, no obstante, más corto que el próximo a la cumbre, y suele ser transitable cuando éste se cierra. Me dicen que este profundo valle, donde la rápida corriente se abre paso sobre un lecho desigual y áspero, formando numerosas cataratas, es verdaderamente sublime. Si la estación lo hubiera permitido habría caído en la tentación de viajar mediodía por verlo. El paso del Maipo es sumamente peligroso durante las crecidas, y a veces se hace imposible de vadear, a juzgar por la altura de sus márgenes, que calculo en poco menos de cuarenta pies; el espacio comprendido entre ellas tendrá aproximadamente un cuarto de milla. Dentro de este holgado lecho, el río se divide ahora en varios canales, fáciles de cruzar; en el principal, que es profundo y correntoso, hay un puente de construcción indígena, que sirve para el tránsito cuando el río no está vadeable. Consiste en postes verticales, plantados en cada ribera, fuertes cuerdas de cuero entre los postes, entrelazadas con otras, forman un puente de cimbra, suspendido sobre el río. Este puente desaparece durante las grandes crecidas, y es reemplazado por otro tan pronto como se normaliza la corriente. Al norte del río no se ve un solo árbol, y la vista domina un inmenso espacio absolutamente plano. Por el lado sur la tierra es más fértil y más cultivada, particularmente en Viluco, en cuya vecindad se encuentran el pueblo y la capilla de Maipo, iglesia parroquial de una vasta región. La hacienda de Viluco pertenece al Marqués de Larraín, uno de los hombres más ricos de Chile. Produce como \$ 25.000 al año y está perfectamente cultivada. Sepárala del camino un muro de dos leguas de largo que me aburrió soberanamente. Los cercos o muros divisorios de propiedades rústicas se construyen aquí con tierra arcillosa batida y comprimida en marcos de madera que, una vez bien aprensada forma bloques que se colocan en capas superpuestas, de modo que cuando el muro está terminado parece una construcción de ladrillos gigantescos.

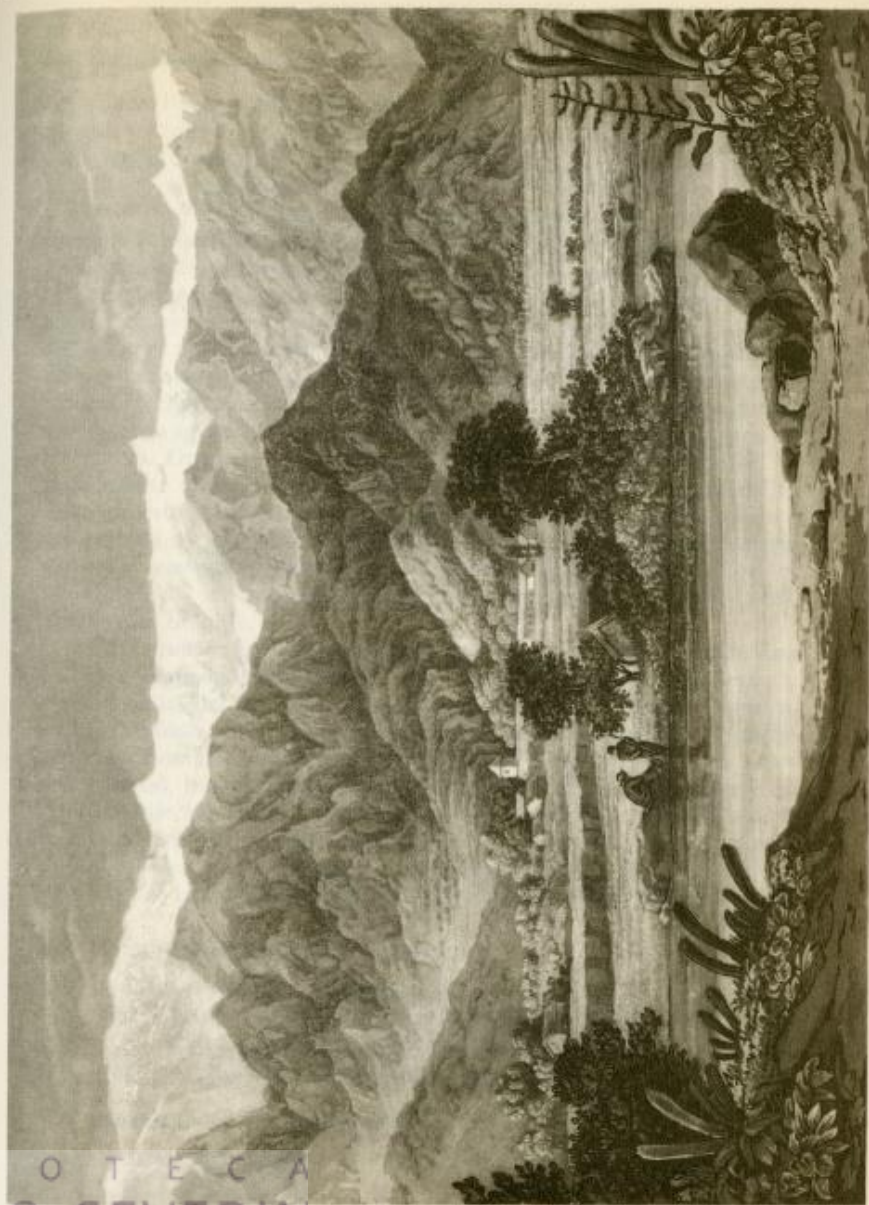
Llegamos por fin a un pésimo y fangoso camino a orillas del estero de Paine, que desciende rápidamente de un contrafuerte de la cordillera que avanza aquí casi hasta el cerro de Pangue y forma el estrecho paso o Angostura de Paine, comúnmente llamado la Angos-

tura, por el cual va el camino a Rancagua. Desde Paine, donde hay una casa de postas, el camino sigue entre dos filas de magníficos árboles, principalmente maitenes; y casas de campo y hermosas plantaciones reemplazan a la extensa y desolada llanura que acabamos de pasar. Una de las más bellas propiedades pertenece al hospital de San Juan de Dios y la arrienda un Valdés. Allí dejamos el camino principal para seguir el curso de un pintoresco río que nace del paso ya mencionado, al que debe su nombre de río de la Angostura. Dejando atrás algunas haciendas, como las de los Herrera y de los Solar, llegamos al fundo de los Salinas, en donde nos recibieron amabilísimamente don Justo y su esposa, la hija mayor de mis invitantes y viuda del infortunado don Juan José Carrera, que espero habrá encontrado en su segundo matrimonio alguna compensación de los padecimientos que sufrió durante el primero. Tiene uno de los más bellos rostros que he visto, ojos que ruegan y mandan, y una boca que jamás pudo igualar pintor alguno en las Hebes o en las Gracias. Su edad no pasa de veinticinco años, aunque apenas representa diecisiete. Mientras contemplaba extasiada su belleza, recordando su historia, dudaba de si todo esto era realidad o si había soñado cosas que hasta ahora sólo había encontrado en las novelas. Don Justo es un joven de bella figura, dos años menor que su esposa. Mucho se alegraron de ver a sus hermanos y a De Roos y a mí nos recibieron con amabilidad exquisita.

Soplaba un recio viento de la montaña y hacía mucho frío. Sentados alrededor del brasero, en una linda sala, esperamos la comida, que se sirvió como a las nueve. Nos felicitaron como de una proeza, por haber recorrido en nueve horas sin mudar caballos una distancia de más de catorce leguas, incluyendo en esas nueve horas, dos de descanso, que dimos a las bestias, y un rato que se perdió en componer uno de mis estribos, que se quebró en el camino.

En Chile acostumbran tomar algo tarde el desayuno, que consiste a veces en caldo, o carne y vino, pero todos toman mate o chocolate junto a la cama. Doña Ana María, sabiendo cuán diferentes son las costumbres inglesas, envió a mi aposento té, pan y mantequilla, para De Roos y para mí. Describí la casa. La puerta exterior da al dormitorio principal, que sirve también de salón. A un lado hay un cuarto de tocador y otro reservado a los niños, en el extremo opuesto está la sala y más allá el comedor, bien iluminado y alegre, a lo

largo del frente de la casa, un corredor, al que dan varios departamentos, como el de don Justo y algunos dormitorios para huéspedes. Doña Rosario y yo, ocupamos uno de ellos, y don José Antonio y De Roos otro. En Chile no se respeta la intimidad de los dormitorios como en Inglaterra, felizmente tengo el hábito de madrugar, que entre otras ventajas me procura la de librarme de intrusiones inoportunas. La mayor parte del día se pasa en el corredor, lo que no es de extrañar con tan agradable temperatura y tan hermosa vista. En el trascurso del día recorrí casi toda la hacienda, comenzando por las viñas. La principal ocupa dos cuadras cuadradas, las vides están apoyadas en rodrigones y reducidas por la poda a una altura de cinco pies. Aquí no se acostumbra remover anualmente la tierra entre las hileras como en Italia, sino que cada veinte o treinta años se descubren y mondan las raíces. Visitamos en seguida el huerto, en el que hay nogales, duraznos, ciruelos, albaricoques, perales y cerezos, que comienzan recién a florecer, porque, además de hallarse esta hacienda un grado más hacia el sur, está más cerca de la cordillera y más expuesta a los vientos fríos. Del huerto pasamos a los corrales de vacas y terneros, de hermosa raza. La lechería está mal administrada, pues de dieciséis hermosas vacas lecheras no se alcanza a obtener doce libras de mantequilla por semana, y algunas veces no más de seis, la cantidad de queso que se produce es insignificante, pero éste y aquélla son de excelente calidad. El ganado lanar es bellissimo, de muy buena y larga lana, cada vellón vale por lo menos tres reales. La esquila se hace en octubre. Ví un carnero pehuenche con cinco cuernos desiguales. Colgado delante de la puerta hay un jaguar disecado, llamado comúnmente león chileno, animal que habita en los cerros y hace estragos en el ganado lanar y los terneros, pero que, según he oído, no ataca al hombre. Don Justo me dió una garra de seis pulgadas de ancho, que debe haber pertenecido a un enorme espécimen. En las bodegas, las grandes botijas de greda están medio enterradas en el suelo, tal como lo practican los indios del interior con las tinajas de chicha según refieren los autores jesuitas. Cada bodega contiene unas sesenta tinajas de veinticinco arrobas cada una. Son fabricadas con arcilla de los cerros vecinos y cuestan tantas veces cuatro reales como arrobas contienen. Cuando se quiere vinificar el mosto, se vierte jugo de uva caliente en la proporción de una arroba por cuatro de mosto, para acelerar la fermentación. Hay que tener cuidado de no dejar hervir el jugo, retirándolo del



fuego en el punto próximo a la ebullición, para que no comunique al vino un sabor empireumático. Las bocas de las botijas se tapan herméticamente con barro para la maduración del vino, que, cuando está a punto, se echa en cueros para la venta. Probé varias clases de vino y mosto, muy buenos casi todos, y mucho mejores aun son los aguardientes, a pesar de la deficiente fabricación de los alambiques. El trigo produce aquí el ciento por uno, la cebada el setenta. Los cultivos se alternan trigo o cebada un año, alfalfa al siguiente. Algunos pastos de forraje crecen espontáneamente después de cosechado el grano. De ellos, el preferido por el ganado mayor, es el alfilerillo, así llamado por la forma de la semilla, es una planta de la familia de las geraniáceas, indígena en Inglaterra como en Chile, créese que comunica un sabor agradable a la carne de los animales que la comen en ciertas épocas. Otra planta predilecta del ganado es el cardo silvestre, especialmente antes de la estación de las lluvias. Tanto me gustan las piñas de este cardo, en ensalada o guisadas de otras maneras, que no me extraña oír quejarse a los hacendados de que los animales destruyan los cercos por ir a buscarlas en otras heredades. Críase aquí en los corrales de los vacunos cierto insecto que cogen y conservan por la fragancia que despide.

En la noche, un tal don Lucas, que vino de visita a casa de don Justo, acompañado de guitarra cantó algunas tonadas populares, y ejecutó bailes del país, especialmente uno llamado *la campana*, que yo aún no conocía, con mucha animación y gracia. Echándose el poncho sobre los hombros, tomó su guitarra, sacó a bailar a una de las señoras, y danzó, hizo guiñadas, tocó y cantó, todo al mismo tiempo y en el estilo más grotesco. *La campana* es propiamente un *Pas seul* * y la letra tan incoherente y falta de sentido como nuestro *Hey diddle diddle, the cat and the fiddle*, y muy digna de los visajes de don Lucas, cuya cara es tan grotesca como la de Grimaldi, a quien se parece algo.

He aquí la letra de *la campana*

*Al mar me arrojara por una rosa,
Pero le temo al agua, que es peligrosa.
Repiquen las campanas con el esquilón,
Que si no hay badajo, con el corazón.*

* Baile ejecutado por una sola persona. (N del T.)

*Pescado salado desecho yo a un lado,
Repiquen las campanas de la catedral.
Por ver si te veo, hermosa deidad,
Un clavel que me diste por la ventana
En una jarra de oro lo tengo en agua.
Repiquen las campanas de la catedral.*

Creo que este canto, como el Yankee Doodle, es susceptible de ser alargado "ad infinitum" por el cantante.

Después del baile sentóse don Lucas en un rincón de la sala sobre un escaño bajo y acompañó con su guitarra algunas baladas y tristes, que más que por la voz del cantante impresionaban por la letra y ejecución. Reproduzco uno de los tristes, que, aunque demasiado conceptuoso, me pareció bastante bello.

Triste

*Llorad, corazón, llorad,
Llorad si tenéis por qué,
Que no es delito en un hombre
Llorar por una mujer*

*Llora este cielo sereno
Marchitando sus colores;
La tierra llora en vapores
L'agua que abriga en su seno;
Llora el arroyo más lleno,
Si espera esterilidad;
Y las flores con lealtad
Le lloran de varios modos,
Pues ahora que lloren todos.*

*Llorad, corazón, llorad.
Llora el prado, a quién destina
El cielo una estéril suerte,
El árbol más duro vierte
Sus lágrimas en resina,
Llora, pues, si se examina,*

*Todo insensible que ve
Una mal pagada fe,
Y si lo insensible llora,
Llorad, corazón, ahora,
Llorad, que tenéis por qué.*

*Llora el ave su orfandad,
Mirando a su dueño ausente;
El jilguerillo inocente
Llora su cautividad:
El pez llora la impiedad
Del que le prende, y el hombre
Llora, por más que te asombre;
Pues en extremo tan raro
No es culpa en ellos, es claro
Que no es delito en un hombre.*

*Llora el bruto, y no es dudable
Que llora, pues es posible,
Cuando siente lo insensible,
Y llora aun lo vegetable
Llora todo lo animable,
Porque puede padecer,
Y si el hombre ha de tener
Sentido más exquisito
¿Cómo será en él, delito,
Llorar por una mujer?*

Don Justo tiene una memoria prodigiosa para los versos. Recitó más de los que puedo recordar y de los que don Lucas podía cantar. Esta es una de las cualidades que más se aprecian en un joven chileno; el que no puede cantar alguna cosa en los paseos campestres puede, por lo menos, recitar poesías de memoria.

No hace mucho tiempo don Justo estuvo gravemente enfermo en la casa de su suegro en Santiago, y todos los de la familia, especialmente sus cuñadas, que lo aprecian mucho, hicieron mil votos y promesas para alcanzar su salud. El día en que fué declarado fuera de peligro, don José Antonio y sus hermanas le dieron una serenata. Doña Mariquita cantó primero, con acompañamiento de guitarra, una feli-

citación compuesta por ella, seguida de una estrofa cantada por cada una de las hermanas y un coro final de los cuatro en nombre de la familia, todo ello obra de doña Mariquita. Esta cariñosa manifestación impresionó tanto al enfermo que no pudo contener las lágrimas. Entonces don José Antonio, con admirable oportunidad, aceleró el compás de la música e hizo una parodia tan graciosa de los versos que las lágrimas se convirtieron en risas, y desde ese momento don Justo comenzó a mejorar rápidamente. No hay duda que los chilenos han heredado de España este talento para improvisar ¿Quién no recuerda los lindos versos que cantan Clemente y Andrés en alabanza de Preciosa, en *la Gitanilla* de Cervantes? Todos nos asombramos de lo avanzado de la hora cuando nos separamos; pero los versos y los cantos y la belleza y linda voz de Ana María fueron suficiente disculpa, si alguna era menester, por haberle robado al sueño algunas horas.

11 de Septiembre

LAS DESCRIPCIONES SUELEN

ser completamente falsas. ¿Cómo se explica esto? A todos nos parece que, describir lo que hemos visto y examinado con atención, es la cosa más fácil del mundo. Sin embargo, sólo uno entre ciento logra dar a los otros una idea de lo que ha visto. Hoy tuve una prueba de ello. Fuimos a ver la laguna de Aculeo. Me la habían descrito como circular, rodeada de un cordón de cerros elevados y, cosa tan extraña, salada como el mar. No hay en todo esto una palabra de verdad. El lago es de forma irregular y sinuosa, y en él se esparcen asoleadas islas. Dominan algunos escarpados cerros, pero sus márgenes tienen por lo general un suave declive y pace en ellas el ganado, un pequeño valle se abre hacia el este, en cuya dirección sale uno de sus brazos a unirse con el río de la Angostura. Desde la hacienda de don Justo hasta Aculeo, el camino va por bosques y fértiles llanos, rodeados de cerros regados por numerosos riachuelos. Hay algunas buenas casas de campo, alrededor de las cuales se agrupa generalmente un pequeño caserío de labriegos, como en las grandes granjas inglesas.

El golpe de vista me recordó el Lago Maggiore y sus contornos. La nevada cordillera, las fértiles riberas, las alegres islas, el clima mismo, se parecen a los del Norte de Italia. Nos detuvimos un momento en una casita, con intención de usar un bote que allí se encuentra, pero estaba en reparación. El lago y las tierras adyacentes pertenecen

a uno de los Larraines; la pesca constituye una de sus principales entradas.

Doña Ana María, doña Rosario y don José Antonio prefirieron quedarse en la casita, mientras De Roos y yo, acompañados de dos campesinos, cabalgamos dos leguas más por la orilla derecha del lago, después de probar el agua, que es dulce y fresca. Sólo en Europa había visto paisajes forestales comparables a los que iban apareciendo aquí a nuestro paso. Los bosques de Chile tienen una fragancia especial, debido en parte al olor del aromo, actualmente en flor, y en parte al que exhalaban las hojas caídas al ser pisoteadas por los cascos de nuestros caballos.

Pero estos deliciosos paisajes son enteramente solitarios; sólo una pequeña choza de pescadores, en una de las islas, atestigüa la presencia del hombre. Sobre la isla se ciernen las águilas, y en ella hacen sus nidos los cisnes y otras aves acuáticas.

Por consideración a los caballos regresamos a la casita, después que hice un boceto del lago. Nuestros amigos nos esperaban a almorzar y luego todos se fueron a dormir la siesta: las señoras sobre el estrado; los caballeros a la sombra de los árboles, sobre sus ponchos y monturas, y los dueños de casa en sus camas. Yo también dormí unos pocos minutos. Entre las personas de la casa merece especial mención una mujer de unos cincuenta y cinco años, que tiene fama de ser la mejor domadora de potros de toda la comarca, tanto que con frecuencia le traen potros bravíos para que los amanse. A las tres se levantaron todos para tomar mate, y una hora después emprendimos el viaje de regreso a casa de don Justo, de la que nos separaban cuatro largas leguas. Las montañas presentaban bellísimas tonalidades, desde el violado casi negro hasta el más delicado color de rosa. Del este llegaban de cuando en cuando a nuestros oídos ruidos sordos, causados quizás por caídas de lejanos aludes o por algunos de los semiapagados volcanes de las cordilleras vecinas.

Don Justo nos salió al encuentro como a milla y media de la casa. Aguardábanos en la puerta nuevos y extraños personajes. Uno de ellos E....., que en todas partes es bienvenido por su travieso y alegre carácter, nos presentó al otro con el nombre de don Juan de Buenaventura. Este sujeto, que vestía un tosco traje de campesino, es propietario de una hacienda y un buen hombre, aunque desgraciadamen-

te, tonto, * esto es, un individuo falto de entendimiento y un hazmerreir de los demás. Cuando entramos a la sala y pude observarlo bien a la luz, pensé que la naturaleza suele hacer con la humanidad extrañas travesuras, como la de dar bella figura a un hombre a quien ha negado la inteligencia. Después de cambiar nuestras ropas de montar nos reunimos a tomar el té. De Roos y doña Rosario se sentaron en un sofá y don Lucas los tuvo muy entretenidos con su guitarra y sus cantos. Don José Antonio y don Justo no estaban con nosotros, porque este último no se sentía bien. Doña Ana María, con sus costuras, yo, con mis útiles de dibujo, E...., y el tonto, nos sentamos junto a la mesa. Conversamos sobre muchos asuntos, y yo de cuando en cuando, por urbanidad, dirigía la palabra al hermoso mentecato, cuyas respuestas se parecían extraordinariamente a las Touchstone ** de Shakespeare; y cada vez era mayor mi asombro al ver tanto atractivo físico en los que "todos los dioses parecían haber puesto su sello", unidos a tan escasa inteligencia. Esto me puso triste, y vi llegar con gusto la hora de la cena, durante la cual las bufonadas de don Lucas provocaron risas muy diferentes a las forzadas y melancólicas que nos había arrancado el pobre idiota. Me retiré a dormir abatida e impresionada.

12 de Septiembre.

HOY AL LEVANTARME ME

encontré con que don Lucas se había marchado a Santiago, a pesar de la niebla y de la lluvia y sin despedirse de nosotros. Ocupé la mañana en escribir mi diario, en vistar la lechería y hacer investigaciones sobre el tonto, de quien nadie supo decirme nada. A las doce se despejó la niebla, y don Justo, doña Ana María, Rosario, De Roos y yo fuimos a caballo a un cerro vecino, donde gozamos con la espléndida vista del llano de Maipo, tomamos mate y charlamos hasta la puesta del sol. Declaro, y puedo repetirlo una y mil veces, que este día es el más bello que he visto, porque en las escenas de la naturaleza la última es siempre más hermosa que la anterior. Las flores parecían estrellas bajo mis pies, el precioso arbusto de follaje purpúreo inclinado sobre la altísima roca, que don Justo trepaba como un corzo silvestre

* En castellano en el original.

** Personaje grotesco de la comedia *Como gustéis* (As you like it). Es un curioso tipo de bobalicon con ribetes de filósofo. (N. del T.)

para coger la espléndida planta; la cima en que se habían tendido las pieles en que Ana María y Rosario, más hermosas que las flores que las rodeaban, y que estaban graciosamente reclinadas mientras se servía el mate en tazas de plata, todo, todo era bello; charlábamos, y se referían historias de personas reales que aún viven, y que los autores de novelas se alegrarían de conocer.

El primer marido de doña Ana María fué, como ya mucho antes lo sabía, don Juan José Carrera. Después de su muerte, don José Antonio, hermano de doña Ana María, hizo viaje a Mendoza por los Andes y la trajo a la casa de sus padres, donde vivió algún tiempo en absoluto retiro. A la edad de 19 años había visto a su marido a la cabeza del Gobierno de su país, o por lo menos, sin reconocer más superior que su propio hermano dos veces había hecho con él, fugitivo, la penosa travesía de los Andes; había compartido su prisión; había intercedido por él, lo había visto morir en el cadalso, en los brazos de su hermano menor ¿Qué tiene, pues, de extraño que el sobreviviente de los Carrera conservara por ella un tierno afecto y que le escribiera esas cartas confidenciales en cifra que casi le costaron la vida? Algunas de esas cartas fueron interceptadas, y ella, encerrada en el convento de monjas agustinas de Santiago. Quiero relatar esta parte de su historia en los mismos términos de la carta en que no hace muchos días me la refirió su madre.

"Cuando Ana María volvió de Mendoza, la notamos tan decaída de salud a causa de sus sufrimientos que nos apresuramos en llevarla al campo, adonde el pobre Miguel y yo la acompañamos. Una gran fiebre de Mariquita me obligó a volver a la ciudad. El mismo día en que la enfermedad hizo crisis se presentó en casa un oficial del Senado, requiriendo a nuestra hija mayor. Mi marido fué a ver al Director y le expuso la angustiosa situación de la familia, y especialmente el delicado estado de Ana María. Pero a esto se le replicó que graves razones de Estado exigían su presencia. Tuve, pues, que dejar a Mariquita con sus hermanas, y parti con el oficial a traer a mi hija.

*"La trajimos a la ciudad. Se le obligó a comparecer ante el Senado, mostrósele la carta de José Miguel * y se le exigió que la ley-*

* La carta le fué realmente dirigida, y trataba no tanto de planes y proyectos como de esperanzas de derrocar al actual gobierno. Fué una gran imprudencia, y acaso más que una imprudencia. (N. del A.)

ra. Ella contestó que no conocía la clave de la carta y que, por consiguiente, no podía leerla. Uno de los miembros del tribunal le recordó que varias veces había escrito en cifra a su marido mientras estuvo preso en Mendoza. Ella, que hasta entonces nunca había podido oír el nombre de su marido sin violentos ataques de nervios, pareció, ahora, haber recibido del cielo un valor extraordinario. Si, replicó, le escribí algunas veces en cifra. —¿Podía acaso permitir que se impusieran de nuestros más íntimos secretos los extraños, que, como harto bien lo sabemos, leían nuestras cartas antes de que llegaran a nuestras manos? ¿Podíamos soportar que en el cuarto de guardia, donde eran leídas, se hiciera insultante y grosera mofa de las efusiones de nuestro amor? Cuando vosotros me quitásteis las cartas y papeles de mi esposo mártir, que quitásteis la clave de esa cifra, y no tengo otra. Uno de los senadores, mirando con airado ceño a la hermosa joven, le preguntó: —¿Quiéreme doña Ana María que las palabras esposo mártir se inserten en la minuta de su interrogatorio? —He dicho esposo mártir, contestó ella, y lo mantengo. Observáronla entonces los jueces que si no leía la carta al tribunal sería encerrada en un convento. A lo que contestó una vez más —No puedo, no conozco la cifra. Y si esa carta fuera en realidad dirigida a mí, cosa de la que no tenéis prueba alguna, ¿el hecho de que otra persona me escriba, me constituye por ventura en criminal? Hay otras mujeres y otras viudas de mi nombre y familia a quienes bien podría la carta haber sido dirigida. Además, si es un crimen escribir cartas, ¿tenéis pruebas de que yo haya escrito a don José Miguel, o contestado o siquiera reconocido sus cartas? ¿O acaso os parece extraño que en la desolación de su casa haya escrito algunas palabras de consuelo a la viuda de su hermano mártir? Ese día no se le interrogó más, pero fué enviada al convento de las monjas agustinas, de donde fué llevada dos veces ante el tribunal, que no pudo obtener de ella otras respuestas. Como el estado de su salud fuera cada día más delicado, se me permitió a mí y a su hermana menor acompañarla en el convento, donde permanecimos cinco meses.

Por fin, el Director la hizo poner en libertad, creo que a instancias del señor Prevost. Algunas personas la creían realmente complicada en una conspiración política. Su familia ve en ella a un ángel, víctima de crueles infortunios.

Durante su prisión en el convento trabó íntima amistad con una interesantísima joven, cuyos infortunios, de distinta naturaleza de

los de nuestra amiga, la habían inducido a encerrarse para siempre en el claustro. Su marido había desertado del ejército patriota para servir bajo las banderas reales, a una edad en que de ordinario carecen todavía de solidez los principios. Fué fiel a esta causa. Tomado en un combate, se le encarceló más como desertor que como enemigo. Ella, que a la sazón se hallaba en Talcahuano esperando su primer alumbramiento, resolvió juntarse con su marido, y partió, sin más compañía que una fiel criada, a pie y con tan poco dinero que durante la mayor parte del viaje, 500 millas, se mantuvo de la generosidad de sus compatriotas, para quienes su nombre no era, por cierto, indiferente. Llegó a Santiago. Un pariente la hospedó en su casa. Dió allí a luz un niño, y día tras día enviaba a la prisión a saber de su marido, de quien recibía siempre alguna palabra de esperanza y de consuelo. Una mañana sintió una descarga de fusilería y luego otra. Temblando de terror, preguntó por su marido. —Ha salido ya de la cárcel— se le contestó, —y no se le volverá a molestar—. No preguntó más. Dejó el lecho tan pronto como pudo, y se retiró al convento de las agustinas. Comprendió perfectamente el significado de aquella respuesta; su marido había sido fusilado esa mañana. El niño también había muerto. Algunos amigos la visitaban de cuando en cuando en su soledad y entre ellos su hermano Justo Salinas, que vió varias veces con ella a Ana María, la viuda de Carrera. La juventud naturalmente simpatiza con la juventud. Oyó relatar su historia, —¿Quién la ignoraba en Chile?— y la refinó a su madre, anciana ya, que vivía en el campo, en la misma casa en que ahora estamos hospedados.

Cuando doña Ana María salió en libertad de su honrosa prisión encontró a su hermano don Miguel gravemente enfermo, y cuando se la desterró de Santiago y se le fijó como residencia la casa de campo que había heredado de su marido, solicitó del enfermo que la acompañara a ese lugar a fin de que pudiera tomar baños de agua corriente, que son considerados como eficaz remedio contra diversas dolencias. Las tiernas atenciones prodigadas por Ana María a su hermano atrajeron la observación de sus vecinos, especialmente de la señora Salinas, que insistió en llevar a los hermanos a su casa, en donde las aguas eran más puras y más fuertes las corrientes. Doña Ana María y su hermano aceptaron la invitación. Poco tiempo después llegó don Justo. ¿Necesito decir que la joven viuda fué invitada a considerar la casa propia? No estoy segura de que todo esto haya sido referido hoy, pe-

ro la relación que precede forma parte de una historia que deseaba conocer por completo y en cuyo encadenamiento faltan todavía algunos eslabones.

Por fin, el sol nos notificó que ya debíamos dejar nuestro elevado y pintoresco sitio, y descendimos por un sinuoso sendero y a través de un bosque, cuyas ramas amenazaban a veces cerrarnos el paso. Salinas, que como todos los chilenos lleva siempre consigo su cuchillo montés, cortaba rápidamente las invasoras ramas. Llegamos a la casa al mismo tiempo que E., y el tonto. Hallábanse, pues, presentes casi las mismas personas de la noche anterior. Había en el aspecto del tonto algo que me movió a observarlo más detenidamente que la primera vez. Dirigí la conversación a diversos puntos relacionados con la agricultura, con el estado de los caminos del país, y con la posibilidad, para una persona sola de ir a Concepción en unas pocas semanas. Las respuestas que daba a mis preguntas eran cada vez más razonables y cada vez más vehementes mis sospechas de que se fingía tonto. De pronto E. acercándose a nosotros, le dijo algo en alta voz, llamándolo por su nombre, y la respuesta fué tan absolutamente la de un idiota que me volví hacia E., para cortar toda conversación con la infeliz creatura. Hablé de Santiago, del Director O' Higgins, tema que no había tocado hasta entonces por consideración a doña Ana María, y del 18 de Septiembre, aniversario de la independencia del país, y como le preguntara si él, como capitán de milicias, no pensaba asistir a la parada militar con los lanceros, vi otra vez fijos en mí los ojos del tonto, con una inteligencia y expresión que me interesaron nuevamente; y me asaltó la idea de que su estado mental se debía a tal vez a alguna desgracia ocasionada por la guerra civil. Continué hablando, mencioné especialmente la promesa del Director de apoyar cualquier solicitud que se presentara a la Convención para conseguir la amnistía de todas las personas procesadas por delitos políticos y la repatriación de todos los desterrados. Noté entonces en los rostros de todos los presentes algo que me movió a repetir esto otra vez, continuando enseguida mi dibujo. E. se retiró, y oí al tonto decir algo acerca de mí en voz baja a doña Ana María, quien le contestó en el mismo tono y después me dirigió la palabra. El nuevo rumbo que tomó la conversación me indujo a preguntar al misterioso personaje: —¿Y por qué usted, que vive en el campo y en sus propias tierras, no sería feliz como cualquiera de nosotros? —¡Yo, feliz!— me contestó en

el acto, y esta vez su voz y modo de expresarse correspondieron a la nobleza de su figura y a sus bellas facciones, "Yo, feliz" en medio de faenas rústicas, labriegos y ganado! ¡No! Durante largos años he sido desdichado, y mi primer instante de felicidad se lo debo a usted.— ¡A mí!, —exclamé.— ¿Entonces no es usted lo que parece?— Púsose entonces de pie, y erguido y centellándole los ojos, me contestó. —¡No! No quiero seguir haciendo este papel de idiota, indigno del hijo de doña Javiera Carrera, del sobrino de don José Miguel Carrera. Yo soy el infeliz desterrado Lastra, reducido a huir de desierto en desierto, a guarecerme en cavernas, a alimentarme de aves silvestres, hasta ver destruidas mis fuerzas y perdida mi juventud. ¡Y mi único crimen ha sido haber amado demasiado a Chile! ¡Oh Chile patria mía, qué no sufriría por tí! Yo, que había permanecido inmóvil durante este arranque de sentimiento, me levanté asombrada, y creo que todos los presentes lo estaban también, no por la revelación del secreto, que sólo De Roos y yo ignorábamos, sino por oírlo de boca de Lastra. Me acerqué a él y le tendí la mano, expresándole el deseo de que me visitara en Santiago después del Dieciocho. Esto devolvió a nuestros ánimos la serenidad y el contento. El resto de la noche se pasó en dar y recibir detalles acerca de la vida del fugitivo. Fué reducido a prisión, (y la prisión en Chile es cruel) por el delito de prestar apoyo armado a la causa de Carrera. Logró evadirse de la cárcel, y se le declaró fuera de la ley. Vivió varios años en el desierto, yendo de cuando en cuando a la ciudad disfrazado de campesino para saber de sus amigos o procurarse de ellos algunos medios de subsistencia. Residía a veces en pueblos donde era desconocido, pero luego tenía que huir apresuradamente cuando descubrían su refugio y se proponían traicionarlo. De tarde en tarde, como en el presente caso, al caer la noche salía de sus escondites en las selvas para cenar con sus amigos, pero se retiraba sin dormir. Una vez estuvo expuesto tanto tiempo a la humedad en la estación de las lluvias, que un fuerte ataque de reumatismo lo tuvo postrado dos meses en una caverna, y si no hubiera sido por la fidelidad de un niño que le llevaba alimento todos los días, habría perecido. Tal fué durante largo tiempo la vida del infeliz proscrito ¡Y así pasó muchos años de su vida uno de los más inteligentes y distinguidos jóvenes de Chile! Cuando nos separamos, avanzada ya la noche, sentía tener que de-

jar la casa de los Salinas a la mañana siguiente sin saber más detalles de la vida del fingido idiota *.

11 de Septiembre.

PARTIMOS DE LA HACIENDA de los Salinas en medio de una densa y húmeda niebla, en dirección a Melipilla, una de las principales poblaciones de Chile, situada como a veinte leguas de la Angostura de Paine. Cruzamos el río en un lugar muy pintoresco donde aquél recibe las aguas de otro brazo no menos profundo y cristalino, probablemente el Paine. ** Se unen en un pequeño llano pastoso, en que hay hermosos árboles distribuidos irregularmente y que limitan por el norte los vallados de los espléndidos campos de trigo de Viluco. La neblina ocultaba enteramente las montañas y lo que es característico en los campos de Chile, y todo en torno nuestro me recordaba a los bellos y serenos paisajes del corazón de Inglaterra. Los carneros que pacían en las verdes márgenes del río y algunas vacas manchadas como las de Lancashire hacían mayor aún la semejanza. La súbita llegada a un sitio como éste produce al viajero una impresión parecida a la que experimentaron los marineros ingleses que encontraron en Kamchatka un trozo de cuchara con la marca *Londres*, me costaba trabajo convencerme de que este sitio no me era conocido y familiar.

A cuatro leguas de la Hacienda de los Salinas se halla el fundo de Viluco, uno de los más notables del país. Pertenece al marqués de Larraín y es una magnífica propiedad, mantenida en admirable orden. El capellán preside la casa, y siempre hay en ella un buen número de criados, de suerte que los viajeros son perfectamente atendidos, esté o no el dueño. Aquí encuentran siempre mesa y cómodo hospedaje. El que llega a Viluco, conocido o desconocido, es bienvenido. La casa es buena, sólida, sencilla y bien amueblada. El jardín es una joya en su género; los senderos y avenidas tienen pavimento de mosaico y sus cuadros presentan gran variedad de formas. Cada uno de ellos está rodeado de una pequeña acequia y tiene en el centro una pirámide, urna o cesta, primorosamente formada, de romero, cubierto ahora de flores, y alrededor alhelíes, claveles, ranúnculos, anémonas. Al fondo del jardín

* Antes de partir de Chile, tuvo el gusto de verlo y estrechar su mano, devuelto ya a su familia y amigos. (N de la A.)

** Se trata en realidad del río Angostura. (N de G. E. de C.)

hay un bosquecillo de naranjos, limeros, y granados, y a lo largo de la casa toda clase de pájaros en espaciosas jaulas con plantas en su interior. El jardín comunica con un parrón, y a uno y otro lado hay huertos de árboles frutales y viñas. Del jardín pasamos a ver los graneros, los galpones, los mataderos y los secaderos de cueros y charqui, todo dispuesto en mayor escala y más cuidadosamente conservado que cuanto había visto hasta ahora. El ganado mayor de la hacienda se calcula en 9 000 cabezas; el año pasado se mataron 2 000 y sus cueros fueron vendidos en un lote a un comerciante inglés a 22 reales cada uno. Lamentáanse algunos de que desde los comienzos de la guerra civil el ganado mayor ha disminuido notablemente en Chile, y lo atribuyen a la guerra. Este mal, concediendo que realmente lo sea, puede quizás imputarse con razón a la guerra, pero hay todavía tanto desorden y despilfarro en la administración de todo lo que concierne a lechería y ganado, que el número de reses podría disminuir mucho más sin que los productos de la carnicería llegaran a escasear de una manera alarmante. Más aún, creo que esta disminución redundaría en bien del país. En tiempos del padre Ovalle, no se aprovechaba de las reses mayores sino la lengua y los costillares, lo demás era arrojado al mar en los fundos de la costa, o abandonado a las aves de rapiña, en las haciendas del interior. En algunos fundos botan todavía las cabezas, y en ninguna parte se aprovechan los huesos, salvo en los lugares en que hay extranjeros, que los utilizan para la sopa. La misma suerte corren los corazones e hígados, de modo que aquí se pierde casi la cuarta parte del alimento que un buey daría en Europa, fuera de la pérdida total de otros productos útiles como los cuernos, cascotes y huesos. Pero no sólo a la guerra se debe atribuir la disminución del ganado bovino. Hoy se destina al cultivo de granos una extensión de tierras mucho mayor; el pueblo consume más pan; hay gran demanda de harina para el aprovisionamiento de los buques y flotas extranjeras del Pacífico y se exporta mayor cantidad de granos. Hay, por consiguiente, más tierras cercadas, y los que antes derivaban todas sus entradas de la ganadería han descubierto que les conviene más sembrar trigo en una parte considerable de sus campos.

Apenas habíamos salido de Viluco cuando el día empezó a despejarse. Jamás he visto nada más hermoso que la gradual dispersión de las nubes, que flotaban bajo las cimas de las montañas, descendiendo casi hasta los valles, o se rizaban en las altas cumbres y se dispersaban

desvaneciéndose en el aire. A poca distancia de la casa de Villuco llegamos a un vado del Maipo, más difícil que el que habíamos pasado anteriormente. El pedregoso lecho del río se extiende aquí al pie de una montaña casi una milla, pero el río mismo ocupa sólo una pequeña parte de este espacio. Atravesamos seis grandes brazos, cuatro de los cuales llegaban hasta las cinchas de los caballos, y algunos de ellos se asustaron y comenzaron a perder terreno, pero el ejemplo de los demás los animó a luchar con la corriente y pasamos con toda felicidad. Lejos del vado la corriente es tan compacta y poderosa que sería una locura pretender atravesar. En Chile no se puede viajar sin un guía que conozca bien los ríos, porque éstos son por lo común muy corrientes y sus vados cambian continuamente de lugar.

Como a cinco leguas del vado se encuentra el bonito pueblo de Lonquén, donde el camino va entre una montaña y dos pequeñas colinas que de ella se desprenden. Los cerros de uno y otro lado abundan en grandes rocas que avanzan sobre el camino y forman plataformas cada una con una casita y un pequeño jardín, palizadas, fosos, y algunas hasta con sólidos y bien asentados portones que dan acceso a la propiedad. Entramos por uno de éstos y subimos a la más alta de las dos colinas arriba mencionadas, en cuya cumbre se haya la casa de Tagle, el primer presidente de la Convención. Es una pequeña casa de campo con ciertas pretensiones de elegancia, pero deliciosa por su vista, pues domina todo el fértil valle que riega el Maipo. A un lado se ve el elevado cordón de los cerros de San Miguel, al otro, la serranía cuyo monte más alto es el de Chocalán, que nos parecería estupendo si no tuviéramos los Andes a la vista. En esta comarca hay contadas pero hermosas sementeras de trigo, como también pocas viñas y olivares. Aquí y en Melipilla se produce principalmente mantequilla, quesos, cueros, sebo y charqui, las orillas del Maipo se destinan enteramente al talaje. Nos detuvimos cerca de una hora en Lonquén para dar descanso a los caballos y tomar un *lunch* que habíamos traído. Desde allí presenciábamos un rodeo que tenía lugar en un corral bajo la casa, el encierro y marcadura de los animales y la separación de los terneros de sus madres.

Desde Lonquén hasta el Pueblo de San Francisco del Monte el camino sigue por entre un monte de espinos o mimosas de fragante flor amarilla que proporcionan no sólo el mejor combustible del país sino también un abrigo para el ganado, sin perjudicar en absoluto la

hierba que crece debajo. Cerca de San Francisco atravesamos el Mapocho después de su reaparición desde los cerros de San Miguel, en su camino a unirse con el Maipo. Es realmente un hermoso río, y no me extraña la estimación en que se le tiene por la dulzura, limpidez y corriente de sus aguas. De él se sacan numerosas acequias o tomas para los molinos, el regadío y la bebida. Como a una legua de San Francisco pasamos por el pueblo de indios de Talagante, que se distingue por sus magníficas palmeras, árboles que hacía mucho tiempo no veía. Aquí fundaron los franciscanos una de sus primeras misiones, transferida más tarde a los jesuitas. Por la expulsión de éstos, los asuntos espirituales del cacique y sus indios volvieron a los franciscanos, y los temporales quedaron a cargo del jefe civil del distrito. El edificio más notable que se ve al entrar a San Francisco es la casa que perteneció a los jesuitas y que es actualmente de los Carrera, quienes tienen en las inmediaciones su principal hacienda. No nos detuvimos, aunque lo deseaba, en este bonito pueblo, porque ya el día estaba avanzado y nos quedaban aún varias leguas que recorrer. Los poblados suburbios de San Francisco se extienden hasta una larga distancia, y los campos eran cada vez más fértiles a medida que avanzábamos. En El Paico, a unas dos leguas de Melipilla, hay excelentes lecherías, las mejores del país, y vi también allí algunos bellísimos árboles frutales a orillas de un arroyuelo que, atravesando el camino, se internan en una espesura casi impenetrable de molles, cuyo suave aroma perfumaba el aire de la tarde. Habíamos recorrido ya más de cincuenta y cuatro millas y, tanto nuestros caballos como nosotros, deseábamos llegar luego al término del viaje. La tarde comenzaba a cerrar y la obscuridad, una molesta llovizna y la ausencia de la persona que debía darnos hospedaje, se juntaron para hacer desagradable nuestra llegada a Melipilla. Transidos de frío, con hambre y cansados, tuvimos que buscar un albergue para la noche. No tardamos en encontrarlo: una casa grande, fría y vacía. Por suerte, los vecinos se manifestaron dispuestos a proporcionarnos lo más necesario, y doña Rosario y yo acabábamos de improvisar un par de asientos con nuestras capas de viaje cuando nos trajeron a la vez carbón y esperanzas de comida. Mientras tanto, don José Antonio había conseguido una casa más confortable, donde tuvimos el gusto de encontrar fuego y unas apariencias de estrado con el lujo de una alfombra, sobre la cual nos sentamos, invitados por una mujer de agradable aspecto, y tomamos mate mientras

se preparaba la comida. La buena mujer nos pidió mil excusas por la pobre cena que había tenido que improvisar con tanto apuro. Nos Nuestro apetito se habría contentado con mucho menos. sirvió sabrosa carne asada, estofado de ave, buen pan y una botella de vino muy tolerable. El problema de las camas tenía muy perplejo a De Roos. En cuanto a mí, los largos viajes me han enseñado a mirar con filosofía estas cosas, y nuestros amigos chilenos están habituados a ellas. No le quedó, pues, a mi joven compatriota otro remedio que resignarse a que todos pasáramos la noche dentro de los mismos cuatro muros. Para doña Rosario y para mí se dispuso en un extremo del estrado un excelente colchón con sus debidos aditamentos, y a los pies de nuestra cama se arreglaron otras dos con los paños y cueros de las monturas, para De Roos y don José Antonio. Acordándose del *Viaje Sentimental*,* puse entre nosotras y nuestros compañeros algunas sillas de respaldo alto, sobre las cuales extendí las largas faldas de mi traje de montar, trámite que bien pudo excusarse, si todos durmieron tan profundamente como yo, y presumo que así sucedió, porque al levantarme en las primeras horas de la mañana los encontré a todos dormidos. Pasé a un pequeño cuarto, destinado a guardar papas y lana, en donde improvisé un tocador y recibí en seguida a dos visitantes, que entraron al aposento antes de que los demás despertaran y, sentándose sin ceremonias, comenzaron a interrogarme acerca de nuestras personas y del viaje. No tardé en saber que uno de ellos era un inglés, que había pertenecido a la tripulación de un buque ballenero que naufragó cerca de Juan Fernández. Ahora administra aquí una gran fábrica de velas y jabón, que pertenece a un caballero chileno. La comarca es muy buena para esta industria, por la facilidad de proveerse de sebo, cenizas y carbón. En Lonquén, dicho sea de paso, vi hacer carbón. Cortan la leña en trozos de unos dos pies de largo que ponen en capas dentro de un foso cubierto con tierra y en seguida la queman, procedimiento que me parece algo primitivo y poco económico. Si no estuviera tan decaído y descuidado el comercio de cabotaje, Melipilla podría ser una región inmensamente rica. Dista sólo diez leguas de la abrigada y pequeña bahía de San Agustín, en la desembocadura del Maipo. El queso, la mantequilla, el charqui, los cueros, el sebo, y la loza podrían ser embarcados allí para todos los puertos de Chile, mien-

* Del célebre humorista inglés Lorenzo Sterne. La autora alude al episodio que se refiere en el capítulo final de la obra. (N de la T.)

tras que ahora todos esos artículos salen, con gran recargo de precios y pérdida de tiempo, por los caminos interiores de Santiago, Casablanca y Valparaíso. Es muy sensible que la antigua rutina de la colonia dirija todavía estas cosas en Chile, con desmedro del comercio extranjero y grave daño para el tráfico interior.

Me imagino que los melipillanos no habían visto nunca a una inglesa, pues el patio de la casa se llenó completamente de hombres, mujeres y niños, que al ver mi cofia y vestido negro me tomaron por monja de alguna orden extranjera. Salí al patio y les hablé y expliqué quién era, y luego nos vimos libres de ellos, con excepción de algunas personas que no se cansaban de contemplar y admirar al "rubio", como llamaban a De Roos, cuyos cabellos claros y fresca y rosada tez provocaban universal admiración. Rodean el primer patio pequeños cobertizos destinados a talleres de oficios manuales, de suerte que cuando la familia necesita que se haga algún trabajo, contrata al obrero por un día o una semana, y aquél encuentra su taller listo. El patio interior da a un huerto muy bien tenido, en el que se encuentran la cocina y otras dependencias. Después de almorzar salimos a ver la ciudad, cuya delineación se asemeja a la de Santiago: todas las calles en ángulos perfectamente rectos. Casi en el centro del pueblo está la iglesia Matriz, en un costado, la casa del gobernador, don T. Valdés, y el cuartel. Este, como todas las demás casas de la ciudad, tiene triste aspecto, porque todo lo que se ve exteriormente en las calles y plazas se reduce a muros desnudos con una gran puerta; las casas se encuentran en el interior. Aumenta la tristeza de Melipilla la circunstancia de que, con excepción de los edificios públicos, que están blanqueados, todos tienen el color natural de la tierra gredosa con que hacen los ladrillos de construcción. Fuera de la corrida de toros que todavía se celebra anualmente en la gran plaza, no hay en Melipilla ningún lugar de entretenimiento popular ni siquiera un paseo público. Hay sólo tres iglesias, la de San Agustín, la de la Merced, y la Matriz, y algunos oratorios privados, pertenecientes a las principales familias de la ciudad. Además de las industrias de las velas, jabón y loza, hay que mencionar las de los ponchos y alfombras, que son de muy buena calidad, porque los fondos vecinos suministran excelente lana y los campos inmediatos las sustancias vegetales para teñirlas. Los tejedores practican su arte con mucha destreza en los telares más toscos y primitivos que jamás se hayan visto, en casi todos se trabaja sin lanzadera.

Por la tarde fuimos a la chacra de don José Fuenzalida con el objeto de ver las minas de donde se extrae la arcilla roja con que se fabrica la famosa loza de Melipilla. Mirando hacia el llano, al este de la ciudad, se divisa un largo y elevado promontorio perfectamente horizontal en toda su vasta extensión. Allí, bajo una capa de tierra vegetal negra, de unos dos pies de espesor, se encuentra la arcilla roja, casi tan dura como la piedra. Con ella se fabrican las hermosas jarras rojas para agua y vino, como también vasijas de diversas formas para la cocina y otros usos. El llano contiguo al banco de arcilla está cubierto de grandes hornos para cocer las vasijas y de alambiques para destilar. No pertenecen todos ellos a una sola y gran empresa, sino que los campesinos hacen la loza por su cuenta, en proporción, naturalmente, con los recursos y destreza de cada uno. De todos los hornos que vimos no pertenecían más de tres a un mismo dueño.

No hay diferencia entre los procedimientos que aquí se emplean para la fabricación de la loza ordinaria y los que se practican en Valparaíso, salvo que aquí requiere mayor trabajo el amasijo de la arcilla. Visité el taller de una de las más famosas alfareras, a quien hallé ocupada con su nieta en pulir su trabajo del día con una bella ágata. Allí ví la arcilla negra con que fabrican pequeños artículos, como mates, azafates, platos y jarras, que suelen adornar con cabezas y brazos grotescos y matizar con las tierras blancas y rojizas que abundan en estos lugares. Los hombres fabrican las grandes botijas para el vino y los alambiques, cuya factura demanda fuerzas varoniles, tanto más, cuanto que el trabajo se hace sin tornos, los que ni siquiera conocen. Los artículos pequeños se cuecen ordinariamente en hoyos abiertos en la tierra, los grandes, en los hornos. Por lo general, los obreros los trabajan y modelan en el mismo sitio donde deben ser cocidos.

Los hornos quedan, en parte, bajo tierra, pero de modo que no les falte un buen tiraje, cada uno ocupa como ocho pies cuadrados, con una altura de 18 pies. Son de forma pintoresca, y su conjunto, esparcidos en el llano, evoca la idea de una antigua necrópolis. A un lado, el río se deslizaba majestuosamente no lejos de la ciudad, y más allá surgía el monte Chocalán, con ligeros festones de nubes en sus faldas e incendios de bosques en diversos puntos cerca de la cumbre. Al este, más o menos a la misma distancia del pueblo que el Monte Blanco de Ginebra, se ven los Andes al extremo de un largo valle circundado de

cerros que parecen anonadarse ante la presencia del "gigante de la estrella de occidente".

Poco después de nuestro regreso, algunas muchachas pulcramente vestidas, con sus largos cabellos trenzados y adornados con flores naturales, se apostaron bajo nuestra ventana y, acompañándose de sus guitarras, nos cantaron algunos versos en que nos daban la bienvenida a Melipilla. Las invitamos a entrar y se quedaron con nosotros hasta tarde, cantando baladas y tristes y ejecutando bailes populares, entre las cuales me llamó la atención por su novedad y elegancia *La Patria*, con letra nada mal adaptada a los tiempos actuales.

15 de Septiembre

ESTA MAÑANA DOÑA ROSA-

rio y su hermano fueron a misa, mientras De Roos y yo preparábamos las cosas para nuestro regreso a Santiago. Dejamos Melipilla convencidos de que, en su presente condición, hay en ella poco que ver, y, al mismo tiempo, de que podría ser una de las ciudades más florecientes de Sud-américa. Sus alfarerías, considerables en la actualidad, podrían ser incomparablemente más productivas, y sus manufacturas de ponchos y alfombras, mucho más numerosas y desarrolladas, por la abundancia magotable y excelente calidad de la lana y de los tintes. En los llanos inmediatos a la ciudad se produce cáñamo de la mejor clase, sus lecherías son las mejores en esta región de Chile, y el charqui, los cueros y los demás productos del ganado mayor podrían tener fácil y ventajosa salida por el puerto de San Agustín, que sólo dista 30 millas y adonde todo iría por el río, aunque la rapidez de la corriente no permitiría a los botes regresar río arriba. Melipilla, podría también sacar gran provecho, —lo que sería de especial importancia en Chile— de las fuentes medicinales que se hallan en sus inmediaciones, en el punto donde el Puangue desemboca en el Maipo. Gran número de enfermos acude allí en la estación de los baños y alojan en incómodas y miserables chozas, cuando sería facilísimo mantener casas y baños confortables y bien atendidos. Me han dicho que estas aguas son calientes por la mañana y frías de noche, cosa tan contraria a la experiencia y a la razón que sospecho, ya que no lo he comprobado por mí misma, que hay en esto un error tan grande como el de creer que sean saladas las aguas de Aculeo.

No teníamos intención de llegar hoy más lejos de San Francisco del Monte, donde hay una cómoda casa para viajeros, mantenida por un antiguo criado de un pariente de los Cotapos. Apenas llegamos allí, los caballeros fueron a visitar a un pariente de nuestros compañeros, mientras doña Rosario y yo nos hacíamos una "toilette" más esmerada que la que habíamos podido practicar en Melipilla. La casa en que nos hospedábamos era una verdadera pulpería, combinada con negocio de abarrotes y cervecería. El dueño tiene sangre india y africana y es hombre hábil e ingenioso. Ha instalado un telar para tejer ponchos, y produce más en una semana que los tejedores de Melipilla en un mes. Su mujer hila y tiñe la lana, y con esta industria y las ganancias de la pulpería obtienen una renta nada despreciable. Me puse otro vestido y salí a recorrer el pequeño pueblo, que me pareció muy limpio; y admiré sus jardines y campos, aunque, a juzgar por la gente que ví, me formé la idea de que San Francisco tuvo en otro tiempo habitantes de más elevada categoría que los actuales. Las mejores casas están cerradas y ellas y sus vecindades revelan decadencia y abandono. Pertenecieron a los Carrera. Su sucesora, doña Javiera, vive ahora desterrada en Montevideo. Fuí a la plaza, donde se encuentran la iglesia y el convento de los franciscanos y algunas buenas casas. Me llamó la atención una gran multitud aglomerada a la puerta de una de ellas. Había un grupo de huasos a caballo, con la cabeza descubierta, como si estuvieran ejecutando un acto de devoción. La muchedumbre me abrió paso cortésmente y ví, con no poco asombro, nueve personas que danzaban, como dicen los españoles, con mucho compás. Formaban una figura parecida a la de un juego de bolos, alrededor de un muchacho vestido de una manera grotesca, que de cuando en cuando cambiaba de lugar con otros dos, uno de los cuales tenía una guitarra y el otro un rabel. Por su altura y conformación los danzantes parecían hombres, aunque semejabán mujeres por sus trajes y aderezos. Se me ocurrió que podían ser mujeres pataginas, y pregunté a uno de los circunstantes de dónde venían. Obtuve de él la siguiente explicación. Cuando los franciscanos emprendieron la conversión de los indios de las comarcas centrales, instalaron su convento en Talagante, el pueblo de las palmeras más arriba mencionado, contando entre sus primeros prosélitos a los caciques de Talagante, Llupeo y Chínigüe. No tardaron los buenos padres en descubrir que era más fácil convertir a los indios a una nueva fe que ale-

jarlos de ciertas prácticas supersticiosas de su antigua idolatría, y punto menos que imposible hacerlos renunciar a la danza que en honor de un poder tutelar ejecutaban anualmente bajo el follaje de los canelos. Les toleraron, pues, esta práctica, pero deberían ejecutar la danza dentro de los muros del convento y en honor de Nuestra Señora de la Merced. Los caciques tomarían a su cargo, por turnos, los costos de la fiesta. Trasladado el convento a su sitio actual, se les permitió celebrarla en la iglesia. Los danzantes, en vez de pintarse el cuerpo y adornarse la cabeza con plumas y la tradicional cinta, que todavía consideran sagrada, se presentan ahora con trajes y atavíos femeninos, los mejores que pueden procurarse; y como los religiosos han reducido mucho la duración de la solemnidad, la danza se prosigue y termina delante de la iglesia, con tanto respeto de los circunstantes como en el templo mismo. Los danzantes y todos los que quieren acompañarlos se dirigen en seguida a la vivienda del cacique, donde comen lo que éste puede ofrecerles y beben hasta agotar su provisión de chicha. Quedé muy contenta de haber visto a estos danzantes, los que me inclino a creer descendientes de los Promaucaes, que opusieron resistencia a las tentativas de los incas de conquistar el país y que, después de defenderlo intrépidamente contra los españoles, terminaron por celebrar con ellos una alianza a la que siempre se han mantenido fieles.

No fuí menos afortunada con la persona de quien solicité estos datos. Es un hombre contrahecho, pero despierto y jovial, que desempeña el doble oficio de maestro de escuela y de gracioso del pueblo. Hoy, mientras comíamos, entró a saludarnos y dirigió a cada uno de nosotros un improvisado elogio, en verso, con no menos facilidad y soltura que los *improvisatori* populares de Italia. Le ofrecí en pago de su galantería un vaso de vino, y comenzó entonces a recitar versos unos tras otros, hasta que, entusiasmado probablemente por las copas que le prodigaban nuestros jóvenes amigos, sus relatos empezaron a ponerse tan escabrosos que nos vimos obligados a hacerlo callar y enviarlo a comer con los criados.

De Roos y yo deseábamos hacer una visita al cacique de Chínigüe para presenciar, aunque fuera desde lejos, la fiesta trienal, pero quedaba demasiado distante para ir a pie y no podíamos pensar en valernos de nuestros caballos, que a la mañana siguiente debían llevarnos a Santiago. Nos contentamos, por consiguiente, con visitar al

cacique de Llupeo, pueblo vecino de San Francisco del Monte. Nos encontramos con que Su Majestad (¿deberé darle este título?) estaba ausente, quizá en la fiesta de Chingüie. Su esposa, mujer inteligente y bien parecida, nos recibió con mucha afabilidad. Cuando entramos estaba sentada en el estrado con una amiga y una de sus hijas. Otra de ellas, una bellísima muchacha, se ocupaba en amasar pan. La vivienda, aunque grande y cómoda, era un simple rancho de paja. Los huertos y campos anexos, son bellos y perfectamente mantenidos, gracias al trabajo personal del cacique, sus dos hijos y sus subordinados, sobre quienes ejerce todavía una jurisdicción nominal y una autoridad moral no menos poderosa que en las naciones más civilizadas. Como se le supone dueño por derecho de la tierra, recibe por cada campo una pequeña contribución voluntaria en productos, a modo de reconocimiento de su dominio. Durante las dos últimas generaciones se le ha despojado de las dos terceras partes del pueblo, de manera que ahora el cacique no es más que una sombra. Habla de ir, acompañado de una veintena de sus mejores hombres, a la capital, a hablar con el Director, para librarse de la intervención de los comandantes de distritos, que lo vejan y hostilizan de mil maneras. El lenguaje, hábitos y vestimenta de estos indios no se diferencia casi del de los demás chilenos, y sólo en unas pocas costumbres se distinguen, se han asimilado a sus conquistadores, quienes, por su parte, han adoptado también muchos de sus usos.

A nuestro regreso de la vivienda del cacique, en donde se nos agradeció nuestra visita como un gran favor y mucho lamentaron que él hubiera perdido la oportunidad de atender personalmente a dos visitantes ingleses y de mostrarles las mejoras que ha introducido en su residencia. * entramos a otra choza de indios a devolver un bastón que habían tenido allí la amabilidad de prestarnos para pasar apoyados en él un charco cenagoso del camino. Encontramos en ella a dos mujeres muy enfermas, una de fiebre, de consunción la otra. Me dicen que estas enfermedades son muy comunes aquí, a causa de los pantanos inmediatos al pueblo. Tengo por no menos nocivos los pisos de barro y las paredes de paja de las chozas, a través de las cuales penetran los fríos y fuertes vientos de la Cordillera.

En la tarde vinieron a visitarme doña Dolores Ureta y su simpática hija, a cuya casa habían ido los jóvenes en la mañana. Me pidió

* Ultimamente le ha puesto ventanas.

que disculpara la ausencia de su marido, retenido por una grave enfermedad. Pocas señoras he conocido más agradables y distinguidas que ésta, y sus hijas son dignas de ella. Tuve verdadero gusto de verla y de la nota de distinción que traía a nuestro pobre albergue.

Por ser hoy domingo, el aposento principal de la casa, que yo creía exclusivamente reservado para nosotros, se llenó de hombres y mujeres de todas condiciones, y luego comenzaron los entretenimientos de costumbre. Primero el gracioso ejecutó en el centro de la pieza unas cuantas payasadas y dedicó loas a cada una de las personas presentes. Mandó en seguida por su arpa, con la que acompañó toda clase de bailes. Doña Rosario y yo, sentadas en nuestra cama y en compañía de doña Dolores y su hija, no nos preocupábamos gran cosa de atender a los pasatiempos con que una pulpería de campo celebraba la noche del domingo. Estas escenas gustan más descritas que vistas. La posada de doña Josefa podría haber dado tema a *Le Sage* o a *Smollet* para un delicioso capítulo, pero, como sucede con ciertos cuadros holandeses de costumbres, el atractivo de estas escenas no está en las escenas mismas sino en el arte con que se las pinta o describe. Mucho sentí que nos dejara doña Dolores. Parece que la alegre concurrencia tomó su partida como señal de retirada, pues junto con irse ella se fueron todos. Luego después que acompañamos a las señoras hasta su carruaje, se declaró un incendio en una gran casa de la vecindad, y allá acudimos todos. Hacía un frío intenso. Habiéndome asegurado que en la casa incendiada no había nadie en peligro, me volví luego, con un ligero dolor en un costado.

Septiembre 16

PARTIMOS DE SAN FRANCISCO,

pasando por Talagante, con intención de ir costeando el cerro de San Miguel hasta la hacienda en donde el Mapocho sale de la tierra por varios abundantes manantiales. Nos detuvimos a saludar al cacique y compramos algunas pequeñas jarras y fuentes de arcilla roja con adornos de una tierra mezclada con piritas de hierro que le dan cierta apariencia de polvo de oro. Talagante es una aldea muy poblada, y parece que en todas las chozas las mujeres se dedican a la alfarería. Los hombres son soldados, marineros, carreteros, labradores; en general parecen fuertes y bien conformados y sus rostros tienen marcado tipo "araucano". Apenas nos habíamos alejado una legua del pueblo,

cuando un violento acceso de tos, que me produjo la ruptura de una vena, me obligó a quedarme atrás de mis compañeros. *

Sólo después de un largo rato pude alcanzar a mis amigos, a quienes causó lo ocurrido gran consternación, pues nos hallábamos a diez leguas, por lo menos, de la capital. Les propuse que siguieran adelante, mientras yo continuaba lentamente el viaje con el criado. No consintieron en ello; y como la hemorragia iba en aumento, me alegré de que se quedaran conmigo. No tenía nada con qué detener la sangre y quería agua. Como don José Antonio se acordara de que no lejos de allí había un manantial, él y De Roos fueron a buscar agua, con la que llenaron las pequeñas jarras que habíamos comprado en Talagante. Le agregamos algunas cáscaras de naranja, y cada vez que me volvía la tos bebía un sorbo. Me sentía incapaz de hablar y de caminar con rapidez. Tuvimos, por lo tanto, que seguir paso a paso hasta Santiago. Antes de llegar a la ciudad tuve dos fuertes accesos, pero a pesar de todo no sufría gran cosa. Hacía un día espléndido y recreaban nuestra vista bellísimos paisajes. Atravesamos el llano de Maipo más hacia el poniente y más cerca del sitio en que tuvo lugar la gran batalla. La tierra estaba cubierta de flores, a las que acudían innumerables pajarillos. Pensaba en que si ésta debía ser la última jornada que me fuera dado hacer entre las obras de Dios, de ella se derivaban para mí gratas impresiones y tiernos consuelos. Me sentía decaído. Separada como estoy de todos los míos, puedo pensar en mi fin más tranquilamente que muchos.

Algunas millas antes de llegar De Roos se adelantó a comunicar lo ocurrido a doña Carmen, quien ordenó a mi criada que me esperara con fuego, agua caliente y cama. Encontró también De Roos al doctor Craig, que vino a verme inmediatamente, y como casi no tenía fiebre y sentía deseos de dormir, el accidente prometía no ser de graves consecuencias.

17 de Septiembre.

CARTAS DE VALPARAISO ME
anunciaban la llegada de la *Doris*

y que mi pobre primo Glennie ha tomado posesión de mi casa, en un estado de salud que da muy pocas esperanzas. A consecuencia de un esfuerzo demasiado grande, produjéle en el

* Este accidente, bastante molesto de por sí, me privó además, de ver el reaparecimiento del Mapocho, si ese río es realmente el Mapocho.

Callao la ruptura de una vena, que lo ha dejado inválido. El médico opina que el viaje por el Cabo de Hornos, hacia donde lleva rumbo el buque, le sería fatal. Me aflige sobremanera no poder ir inmediatamente a Valparaíso a recibirlo, pero yo también me encuentro postrada en cama. Recibí asimismo atentas cartas de Lord Cochrane en que me incluye una de presentación para el General Freire, en caso de que realice mi propósito de ir de aquí a Concepción a caballo. Me propone como más conveniente y práctico que haga el viaje por mar en el *Moctezuma*, en su compañía. Por desgracia, ni una ni otra cosa puedo hacer, y temo tener que renunciar a toda esperanza de conocer el Perú y el Sur de Chile. Nada me importaría mi propia enfermedad, pero el pobre inválido de Valparaíso reclama todo mi tiempo y atenciones.

Septiembre 18.

ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE. Lo primero

que oí después de una larga noche de insomnio fué el ruido de la caballería. Me levanté de la cama y fui al balcón, desde donde ví a los soldados que iban al sitio en que les pasará revista el Director. Son unos 2.000 hombres armados de lanzas de caña, de veinte pies de largo y con puntas de hierro. Visten su uniforme de campaña, con gorras militares y capas rojas. Las diversas secciones se distinguen por ribetes o cuellos o algún otro distintivo insignificante. He oído a varias personas burlarse de la disciplina de los colorados, pero B., que los conoce mucho, dice: —Es verdad, que suelen confundir en las voces de mando la derecha y la izquierda, pero en la batalla de Maipú supieron muy bien cuál era y dónde estaba el enemigo—. Efectivamente, a ellos se les atribuye la gloria de haber decidido el triunfo ese día, cuando las tropas regulares habían comenzado a perder terreno. Admirables junetes, como lo son en general todos los chilenos, montan cual centauros, parecen formar un todo con el caballo, y los he visto ejecutar simulacros de combate como si hubieran estado a pie. Me alegré de que la casa de los Cotapos estuviera en la calle por donde van las milicias al campo de ejercicios. La única compensación que tengo de no poder presenciar las fiestas nacionales es ver desfilar las tropas.

Pensaba en el joven Lastra, y he tenido el gusto de saber que hoy

se ha firmado el decreto de amnistía que lo devolverá a él y a muchos otros al seno de sus familias.

Hoy pontificó el obispo en la catedral por primera vez después de su vuelta a la sede. Las señoras se han visitado y felicitado unas a otras. Ayer y hoy se iluminaron las calles. Me he sentido mal y sin ánimo todo el día.

Septiembre 21.

TODOS MIS BUENOS AMIGOS

de Santiago, de una u otra, me ha demostrado el sentimiento que les inspira mi enfermedad, desde el Director, que mandó al señor de La Salle con una afectuosa carta en su nombre y el de las señoras, hasta las pobres monjas que visité hace algunos días, quienes me enviaron un exquisito flan, elaborado según una receta especial que posee el monasterio. Reyes ha venido con frecuencia y me trajo un plano de la ciudad y una nómina de los principales árboles indígenas, autorizándome para copiar ambas cosas.

Septiembre 24

DESPUES DE HABER EXPERI

mentado alguna mejoría he vuelto a empeorar. Mi amigo, Mr Dance, de la *Doris*, llegó anteayer con cartas de los oficiales de a bordo y noticias favorables del pobre Glennie. M. B., está buscando una calesa cómoda para trasladarme al puerto; deseo vivamente regresar y no me encuentro capaz de hacer el viaje a caballo. No acierto a encarecer la incomparable bondad con que me han atendido doña Carmen de Cotapos y todas sus hijas desde que me hospedé en su casa y especialmente durante mi enfermedad. El señor Prevost ha sido también infatigable con sus amables atenciones, pero ¿qué podré decir de mi hábil y buen médico, el doctor Craig, para expresar suficientemente mi gratitud por sus servicios? En cuanto a mis amigos marinos, estoy segura de sus solícitos cuidados.

Desde que volví de Melipilla me ha preocupado el triste estado en que una piedad mal entendida ha puesto a una bella y amable niña. Antes de mi viaje era alegre y jovial, el encanto de la casa de sus padres. Con la música, sus dotes poéticas, la lectura en alta voz, mientras los demás trabajaban, hacía grata y amable para los suyos la vida del hogar. Su madre, mujer de clara inteligencia, es de exagerada piedad,

y María, joven de noble y elevado carácter, muy sensible a las impresiones religiosas. Bajo la influencia de éstas y llevada por su delicadeza de conciencia, resolvió ir a pasar diez días en una casa de ejercicios para combatir un amor que su familia desaprobaba y que ella aun sentía, aunque por complacer a sus padres habían renunciado ya al objeto de su cariño. Allí, bajo la dirección de un sacerdote, las jóvenes pasan rezando día y noche, dedican escasas horas al sueño y se alimentan mal de manera que se debilitan corporal y mentalmente. En los intervalos que median entre las misas, en que sólo se oyen cantos lúgubres, se guarda un silencio absoluto, interrumpido a lo más por algún leve susurro. Apenas se deja entrar a la casa un rayo de sol. Una joven casada que entró junto con María salió más alegre que antes, su corazón había estado, sin duda, durante el retiro con su esposo y su hogar. Pero ¿qué podría ocupar los pensamientos y afectos de una niña, cuyos mejores sentimientos se pretendía sofocar y matar? ¿Podría abrigar allí algún deseo que no fuera el de la muerte, algún sentimiento que no fuera desesperación? La vista de sus amigas le causa ataques histéricos, de los que sólo se alivia postrándose ante el altar y repitiendo las misas de la lúgubre casa. Tales son los efectos de las casas de ejercicios. Podría creer que las predisposiciones de mi joven amiga fueron las verdaderas causantes del mal, pero conozco un joven, que fué en un tiempo orgullo de sus padres, ilustrado, cumplido, de honorables y generosos sentimientos, hoy casi idiota. En tal estado salió de una casa de ejercicios. ¡Oh, si tuviera poder o influencia aquí, acabaría con estos funestos establecimientos! Aun cuando no originan, como en este caso, un extravío de la inteligencia, fomentan el beaterío y el fanatismo. Tiénese por un título de orgullo el haber estado alguna vez en ellos, y por deber, el conformarse a los sentimientos que allí se inculcan; y como cuesta menos ser santurrón que virtuoso de veras, se permite un gran relajamiento de conciencia que estmula a los fieles a trabajar en el sostenimiento de la religión y a perseguir, o por lo menos humillar, a los que no pertenecen a ella.*

* La disparatada pintura que hace la autora de las casas de ejercicios, de cuya maravillosa acción moral y social se manifiesta tan absolutamente ignorante como de las prácticas y modo de vida que en ellas se observan, nos excusa de una refutación. Es sensible que una persona tan inteligente, culta y observadora como la señora Graham se haya dejado llevar por sus prejuicios de secta hasta el punto de lanzar una diatriba contra una de las más benéficas y santas instituciones del catolicismo, sin conocerla, y de olvidar que la religión católica, que más adelante califica de superstición absurda, es la religión del país en que se le dió cariñosa hospitalidad y se le prodigaron las más delicadas atenciones. (N. del T.)

El 28 de septiembre no sin pesar, salí de Santiago, donde he sido tan bondadosamente recibida y donde dejé muchas cosas nuevas e interesantes que ver. Espero volver en el verano y atravesar entonces la cordillera por el paso de la cumbre, * visitar Mendoza y volver por el paso de San Juan de los Patos, por donde el ejército de San Martín entró a Chile en 1816. Mientras tanto debo hacer acopio de salud y fuerzas. Casi no me pesa haberme visto obligada a viajar en calesa. Después de pasar por la oficina de portazgo, y cumplir con otros trámites, nos reunimos todos en la casa de Loyola, dueño de la calesa, como a una legua de Santiago, en el llano llamado "Las Lomas". Enferma como estaba, no pude menos que reirme al ver los arcos de viaje. La calesa era un ligero carruaje cuadrilongo, montado sobre un tosco y pesado eje y dos gruesas ruedas pintadas de rojo, la carrocería, cubierta exteriormente de adornos de ramas y de flores como las telas con que se tapizan muebles y forrado el interior con vieja seda china roja y amarilla, con cortinas de algodón listada en vez de vidrios. Entre las varas, parecidas en forma y tamaño a las de un carretón basurero, había una hermosa mula, cuyos jaeces lucían clavos de plata. La montaba un apuesto muchacho con poncho, espuelas de grandes rodajas y pequeño sombrero de paja a un lado de la cabeza. A uno y otro lado de la mula había un caballo asegurado al eje de la rueda, cada uno con su jinete vestido a la chilena. Servía de guía el hijo de Loyola, pintorescamente vestido de huaso y montado en un arrogante caballo. Mr. Dance y Mr. Candler, de la *Doris*, iban vestidos de la misma manera. En cuanto a mi joven amigo De Roos, nos había dejado algunos días antes, porque llegaba al término su licencia. Mencionaré por último, y no por serlo en mi propia estimación, a mi peón Felipe, encargado de tres mulas y del equipaje y a quien acompañaba otro peón con los caballos de remuda para la calesa. Una vez en mi asiento, me entreteuve en observar como enjaezaban a los caballos.

Fijan primero a la silla un fuerte anillo de hierro, que unen al eje por medio de cuerdas, que sirven de tiros, y con las cuales cada caballo arrastra su parte de peso al lado que le corresponde. De cuando en cuando los cambian de lado para aliviarlos. Al bajar una pequeña pendiente los caballos se apartan un poco del carruaje para dar mayor apoyo. Para descender un cerro se les quita del frente y las cuer-

* El barómetro da 12.000 pies como la mayor altura del paso al pie del volcán Aconcagua, donde el río de este nombre se dirige al Oeste y el Mendoza el Este. (N. de la A.)

das se llevan desde los ejes a la parte trasera, asegurándolas en los anillos de la parte delantera de las sillas, de modo que en este caso los caballos no sólo sirven de obtáculo a la velocidad de las ruedas sino que también soportan una parte del peso del vehículo, que de otra suerte podría vencer a la mula en el descenso.

La estación ha avanzado considerablemente después de nuestro viaje a la capital, abundantes hierbas cubren los campos, los huertos se ven verdes y floridos, y ha comenzado ya la poda de las vides. Los caballos y demás animales son enviados una vez más a pacer en los potreros, y la primavera llega para todos, menos para mí. La mía pasó para no volver, y la mano del infortunio arrasó y esterilizó mi estío. Sin embargo, aun me queda la esperanza, la bendita esperanza de que el otoño de mi vida sea por lo menos tranquilo.

Sufrió mucho los dos primeros días de viaje, pero al tercero me sentí notablemente mejor, hasta el punto de crearme restablecida del todo. Ese día, en la primera casa de postas antes de llegar a Valparaíso, me encontré al capitán Spencer con media docena de mis jóvenes marinos que tuvo la delicada atención de traer a mi encuentro, y entre ellos al pobre Glennie. Tomamos un alegre *lunch* y seguimos viaje al puerto. Mi criada montó a caballo y Glennie ocupó su lugar en la calesa.

Encontré en casa a Mr. Hogan y a otros amigos, que me esperaban para darme la bienvenida. Muy rara vez he gozado con el descanso tanto como esta noche; mi mente y mi cuerpo reposaron como no había logrado hacerlo desde que supe la llegada de Glennie enfermo.

Octubre 1º

LOS ASUNTOS DE LA ESCUADRA

están mucho peor que cuando salí del puerto. Aun no se pagan los sueldos, y las tripulaciones de los buques claman por dinero, ropa y las demás cosas necesarias. El descontento cunde día a día y, como de costumbre, va contra todos, con o sin razón. El mismo Lord Cochran, a pesar de todos los esfuerzos y sacrificios que ha hecho por la nación y la escuadra, se ha convertido en blanco de una malévol calumnia, que, aunque refutada por él de una manera convincente, es, con todo, mortificante, porque procede directamente de individuos a quienes él y el país a quien sirven, han beneficiado y dispensado su

confianza. Esta calumnia le imputa un negocio particular ventajoso para él y dicen que ha recibido ya del Gobierno la mayor parte del dinero destinado al pago de la escuadra. Me ha llenado de satisfacción una carta que acerca de esto le dirigieron los oficiales de la escuadra, con fecha de ayer, y de la cual uno de los firmantes ha tenido la amabilidad de proporcionarme una copia.

Con la venia de Vuestra Excelencia.

Nosotros, los abajo firmantes, oficiales de la Escuadra de Chile, hemos oído con sorpresa e indignación las viles y escandalosas calumnias encaminadas a arrojar sombras sobre el elevado carácter de Vuestra Excelencia y a destruir la confianza y admiración que él nos ha inspirado siempre

Hemos visto con satisfacción las medidas que ha tomado Vuestra Excelencia para confundir tan malévolos y absurdos planes, y confiamos en que no se omitirá medio alguno para exponer a sus autores a la vergüenza pública.

En un tiempo como el actual, en que los mejores intereses de la Escuadra y nuestros más preciosos derechos como individuos están en juego, nos sentimos especialmente indignados ante semejante tentativa de destruir la unión y confianza que al presente existe y que no dudamos existirá siempre, mientras tengamos la honra de servir bajo las órdenes de Vuestra Excelencia.

Con estos sentimientos nos suscribimos.

De Vuestra Excelencia los más obedientes y humildes servidores
(Firmado) Tte P O Grenfell Comandante del Mercedes. Y todos los oficiales de la Escuadra.

Las especies calumniosas a que se refiere la carta anterior, aun que aparentemente provocadas por la ligereza de una persona imparcial, tienden de un modo tan directo a la realización de los fines de cierto partido político, que no se puede dejar de ver una estrecha relación entre ellos y dichos fines. La envidia que tienen al Almirante los que se ven eclipsados por él, fortalecida por las sospechas a que en todas partes están expuestos los extranjeros, goza ahora de más libertad para desahogarse, realizado ya el gran objetivo de destruir el poder naval de España en el Pacífico. Y esta envidia ha sido ingeniosamente fomentada por personajes subalternos, interesados en ver

el fin de la influencia de los ingleses en Chile, y en especial por algunos agentes de los Estados Unidos, que han hecho causa común con San Martín y sus adictos. Si sus secuaces pudieran de alguna manera separar a Lord Cochrane de la escuadra, realizarían fácilmente el gran objeto que se proponen, y las actuales circunstancias les son favorables. Los sufrimientos y pobreza de las tripulaciones son difíciles de soportar, y persuadir a los oficiales y hombres de mar de que el Almirante, sin tomarlos para nada en cuenta, ha hecho un arreglo favorable para él, sería un medio directo de destruir la confianza y unión que han constituido hasta ahora la fuerza de la escuadra. Por esta vez ha fracasado el plan, pero ¿quién puede decir cuánto durará esta tranquilidad?

Octubre 2

COMO MI SALUD DISTA MU-
cho de haberse restablecido y mi

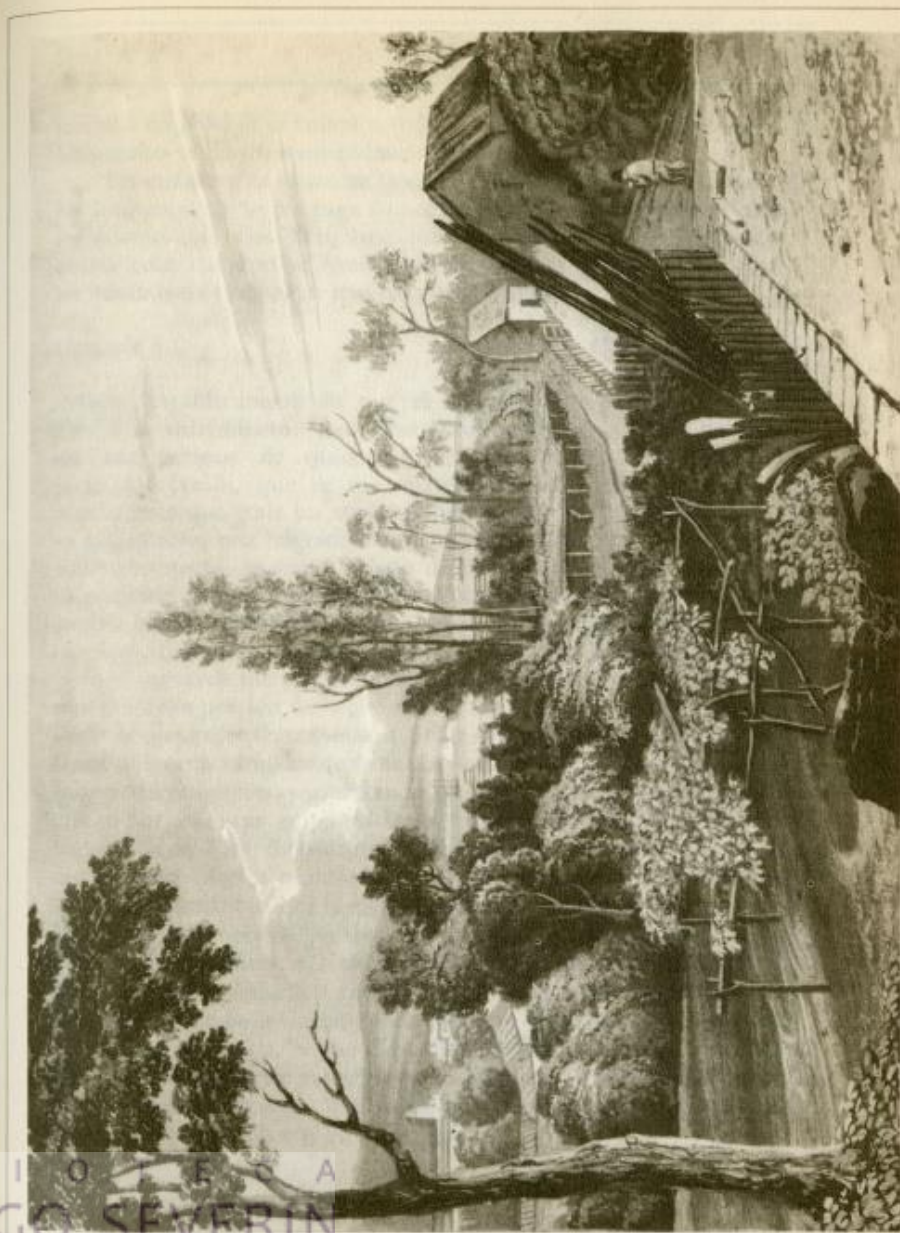
pobre inválido necesita una atención constante, no puedo salir en busca de noticias. Debo, pues recibirlas todas por junto como me las traen. Hoy, por ejemplo, casi me han abrumado con detalles acerca de los nuevos reglamentos de comercio, los impuestos que van a crearse y los monopolios del Ministro Rodríguez y su socio Arcos. Además de los alcoholes y tabacos que compraron hace tiempo con el dinero del Gobierno, han monopolizado ahora las telas de algodón, los paños y otros artículos de vestir, y sólo sus agentes o pulperos pueden suministrarlos a los parroquianos. Esto, agregado a la falta de moneda divisionaria y al uso de vales por tres centavos, sólo pagaderos o, más bien, canjeables por artículos de sus tiendas, causa graves e injustos daños. A la vez que retardará la civilización del país, le robará sus entradas, pues hará que el pueblo vuelva a su antiguo hábito de no usar más telas que la de sus propios telares, quitando, por consiguiente, brazos y tiempo a la agricultura, disminuyendo los artículos de consumo y estancando la población, en tanto que, al dificultar el uso de las telas extranjeras, reducirá notablemente los derechos de importación. ¿Son las naciones como los individuos, que nunca sacan provecho de la experiencia ajena? ¿Debe tener cada país su siglo de ignorancia y de tinieblas?

Hoy he recibido muchas visitas de felicitación por mi regreso, la mayor parte y las más afectuosas de mis amigos marinos, y la muy honrosa para mí de Lord Cochrane, que vino con los capitanes Wiki-

son y Crosbie y Mr H. E. a tomar el té conmigo. Antes de poder servirse los ocurrió un incidente muy característico tuvimos que esperar, para conseguir leche, que un hombre laccara una vaca en el cerro. Después de lo que había visto en la administración de la lechería de la hacienda de los Salinas no podía admirarme de nada, y no me quedaba sino esperar con paciencia la llegada de la leche. Mis visitas, más antiguos en el país que yo, se resignaron fácilmente, y pasamos el tiempo de espera en agradable charla.

Los exorbitantes derechos aun no impuestos, pero anunciados, sobre diversas mercaderías inglesas han inducido al capitán Vernon, del navío de S. M. B. *Doris*, a ir a Santiago a ver modo de conseguir una reducción de los derechos, o por lo menos una regulación menos gravosa con relación al manifiesto. Mucho deseo que nuestro gobierno reconozca la independencia de los Estados sudamericanos y envíe cónsules o agentes que amparen nuestro comercio y lo rediman del oprobio de ser una especie de contrabando en gran escala. Nada habría sido más fácil que establecer, por ejemplo, que los minerales del país fueran retornos legales de los artículos manufacturados de Europa, India y China, en vez de exponerlos, como ahora sucede, a los riesgos y pérdidas del comercio de contrabando; pues, siendo los minerales los únicos artículos que este país puede dar a Europa, se abrirán necesariamente caminos a sus mercados. Pretender impedir su salida es tan absurdo como aquella antigua ley de Atenas que prohibía vender los higos del Atica para que los extranjeros no compraran ni comieran un fruto demasiado delicioso para los paladares que no fuesen atenienses.

Este nuevo reglamento no es el único punto que pueda servir de pretexto a movimientos subversivos. El Director ha nombrado al General Cruz gobernador de Talcahuano y jefe del ejército del Sur, en reemplazo del General Freire, pero los soldados se niegan a recibirlo y no concienten en la partida de Freire, a lo que se agrega que están clamando por sus sueldos, como los marinos. Algunos políticos no vacilan en atribuir a Freire pensamientos ambiciosos y acusarlo de instigar el clamoreo de los soldados, pero la verdadera causa debe buscarse en la mala fe del Gobierno en negarse a pagar los sueldos atrasados, en su demora en compensar de alguna manera los sufrimientos y las pérdidas del pueblo de Concepción, que padeció más que el de cualquiera otra provincia durante la guerra de la Independencia, y en su



VISTA DE LA BAHIA DE VALPARAISO DESDE MIRAFLORES

tiránico empeño de arruinar a todos los puertos de Chile menos el de Valparaíso, a fin de monopolizar el comercio del país.

En cuanto a la escuadra, los marineros hablan de apoderarse de los buques si no se les paga inmediatamente y se dice que los oficiales estarán con ellos. Pero creo que más que en sus declaraciones expresas tales rumores se fundamentaron en las provocaciones que se les hacen a que se hagan justicia por sí mismos.

Octubre 8.

EL GUSTO QUE ME CAUSA-

ron hoy las visitas de varios amigos ha sido amargado por el empeoramiento del pobre Glennie. Sus sufrimientos han encontrado simpatía, pero no alivio, en una persona de quien no la esperaba, en la Chabelita, la vieja del jardín, que se me apareció como a las cuatro con un muchachito que traía un atado de hierbas. Entrando a la sala con paso majestuoso, más engrandecida aún su elevada estatura por un alto sombrero negro, se sentó al lado de la cama y comenzó a interrogar al paciente sobre su enfermedad. Volviéndose después a mí, me dijo que había traído algunas medicinas, una de las cuales quería aplicar inmediatamente, y para ello me pidió que le proporcionara un poco de aguardiente caliente. Hecho esto, sacó de su alforja de cuero una pequeña porción de aceite de coco con el cual, después de mojarlo en el aguardiente, comenzó a untar los hombros de Glennie, disertando mientras tanto sobre la íntima relación que hay entre los hombros y los pulmones, y aseverando que para curar éstos se debe principiar por refrescar aquéllos. Después de emplear en esta operación un cuarto de hora, dejó acostarse al enfermo, y tomando un poco de cachanagua (hierba centáurea), me dijo que hiciera una infusión con la mitad del manojo y se la diera a beber al enfermo de vez en cuando. La otra mitad debería ponerse en un vaso de aguardiente y azotarle con ella los hombres. Me aseguró que con el uso continuado de esta hierba la fiebre bajaría y cesaría la hemorragia poco a poco. Me dió también un manojo de zanahoria silvestre para que con ella hiciera una tisana azucarada, la que debía beberse con frecuencia, y en seguida, después de referir varios casos semejantes curados con sus recetas a las que suele agregar una infusión de hojas de vinagrillo (oxalis amarilla de hojas carnosas), se despidió.

Octubre 9

NO PUEDO CONSAGRARME A mis asuntos particulares dos días seguidos. Esta mañana supe que la escuadra se halla en tal estado de penuria que ha enviado un delegado al Supremo Gobierno y los capitanes que sirven en las naves chilenas le han dirigido una seria nota en que exponen sus reclamos, sus padecimientos y la injusticia con que se les trata. En otros aspectos las cosas están más tranquilas, y parece que la paciencia estuviera dando tiempo a que las protestas surtan efecto.

Lord Cochrane y el capitán Crosbie vinieron en la tarde, y como nunca hablamos de política, mientras tomamos té con pan y miel, tuvimos por lo menos una hora de agradable charla, sin acordarnos de gobierno, motines ni injusticias de ninguna especie. Hay tan poca gente y todos están tan directamente interesados en estos asuntos, que no es de extrañar que no se hable de otra cosa, pero yo, de paso por estos lugares, suelo anhelar lo que me fué dado disfrutar esta tarde un rato de conversación sensata sobre materias de interés general.

El capitán Vernon volvió en la noche con un ejemplar del reglamento en el bolsillo. Me dicen que es tan inconexo y tan ilógico que frustrará el fin que se propone.

Octubre 13

TODO EL MUNDO QUEDÓ hoy electrizado por la súbita llegada del General San Martín, Protector del Perú. Desde la violenta expulsión de su ministro y favorito Monteagudo por el pueblo de Lima, * mientras se hallaba en Guayaquil con Bolívar, había abrigado algún temor por su propia seguridad y depositado, según se cree, en diversas ocasiones considerables sumas de dinero a bordo del *Pueyrredón* para el peor de los casos. Embarcóse por fin el 20 de Septiembre a medianoche y ordenó al capitán que levantara anclas inmediatamente, a pesar de tener el navío apenas la mitad de su tripulación y escasísima provisión de agua. Dirigióse apresuradamente a Ancón, desde donde despachó un mensajero a Lima, cuya vuelta aguardó con febril impaciencia. Tan pronto como llegó ordenó al capitán que se hiciera al punto a la vela con rumbo a Valparaíso; y ahora hace correr la voz de que un dolor reumático en un

* El 25 de Julio de 1822. (N. de la A.)

brazo le obliga a recurrir a los baños de Cauquenes. Si es verdad, es extraño, más que extraño.

Octubre 14.

ME LLEGAN NOTICIAS ESTA mañana de que San Martín ha sido arrestado, y que, habiendo pretendido introducir de contrabando cierta cantidad de oro, éste ha sido decomisado.

A mediodía.

LEJOS DE HABER SIDO arrestado, dos de los edecanes del Director han venido a saludarlo. Además, el fuerte saludó su insignia.

Muchas personas que saben cómo piensa Lord Cochrane respecto al General y que no ignoran que lo considera como un traidor a Chile y un mal hombre, se inclinan a creer que lo arrestará. Si lo hubiera hecho, me parece que habría contado con la aprobación del Gobierno. Pero la rectitud y delicadeza de sentimientos de Lord Cochrane lo han inducido a dejar la iniciativa al Gobierno.

En la noche

HA LLEGADO EL CARRUAJE del Director para conducir a San Martín a la capital. Asistenlo el general Prieto y el mayor O'Carroll, con cuatro ordenanzas que traen instrucciones de no perderlo de vista. Esto, a juicio de algunos, significa un arresto honroso. Otros opinan, y yo me inclino a contarme entre ellos, que la constante compañía de tan numerosa comitiva se debe al temor, real o supuesto, de que se atente contra su vida durante su permanencia en el puerto. El General insiste en decir que ha venido a Chile sólo por sus dolores reumáticos, y a primera vista se hace difícil dudar de la palabra de un hombre, que debe conocer mejor que los extraños los motivos de sus propios actos. Pero uno de los castigos de los que están en puestos eminentes es el ser severamente juzgados por los demás.

*¡Oh! Hard condition and twin-born of greatness,
Subject to breath of eu'ry fool! **

* "¡Oh, dura condición, gemela de la grandeza, expuesta al hálito insolente de los necios!" (Shakespeare, *Enrique V*) (N. del T.)

15 Octubre.

DESPUES DE OCUPAR TODO

el día en despedirme de mis amigos de la *Doris*, que parten mañana, me sorprendió, cuando acababa de despedirme del último, el anuncio de que llegaba un numeroso grupo de gente. Y junto con el anuncio entró Zenteno, gobernador de Valparaíso, acompañado de un hombre muy alto y de buena figura, sencillamente vestido de negro, a quien me presentó como el General San Martín. Seguíanlos la señora de Zenteno y su hijastra doña Dolores, el Coronel D'Albe, su esposa, y su hermana, el General Prieto, el mayor O'Carrol, el capitán Torres, capitán de puerto, según creo, y otros dos caballeros que no conozco. No fué fácil tarea disponer asientos para tanta gente en una sala de apenas diez y seis pies cuadrados y atestada de libros y otras cosas necesarias para la comodidad de una europea. Terminados, por fin, los arreglos, pude sentarme, observar y escuchar. Los ojos de San Martín tienen una peculiaridad que había visto sólo una vez, en una célebre dama. Son oscuros y bellos, pero inquietos, nunca se fijan en un objeto más de un instante, pero en ese momento expresan mil cosas. Su rostro es verdaderamente hermoso, animado, inteligente, pero no es franco. Su rápida manera de expresarse, suele adolecer de obscuridad, sazona a veces su lenguaje con dichos maliciosos y refranes. Conversa con gran fluidez y discurre sobre cualquier materia.

No me gusta repetir ni siquiera en líneas generales las conversaciones privadas, que, a mi juicio deben siempre mantenerse en reserva. Pero San Martín no es un particular, y, además, los asuntos de que se habló fueron generales y no personales. Hablamos del Gobierno, y sobre este punto creo que sus ideas distan mucho de ser claras y decididas. Parece haber en él cierta timidez intelectual, que le impide otorgar la libertad y atreverse a ser un déspota. El deseo de gozar de la reputación de libertador y la voluntad de ser un tirano forman en él un extraño contraste. No ha leído mucho, ni su genio es de tal índole como para impresionar por sí solo. Continuamente citó autores que sin duda alguna sólo conoce a medias y me parece que no comprende el espíritu de la mitad de los que conoce. Al girar la conversación sobre asuntos religiosos, tema en que alternó Zenteno, habló mucho de filosofía. Ambos caballeros parecen creer que la filosofía consiste en dejar la religión a los sacerdotes y al vulgo, y que

los sabios deben reirse igualmente de los frailes, protestantes y deístas. Con razón dice Bacon "Sólo niegan la existencia de Dios aquellos a quienes conviene que no haya Dios". Y a decir verdad, cuando considero sus actos, me parece que, si quisiera evitar la desesperación, debería ser ateo. Pero quizá juzgo a San Martín demasiado severamente. La natural sagacidad y penetración de su juicio seguramente le han hecho ver lo absurdo de las supersticiones católico-romanas, que ostentan aquí toda su fealdad, sin el barniz que les dan la pompa y la elegancia de Italia, y a las cuales ha solido asociarse por razones de Estado con todas las demostraciones exteriores de respeto. Alguien ha observado que "cuesta mucho más desprenderse de las doctrinas católico-romanas que de las que se enseñan en las iglesias reformadas, pero, una vez que pierden su dominio sobre el alma, generalmente preparan el camino al más absoluto escepticismo". Tal es, a mi juicio, el estado de alma de San Martín. De la religión, y de los cambios que ha experimentado por la corrupción y las reformas, se pasó fácilmente a las revoluciones políticas. Casi todos los reformadores sudamericanos se han inspirado en autores franceses. Se habló del siglo de Luis XIV como de la causa directa y única de la revolución francesa y, por consiguiente de las de Sudamérica. Hicieron un obsequioso recuerdo del rey Guillermo antes de que me aventurara a observar que los pasados males y los bienes presentes de estos países podrían atribuirse en parte a las guerras de Carlos V y de su sucesor, que agotaron el oro de las colonias sin devolverles nada en cambio. Siguióse discutiendo sobre éste y otros temas, hasta terminar con una alusión al progreso intelectual de Europa, que en un solo siglo contaba con la invención de la imprenta, el descubrimiento de América, y los comienzos de la reforma que mejoró las prácticas de la misma Roma. Zenteno, contento de que se le presentara una oportunidad para atacar a Roma y lucir sus conocimientos, exclamó. —Y harto que necesitaban reforma sus prácticas, pues Roma, que quiso coronar al Tasso y coronó a Petrarca, aprisionó a Galileo—. Así invertía la verdadera y admirable doctrina de Fóscolo, de que las ciencias exactas pueden ser instrumentos de la tiranía, pero no la poesía, la historia ni la oratoria. Me alegré de que el té viniera a interrumpir estas pedantescas disertaciones de las que no habría tomado nota si no hubiera intervenido en ellas también San Martín. Les pedí excusas por no poder ofrecerles mate, pero supe que el General y Zenteno acostumbraban

tomar té puro, después del cual fumaron sus cigarros. El paréntesis del té no contuvo la locuacidad de San Martín sino por un breve instante. Prosiguiendo su discurso, habló sobre medicina, lenguas, climas, enfermedades —sobre este punto, con poca delicadeza— y, por último, sobre anegüedades, principalmente del Perú. Refirió a este respecto algunas maravillosas historias de familias de los antiguos caciques e incas que se sepultaron vivas en tiempo de la invasión española y habían sido encontradas en perfecto estado de conversación. Esto nos llevó a la parte más interesante de su discurso, su partida de Lima. Me dijo que, deseoso de saber si el pueblo era realmente feliz, solía disfrazarse, como el califa Haroun Al Raschid, para visitar las fondas y mezclarse con los grupos que charlaban en las puertas de las tiendas, en donde muchas veces oyó hablar de él. Me dió a entender que se había cerciorado de que el pueblo era ahora bastante feliz y no necesitaba ya de su presencia, agregando que después de haber llevado una vida activa, anhelaba descanso, que se había retirado de la vida pública, satisfecho de haber cumplido su misión, y que sólo había traído consigo el estandarte de Pizarro, el glorioso estandarte bajo el cual conquistó el imperio de los incas y que había sido desplegado en todas las guerras, no sólo en las que se libraron entre españoles y peruanos sino también en las de los jefes españoles rivales —Su posesión, —dijo— ha sido considerada siempre como el signo del poder y la autoridad, yo lo tengo ahora—; y al decir esto se irguió cuan alto era y miró a su alrededor con un aire de soberano. Esto fué lo más característico que ocurrió en las cuatro horas que duró la visita del Protector, y éste, el único momento en que se reveló tal cual era. El resto fué en parte una charla superficial sobre toda clase de asuntos para deslumbrar a los menos inteligentes y, en parte, una manifestación de la impaciencia de ser el primero, aun en la conversación corriente, que le ha arrogado su largo hábito del mando. Omuto los cumplidos de que me hizo objeto con profusión un tanto excesiva. De ellos podemos decir, como Johnson de la afectación, que merecen excusas por cuanto proceden del laudable deseo de agradar. Sus modales son, en verdad, muy finos, y elegantes su persona y actitudes, y no vacilo en creer lo que he oído acerca de que en un salón de baile pocos hay que le aventajen. De las demás personas presentes, sólo el coronel D'Albe y las señoras hablaron algunas palabras. Con dificultad, en mi empeño por ser cortés con todos, pude arrancar una que otra sí-

laba a los demás caballeros. Parecían temerosos de comprometerse. Los dejé, por fin, en su mutismo, y el Protector se adueñó luego, exclusivamente, de la palabra.

En suma, esta visita no me ha dejado una impresión muy favorable de San Martín. Sus puntos de vista son estrechos y, si no me equivoco, egoístas. Lo que él llama su filosofía y su religión corren parejas usa ostensiblemente de ambas como simples máscaras para engañar al mundo, máscaras, en verdad, tan gastadas que no logran engañar a nadie sino a los que tienen la desgracia de estar bajo su férula. No tiene genio, sin duda alguna, sino cierta dosis de talento, ninguna instrucción y sólo un ligero barniz de conocimientos generales, que luce con habilidad, nadie posee como él ese talento que llaman los franceses *l'art de se faire valoir*. Su bella figura, sus aires de superioridad y esa suavidad de modales a que debe principalmente la autoridad que durante tanto tiempo ha ejercido, le procuran muy positivas ventajas. Comprende el inglés y habla mediocrementemente el francés, y no conozco otra persona con quien pueda pasarse más agradablemente una media hora, pero su falta de sinceridad y de corazón, que se revelan aún en un rato de charla, cierran las puertas a toda intimidad y, mucho más, a la amistad.

A las nueve se retiraron los visitantes, dejándome muy complacida de haber visto a uno de los hombres más notables de Sud América, y creo haberlo conocido en esta ocasión hasta donde es posible. Aspira a la universalidad, como Napoleón, que, según he oído, tuvo algo de esa flaqueza y de quién habla siempre como de su modelo o, mejor dicho, su rival. * Creo, asimismo, que se propuso impresionarme en mi carácter de extranjera, o quizá Zenteno le sugirió que bien valía la pena procurarlo por la pequeña fama adicional que mis informes acerca de él podrían darle. Sea como fuere, es un hecho que hoy habló para hacer ostentación de sí mismo.

Octubre 16

HE PERDIDO HOY A MIS MEJORES amigos. El capitán Spencer ha partido a Buenos Aires por la Cordillera; la *Doris* se ha hecho a la vela para Río de Janeiro, y siento doblemente su partida por mi pobre inválido. De todos modos los que hacían ese buque interesante

* En su residencia de Mendoza tenía su retrato entre los de Napoleón y el Duque de Wellington. (N de la A.)

para mí, sólo queda conmigo el pobre Glennie, y de los demás, mucho temo no volver a ver a la mayor parte de ellos.

Octubre 17.

Mr CLARKE VINO DE PASO para la capital, trayéndome la despedida de San Martín al Perú, que transcribo.

Peruanos

Presenció la declaración de la Independencia de los Estados de Chile y el Perú. Existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los incas, y he dejado de ser hombre público, he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra.

Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas hacer su independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos

La presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible a los Estados que de nuevo se constituyen, por otra parte, ya estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré pronto a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en calidad de simple particular y nada más

En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones, los hijos de éstos darán el verdadero fallo

Peruanos, os dejo establecida la representación nacional. si depositáis en ella una entera confianza, cantad el triunfo, si no, la anarquía os va a devorar

Que el acierto presida vuestros destinos y que éstos os colmen de felicidad y paz.

Pueblo libre y Septiembre 20 de 1822

José de San Martín.

Si hay en esto algo de verdad, si realmente se retira y deja en paz al mundo, merecerá por lo menos la alabanza que se tributó a

*The Roman, when his burning heart
Was slaked with blood of Rome,
Threw down his dagger, dared depart*

*In savage grandeur home
He dared depart in utter scorn
of men that such a yoke had borne **

No ha empleado, por cierto, modestamente sus facultades, pero algo ha hecho por la buena causa. ¡Oh! si los medios hubieran sido tan buenos como la causa, sería el primero de sus conciudadanos, pero hay sangre en sus manos, la traición pesa sobre su conciencia.

Hoy ha partido a Cauquenes, dejando al puerto enteramente a obscuras respecto de los verdaderos motivos de su alejamiento del Perú. Es, probablemente, como el de Monteagudo, el sacrificio de su vida política en aras de su existencia natural.

Creo que Lord Cochrane fué hoy o ayer a Quintero. Los porteños habrían visto con regocijo algún encuentro, alguna escena entre él y San Martín, pero su buen juicio y sus honorables sentimientos para con el país a quien sirve lo han evitado. Si San Martín es infortunado y se ve obligado a huir de sus dominios, la conducta de Lord Cochrane es magnánima, si el proceder de San Martín es una *ruse de guerre* para salvarse, es prudente y dejará al Almirante en libertad para poner al Protector en descubierto como merece.

Lunes 21

DURANTE ESTOS ULTIMOS días, Valparaíso ha recobrado casi

por completo su estado ordinario de monótona tranquilidad. Parece que la Convención, a pesar del deseo expreso del Ejecutivo, rechazó *in toto* el reglamento; pero la revisión de su voto demorará todavía algunos meses la conclusión definitiva de este asunto.

Mi pobre inválido sigue sufriendo, aunque la bondad de mis vecinos y lo avanzado de la estación me permiten proporcionarle todas las pequeñas comodidades que pueden distraerlo o agrandar todavía su escaso y delicado apetito. La leche abunda en este tiempo, ya hay arvejas; un amigo me envía espárragos de la ciudad; las fresas están en sazón. Cuando comienza a cosecharse esta deliciosa fruta, aquí se acostumbra disponerla en ataditos, con una rosa, un clavel o una ramita de toronjil, que colocan sobre hojas de maitén en pequeñas cestas de mimbre, cubiertas también con maitén, que niños sonrosados traen

* "El romano, cuando su ardiente corazón se bañó en la sangre de Roma, arrojó su daga, y revestido de fiera majestad, osó retirarse a su hogar osó partir, lleno de desprecio por los hombres que habían tolerado semejante yugo" (N del T.)

a vender al puerto desde los huertos de los alrededores, a diez millas de distancia. He visto dar un real por una sola fresa cuando comienzan a salir, pero ahora con un real se pueden comprar más que las suficientes para dos personas.

Octubre 26

LA LAUTARO LLEGÓ DE Talcahuano, en muy lamentables circunstancias. Estalló a bordo un serio motín, ocasionado por la falta de alimento y de las demás cosas indispensables mientras permaneció en el sur. Como los oficiales se encontraban en la misma penosa situación, no pudieron contener a los marineros, cosa que no les habría sido difícil en otras circunstancias. Tan pronto como el buque llegó a un puerto en donde pudo avituallarse, los amotinados volvieron a su deber. El capitán y los oficiales habrían querido perdonarlos, pero ya se había dado cuenta al Gobierno, que, según dicen, está resuelto a castigar a los cabecillas. Espero, sin embargo, que su justicia no le impedirá recordar la misericordia, las crueles necesidades que exasperaron a la tripulación, y la buena conducta que ésta observó después.

He sabido que Lord Cochrane ha ido a la capital por asuntos concernientes a la escuadra. Dicen que se halla hospedado en casa del Director. Esto da esperanzas de que el Gobierno haga por fin justicia en su departamento naval.

Octubre 31

ESTE MES HA SIDO IMPOTANTÍSIMO para Chile. El Gobierno ha promulgado la nueva Constitución y los nuevos reglamentos de comercio. Ni éstos ni aquélla parecen corresponder a su objeto.

El reglamento comienza por un largo preámbulo, dirigido por el Ministro del Interior a la Convención al presentarle el reglamento que ha formado una comisión de ministros y comerciantes. Poco entiendo de estas cosas, pero hay allí, disposiciones tan contrarias al sentido común que hasta a un niño le chocarían. Las tres primeras secciones tratan del establecimiento y reglamentación de oficiales de aduana. De éstos, unos serán fijos y otros, ambulantes. A los últimos se les acatará y obedecerá dondequiera que les encuentre, en los cerros, en los caminos o fuera de ellos, con buen o mal tiempo. Tendrá cada uno

de ellos un distintivo de cobre como del tamaño de una corona, * que llevará oculto. Si detienen un cargamento en medio de la más dilatada llanura o durante un temporal furioso, será necesariamente abierto y no podrá moverse mientras no vengan empleados idóneos que lo trasladen a la estación más próxima, en donde será examinado para ver si contiene mercaderías de contrabando o si una pieza de tela de algodón tiene una vara más o menos que las indicadas en el manifiesto, pues ahora debe especificarse el número de piezas de cada bulto y el de las varas de cada pieza. De tal reglamento resultará la destrucción o deterioro de muchas mercaderías. El azúcar, por ejemplo, bajada de las mulas y examinada a cielo raso, durante un aguacero, si no se pierde del todo quedará en muy malas condiciones. Es indispensable y urgente que se renuncie de una vez a tan torpe ensayo en materias mercantiles.

En la sexta sección se declara que Valparaíso es el único puerto libre de Chile, con lo que se hace a todos los demás una injusticia manifiesta, fuera de la enorme imprudencia de semejante declaración, a causa de los antiguos celos de los puertos del sur y de los que en diversas ocasiones se han suscitado en Coquimbo. Los puertos menores, como Concón, Quintero, etc. quedan absolutamente cerrados para los buques extranjeros. A los buques nacionales se les imponen algunas restricciones, como, por ejemplo, la prohibición de tocar en aquellos puertos a su vuelta de países extranjeros. A los buques extranjeros se les permite hacer escala, además de Valparaíso, en Coquimbo, Talcahuano y Valdivia; en San Carlos de Chiloé, cuando sea dominado por las armas chilenas, y, con especial licencia del Gobierno, en el Huasco y Copiapó, pero únicamente para embarcar cobre.

Todo buque extranjero que toque en cualquiera de esos puertos debe pagar cuatro reales por tonelada, con excepción de los balleneros, que no pagan. Los barcos nacionales que lleguen de afuera pagarán dos reales por tonelada, pero si se dedican al cabotaje, estarán exentos de pago. Por pilotaje, anclaje y fondeo, los buques de un mástil pagan cinco pesos, los de dos, diez; los de tres, quince. Los buques nacionales y los balleneros extranjeros que no comercian, pagan la mitad de estos derechos.

En la séptima sección se declara como único paso legal y libre

* Moneda inglesa de cinco chelines. (N del T.)

de los Andes el del valle de Santa Rosa. Quedan, pues, cerrados los de San Juan de los Patos, del Portulco y del Planchón. Me parece que ésta no es la manera de civilizar un país. Además, toda carga debe pasar por Mendoza y recibir allí un certificado, sin el cual no se le permitirá entrar a Chile. Siguen a todo esto las más estrechas y vejatorias reglamentaciones de manifiestos, transbordos, conducciones por tierra, etc., que jamás haya ideado la inventiva humana, todas las cuales pesan indistintamente sobre extranjeros y chilenos, comerciantes y agricultores.

Lo más curioso de este notable enjendro es lo que se dice sobre las importaciones en la parte del preámbulo que se refiere a la duodécima sección. Se gravan con derechos tan altos las mercaderías importadas que en muchos casos equivalen a derechos prohibitivos. Pretiéndese proteger así las manufacturas nacionales, olvidando que, con excepción de las de sombreros y de cerveza, no hay en Chile manufactura alguna, pues no merecen tal nombre las rudimentarias industrias del jabón y de las velas. Por cuanto un hombre ha logrado hacer en Santiago un par de medias en un día, en adelante, no se introducirán medias extranjeras, y las señoras tendrán que aprender a tejer o andar descalzas, pues no parece probable que a razón de un par de medias por día se alcance a proveer de ese artículo ni siquiera a la capital. Más valdría traer algunas medias de Manchester hasta que el industrial santiaguino pueda ocupar en su fábrica unos pocos obreros más. Como no hay mueblistas chilenos, la prohibición de introducir sillas y mesas extranjeras obligará a las damas a volver a la antigua costumbre de acucillarse sobre el estrado; y como pasarán algunos años, siglos quizá, antes de que en el país se produzcan y tejan sedas o se manufacturen muselinas, se seguirán usando las antiguas capas y vestidos de lana; y los futuros viajeros hablarán de las chilenas como de lindas salvajes, en vez de deletarse en compañía de bien vestidas y bien educadas señoritas. El pasaje a que me refiero es tan curioso que quiero copiarlo para utilidad de aquellos de mis amigos que deseen formarse una idea exacta del criterio de la legislación chilena en estas materias.

Después de observar que estos reglamentos deben producir un aumento de los fondos públicos o bien una supresión total de las importaciones, lo que el ministro considera con mucha razón como el resultado más probable, dice *¡Ojalá nuestras instituciones preparen*

el día en que el producto de todas las aduanas, por importaciones del extranjero, se vea reducido a cero! Este mismo sería el día en que veríamos la verdadera estrella naciente de nuestra prosperidad. Nuestro fértil suelo abunda en productos de todas clases y son muy pocos los que necesitamos del extranjero. Dondequiera que miremos se está brindando la naturaleza y pide sólo fondos, talento, actividad, industria. Si —lo repito— llega este día, aumentarán nuestras exportaciones a medida que disminuirá la importación; y que en buena hora disminuyan con ella los ingresos del Erario”, etc., etc.

Esto, en una nación que se encuentra todavía en la infancia, con un millón de habitantes apenas, y de éstos, la mitad salvajes, y que produce metal suficiente para comprar las manufacturas del mundo, es quizá la más consumada muestra de perversión de principios, y de su falsa aplicación, que puede concebirse. Los discursos de Mentor en el Telémaco serían igualmente aplicables a este caso. Durante largo tiempo Chile no dispondrá de gente para manufacturar artículos que no sean absolutamente necesarios, necesita brazos para cultivar la tierra, para trabajar las minas, para tripular los buques, los que debe poseer si quiere tenerlo todo. Su producción en bruto, su principal comercio es el oro, o el cobre, que no es de menos importancia; y es deplorable ver que reglamentos aptos para un adelantado país europeo, en que la mezquina tierra no produce lo suficiente para las necesidades del comercio y en que todo exige trabajo e industria, y donde el oro y la plata deben lograrse por la mano del hombre, se adopten aquí, donde todas las circunstancias son diametralmente opuestas.

Y con lo dicho de tal reglamento me basta y sobra. Me falta paciencia para ocuparme en registros aduaneros, manifiestos, facturas, etc., cosas de que no entiendo ni me agradan. Ni tengo nada que hacer con ellas, sino en cuanto forman parte de un ensayo de gobernar un país nuevo que no está absolutamente preparado para tales cosas.

Recuerdo un tiempo en que así habría pensado al leer el reglamento comercial de Chile como al estudiar el informe de una comisión de vecinos de cualquier país remoto sobre caminos y portazgos, y en que mucho menos habría soñado en preocuparme de la Constitución Política del Estado de Chile. Pero el tiempo y las circunstancias suelen hacer extrañas invasiones en nuestros modos habituales de ser y de pensar, y he aquí que me he sorprendido infraganti le-

yendo, con bastante interés dicha Constitución Política. Fué promulgada el 23 del presente y acaba de imprimirse, para lo cual hubo necesidad de suspender las publicaciones periódicas por no haber suficientes tipos y tipógrafo (y éstos escasean más que aquéllos) para imprimir las gacetas y la Constitución al mismo tiempo.

Divídese la Constitución en ocho secciones, y éstas en capítulos y artículos, según las materias lo requieren. Comienza por declarar la libertad e independencia de Chile como nación y fijar sus límites, a saber: al sur el Cabo de Hornos, al Norte el desierto de Atacama, al este y al oeste los límites naturales de los Andes y del Pacífico. Declara, además, pertenecientes al territorio chileno el archipiélago de Chiloé y las islas de la Mocha, Juan Fernández y Santa María. El capítulo segundo de la primera sección establece que pueden llamarse chilenos 1º, los nacidos en el país, 2º, los nacidos de padres chilenos fuera del país; 3º, los extranjeros casados con chilenos, después de tres años de residencia, 4º, los extranjeros que inviertan en Chile un capital que no baje de 2 000 pesos y tengan cinco años de residencia. Todos los chilenos son iguales ante la ley, tienen opción a todos los empleos y deben contribuir al sostenimiento del Estado.

La segunda sección declara que la religión del Estado es la Católica, Apostólica, Romana, con exclusión de todas las demás, y que todos los habitantes del país deben respetarla, cualesquiera que sean sus opiniones privadas.

La tercera sección establece que el gobierno es representativo y que el poder legislativo reside en el Congreso, el ejecutivo en el Director y el judicial en los tribunales. Gozan de la ciudadanía los chilenos que tengan 25 años o sean casados. Desde 1833 todos deberán saber leer y escribir. Pierden los derechos de ciudadanía: 1º, los naturalizados en otros países; 2º, los que acepten empleos de cualquier otro gobierno; 3º, aquéllos contra quienes recaiga una sentencia judicial no revocada, 4º, los que permanezcan ausentes de Chile, sin permiso, por más de cinco años. Suspendense estos derechos 1º, en caso de interdicción o de incapacidad moral o física; 2º, a los insolventes; 3º, a los defraudadores de los fondos públicos; 4º, a los sirvientes asalariados, 5º, a los que carezcan de medios conocidos para vivir; 6º, durante un proceso criminal.

La cuarta sección contiene sesenta y dos artículos y trata de las facultades y división del Congreso, que constará de dos Cuerpos el

Senado y la Cámara de Diputados. El Senado o Corte de representantes, constará de siete miembros elegidos en votación por los diputados, cuatro, por lo menos, de este Cuerpo, de los ex Directores, Ministros de Estado y Obispos con jurisdicción en Chile, o, a falta de ellos, el depositario interino de la autoridad eclesiástica; un miembro del tribunal supremo de justicia, tres jefes militares, nombrados por el Director; el delegado directorial del departamento en que celebre sus sesiones el Congreso; un doctor de cada universidad, dos comerciantes y dos dueños de tierras cuyo capital no bajará de 30 000 pesos, nombrados por los Diputados. Los Senadores, como se ve, no serán menos de veinte. La presidencia corresponde al ex Director más antiguo. El Senado estará vigente mientras no expire el período fijado al Director, esto es, seis años, en caso de reelección de éste, seguirá sesionando.

La Cámara de Diputados se elige anualmente por listas, en la proporción de un Diputado por 15.000 almas. Pueden ser electores todos los ciudadanos de más de doce años de edad y los militares que no manden tropas de línea, y Diputados los que, además de cumplir con las condiciones anteriores, posean propiedades de valor de 2.000 pesos o hayan nacido en el departamento en que se les elige. El Congreso funcionará durante tres meses cada año, desde el 18 de septiembre. Los diputados prestarán juramento ante el Director y el Senado, en esta forma: "Jurás por Dios y por vuestro honor proceder fielmente en el cumplimiento de vuestras augustas funciones, dictando las leyes que mejor convengan al bien de la nación, a las libertades civil y política, a la seguridad individual y de las propiedades de sus individuos, y a los demás fines para que os habéis congregado, explicados en nuestra Constitución". — "Sí, juro" — "Sí así lo haréis, Dios os alumbré y defienda, y si no, os lo demande".

La quinta sección contiene sesenta y un artículos. Trata del poder ejecutivo. El Director es electivo, y su oficio no podrá ser hereditario. Gobernará por un período de seis años, pudiendo reelegirse por otros cuatro. Debe ser nacido en Chile y haber residido en el país los cinco años anteriores a su elección. Deberá tener más de 25 años y lo elegirán por votación ambas Cámaras, bastando para la elección los dos tercios de los votos. La elección del actual Director hecha este año por la Convención se considera como la primera.

Para el caso de que fallezca el Director estando el Congreso en

receso, los días 12 de febrero, 5 de abril y 18 de septiembre depositará el Director en una urna con tres llaves, que guardarán otras tantas personas, un papel sellado y firmado, con los nombres de los regentes que deberán hacerse cargo del gobierno mientras el Congreso nombre sucesor. Siendo el Senado un cuerpo permanente, citará, en unión con el Gobierno regente, a los Diputados a una sesión extraordinaria del Congreso, que terminará tan pronto como se verifique la elección.

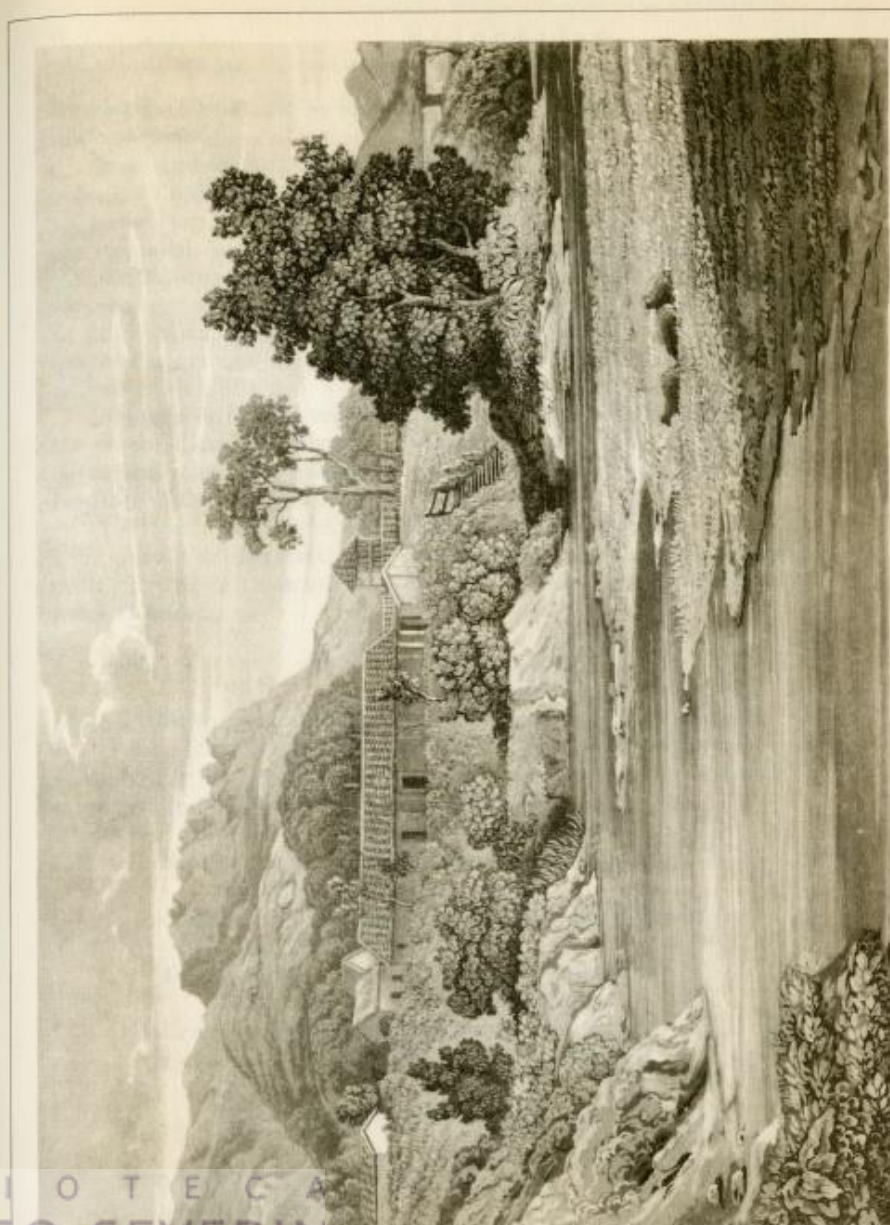
El Director es jefe del ejército y de la escuadra. Tiene plenas facultades para celebrar tratados con las naciones extranjeras y para firmar la paz y declarar la guerra. Propondrá, junto con el Senado, los Obispos y demás dignidades y beneficios eclesiásticos. Tiene la dirección del tesoro público. Nombra embajadores, ministros, secretarios de Estado y jueces de distrito. Puede indultar o conmutar penas.

A la exposición de estas facultades y privilegios siguen algunos artículos que parecen restricciones, pero, como no se me ocurre de qué manera pueda exigirse su cumplimiento, creo que están destinados a obrar como el temor de las penas de la otra vida sobre los pecadores de ésta, más que como verdaderas limitaciones de la autoridad absoluta.

Hay tres Ministros de Estado, de Relaciones Exteriores, del Interior y de Guerra y Marina. El Director puede dar dos de estos oficios a una misma persona. Estos Ministros están sometidos a una responsabilidad limitada, o, lo que es lo mismo, a ninguna.

La sexta sección se refiere al régimen interno del Estado. Las antiguas Intendencias quedan abolidas, y el país se divide en departamentos y distritos. En cada departamento habrá un delegado que tendrá la dirección de los asuntos civiles y militares. Nombrarán estos delegados el Director y el Congreso, y a ellos se confía la superintendencia de los tribunales de justicia, de las aduanas, contribuciones, etc. Presidirán los cabildos que, en lo demás, quedan como antes. Los miembros del Cabildo no pueden ser arrestados sin autorización expresa del Director.

La séptima sección trata de los poderes judiciales, que residen en los tribunales. Hay un tribunal supremo de cinco jueces, sin cuya sanción ninguna ejecución puede tener lugar. Este tribunal sirve también de Corte de Apelaciones. Le corresponde examinar las leyes y recomendar su revisión al Ejecutivo. Sus miembros deben visitar las cárceles semanalmente por turnos; asesorar al Director y al Senado



en materias legales, etc. Se les prohíbe recibir emolumento alguno fuera de su renta.

Hay también una Corte de Apelaciones compuesta de cinco miembros. Pero todas estas cosas son tan complicadas y fastidiosas en todas sus partes, tan inadecuadas para el país por ser una mezcla de leyes españolas, moriscas, godas, latinas y costumbres locales, que suman 72.000 disposiciones, para un país en que el doble de ese número no sabe leer, de manera que renuncio a seguir ocupándome de ellas. El único párrafo sensato de esta parte de la Constitución es aquél en que se declara que ninguna institución inquisitorial podrá jamás establecerse en Chile.

Sigue a éste, una breve sección sobre instrucción pública, que me parece digna de aplauso, por la buena intención que manifiesta de fundar numerosas escuelas y patrocinar el establecimiento de un Instituto Nacional.

La sección relativa al ejército y a la marina se reduce a ponerlos a disposición del Director. La última concierne a la observancia y promulgación de la Constitución, que trae las firmas de la Convención y del Director.

Noviembre 19

MI INVÁLIDO SE SIENTE

tanto mejor que hemos dado un

paseo a caballo por los cerros y conocido nuevos lugares y nuevas flores. ¡Pobre Glennie! Parece gozar de su recobrada libertad más que yo de la mía. El que ha sentido muchas veces el placer de recobrar la salud se admira de volverlo a experimentar; pero

Sans doute que le Dieu qui nous rend l'existence,

A l'heureuse convalescence

Pour de nouveaux plaisirs donne de nouveaux sens,

a ses regards impatients

Le chaos fuit; tout naît, la lumière commence;

Tout brille des feux du printemps,

Les plus simples objets, le chant d'une saulette,

Le matin d'un beau jour, la verdure des bois,

La fraîcheur d'une violette,

Mille spectacles, qu'autrefois

*On voyait avec nonchalance
Transportent aujourd'hui, presentet des appas
Inconnus a l'indifference
et que la foule ne voit pas **

No dudo de que Grey tuvo presente estos hermosos versos de Gresset al escribir su oda sobre la salud recobrada. Los sentimientos, sin embargo, son naturales y propios de cada corazón, y sólo necesitamos el don de la expresión poética para darles la forma del verso. Independientemente de todo esto, los alrededores de Valparaíso son bellísimos en esta época. Las lluvias han vivificado los arbustos, innumerables flores cubren la tierra, las frutas comienzan a madurar, el clima, siempre agradable, es ahora delicioso. Jamás poeta alguno imaginó para su Tempe ** un cielo más encantador que el de Chile. Tiene aquí el aire una dulzura y suavidad que calma las turbaciones del espíritu y aumenta todos los agrados.

Noviembre 6

HEMOS TENIDO MUCHAS VISITAS y, naturalmente, algunas

noticias, la más interesante es que el Gobierno piensa seriamente pagar los sueldos de la escuadra. Se dice que la mitad del pago se hará en dinero y la mitad en giros contra la aduana. Lord Cochrane llegó de la capital anoche y está instalando tiendas de campaña en la playa más allá del fuerte, porque, en vista de la manera como se entienden aquí las cosas, no quiere aceptar

* Sin duda el Dios que nos da la existencia,
en la feliz convalecencia
a los nuevos placeres les da nuevos sentidos,
bajo su mirada impaciente
se disipa el caos; todo nace, surge la luz,
todo brilla con resplandor de primavera;
las cosas más simples, el canto de una carruca,
una mañana hermosa, el verdor de los bosques,
la frescura de una violeta
mil espectáculos que antes vimos con indolencia
nos transportan hoy día, presentan encantos
desconocidos a la indiferencia
y que los otros no ven. (N. de G. E. de C.)

** Valle de Tesalia, muy celebrado por los antiguos poetas griegos por su romántica belleza. (N. del T.)

casa del Gobierno. Tiene derecho, sin duda, a que se le proporcione casa, y el gobernador de Valparaíso recibió orden de suministrarle una, eligió unas de las mejores del puerto y notificó a Mr. C., caballero inglés, que se retirara de dicha casa con su familia y se la dejara amoblada al Almirante, según la antigua costumbre española. Pero Lord Cochrane no ha consentido en semejante despojo y ha armado tiendas de campaña en la playa. Sus amigos se manifiestan algo alarmados con este motivo. Ningún chileno levantaría la mano contra el Almirante, pero hay ahora en Chile personas que lo aborrecen y que ya se han hecho culpables de intentos y de perpetración de asesinatos.

Domingo 3 de Noviembre

ESTA NOCHE, COMO A LAS NUEVE, llegó el Director al puerto.

Dicen que viene a presenciar el pago de la escuadra; según otros, para demorar su encuentro con San Martín, quien, después de tomar algunos baños en Cauquenes, se dirige a Santiago y se hospedaría en el palacio directorial, pero en calidad de simple particular *. Tendrá doble guardia, pero si es tan querido como él dice ¿por qué teme? Sospecho que, como todos los fumadores de opio, se ha puesto nervioso.

Espero, por el honor de la naturaleza humana, que los rumores que he oído acerca del viaje del Director resulten infundados se dice que ha venido con el objeto de aprovechar una oportunidad para apoderarse de la persona de Lord Cochrane, esto es, de sacrificarlo a la venganza de San Martín, accediendo a las instancias transmitidas del Perú por los agentes Paroissien y Del Río.

Noviembre 7

HEMOS SALIDO A CABALLO

varios días, y trabado amistad con algunos hacendados de los alrededores. En todas partes nos invitan a desmontarnos y a tomar leche, o siquiera a descansar un rato y andar por los jardines y coger flores. Después del bullicio del puerto y de las mezquinas intrigas de sus habitantes, reconforta la amabilidad y sinceridad de los campesinos. Hoy, sin embargo, he pasado un día muy agradable en el puerto, princi-

* Si yo fuera primer magistrado de un país no me gustaría acostumbrar al pueblo a ver a otro en mi lugar. (N. de la A.)

palmente en las tiendas de campaña del Almirante, que se hallan bastante lejos de la ciudad como para no sentir su bullicio. Dejando allí a Glennie, volví a la ciudad a visitar al Director, que vive en la casa del gobernador, Zenteno y su familia se han ido a otra. Su Excelencia está muy bien de salud y me recibió con exquisita cortesía, luego que me senté me obsequió una flor, según la costumbre del país. La conversación giró, no sé a propósito de qué, sobre los conventos de monjas, y le hablé de las Filipinas de Roma. Manifestó deseos de obtener datos acerca de ellas y las reglas de su orden, con el objeto de mejorar, si era posible, la condición de las religiosas de Chile y especialmente de las que se dedican a la educación de las niñas. Se lo prometí y apenas llegué a casa le envié todos los datos que pude, con referencia a las historias eclesiásticas que supongo se hallarán en la biblioteca pública. Nunca me hubiera imaginado, cuando visité aquel convento, que fuera en otro tiempo el palacio de César Borgia, al contemplar las ruinas de Roma desde sus galerías, pintadas por el Dominiquino, que esa visita podría influir algún día en la condición de las pobres enclaustradas de Chile.

De vuelta a las tiendas de campaña del Almirante, después de algunas visitas, encontré que mi enfermo había dormido tranquilamente. Lord Cochrane, que se interesa mucho por él, me pidió que lo llevara a Quintero para que cambie de aire. Lo haré con el mayor gusto, y tan pronto como recobre un poco sus fuerzas pienso ir allá. El Almirante parece preocupado, lo que no es raro, pues aun no se paga a la escuadra. A solicitud del Gobierno, que posee numerosos documentos con que refutar los cargos aducidos contra él por San Martín, no se ha defendido para evitar exaltaciones del espíritu de partido, desavenencias o, tal vez, una guerra entre el Perú y Chile. Ha pasado ya todo peligro de esa naturaleza, y se honra a San Martín asignándosele por residencia el palacio directorial. Allí, como con el expreso objeto de insultar a Lord Cochrane, recibe toda clase de demostraciones públicas de obsequioso respeto, por lo que esos cargos deben ser y serán contestados, y contestados con hechos y fechas que echarán a tierra todas las acusaciones, directas e indirectas, que se han formulado o insinuado contra él. Hay, además, otros motivos de inquietud para los hombres dirigentes de Chile. Del Norte y del Sur llegan noticias y rumores de descontento de diversa índole. Los hermanos y parientes de los muertos y de los proscritos no los han olvidado, y ven con dolor y

cólera que se colma de honores al hombre a quien consideran autor de sus infortunios. Respetando la persona del Director, ven en él al amigo y aliado de San Martín y al protector de Rodríguez y sus compañeros, y ya me parece oír ese murmullo sordo y encubierto que precede a la guerra civil. El Gobierno de Santiago culpa de ese descontento a la escuadra y ha enviado tropas para intimidarla, según dicen. Pero su número es tan reducido que apenas bastaría para escoltar al Director o para asegurar a un prisionero político, objeto a que las creen destinadas los que conocen mejor los propósitos del Gobierno. El Almirante es, sin duda, la persona que tomarían, si los secuaces de San Martín se atrevieran a cometer tamaño crimen. Dado el primer paso, no se detendrían allí. Las víctimas de San Martín no sobreviven al apretón de sus garras. Siento que el Director se preste a semejantes planes. La gente del puerto, aparentemente temerosa de hablar, en realidad lo dice todo. Mucho me alegré en las tiendas de campaña del Almirante de verme libre de escuchar cosas desagradables, allí siquiera estamos seguros de no oír nada de la política de Chile.

Puedo decir, como los norteamericanos, que "todo progresa". Glennie está mucho mejor. Los descontentos cunden. La escuadra está en camino de que se le pague, aunque tal vez demasiado tarde. Cuando enviaron el dinero olvidaron enviar junto con él el papel sellado para los vales, etc. Los oficiales y marineros deberán, pues, esperar que sellen el papel y lo manden de Santiago. Recibí una carta del Director en contestación a la que le escribí sobre las monjas. El reglamento de comercio está produciendo mil enredos y confusiones. Lord Cochrane sigue ocupado en su refutación a San Martín. Lo he visto, y he acordado con él el día de mi viaje a Quintero. Lo único que no progresa es la reparación de los buques. Entiendo que Mr. Olver, muy competente en estas cosas, ha hecho el cálculo de los costos y ofrecido ejecutar las reparaciones, pero dudo que el Gobierno, como tantos otros, mezquino para los gastos pequeños y derrochador de grandes sumas, se resuelva a desprenderse del dinero necesario para poner los buques en buen estado. Si no lo hace, las costas quedarán indefensas o habrá que comprar buques nuevos a precios exorbitantes.

He echado una ojeada a mi diario de las últimas seis semanas y he encontrado que tiene semejanza con una galería de pinturas, en que hay cuadros históricos, retratos, paisajes, naturalezas muertas, flores, uno al lado del otro. Cada pasaje pretende ser un todo, indepen-

diente y completo, ya sea historia, descripción o retrato, y el autor lo termina generalmente para que pueda figurar por sí solo en una galería de cuadros. Mi pobre diario, escrito en un país nuevo, en tiempos de agitaciones políticas, no puede aspirar a tener unidad de plan, pues, ¿puedo acaso prever lo que acaecerá mañana? Y como mis héroes y heroínas (más escasas éstas que aquéllos) son personajes independientes, no puedo, como un novelista, obligarlos a figurar en mis páginas a mi satisfacción y gusto, sino que se gobiernan por sí solos, lo cual, después de todo, en un país donde llevar un diario es sólo un modo de suplir la lectura de los libros nuevos del día (lectura de la que ciertamente gozaría en mi patria) vale quizá tanto como lo otro en uno y otro caso la incertidumbre del desenlace mantiene el interés.

14 de Noviembre. Concón

ESTA MAÑANA TEMPRANO partimos de Valparaíso y a las

once llegamos a Viña del Mar, la hacienda de los Carrera. La familia, cuyo jefe es primo hermano de don José Miguel Carrera, ha sufrido mucho durante la revolución. Algunos de los hijos murieron intempestivamente, uno de ellos está desterrado, al servicio de Artugas, de nueve hijas sólo hay tres casadas, las demás viven con sus padres en Viña del Mar. Es una bella propiedad, la atraviesa el riachuelo de Marga-Marga, formando un valle extraordinariamente fértil, en el pueblo, que da su nombre al riachuelo, se encuentran las mejores lecherías de la comarca. Las casas de la hacienda están situadas en el centro de un pequeño llano formado por las tierras de aluvión arrastradas por las aguas de la montaña circunvecinas, que se alzan detrás de él como un anfiteatro. Unos pocos sembrados y el hermoso huerto cultivado por un francés, M. Pharoux, ocupan el espacio entre el llano y el mar. Al otro lado de aquél se halla la extensa viña de la hacienda, que poco a poco está cediendo su lugar al trigo, que aquí prospera y deja más provecho que la vid.

Nos recibió muy amablemente la señora Carrera, a quien encontramos sentada en un sofá a un extremo del estrado, sobre el cual jugaban algunos de sus nietos. Las hijas sentadas en sillas y taburetes, rodeaban a su madre. Ofreciéronnos luego refrescos y leche caliente con azúcar y canela, y rebanadas de pan. Llevaron en seguida al inválido a un alegre y fresco aposento para que descansara. Mientras dormía, las niñas nos enseñaron a Mr. Davidson, que nos había

acompañado desde el puerto, y a mí, el jardín, el huerto y las oficinas de la hacienda, poco diferentes de las que antes había visto, salvo que se hallan en muy mal estado. Como en la hacienda se están reemplazando las viñas por siembras de trigo, las cubas de alambiques van quedando fuera de servicio y cederán su lugar a los graneros. En la comida observé que manjares y costumbres fueron en parte chilenos y en parte ingleses, debido a que entre los nietos predomina la nacionalidad chilena (que es también la de la abuela) y entre las hijas, la inglesa. Transcurrido algún tiempo después de la comida, seguimos viaje a Concón. Como a medio camino nos salieron al encuentro el señor Miers, su esposa e hija. La tarde fué una de las más deliciosas que he visto en este clima privilegiado, y me sentía más alegre y dispuesta a gozar que de costumbre. No había hecho ningún viaje a caballo tan largo desde aquel desastroso de San Francisco del Monte a Santiago.

Noviembre 15.

FUIMOS A LA DESEMBOCADURA del río, en donde una parte

de las aguas se pierde en las arenas que allí se acumulan, otra forma un lago cenagoso, y una porción, bastante considerable, llega al mar. En la playa, donde Mr. Miers ha construído un pequeño muelle, ví con sorpresa y desagrado una gran cantidad de excelentes maquinarias para laminar cobre. Algunos miembros del Gobierno han visto con envidia estas maquinarias, porque parte de ellas podría servir para amonedar cobre, pero no creo que esta envidia induzca al Gobierno a comprarlas a fin de mejorar los primitivos procedimientos actuales de amonedación. Mientras tanto las ruedas, tornillos y palancas yacen en la playa, esperando que circunstancias más favorables permitan a Mr. Miers realizar sus proyectos. Pero el tiempo, su ciudadanía chilena, su calidad de propietario de tierras y la circunstancia de haber nacido sus hijos en el país, espero que obrarán en su favor.

Los cerros de Concón presentan caracteres muy diversos de los que rodean a Valparaíso. Allí, una arcilla rojiza, con vetas de granito y de cuarzo blanco, forma toda o casi toda la masa de los cerros, los de esta región son de una arena gris o negruzca, con capas de piedrecillas y conchas visibles a diferentes alturas frente a la playa. A ambos lados del río la tierra es excelente y profunda, cubierta con toda esa

variedad de cosas que deposita un río que dos veces al año crece y traspasa sus límites. La primera crecida, casi una verdadera inundación, tiene lugar en la estación lluviosa, la segunda es originada por los deshielos. Dicen que también aumenta el caudal en tiempo nebuloso. Probablemente por la proximidad de este lugar a las montañas, el río es sensible a los diarios cambios de tiempo que ocurren en la cordillera; y, en efecto, creo que trae menos agua en la mañana que en la tarde, debido, sin duda, a la fusión de la nieve durante el día.

Noviembre 17

NOS DIRIGIMOS A QUINTERO, deteniéndonos a descansar en

la vieja casa a orillas de laguna. Por ser principalmente hacienda ganadera, su población no guarda proporción con la superficie. Cada valle tiene, sin embargo, una o dos casas, alrededor de las cuales, después de la época lluviosa y mientras los ganados pacen en las montañas, forman los campesinos sus pequeñas chacras, como llaman a los terrenos en que cultivan habas, calabazas, melones, cebollas, patatas, porotos verdes, (los que secos se llaman frejoles y constituyen uno de los principales artículos de su alimentación) y otros vegetales. Deben cosechar estos productos antes que el ganado vuelva al llano, porque el patrón tiene derecho a echar animales a todos los campos de cultivo, a veces con grave daño para los campesinos, obligados a trabajar seis, ocho, diez, doce o más días al año, a voluntad del patrón y según la época. Ahora bien, suele suceder que los ocupa en cosechar su propia chacra precisamente cuando las de ellos están listas para la cosecha, y el tiempo pasa, y el alimento del pobre labriego es pisoteado por los bueyes. En esta propiedad no sucederá tal cosa mientras su actual dueño permanezca en el país, pero el derecho legal existe y un patrón o administrador despiadado puede ejercerlo. Lord Cochrane les ha dado a los campesinos una libertad insólita que ha sido tomada por negligencia y han abusado de ella. Es preferible que abusen a que se les oprima. Cada colono paga unos pocos reales por alquiler del suelo; dos pesos (y más en algunas haciendas) por el talaje de cada caballo, mula, buey o vaca y el doble por cada cien carneros. Los inquilinos de Quintero, aprovechando la larga ausencia del dueño y la negligencia o falta de honradez del administrador, han aumentado sus rebaños y el ganado en más

de lo que la propiedad puede soportar, sin abonar los pagos debidos y causándole un grave daño material.

Recibieronnos Mr. Bennet, secretario de Lord Cochrane para las comunicaciones en castellano, y mi amigo el pintor Carrillo. Su larga residencia y extrañas aventuras en América del Sur han hecho del primero un interesante personaje. *Il narre bien*, y sospecho que mejor en castellano que en inglés. Hay un no sé qué de agradable en su dialecto de Lincolnshire que comunica cierto aire de originalidad a sus expresiones y relatos. Le gusta vestirse de una manera estrafalaria. A veces su indumento consiste en una camisa suelta, pantalones anchos, zapatillas de tela china, un gorro negro de piel y un cinturón, en otras ocasiones usa anchos pantalones de cosaco, chaqueta azul, botones de oro de ley, pequeñas charreteras, gorro militar y un cinturón muy ceñido. Aunque se vista según las costumbres del país rara vez consiente en ponerse corbata. En traje de etiqueta, su flacura y palidez y la extraña expresión de sus ojos armonizan muy bien con su ropa negra, sus brillantes calzones de seda que parecen de *calamanco constitucional*, los enormes nudos de cintas en las rodillas y los zapatos con hebillas. Yo no podía contener la risa cada vez que lo veía con este atavío que formaba tan absoluto contraste con la descripción que él mismo hace del que llevó cuando fué gobernador de Esmeralda, durante el primer período de la revolución, cargo que, como bien puede creerse, se le obligó a aceptar. Andaba entonces con el cuerpo pintarrajeado, con adornos de plumas en la cabeza y tan ligeramente vestido como cualquier salvaje.

Púsose ahora un traje término medio para hacer los honores en Quintero, honores que hizo muy cortésmente a la señora Miers y a mí y muy afectuosamente a Glennie. Después de comer le pedimos que nos refiriera algunas de sus aventuras, y especialmente las que le ocurrieron en Barranca durante el terremoto, cuando los aterrizados habitantes huyeron a los cerros, temiendo a cada instante ver desaparecer la arruinada ciudad, como el Callao en 1747. * Terminada la relación del terremoto, nos refirió sus expediciones a varios formidables volcanes y nos dijo que había descendido al cráter del Pichincha hasta una

* La destrucción del Callao fué la más completa y espantosa que puede imaginarse. No escapó sino uno de los habitantes, que salvó gracias a la más singular y extraordinaria providencia. Hallábase este hombre en el fuerte que domina la bahía, e iba a arriar la bandera cuando vió que el mar se retiraba a gran distancia de la playa. Minutos después, elevadas sus aguas como montañas, volvió impetuosamente. Los habitantes salieron de las casas,

profundidad mayor que la que dejó señalada Humboldt. Le pregunté si en alguno de los países en que había vivido se creía que los terremotos se repetían periódicamente y si los casos en que habían ocurrido dos con intervalos regulares eran considerados como presunciones de que el fenómeno volvería a repetirse en un período más o menos igual, pues, de ser así, sólo faltaría un año o dos a lo más para que sobreviniera un terremoto en esta región de Chile. Pero no pude saber si hay alguna creencia o tradición indígena a este respecto, ni lo que sobre el particular opinan los sabios europeos. Y en efecto, dentro de los últimos cinco años, Coquimbo y Copiapó, que no se habían visto hasta entonces afectados por estas calamidades, han sido completamente destruidos, contradiciendo así algunas teorías basadas en la naturaleza del suelo, situación geográfica, etc.

Tratamos de persuadir a la señora Miers de que se quedara con nosotros, más no pudimos conseguirlo. Estaba con cuidado por sus niños, y partió, calculando llegar a su casa antes de que oscureciera. Hice un pequeño bosquejo de la casa, y habiendo encontrado en ella una prensa litográfica, pienso reproducirlo en piedra. Será el primer grabado hecho en Chile, y probablemente en este lado de América del Sur.

20 Noviembre

AYER, DESPUES DE LA COMI

da, habiéndose quedado Glennie

profundamente dormido en su sillón frente a la chimenea. Mr Bennet y yo, atraídos por la belleza de la tarde, llevamos nuestros asientos al corredor que mira al mar, y, por primera vez desde mi llegada a Chile, ví relampaguear. Los relámpagos continuaron sin interrupción sobre los Andes hasta después de oscurecer. A un día sereno y algo caluroso siguió una deliciosa y tranquila noche de luna. De mala gana entramos, por acompañar al inválido, y estábamos conversando tranquilamente cuando, a las diez y cuarto, la casa se sacudió violentamente, con un ruido semejante a una explosión de pólvora. Mr. Bennet salió corriendo y exclamando: —¡Un terremoto, un terremoto!, ¡Salgan, síganme, por Dios!— Yo,

enloquecidos de terror; el hombre oyó subir de la ciudad un angustiado grito de ¡misericordia! y todo quedó en silencio. El mar había cubierto enteramente la ciudad, sepultándola para siempre en su seno; pero la misma inmensa ola que había destruido la ciudad arrastró un bote cerca del sitio donde se hallaba el hombre, quien, arrojándose a él, logró así salvar su vida.—Burke, *Account of the European Settlers in América*. (N. de la A.)

más solicita por Glennie que por cualquier otra cosa, y temerosa de que el aire de la noche le hiciera mal, permanecí sentada, él, mirándome para ver qué determinación tomaba, tampoco se movió, hasta que, continuando con mayor fuerza el sacudimiento, cayó el cañón de la chimenea y los muros se abrieron. Mr Bennet volvió a gritar desde afuera. —¡Por amor de Dios, salgan de la casa!— Resolvimos entonces salir al corredor, con intención, naturalmente de valernos de las gradas, pero el movimiento cobró en ese instante tal violencia que, mientras se derrumbaba un muro detrás de nosotros, saltamos de la pequeña plataforma al suelo; y en ese mismo instante la rápida trepidación de la tierra se transformó en un movimiento ondulatorio semejante al de un buque en alta mar, de suerte que apenas, y con gran dificultad, podíamos sostener a Glennie. El sacudimiento duró tres minutos. Cuando cesó, todas las personas de la casa y sus alrededores se hallaban reunidas en el prado que hay delante de ella, con excepción de dos personas la mujer de un albañil, que se quedó encerrada en un aposento que no pudo abrir, y el pintor Carrillo que al querer salir de su cuarto por el hueco que dejó la pared al derrumbarse fué sepultado por los escombros, debiendo su salvación a que el dintel de la puerta quedó suspendido sobre él.

Jamás olvidaré las horribles emociones de esa noche. En los demás trastornos de la naturaleza, creemos o nos imaginamos que un pequeño esfuerzo de nuestra parte puede alejar o aminorar el peligro, pero en un terremoto no hay refugio seguro ni medio de escapar. La "loca angustia" que agita entonces los corazones y se revela en todas las miradas, me parece comparable en horror a la que se apoderará de las almas en el juicio final. Como la inquietud que sentía por mi enfermo dominaba en mí cualquier otro sentimiento, no participé de este sublime terror, pero miré en torno mío y lo ví en todos. Entre el fragor de la destrucción sentí durante toda la noche los mugidos del ganado y el graznar de las aves marinas, que no cesó hasta el amanecer. No había el más leve soplo de viento, y sin embargo tal era la agitación de los árboles que sus copas parecían tocar la tierra.

Pasó algún tiempo antes que recobráramos nuestra sangre fría para deliberar sobre lo que debíamos hacer. Lo primero fué poner a Glennie, a quien sobrevino una fuerte hemorragia de los pulmones, en un sillón bajo un árbol. Me quedé a su lado mientras Mr. Bennet iba a la casa en busca de aguardiente y agua, y todos bebimos un po-

co. Armamos, en seguida, una tienda para el enfermo y le trajimos un sofá y frazadas. Precedida de un hombre con una luz, entré a los cuartos interiores, donde esperaba hallar algunos medicamentos. Entretanto habían tenido lugar dos remezones más, pero mucho menos violentos que el primero, lo que parecía significar que ya lo peor había pasado. Seguimos por los departamentos en ruinas hasta el patio en donde se había derrumbado la muralla y allí un nuevo y rápido sacudimiento pareció hacer ondular las ruinas bajo nuestros pies. Llegamos, por fin, a la primera puerta de los dormitorios y al entrar ví los muebles separados de los muros, a lo que en ese momento no le dí mayor importancia. En el segundo aposento, el desorden, o mejor dicho, el cambio de lugar de los muebles, era más notable, y me pareció observar cierta regularidad en la distribución de todos los objetos, especialmente en mi dormitorio. Después de tomar las medicinas y abrigo que necesitaba, examiné la posición de los muebles en los diversos aposentos y me cercioré de que todos se habían movido en la misma dirección, lo que determiné esta mañana por medio de la brújula, y resultó ser de noreste a sureste. La noche continuaba serena, y aunque la luna se puso temprano había luz en el cielo y una débil aurora. Luego de hacer acostarse a Glennie en la tienda, extendí mi colchón en el suelo cerca de él. Mr. Bennet, el administrador y los demás empleados hicieron sus camas alrededor de la tienda con la ropa que pudieron encontrar. Eran las doce, la tierra estaba todavía inquieta y cada dos minutos se sentía una conmoción acompañada de ruidos semejantes a explosiones de pólvora o, más bien, a los que acompañan a las erupciones volcánicas. Los conté, reloj en mano, durante, cuarenta y cinco minutos, hasta que, cansada, me quedé dormida. Un poco antes de las dos una fuerte explosión y un tremendo sacudimiento nos despertó a todos. Un caballo y un cerdo se escaparon y vinieron a refugiarse entre nosotros. A las cuatro hubo otro violento remezón. En el intervalo entre éste y el anterior había temblado sin interrupción, a veces con movimientos contrarios, en direcciones, por lo común, norte y sur. A las seis y cuarto, otro, que a una hora diferente habría sido sentido con mayor violencia. Desde esa hora, aunque la agitación de la tierra ha continuado con suficiente fuerza para mover y aun derrear parcialmente un vaso de agua, y aunque el suelo tiembla todavía bajo mis pies, no hemos tenido ningún motivo especial de alarma. Escribo a las 4 P. M.

Al rayar el día salí de la tienda a inspeccionar la tierra. La hierba estaba cubierta de rocío y todo tan bello como si nada hubiera sucedido durante la noche. Sólo en el cerro se veían aquí y allá grietas de varios tamaños, y en las raíces de los árboles y en las bases de los pilares del corredor la tierra estaba removida, como por el azadón del hortelano. A las siete llegaron personas de diversos puntos a informarse de nuestra situación o a darnos noticias de otras partes. Supimos que de las casas de Valle Alegre, aldea situada dentro de los términos de la hacienda hay muchas deterioradas y algunas totalmente destruidas. En varios huertos de los alrededores la fuerza de los sacudimientos abrió la tierra e hizo subir por las grietas agua y arena. En varias partes se han producido grandes derrumbes de tierra, y los canales de regadío han sufrido mucho.

Mr. Cruikshank ha venido a caballo de Quintero viejo. Nos dice que hay grandes hendiduras en las orillas del lago, la casa quedó inhabitable; algunas de las personas que en ella vivían fueron derribadas por el terremoto, y por muebles que cayeron sobre ellas. En Concón, la casa quedó sin techo, los muros abiertos, con los pilares de hierro tronchados, el molino en ruinas, y el canal destruido. El terreno de aluvión a ambos lados del río ha quedado tan agrietado y removido que semeja una esponja. A lo largo de la playa hay grandes hendiduras, y parece que durante la noche el mar se retiró a considerable distancia, especialmente en la bahía de Quintero. Desde el cerro alcanzo a divisar rocas que antes estaban enteramente cubiertas por el mar, y los restos del *Aguila* parecen desde aquí accesibles a pie enjuto, cosa que hasta ahora jamás se había visto ni aún en las más bajas mareas.

Ocho y media P. M.

NOS LLEGAN NOTICIAS DE que la grande y poblada ciudad de

Quillota es un montón de ruinas y Valparaíso poco menos. En tal caso la catástrofe debe haber comprendido a los habitantes junto con las casas. ¡Dios quiera que no sea así!

A un cuarto para las seis otro fuerte remezón, y otro en el momento en que escribo. Tiembla ligeramente cada quince o veinte minutos. La noche está bellísima; la luna se refleja en el lago y el mar; brillan las estrellas y la aurora austral; una suave brisa del sur ha soplado desde el amanecer. Hemos construido un espacioso rancho con

cañas de Guayaquil y del lago, de modo que podemos comer y dormir bajo techo. Glennie y yo dormimos en la tienda, los demás, en el rancho.

Jueves 21 de Noviembre.

A LAS DOS Y MEDIA A. M. ME despertó un violento temblor. Diez

minutos antes de las tres hubo otro muy recio que nos hizo sentir de nuevo esa absoluta impotencia del hombre que tanto consterna y atemoriza. Un cuarto antes de las ocho, otro menos fuerte, a las nueve y cuarto, diez y media y una y cuarto, otros sacudimientos; veinte minutos antes de las dos hubo uno acompañado de un fuerte ruido, que duró minuto y medio, y a las diez y cuarto, el último fuerte de hoy. Fuera de estos remezones más o menos alarmantes, hubo ligeros movimientos cada veinte o treinta minutos.

Mr M ha vuelto del puerto. Lord Cochrane se encontraba a bordo de la *O'Higgins* cuando sobrevino el terremoto, e inmediatamente bajó a tierra y se dirigió a casa del Director, para quién hizo armar una tienda de campaña en el cerro detrás de la ciudad. * El Almirante me escribe que mi casita de campo sigue en pie en medio de las ruinas. Dice Mr M que en el puerto y en el Almendral no ha quedado habitable ninguna casa. La Iglesia de la Merced está enteramente destruida. No se ve a nadie en las calles. Los cerros están cubiertos de infelices sin hogar, presa de terror, que se transmiten y acrecientan mutuamente. Los buques, atestados de gente, faltan provisiones, los hornos de pan, destruidos, y los panaderos sin poder trabajar. Han muerto cinco ingleses. Están sacando cadáveres de los escombros, pero las pérdidas de vidas no han sido tantas como pudo temerse. Si la catástrofe hubiera sobrevenido más tarde, cuando la gente se hubiera retirado a dormir, el número de víctimas habría sido espantoso. Casablanca, según dicen, está totalmente en ruinas.

* El Director don Bernardo O'Higgins, que vino a Valparaíso con fines evidentemente hostiles respecto a Lord Cochrane, logró apenas salvar con vida, gracias a su prontitud para salir de la casa de la gobernación. Recibió en esa terrible noche protección y atenciones del Almirante, que, así lo espero al menos por el honor de la humanidad, lo indujeron a suspender sus hostiles intenciones. Pero, mucho temo que su alejamiento temporal del gobierno al llegar a Santiago, haya sido sólo para dejar a otros en libertad de obrar como les plazca. (N. de la A.)

Viernes 22 de Noviembre

TRES RECIOS TEMBLORES A

las cuatro y cuarto, siete y media y nueve. Después de éstos, tres fuertes explosiones, alternadas con ligeras trepidaciones de la tierra, a las once, violento remezón, dos o tres, más suaves, antes de la una, y tranquilidad hasta las 7 P. M., hora en que tembló ligeramente.

Como estamos a treinta millas del puerto y a noventa de la capital, las noticias demoran en llegar. Hoy hemos sabido que Santiago sufrió menos de lo que temíamos. La Casa de Moneda, quedó seriamente deteriorada, una parte del palacio directorial derrumbado; algunas casas e iglesias con las murallas abiertas, pero, fuera de la destrucción en varios puntos de los canales de regadío, no hay que lamentar daños muy graves. Un caballero de Valparaíso dice que la sensación que se experimentó a bordo de los buques fué como si hubieran levado anclas y partido con súbita velocidad, chocando con rocas a medida que avanzaban. Anoche predijeron los sacerdotes un temblor más violento que el primero. Nadie se acostó, la gente se agolpó en los buques, los cerros se cubrieron de infelices que pasaron la noche alrededor de fogatas esperando un horrendo cataclismo. En la noche del 19, simultáneamente al terremoto, el mar subió repentinamente en la bahía de Valparaíso, y luego se retiró a gran distancia. Al cabo de un cuarto de hora, pareció recobrar su equilibrio, pero la playa ha quedado más descubierta en toda su extensión y las rocas han alcanzado cuatro pies más de altura sobre el agua.

Tales son las noticias que nos llegan de lejos. También tuvimos aquí una profecía de un gran cataclismo y salida del mar, y los crédulos campesinos abandonaron sus chozas y huyeron a los cerros. La catástrofe no se produjo y lo atribuyen a la intercesión de Nuestra Señora de Quintero, que tiene una capilla en las antiguas casas, en donde su imagen ha sido objeto por largo tiempo, de una especial veneración. Allí acudieron en aquella espantosa noche todas las mujeres de la vecindad y con clamores y sollozos imploraron su protección, mesándose los cabellos y prodigándole los más tiernos nombres.

No acudió a socorrerlos, sin embargo, y a la mañana siguiente, cuando los sacerdotes consiguieron abrir las puertas obstruidas por los escombros, encontraron la imagen en tierra, con algunos dedos quebrados y sin cabeza. No tardaron, empero, en restituirla a su an

terior estado y, vistiéndola con ropas nuevas, la colocaron en actitud de bendecir delante de su destruido santuario.

Hoy tuvimos una densa niebla y fría llovizna toda la mañana. A mediodía se despejó el cielo e hizo calor. En varios de los temblores observé que en la mesa el vino o el agua no se agitaban con un movimiento vibratorio regular sino que parecían como proyectados en porciones hacia arriba. Vi formar en la superficie de una botella de agua, tres de estos agregados o porciones, que luego parecieron lanzarse contra las paredes de la botella y se deshicieron. Lo mismo noté en un termómetro. No tenemos barómetros, y no sé si se han hecho observaciones sobre este fenómeno.

Sábado 23.

LOS TEMBLORES DISMINUYERON en fuerza y frecuencia duran-

te la noche y las primeras horas del día. Sólo se sintió uno antes de las 4 P. M.; entre esta hora y las 10 hubo cuatro. Tiempo nublado, pero agradable.

Más noticias de los lugares vecinos. Los pescadores de aquí y de las playas inmediatas afirman que en la noche del 19 vieron una luz a gran distancia en el mar. Permaneció un rato inmóvil; avanzó en seguida hacia la costa y dividiéndose en dos desapareció. La credulidad de la gente la ha convertido en la Virgen, que vino a salvar al país.

Una beata que tiene fama de santa predijo en Santiago la catástrofe el día anterior. La gente oró, y la ciudad escapó casi ilesa. Despacharon un propio a Valparaíso a dar al pueblo la voz de alarma, pero llegó demasiado tarde, a pesar de haber muerto dos caballos en el viaje.

Desde el 19 las jóvenes de Santiago, vestidas de blanco, descalzas, con la cabeza descubierta, sueltos los cabellos y con crucifijos negros, han recorrido en procesión las calles cantando himnos y letanías, precedidas por las órdenes religiosas. Al principio las iglesias pasaban atestadas de gente y las campanas doblaban sin cesar, hasta que el Gobierno, en vista de que las torres de varias iglesias amenazaban derumbarse, ordenó cerrar los templos por temor de que cayeran sobre la gente, que ahora practica sus actos de devoción en las calles. Todas las familias dedican a sus hijas a esta piadosa ocupación.

Por fin hemos tenido noticias auténticas de la ruina de Quillota

por medio de don Fausto del Hoyo, prisionero de Lord Cochrane. Desde que goza de libertad de residencia, vive generalmente en Quillota y de vez en cuando en Quintero. Llama a Lord Cochrane *el tío*, tratamiento cariñoso que suelen dar los soldados a su jefe y los niños a los ancianos. Es hombre malicioso, pero de inteligencia mediocre, muy amante de España, su patria, y resuelto a no meterse más en guerras. Estuvo con Romana en el norte de Alemania y Dinamarca; se embarcó con él en el *Victory*, corrió su suerte y por fin llegó a Chile con la expedición de la *María Isabel*, hoy la *O'Higgins*, y cayó prisionero en Valdivia.

Refiere don Fausto que se encontraba con algunos amigos en la plaza de Quillota, tomando parte con el pueblo en las fiestas que se celebran en la víspera de la octava de San Martín, patrono de la ciudad. La plaza estaba llena de puestos y enramadas de arrayán y rosas, en que había jaranas, borracheras, bailes, música, máscaras, en suma una escena de disipación, o mejor dicho, de libertinaje. Sobrevino el terremoto, y todo cambió como por encanto. En lugar de las canciones y de los sonidos del rabel alzóse un grito de ¡Misericordia! ¡Misericordia! Todos se golpeaban el pecho y se postraban en tierra. Tejiendo coronas de espinas, las ponían sobre sus cabezas y las oprimían hasta que la sangre les corría por el rostro. Las flores de la fiesta yacían pisoteadas por tierra. Algunos corrieron a sus casas destruidas a salvar a sus hijos, olvidados en las horas de regocijo, y amorosamente recordados en los momentos de peligro. Los sacerdotes oraban, retorciendo angustiosamente sus manos ante los destrozados altares, y el pueblo y las familias huían a los cerros. Tal fué la noche del 19 en Quillota.

El amanecer del día 20 reveló una escena de espantosa desolación. De la gran ciudad sólo quedaban en pie veinte casas y una iglesia. Todos los hornos yacían en ruinas y no había pan. El gobernador había huido. Sus pecados atrajeron sobre la ciudad el castigo del cielo. Así lo proclamaba el pueblo a gritos, y algunos llegaron hasta acusar al Gobierno de Santiago, cuya tiranía había impulsado a Dios a la venganza. Mientras tanto, el teniente gobernador, Mr. Fawkner, inglés de nacimiento, reunió a los principales de la ciudad para tomar algunas medidas en favor de los damnificados. Acudió entre ellos un señor Dueñas, caballero de distinguida familia, casado con una de las

Carrera de Viña del Mar y dueño de la hacienda de San Pedro. * En el momento del terremoto hallábase en su casa con su esposa y su hijo. En la imposibilidad de salvar a los dos al mismo tiempo, optó por salvar primero a su mujer. Mientras la sacaba de la casa, cayó el techo y aplastó a su hijo. Sufrió grandes pérdidas materiales. Agobiado bajo el peso del dolor, acudió al lado de Fawkner. Le dijo que ya había dado orden de que mataran cuatro bueyes y los distribuyeran entre los pobres, expresándole además el deseo de que como gobernador recordara que él, Dueñas, a pesar de sus fuertes pérdidas, era relativamente rico y estaba dispuesto a compartir sus bienes con sus vecinos y compañeros de infortunio.

Domingo 24

MI REGISTRO DE TEMBLO- res da hoy cinco: a las 8 A. M., a

las 1, 3, 5 y 11 P. M. El primero me sorprendió a caballo y no lo sentí. Pensé ir al puerto el día 20, pero por la gran crecida del río y lo peligroso del vado, demoré el viaje hasta hoy. Partí a las seis. Los terraplenes y bordes de los canales están en general agrietados o derrumbados. En toda la playa, entre la Herradura y Concón, hay hendiduras, casi rellenas ya por la arena; algunas rocas y piedras que ni en las más bajas mareas quedaban en seco dejan ahora suficiente espacio como para pasar a caballo. A medida que me aproximaba al río, las grietas y aberturas del suelo de aluvión asumían mayores proporciones. En las orillas del río la tierra parecía haberse hundido. En algunas partes, como en Valle Alegre, ha subido agua y arena por las hendiduras. A pesar de la gran profundidad del agua en el vado lo pasamos sin peligro, aunque una mula que llevaba mi equipaje perdió pie y alcanzó a ser arrastrada un buen trecho por la corriente antes que pudiera reponerse lo bastante para llegar nadando a la orilla opuesta. Mis amigos de Concón han sufrido mucho. De la mitad del techo de la casa se cayeron todas las tejas, de la otra una gran parte. Las murallas del molino se derrumbaron, pero los sólidos pilares de las esquinas sostuvieron el techo y la maquinaria sufrió poco. Las paredes del canal del molino, están destruídas. Este ha ganado con las modificaciones del lecho del río, pues ahora el agua tiene algunas pulgadas más de caída que antes.

* Don Joaquín de Dueñas y Balbontín, casado con doña Juana Carrera y Aguirre. (N del T.)

En Concón, la noche del 19 fué espantosa. Los dos niños de Mr. Miers dormían en piezas separadas y que no comunicaban entre sí, una de ellas estaba unida solamente por el corredor al resto de la casa. Después de sacar a su esposa, que clamaba por sus niños, Mr. Miers corrió a salvar al menor de ellos, porque la lluvia de tejas le impedía acercarse al aposento del mayor. Aprovechando un momento de tranquilidad, entró de nuevo, encontró al niño dormido y lo sacó sano y salvo. La familia pasó toda la noche sin dormir, frente a las ruinas de su hogar. En la mañana armaron una carpa y a mi llegada tenían ya una ramada o choza de ramas de árboles. Durante el remezón fuerte la tierra se rasgó bajo sus mismos pies. Dicen que el fragor que se sentía en el valle fué lo más espantoso que pueda imaginarse. La iglesia se derrumbó. Las casas de la hacienda quedaron casi destruídas.

En Viña del Mar encontré a toda la familia instalada en una ramada en el zaguán; de la casa no queda en pie sino una parte del muro exterior; la ruina fué completa; no hay allí un sitio donde pueda refugiarse un ser viviente. El pequeño llano está cubierto de conos de uno a cuatro pies de altura, que surgieron en la noche del 19 y arrojaron agua y arena. Traté de aproximarme a uno de ellos, pero el caballo comenzó a hundirse como si pisara arena movediza, por lo cual desistí de mi intento, no queriendo exponerme a pagar demasiado cara la satisfacción de mi curiosidad.

El camino entre Viña del Mar y el puerto ha sufrido mucho por los derrumbes de rocas de los cerros. Hay una parte muy peligrosa, pero los caballos chilenos son tan seguros que pasé sin otro temor que el de que en ese instante sobreviniera un fuerte temblor. Llegué por fin a las alturas del puerto, desde las cuales no presenta la ciudad alteraciones notables, salvo la ausencia de las torres y de los edificios altos, vistas desde lejos, las ruinas en las líneas de las calles hacen la ilusión de que poco o nada falta. Cuando estuve más cerca, las carpas y ramadas de los infelices fugitivos reclamaron toda mi atención, pues allí se me presentó la horrible catástrofe en un aspecto enteramente nuevo para mí. Ricos y pobres, jóvenes y ancianos, amos y criados, todos estaban confundidos y aglomerados en una intimidad que, aun aquí, donde las diferencias de clases no son tan marcadas y profundas como en Europa, me pareció verdaderamente pavorosa. Ahora comprendo el poder desmoralizador y relajador de los respetos sociales de las grandes calamidades. Los historiadores de la Edad Media nos des-

criben epidemias en que la gente huía de las ciudades y se refugiaba en los campos, volviendo después con una corrupción de costumbres mil veces peor que el contagio. La famosa peste de Londres tuvo también su parte de calamidad moral. Muy útil es la adversidad para los individuos y para los hombres educados, pero lo que hace desgraciadas a grandes masas de hombres les pervierte y daña también moralmente.

Me dirigí entristecida a mi casa, en donde se han refugiado algunas personas. Ha sufrido tan poco con el terremoto que, según creo, su deterioro se reduce a la pérdida de catorce tejas y al desprendimiento de algunos trozos de blanqueo, que atestiguan la violencia de los remezones. Abrigaba la esperanza, al ver el estado de los ranchos inmediatos, de que mis vecinos hubieran librado con vida. Pero la pobre María se me acercó con evidentes demostraciones de un gran sufrimiento. Le pregunté por su hijo Pablito, un bello chico de cinco años y prorrumpió en llanto. Me refirió en medio de sollozos que salió a la casa de un vecino, dejando al niño dormido en su camita. Vino el terremoto, corrió a salvar a su hijo, entró a la choza y lo encontró en la cama; pero una viga desprendida del techo le había caído sobre la cabeza... Si no hubiera sabido que era su hijo, no le habría sido posible reconocer el rostro. A esto se añadió otro dolor. Vinieron a buscar el pequeño cadáver para darle sepultura. Ella no alcanzaba a tener cuatro pesos para pagar los derechos. Negáronse, por tanto, a sepultarlo en lugar sagrado. —¡Han arrojado a mi hijo a un hoyo como a un perro, donde los pisotearán los caballos y las mulas y no tendrá una sola oración de cristiano!— Esto no necesita comentarios, que serían tan inútiles como lo fueron las palabras de consuelo que dirigí a la desdichada madre. —¡Ah! señora, —exclamó en contestación a ellas; —¡Si al menos usted hubiera estado aquí!

Viendo que mi casa había escapado casi indemne, el clero lo atribuyó a un milagro. El día 20 amaneció junto a mi estufa Nuestra Señora del Pilar, vestida de raso, a la que se ofrecieron numerosas dádvas en agradecimientos de la protección dispensada a mi casa. Supongo que fueron los donantes quienes se llevaron una brújula de plata de bolsillo y un frasco de perfume, únicos objetos que eché de menos.

Como hoy en la tarde no tenía ocupaciones que me retuvieran en casa, monté a caballo y fui al puerto, después de tomar algún alimento. El Almendral presenta un aspecto tristísimo. No queda una

sola casa habitable. Hacia la parte de los cerros los techos y las murallas se encuentran en ruinas; hacia el lado del mar, todo está deteriorado. La torre de la iglesia es un montón de arena, pedazos de ladrillos, trozos de estuco con restos de decoración y pintura, en una palabra, un hacinamiento de todo lo que tienen de feo y triste las ruinas recientes. Aun subsiste una parte del techo suspendida entre algunos de los estribos o contrafuertes laterales, y los informes restos de santos y demonios acrecienta el horror de aquel espectáculo de desolación. El puerto, totalmente destruido en algunas partes; en otras, casi incólume. Hay fuertes en los que no ha quedado piedra sobre piedra, y almacenes en que apenas se aflojaron las tejas. Filas de edificios destruidos alternan con las de edificios indemnes. Parece que, en los lugares donde los fundamentos descansan sobre vetas de granito, las casas resistieron bastante bien, no así aquéllas cuyos fundamentos están sobre arena.

La ciudad se hallaba desierta. Me dirigí a bordo del buque mercante inglés *Medway*, en donde el capitán White dió hospitalidad a mis amigos Hogans y a muchos otros. Me invitó a quedarme a dormir. Las noticias que oí a bordo despertaron de nuevo mi interés por los problemas de Chile, que el terremoto y las emociones me habían hecho olvidar.

Por fin, el Gobierno ha resuelto pagar a los marinos. El primer proyecto, sugerido, según se cree, por San Martín, era pagar a los marineros y oficiales subalternos antes que a los de mayor graduación, y pagarles en tierra, en la oficina de pago, que les proporcionaría boletas de licencia absoluta o por cuatro meses, a elección de los interesados, dejando así a los buques, Almirante y oficiales en la bahía, sin un solo marinero. El Almirante, naturalmente, no aceptó semejante plan, y los pagos se están haciendo a bordo. El primero tuvo lugar el día del terremoto, y me dicen que los marineros que bajaron a tierra con licencia y con dinero, para divertirse en compañía de sus amigos, aumentaron la confusión y el trastorno de aquella desastrosa noche. Se les dan pagarés por veinticinco pesos, de los que sólo reciben cuatro en dinero, están obligados a invertir el resto en los almacenes que, con este fin, ha establecido Arcos en el puerto.

La *Independencia*, el mejor buque de la escuadra, fué despachado hoy sin autorización del Almirante y sin siquiera la formalidad de transmitir la orden por su conducto. Zenteno, como Ministro de ma-

rina, decretó que el buque partiera a desempeñar una comisión. Se cree que va en persecución de uno o más buques que conducen dinero y provisiones a San Carlos de Chiloé.

Lunes 25

A LAS OCHO Y CUARTO DE la mañana hubo un fuerte tem-

blor que derribó gran parte de lo que quedó en pie en la noche del 19. Me he ocupado todo el día en empacar mis libros, vestidos, etc., para mudarme, porque mi casa ha sido arrendada a algunos sujetos que, viéndola en buen estado, cohecharon al dueño para que me la quitara. ¡Son ingleses!

Sorprendiéronme en esta tarea Lord Cochrane y el capitán Crosbie. El Almirante insistió bondadosa y nobilísimamente en que me quedara en Quintero con mi pobre inválido y no pensara en salir de allí hasta mejores tiempos y circunstancias más favorables. Me agregó que él iría muy luego allá a preparar el albergue que deberemos ocupar hasta que Glennie esté en condiciones de resistir un viaje.

Martes 26

HOY HUBO CINCO TEMBLORES. De muchos no tomo nota,

porque, salvo que sean muy violentos, ya no me despiertan de noche. Mientras me ocupaba en empacar, me sorprendió ver llegar a caballo a mi amigo Mr. C. Volvía de Concepción: 170 leguas recorrió en cinco días por caminos desviados. Pasó por Talca y San Fernando, en estos lugares y en Concepción se sintió el terremoto pero con poca violencia. Mr. H., que caba de regresar de Santiago, me dice que Casablanca y Melipilla son montones de ruinas. Illapel, también destruída; sus iglesias, ruinosas. Sólo los ranchos resistieron, gracias a la elasticidad de su construcción y materiales, y aunque el barro ha saltado de los intersticios, no ofrecen peligro.

Mr. C. trae noticias más importantes que las referentes al terremoto. El pueblo de Concepción, irritado por las injustas disposiciones del reglamento de comercio y otras medidas opresivas, lo quemó junto con la Constitución en la plaza del mercado, convocó una Convención de oposición e insistió en que Freire se pusiera en marcha con el objeto (del que no hacen misterio) de derrocar a Rodríguez y a la inícuca administración de que forma parte. Freire se ha puesto ya en marcha, pero aun no es tiempo de que sus movimientos se sepan en

Santiago. Yo, por supuesto, no puedo decir nada mientras la noticia no venga de una fuente menos privada, sólo me es dado conjeturar, y se me ocurre que el plan ha sido asegurar a Freire el apoyo de la escuadra. Pero no, no puede ser, el honor lo prohíbe, y la escuadra de Chile no olvidará el honor mientras Lord Cochrane sea, por lo menos nominalmente, su Almirante.

Viernes 27

HOY, VARIOS TEMBLORES suaves; dos muy recios a las

10 A. M. y a las 6 P. M. Vino mi simpático amigo Mr. B. cuyo próximo matrimonio y las circunstancias con él relacionadas constituyen un interesante capítulo en la historia del progreso de la tolerancia en Chile. En otros matrimonios de esta especie los extranjeros han abrazado siempre la religión de la novia, pero mi amigo participa de los sentimientos de los héroes de Richarson, con lo cual no quiero significar que, como Sir Charles Grandison, se presenta a las seis de la mañana de gran etiqueta y con red-cilla y peluca, ni comparar a la novia con la sin igual Clementina, sino que ha observado en este asunto una conducta firme y recta en lo que toca a su conciencia y sagaz y prudente en lo que atañe a su Patria de adopción, conducta en que ha tenido el apoyo del Director, a despecho de la intolerancia y del espíritu de partido. No queriendo que su novia abjure su fe, ni cambiar él la suya, solicitó del obispo la licencia y dispensa necesarias para casarse. El prelado se negó a dár-selas mientras no entrara al seno de la Iglesia. El Gobierno intervino, haciendo ver al obispo que los actuales tiempos exigen menos fanatismo, y el bien del país, mayor liberalidad respecto de los extranjeros. El obispo persistió en su resolución, hasta que se le notificó que si no cedía no se devolverían a la iglesia ciertos diezmos y emolumentos que había perdido en las últimas conmociones civiles. Y ahora, después de conceder de mala gana la licencia, todo lo que ha ganado se reduce a la celebración de un concordato que cercena sus entradas y disminuye su poder. Es un hombre ambicioso y fanático, aparentemente vinculado al actual Gobierno por varios lazos, de los cuales, sin duda, el más fuerte es la sociedad de Arcos, casado con una sobrina suya, con Rodríguez. Tiene, empero, más fuertes vinculaciones con los que hacen oposición a O'Higgins, ya como partidarios de los desdichados Carrera, ya como descontentos. Este matrimonio ha dado

lugar a violentas discusiones, que la firmeza y prudencia de M. B. han llevado a buen término. Propusieronle transacciones y componendas poco correctas para salvar las apariencias de parte de la Iglesia, pero él quería que el asunto tuviera una solución legal y pública, no sólo por sus principios, sino también para establecer un precedente importante para lo sucesivo.

Hoy pensé volver a Quintero en la lancha de la *Lautaro*, que me ofrecieron amablemente para ese objeto. Pero, contra lo que generalmente ocurre en esta época del año, se levantó un recio viento norte que frustró mis planes. En la noche se descargó una fuerte lluvia que causó grandes perjuicios en los objetos que quedaron a la interperie después del terremoto y que puso en un estado miserable los infelices campamentos de los cerros. El pueblo se alegra, sin embargo, porque cree que la lluvia extinguirá el fuego que causa los terremotos, los que, por tanto, no volverán a repetirse.

Sábado 28.

A PESAR DE LA LLUVIA, QUE duró hasta la medianoche, hoy tem-

bló no menos de cinco veces. El fanatismo se ha puesto en campaña durante este calamitoso período, creyendo, sin duda, favorable la ocasión para recuperar una parte del terreno que de algún tiempo atrás venía perdiendo. Hoy era el día fijado para la ejecución de un francés y tres chilenos que se introdujeron durante la noche en un buque anclado en la bahía; hirieron gravemente al capitán y al piloto y robaron una fuerte suma. El clero ha estado instigando al pueblo a levantarse en favor de los reos, anunciando nuevas y grandes calamidades si se permite que buenos católicos sean ejecutados a causa de los herejes. El Gobierno, sabedor de estas intrigas, hizo rodear de numerosos soldados el lugar de la ejecución, que se verificó tranquilamente. Y no es éste un caso aislado. El clero ha tratado de instigar al pueblo a atacar a los herejes, pero sin resultado, ya sea porque éste oye tales insinuaciones con indiferencia, ya porque no reconoce en los cultos y benéficos extranjeros residentes en el país los execrables rasgos y costumbres que el clero atribuye a los pobres herejes en sus imaginarias pinturas.

Fuí, después de almorzar, a bordo del buque del Almirante a visitar a algunos amigos que en la noche del 19 se refugiaron allí con sus familias y a quienes ha cedido su cámara, instalándose él mismo

en una carpa sobre cubierta. Los oficiales con quienes hablé sobre los efectos del terremoto a bordo, me dijeron que al sentir el sacudimiento y el pavoroso ruido, en que el fragor de la tierra convulsa se agregaba el estrépito de la ciudad que se derrumbaba, miraron hacia el puerto y sólo vieron una inmensa nube de polvo, de la que se alzó un terrible grito de horror y angustia. Lord Cochrane y otros marinos se arrojaron inmediatamente a un bote para acudir en socorro de las víctimas de la catástrofe, si aun había posibilidad de auxilio. Arrebatados por una impetuosa ola, tocaron tierra en un punto adonde jamás había llegado antes bote alguno. Viéronla en seguida retirarse enhiesta y horrible, dejando en seco numerosas lanchas y otras embarcaciones. No dudaron por un instante que volvería e inundaría la arruinada ciudad. No volvió y el fondo de la bahía ha subido como tres pies. Cada uno tenía algún extraordinario episodio que referir. La señora D. se encontraba sola en casa con sus niños, su padre y su esposo habían salido. Los criados huyeron al primer remezón. Ella estaba con los niños en un aposento del segundo piso; daba el pecho al menor mientras el mayor dormía en su cuna. En la imposibilidad de sacar a los dos a la vez, llegó a la cuna y apoyada en ella, con la criatura en los brazos, resolvió aguardar, presa de mortal angustia, lo que sucediera. Allí la encontró alguien que acudió en su auxilio y la llevó a bordo de un buque.

Después de pasar la mañana a bordo de la *O'Higgins*, escuchando con vivo interés estos emocionantes relatos, volví a Quinteros en la lancha de la *Lautaro*, que hizo el viaje en tres horas, y podría haberlo hecho en menos tiempo a no impedírselo el fuerte oleaje cuajado por el viento norte de ayer.

Domingo 29.

HOY SOLO UN TEMBLOR,
bastante recio.

Lunes 30

ANTES DE LAS 10 Y A LAS 2,
temblores acompañados de fuertes

estruendos. Rara vez tiembla sin ruido. Algunas veces precede al temblor un sonido semejante a una explosión; otras, los acompaña una especie de ruido sordo y prolongado; o se siente el fragor sin movimiento perceptible, aunque prueba que lo hay la agitación del mercurio en el termómetro.

Diciembre 1º

TEMBLORES SUAVES, PERO

frecuentes. Fuimos hoy a caballo al pueblecito de La Placilla, pasando por la hacienda de los Maitenes y por la laguna de Campiche, que deslinda con la hacienda de Quintero. Paisajes bellísimos. El valle de la laguna es muy fértil y productivo. La Placilla es un bonito lugar, que me recuerda algunos de Inglaterra. Está situado a orillas del riachuelo de la Ligua. Sus ranchos, rodeados de huertos y jardines, son excelentes en su género. Circundan el pueblo praderas y trigales y las montañas le forman un bello marco. A nuestra llegada, la gente venía saliendo de misa, la que se celebró bajo una ramada, en el cementerio, pues la iglesia y la casa parroquial, los únicos edificios de cal y ladrillo del pueblo, cayeron por tierra el 19, en su totalidad la primera, en parte la segunda. Encontramos al cura en un pequeño y sucio cuarto, su oficina probablemente, en la que había unos veinte libros viejos con grasientas cubiertas de cuero negro y un lío de lana en un rincón. Después de servirnos un poco de ron nos condujo sobre montones de escombros a otro aposento poco deteriorado, en que nos ofrecieron pan, queso, mantequilla, leche y aguardiente, invitándonos a merendar con él, a lo que accedimos de buena gana. Fuí en seguida a arreglar cuentas nada menos que con la hija del juez del pueblo, mi lavandera. En los antiguos tiempos, las reinas y las princesas lavaban para sus padres y hermanos, y no dudo que la princesa Nausicaa, * como las damas de por aquí, llevaba a lavar la ropa sucia al río. Fuerza es confesar que en figura y elegancia una joven lavandera chilena aventaja con mucho a las nuestras, pero si redonda o no en bien de la comunidad que las hijas de los administradores de justicia se dediquen a este oficio, es punto que dejo a la consideración y dictamen de personas más competentes que yo, aunque, si no me equivoco, hay algo contra ello en un estatuto del primer año del reinado de Jorge III, en que se declara que la independencia de los jueces debe considerarse necesaria para su rectitud. Pero estamos muy lejos de Inglaterra.

Diciembre 2.

HOY, UN SOLO TEMBLOR,
en las primeras horas de la mañana.

Recuerdo haber oído comentar con extrañeza la apatía de los habitantes de Caracas, que después de transcurrir algunos meses sin ninguna

* Hija del rey Alcino, que figura en la Odisea de Homero. N. del T.)

violenta convulsión terrestre y cuando sólo temblaba una vez cada cinco o seis horas, volvieron a reedificar sus casas. El hombre se acostumbra a todo. Aunque apenas han transcurrido quince días desde que en torno nuestro "cayeron por tierra templos y torres", y aunque vivimos en carpas y chozas levantadas alrededor de nuestros arruinados hogares, seguimos ocupándonos de nuestros asuntos y hasta de nuestras diversiones como si nada hubiera acontecido, y nos entregamos al sueño con tanta tranquilidad como si poco ha no hubiéramos visto a la tierra que pisamos bambolearse y perder su equilibrio. Y hasta nos queda tiempo para ocuparnos en lecturas de historia y poesía, a fin de comparar con los sucesos que hemos presenciado las descripciones de hombres que no fueron testigos de los luctuosos acontecimientos que nos refieren. Entre ellas se distingue por su belleza y verdad, la que nos da Childe Harold de la batalla de Trasimeno en que fué tal el furor y encarnizamiento de la pelea que los combatientes no sintieron un terremoto que durante ella sobrevino.

*"The earth to them was as a rolling bark
Which bore them to eternity; they saw
The ocean round, but had no time to mark
The motions of their vessel: Nature's law
In them suspend, reck'd not of the awe
Which reigns when mountains tremble, and birds
Plunge in the clouds for refuge, and withdraw
From their down-toppling nests, and bellowing herds
Stumble o'er heaving plains, and man's dread hath no words" **

El viento sur ha llegado ya con sus densas nubes de polvo que no nos permiten escribir. Para defender nuestros alimentos nos refugiarnos en una pequeña glorieta al abrigo de un cerro, y en un comedor dispuesto por la naturaleza, cuyas puertas y ventanas dan al mar, comemos y permanecemos hasta la caída de la tarde, y entonces nos

* La tierra era para ellos como un barco mecido por las ondas que los llevaba a la eternidad. Veían el océano en torno de ellos, pero no tenían tiempo para observar el movimiento del bajel. Las leyes de la naturaleza, suspendidas para ellos, no hacían caso del terror que reina cuando las montañas tiemblan y los pájaros se refugian en las nubes, abandonando sus derribados nidos, y los rebaños huyen mugiendo y desatentados por el convulso llano y el espanto hace enmudecer los labios del hombre. — Lord Byron, *Childe Harold's Pilgrimage*, Canto IV, estrofa 64. (N. del T.).

reunimos alrededor de una fogata frente a nuestras carpas * y charlamos hasta la hora de dormir. Difícilmente podríamos tener un compañeros mejor que don Benito; ** ha visto tantas cosas que nosotros jamás hemos visto ni oído, que nunca le falta algo nuevo que contarnos. En cuanto a memoria, creo que ni la misma sultana Scherezada le aventaja, motivo por el cual hemos bautizado sus relatos con el nombre de *Las mil y una noches peruanas*. Refiérenos historias de los estudiantes de Quito, que prueban que los profesores y estudiantes son allá lo que son y siempre han sido en todos los tiempos y países; historias de amor, que demuestran que los corazones juveniles pueden sentir, confiar, sufrir, en los valles de los Andes como en los de Europa, episodios de la revolución, en que se ve de cuánto son capaces las pasiones y afectos humanos. Estos son, con mucho, los más interesantes y de ellos podrían sacarse argumentos de tragedias y novelas. He aquí, por ejemplo, dos que nos refirió anoche.

Juana María Pola, de Santa Fe de Bogotá, era una mujer cuyo marido, hermanos e hijos estaban profundamente comprometidos en la causa de la revolución. Cuando los patriotas se apoderaron de Santa Fe, después de tomar los cuarteles de la infantería y caballería realistas, interrumpieron las hostilidades para reunir fuerzas suficientes con que atacar la artillería enemiga. Hubo, entonces, un intervalo en que "los más intrepidos contuvieron su aliento" Juana María encontró a su hijo entre las tropas, que esperaban refuerzos. —¿Qué haces aquí?— le preguntó. —Espero el momento de combatir por la patria. —Arrodíllate entonces y recibe la bendición de su madre. Nosotras las mujeres iremos adelante a recibir los primeros fuegos, y tú irás por sobre nuestros cuerpos a apoderarte de aquel cañón, y salvarás a tu patria—. Dió la bendición a su hijo, se precipitó delante de los soldados, y obtuvieron el triunfo. Desde ese día tuvo la intrépida mujer grado y paga de capitán. Pero los realistas reconquistaron a Santa Fe, y Juana María fué una de sus primeras víctimas. Lleváronla a la plaza del mercado y la fusilaron.

José María Melgado era un joven de distinguida familia y excelente educación. Se recibió de abogado a la edad de veintidós años y estaba por casarse con la joven a quien amaba. Cuando se levantó Po-

macao, uniósele al instante Melgado, a quien nombraron fiscal militar del ejército patriota. Poco tiempo después, el General Ramírez se apoderó del cuartel general de Pomacao, y Melgado, entre otros, fué tomado prisionero y condenado a muerte. Su familia y amigos gozaban de tanta influencia que podría haber obtenido el perdón sometiéndose a la real piedad y abrazando la causa realista. Pero fué sordo a todas las instancias y ni siquiera se le pudo arrancar una palabra de respuesta. Lleváronlo, por fin, al lugar de la ejecución. Un sacerdote vino a confesarlo, y en ese lugar y en esos solemnes momentos lo exhortó a que devolviera la paz a su conciencia reconociendo libre y plenamente su delito y sometiéndose al Rey, prometiéndole alcanzar su indulto si tal hacía. Contestóle con ardor que, menos que de nadie, era propio de un sacerdote perturbar los últimos momentos de un moribundo y recordarle intereses mundanos a los que ya había renunciado su alma, que era una insensatez hablarle de indulto, estando ya irrevocablemente sellado su destino, como él mismo lo sabía perfectamente, sí, y aún desde el momento en que se unió a Pomacao. —Un hombre— agregó —debe pensarlo muy bien antes de cambiar de opiniones o de partido, pero una vez que, después de meditarlo seriamente, toma su decisión, jamás debe apartarse de ella. Además, ya es tarde para hablarme de indulto o de cambio de ideas. Lo hecho, hecho está; no me arrepiento de ello. Creí mi deber abrazar la causa de la libertad de mi patria; lo mismo creo todavía, y estoy dispuesto a morir por ella. Mal está en un sacerdote, lo repito una vez más, que perturbe la tranquilidad de mi última hora.

El sacerdote se retiró. Melgado pidió permiso al ayudante para fumar un cigarro, diciéndole que sentía los nervios alterados y deseaba tranquilizarse. Obtenido el permiso, volvióse hacia los circunstantes y dijo:

—¿Quiere alguien darme un cigarro por amor de Dios?

Un soldado le pasó uno, que fumó hasta la mitad y arrojándolo al suelo dijo que ya estaba pronto y tranquilo. Acercóse el oficial a venderle los ojos. Lo rechazó exclamando: —Déjenme siquiera morir con los ojos libres— Se le observó que era necesario. —Bien, bien— replicó —Yo mismo me los cubriré.— Y cubriéndolos con su mano, manifestó que estaba pronto, y recibió la descarga.

Los sudamericanos abrazan sus causas con verdadero entusiasmo. Son ignorantes, oprimidos, indolentes y tímidos quizá. Pero lanzaron el grito de independencia; apareció en su horizonte la estrella de

* Supe después que esta fogata, que todas las noches veían desde Valparaíso dió ocasión a que se creyera que en Quintero había surgido un volcán. (N de la A.)

** Así llamaban en Quintero a Mr. Bennet, por corrupción de este apellido.

la libertad; y ni ésta volverá a eclipsarse por orden de España, ni a aquél impondrá silencio el hasta ahora irresistible talismán de la autoridad real. Las huestes han penetrado en las selvas vírgenes del nuevo mundo, escalado montañas, atravesado lagos y pantanos, para saludarse unos a otros como forjadores de la misma causa, como copartícipes de la recién conquistada libertad que están resueltos a dejar a sus hijos. Pasará tal vez largo tiempo antes de que estas naciones se ajusten y consoliden: sus formas de gobierno fluctuarán por muchos años, y correrá todavía mucha sangre por la causa de la libertad, pues, ¡ay! ¿Qué bien hay en la tierra que no sea comprado al precio de algún mal? Pero el cetro de hierro de la metrópoli no volverá a imperar sobre estos países.

Martes 3 de Diciembre.

LA TIERRA QUE PARECIA
haber recobrado su tranquilidad,

se sacudió hoy con violencia a las 3 30 A. M. y a las 9, a mediodía (largo y recio temblor con fuerte ruido), a las 2, y a medianoche el quinto y último, no inferior a los de los tres primeros días, con excepción del grande del 19.

Miércoles 4.

CUATRO FUERTES REMEZOS
antes de las 8 de la mañana pa-

recieron amenazar con una repetición de los que se siguieron al día 19 de Noviembre. Tembló después dos veces más, pero suavemente.

La noticias de la marcha de Freire se han hecho públicas, así como las de la reunión de la Convención provincial y su censura de la de Santiago por haberse declarado la primera asamblea representativa y porque se atribuye la facultad de aceptar la renuncia del Director y de reelegirlo, actos que se consideran ilegales. Se susurra que el Director piensa abdicar. Le ha herido profundamente lo que él llama la ingratitud de Freire, a quien fué adicto como un valiente a otro valiente y a quien siempre favoreció y patrocinó. Freire y sus soldados han llevado adelante con feliz éxito una larga y penosa guerra. No se les ha pagado, y se dice que Freire tiene otro motivo de resentimiento contra la familia del Director, y contra el Director mismo. El General Freire amaba apasionadamente a una joven que la batalla de Maipú dejó huérfana. Su amor era correspondido y esperaba casarse con ella. En su calidad de huérfana la joven estaba bajo la tu-

tela del Gobierno, que la dió por esposa a otro. Ella, con sus cuantiosos bienes de fortuna, fué arrebatada al hombre que la amaba para premiar, según dicen a un meritorio oficial. ¿Quién más meritorio que Freire? Este sufrió el ultraje, pero ¿puede haberlo olvidado? Se le propuso otro matrimonio que rechazó con indignación, infiriéndose así una doble afrenta a sus sentimientos.

Provocaciones menores que éstas han armado en otros tiempos naciones contra naciones, y en un país semicivilizado como este los sentimientos particulares tienen más participación en la suma total de las causas de las guerras civiles que en naciones más adelantadas, en que la cultura hace asemejarse a los hombres unos a otros y les da tanto dominio sobre las manifestaciones externas de sus sentimientos, que las emociones individuales rara vez tienen influencia fuera del círculo de la familia.

El General Freire nació en Chile, de padre europeo, no sé si francés o inglés. * No ha estado en Europa ni ha leído nada; posee en cambio poderosas facultades naturales, sagacidad y un carácter recto y generoso. Se ha consagrado completamente a las armas. Lo siento por Chile. En el estado actual del país cada día de tranquilidad es un gran beneficio para él, a pesar de su mal gobierno. Hay aquí buenos elementos, que para prosperar sólo necesitan tiempo y tranquilidad. Es muy lamentable que el mal proceder de los ministros desencadene la guerra civil, la peor de las plagas, y retarde el progreso de la nación, objeto de tantos esfuerzos y sacrificios. Podría dirigir a la República las palabras de un antiguo poeta:

*"Ill-fated vessel! shall the waves again
tempestuous bear thee to the faithless main?
What would thy madness, thus with storms to sport?
Ah! yet with caution keep the friendly port.
The guardian gods are lost,
Whom you might call in future tempests tost" **.*

Jueves 5 de Diciembre

HEMOS PASADO UN DIA MAS
tranquilo. Sólo hubo tres temblores.

* Ni francés ni inglés, sino español. (N. del T.)

** Desdichada nave! ¿De nuevo te llevarán las tempestuosas olas a la pérfida costa? ¿Qué locura es la tuya que así juegas con las tempestades? ¡Ah! Sé prudente y quédate en el puerto... Ya no existen los dioses tutelares a quienes podrias invocar en las futuras tormentas. Horacio, oda 14 del libro II. (N. del T.)

Viernes 6.

SOLO DOS TEMBLORES, PERO

el viento más fuerte de que tengo memoria. Día espléndido. La bahía, bella como nunca, con las blancas crestas de las olas sobre la superficie azul. Nos vimos obligados a refugiarnos en el bosquecillo, porque la arena penetra en el rancho por todas partes y casi nos ahoga. Até las ramas de quintral que cuelgan de los maitenes a los arbustos que crecen debajo de éstos, con lo que nuestro muro quedó más firme, y más elegante la ventana con vista al mar y a los cerros. Con una de las puertas que cayeron en el terremoto y cuatro postes enterrados en el suelo fabricamos una magnífica mesa de comedor.

7 de Diciembre.

TEMBLOR SUAVE A LAS 6 A. M., seguido de uno más fuerte.

Otro en la tarde.

Lord Cochrane llegó en el *Moctezuma* con el capitán Winter y los señores Grenfell y Jackson. Glennie, que parecía haber ganado terreno en los últimos quince días, tuvo hoy otro ataque.

Domingo 8

TEMBLOR MUY FUERTE.

Lunes 9.

TEMBLOR SUAVE, DÍA NUBLADO Y OSCURO; 65° Fahrenheit.

En la tarde, agradable paseo por la playa con Lord Cochrane. Fuimos principalmente con el objeto de ver los efectos causados por el terremoto en las rocas. En Valparaíso la playa se levantó como tres pies y algunas rocas quedaron descubiertas. En ellas han encontrado los pescadores una especie de ostra que creen no existía antes allí. Observamos grandes hendiduras en la tierra entre la casa y la playa. En las rocas se ven numerosas grietas evidentemente nuevas y todas en una misma dirección. Parecíamos que penetrábamos en los secretos del laboratorio de la naturaleza. A través de los lechos naturales de granito hay vetas de una pulgada a una línea de espesor, llenas la mayor parte de partículas blancas brillantes, probablemente cuarzo, y en algunas partes sobresalen un poco de la superficie de la roca. En otras las vetas tienen los bordes contorneados y las partículas blancas no las llenan sino que revisten parcialmente sus paredes. Las grietas producidas por este terremoto se distinguen

fácilmente por el filo de los bordes de las antiguas. Las que le corresponden en los cerros vecinos son mucho más anchas. En algunas partes la tierra se ha partido y caído, dejando descubierta la base rocosa de los cerros. En la playa, a pesar de la marea alta, muchas rocas cubiertas de moluscos muertos quedan en seco, lo que prueba que la costa se ha levantado como cuatro pies en la Herradura. Sobre estas conchas recientes encuéntrase otras más antiguas a diversas alturas en toda la extensión de la costa, como también cerca de las cimas de los cerros más altos de Chile, más aún, en los Andes mismos, según he oído. ¿Proviene de levantamientos del fondo del mar, producidos por convulsiones terrestres? De vuelta de nuestro paseo recogí en la playa, en una pequeña caleta de pescadores, un poco de arena o más bien polvo de hierro, muy sensible al imán e idéntico al que me trajeron no ha mucho de las islas de las Perlas. * Aquí las rocas son de granito gris, y el suelo, de arena mezclada con tierra vegetal y capas de piedrecillas y conchas que suelen elevarse a más de 50 pies sobre el nivel de la playa. Las tardes y las mañanas son de una belleza incomparable en estos lugares. Esta tarde, cuando volvíamos a la casa, los nevados Andes estaban vestidos de rosa y bermellón, y los cerros más próximos, de brillante púrpura, mientras el sol desaparecía en el mar, esplendoroso en un cielo sin nubes.

Martes 10

MIENTRAS COMIAMOS CON

Lord Cochrane y los señores Jackson, Bennet y Orelle sobrevino un temblor que excedió en fuerza y longitud a todos los ocurridos después del terremoto del 19 de Noviembre. Algunos salieron de la casa, ** pues ahora habitamos en la parte que de ella quedó en pie, y yo corrí al lecho del pobre Glennie, a quien causó el temblor una fuerte hemorragia que detuve con láudano. Poco después hubo un temblor suave y otro bastante recio a las tres y media. Soplaban un fuerte viento y el termómetro marcaba 65° Fahrenheit.

Miércoles 11.

A LAS 7,30 VIOLENTO REMEZÓN, acompañado de fuertes explosiones; otro a las 10, seguido de dos muy suaves.

* Grupo de islas del golfo de Panamá, N del T.).

** La parte construido de madera y enlucida resistió muy bien, pues sólo cayó el enlucido.

Jueves 12

A MEDIODÍA FUERTE TEM-
blor y poco después uno suave.

A nuestro regreso de una excursión a caballo por Valle Alegre y Campiche encontramos una gran cantidad de algas marinas y otra de moluscos muertos y fétidos, abandonados allí por el mar en la noche del 19 de Noviembre. Uno de los días más bellos de que tengo recuerdo. "Sobre la superficie del océano todo dormía menos el viento", que a su paso por entre bosquecillos de aromáticos arbustos recogía y nos traía perfumes embriagadores. No concibo un clima mejor que el de Chile ni más delicioso para los que en él habitan, y ahora que ya estoy acostumbrada a las convulsiones de la tierra me parecen un mal menor de lo que antes podría haber imaginado. La curiosa descripción que hace de Chile el antiguo Purchas * es tan exacta, como singular y pintoresco su estulo. *El pobre valle —dice hablando de Chile—, es de tal modo tiranizado por los meteoros y elementos que a veces tiembla de miedo, y en estos accesos de fiebre y escalofríos pierde sus mejores adornos. De esta suerte cayó por tierra Arequipa, una de sus más bellas ciudades, en el desastre de 1582. Y algunas veces los cerros también se contagian con esta fiebre pestilente y caen como muertos en el llano, asustando de tal modo a los tímidos ríos que huyen de sus lechos y buscan otros nuevos, o bien se quedan paralizados de espanto, y, faltándoles entonces el calor motor, les sobreviene una extraña hinchazón del vientre, que crece hasta formar extensos e inmóviles lagos. Los mares, al ver esto, detienen su curso y no se atreven a acercarse a sus amados ríos, que quedan a millas de distancia, de suerte que los buques tienen que naufragar necesariamente. Hallándose entonces la pobre tierra con la boca obstruida y el estómago sobrecargado, se ve obligada a abrirse otras bocas, por donde vomita torrentes de perjudiciales aguas. Nada digo de las bestias y de los hombres, que en estas guerras civiles de la naturaleza tienen forzosamente que sufrir crueles miserias.*

13, 14, 15 y 16 de Diciembre.

CUATRO TEMBLORES POR
día, acompañados de fuertes rui-

dos, y varias explosiones sin movimiento perceptible, semejantes

* Samuel Purchas, sabio y erudito teólogo inglés que, después de reunir más de mil docientas relaciones de viajeros ingleses y de otros países, las aprovechó para redactar sus curiosísimas *Peregrinaciones*, publicadas en 1625, en cinco volúmenes en folio (N del T.)

a cañonazos disparados en el mar. Me he ocupado en leer las acusaciones de San Martín contra Lord Cochrane y la contestación del Almirante. Las acusaciones son tan frívolas como despreciables, y precisamente calculadas para enardecer y fomentar la envidia que su talento y su doble calidad de extranjero y de noble han despertado contra él. Presentadas al Gobierno de Santiago durante la ausencia del Almirante y por conducto de personas cuya malevolencia agravó los cargos con pérfidas insinuaciones, han ofendido su honor a la vez que importan un peligro para su seguridad personal. Felizmente, ciertos íntimos sentimientos impidieron al Director dar crédito a algunas de esas acusaciones, y no ignoraba que existían documentos que refutaban otras. Por esta causa rogó a Lord Cochrane que no contestara inmediatamente a San Martín, temeroso de que la contestación envolviera a los Gobiernos de Chile y del Perú en dificultades o aun en una guerra. Ahora, sin embargo, alejado San Martín del Gobierno del Perú y no pudiendo ya resultar ningún mal de la refutación de las atroces calumnias que ha esparcido aquí y hecho llegar a las naciones extranjeras, Lord Cochrane le ha dirigido una carta en que no sólo se justifica, sino que también expone la bajeza y cobardía de su acusador. Aunque esta carta nada tuviera que hacer con la vindicación de Lord Cochrane o con las acusaciones de San Martín, el cuadro que presenta de la dirección de la guerra en el Perú haría de ella uno de los documentos más interesantes que se haya publicado sobre los asuntos sudamericanos.

17 de Diciembre

MR. GRENFELL LLEGO HOY

del puerto con importantes noticias. El General Freire está en Talca, y una división del ejército de Santiago tiene orden de estar pronto para atacarlo. Los marinos de la escuadra, a las órdenes del Mayor Hyne, partieron anoche a Santiago, por disposición del Ministerio de Marina, a reforzar las tropas del Director. Varias órdenes arbitrarias dadas a la escuadra han inducido al Almirante a volver al puerto y reasumir el mando. Ordenóse a la *Galvarino* estar pronta para salir, se susurra que con el objeto de tomar a bordo un personaje importante, probablemente San Martín, y conducirlo a Buenos Aires u otro lugar seguro, por temor de que le corten la retirada por Los Andes. Dióse anteriormente esta misma orden, y con el mismo objeto, según se cree,

aunque el buque debía mantenerse cerca de la costa y tomar al pasajero señalado en la desembocadura del Maipo. Pero la escuadra no permitió entonces su salida ni la permitirá ahora, pues tiene títulos sobre el buque, destinado a ser vendido para pagar a los oficiales y marineros. La *Lautaro* ha cargado sus cañones para echar a pique a la *Galvarino* si pretende moverse sin licencia expresa del Almirante. El fuerte ha cargado también los suyos, pero la escuadra se rie del fuerte y sus cañones. La vuelta de Lord Cochrane al mando, sin duda, pondrá de nuevo las cosas en orden.

El partido del sur ha desplegado actividad en tierra y en el mar. El capitán Casey, que lo fué de puerto en Talcahuano, manda un gran buque que llegó anoche a Valparaíso pero no ancló. Envío un bote a la *O'Higgins*, se supone que con el objeto de inducir a la escuadra a abandonar la causa del Director y a pronunciarse contra el Gobierno, a quién han jurado fidelidad los oficiales y la tripulación. Si tal fué su designio, ha fracasado. El capitán Casey siguió viaje a Coquimbo, donde probablemente tendrá mejor éxito. Ese puerto, como los del sur, es gravemente perjudicado con el reglamento de comercio; las tropas también están irritadas por la demora en pagárseles sus sueldos, y, si he de creer las noticias que traen los traficantes en ganados y otras personas, están a punto de sublevarse. Las tropas de Quillota y Aconcagua se han negado a marchar a la capital, y aunque se reclutan milicianos en todos los lugares vecinos, el Gobierno no puede contar con ellos con certeza. Se comienza a sentir la inquietud que precede a una guerra civil. Nuestras pistolas están limpias y tenemos provisión de balas. Estamos muy inquietos por el Almirante, que partió a caballo a la capital sin más compañía que la de un criado.

Miércoles 18 de Diciembre

TRES TEMBLORES SUAVES.

Jueves 19

LARGO TEMBLOR CON RUIDO muy fuerte, y varios suaves.

Viernes 20

VARIOS TEMBLORES SUAVES, que no sentí por estar a caballo.

Parece que los caballos y las mulas no sienten los temblores y ruidos sino cuando son bastantes fuertes.

Fuí a caballo a Valparaíso. La mañana estaba triste y brumosa.

No acierto a describir el efecto de un día como éste en el paisaje en las nueve millas que median entre Quintero y Concón. A un lado las dunas, desprovistas de verdor, al otro una fuerte marejada, ambas parecían interminables y como perdidas en la niebla, la que al disiparse de cuando en cuando por una ráfaga de viento, hacía que, las tierras distantes pareciesen suspendidas en el horizonte, y yo avanzaba con una especie de desesperada impaciencia para ver cómo terminaba aquello. Me sentía con disposiciones para filosofar un poco. Terremotos bajo mis pies, pensaba, preludios de guerra civil en torno mío, mi pobre primo enfermo y muriéndose, y mi noble amigo, el único y verdadero amigo que aquí tengo, próximo a dejar el país, al menos por algún tiempo. Todo esto me dejaba sin nada con qué contar fuera del presente, y, tal como el camino que en esos momentos recorría, el porvenir se me presentaba envuelto en densas nubes, o a lo sumo me permitía entrever apenas vagas vislumbres de lo que podría reservarse.

En casos como éste se despierta en el hombre cierta propensión a ver bajo un aspecto cómico sus infortunios. Más de una vez me sorprendí durante el camino sonriéndome al descubrir no sé que imaginarias semejanzas entre la vida humana y las escenas que me rodeaban, o al pensar en la mala estrella que había traído a una inglesa, esto es, a la más doméstica de las criaturas, casi a los antípodas, en medio de las conmociones de la naturaleza y de la humanidad. Pero así como jamás cae a la tierra un pajarillo sin que se repare en su caída, puedo estar segura de que no seré olvidada. Muchas veces tengo que recurrir a esta certidumbre para poder soportar males y molestias a los que nadie, ni aún el ser más vulgar, se sometería en mi dichoso país sin quejarse de su suerte.

La aparición de Mr. Miers en la pequeña roca cerca de la desembocadura del río dispuso mis sombrías reflexiones. Había venido a mostrarme el nuevo vado, porque el antiguo estaba peligroso, y seguimos juntos a la casa, en donde almorzamos. Emplé hora y cuarto en recorrer las doce millas, incluyendo el paso del vado, que no es fácil de encontrar y atravesar, pues el río, aunque de poca profundidad, es más ancho y correntoso que el Tamesis en el puente de Londres. Mr. Miers me acompañó al puerto. Después de hacer algunas compras (pues algunos comerciantes van durante el día a sus almacenes) y cambiar mis ropas de montar, fuí a comer a bordo de la *O'Higgins*

Lord Cochrane ha presentado dos veces su renuncia, y el Gobierno no la ha aceptado. Está firmemente resuelto a ausentarse por algún tiempo. Después de la comida, mientras esperaba un bote para ir a bordo de otro buque, apoyada en el coronamiento de popa de la fragata, me puse a reflexionar sobre las dificultades de mi situación actual y las que me aguardaban, especialmente si venían las lluvias antes de que Glennie fuera capaz de emprender viaje a otro lugar en donde pudiera vivir en una casa seca y sana, y sentí un abatimiento que muy pocos lances adversos (y he sufrido muchos y harto dolorosos) me habían ocasionado. No veía de dónde podría venirme algún auxilio, y he aquí que me vino de repente de donde no lo esperaba ni me habría atrevido a esperar. Lord Cochrane llegó a mí y solicitando bondadosamente mi atención me dijo que, estando próximo a alejarse del país, aliviaría su espíritu si consentía en volver a Inglaterra en su buque. No podía conformarme —agregó— con dejar a la viuda de un oficial inglés abandonada y sin protección alguna, en un país sembrado de ruinas y asolado por la guerra civil. Le repliqué que no podía dejar a mi primo enfermo y que había prometido a su madre velar por él. —No le exijo que lo deje— contestó Lord Cochrane —él también partirá con nosotros, y por cierto que no lo cuidaremos con menos solicitud y esmero que usted—. No pude contestar una palabra, ni siquiera dirigirle una mirada de agradecimiento, pero cualquiera que haya tenido un peso sobre su corazón, que parecía imposible de soportar o de aliviar, y vé que una mano generosa se lo quita con delicada bondad y cuando menos lo esperaba, comprenderá lo que sentí en aquel momento, adivinará una pequeña parte de la gratitud que llenó mi corazón y que no acerté a expresar.

21 de Diciembre

HOY UN TEMBLOR FUERTE

y varios suaves. Mis amigos ingleses están con relativa comodidad en los buques anclados en la bahía, por cuyas cámaras, o parte de ellas, pagan alquiler. El gobernador de Valparaíso y su familia viven en las barracas de los arsenales. Muchos de los más ricos se han ido a Santiago; los pobres y los de la clase media continúan acampados en los cerros vecinos. Al extraer los escombros de la ciudad se han encontrado más muertos de los que al principio se supuso que habría. Algunos comerciantes han armado carpas y casuchas de madera

en las calles más anchas y allí duermen y custodian sus mercaderías. Nadie se atreve a pasar la noche en su casa, con excepción de madame Pharoux, la linda esposa del dueño del hotel Francés. Siempre sonriente detrás de su mostrador, estas cosas *noues a Paris* apenas le merecen un ligero encogimiento de hombros. Por lo demás, el terremoto, que apagó los fuegos de todas las cocinas menos los de la suya, le ha dejado un buen provecho. Ha tenido suerte y la merece.

22 de Diciembre

SOLO TRES SACUDIMIENTOS

ligeros. Los preparativos de mi viaje me retienen todavía en Valparaíso. Paso el día empacando en tierra y comiendo con mis amigos a bordo. Duermo en un ángulo de la cámara en que se halla albergada la señora D. y su familia, a bordo de la *O'Higgins*. Con razón dice Shakespeare. "los infortunios obligan al hombre a familiarizarse con extraños compañeros". Ingleses y chilenos, hombres, mujeres y niños, nos encontramos reunidos en una familiar prosmiscuidad sólo explicable por los sufrimientos por los que, unos más, otros menos, todos hemos pasado.

23 de Diciembre.

LIGEROS MOVIMIENTOS QUE

fueron sentidos a bordo y en tierra. Fuí a Quintero con mi equipaje en la lancha de la *Lautaro*. Empleamos cuatro horas y media en el viaje. Mi llegada a Quintero no careció de importancia. Había dicho chanceando a mis amigos de ese lugar que estaba resuelta a celebrar con un *plum pudding* la Pascua de Navidad y que volvería con todos los materiales necesarios y a tiempo para hacerlo. Efectivamente, antes de embarcarme en el puerto me procuré pasas, azúcar, especias y frutas confitadas, pero no fuí yo la única en recordar la promesa, pues fuí saludada al llegar por Mr. Jackson con una chistosa poesía alusiva a las circunstancias. Para mí, que nunca, o sólo por casualidad, leo un libro nuevo, cuando algún comerciante norteamericano trae alguna reimpresión hecha en Filadelfia de una novela de Londres o Edimburgo (*El Pirata* * es la última que he visto), o un nuevo poema, ya sea de cien o cincuenta versos, sobre cualquier asunto, constituye un acontecimiento literario y como tal se le cele-

* de Walter Scott. Su primera edición se publicó en Edimburgo en 1822, es decir unos pocos meses antes de la fecha en que escribía la señora Graham. (N. del T.)

bra. Sea como fuere, estoy cierta de que ninguna oda de cumpleaños con excepción quizá de las famosas odas probatorias, causó jamás a sus lectores u oyentes mayor placer que nuestra budinesca rapsodia, y así como se levantaron las murallas de Tebas al son de la lira de Anfión, así también aderecé mis ciruelas y fabriqué mi budín con el acompañamiento de los versos de Mr. Jackson. Libre ya de mis inquietudes y alentada por la esperanza de verme pronto en mi patria, mi ánimo está dispuesto a gozar de todo.

25 de Diciembre.

DESPUES DE LA COMPLETA
tranquilidad de ayer nos sorprendió

desprevenidos a las 8 de la mañana un violentísimo temblor, casi tan fuerte como el del 19 de Noviembre. Siguiéronle otros menos intensos, que no nos alarmaron como el primero. Todos estamos ocupados en los preparativos para dejar esta deliciosa tierra, que lo es, a despecho de sus terremotos. Sentiría menos dejarla si la viera próspera y en paz; pero a cada momento nos llegan noticias y rumores de guerra. El pueblo de Coquimbo se ha declarado abiertamente en contra del Director, ha convocado un congreso provincial y se manifiesta resuelto a resistir al Gobierno de Santiago por todos los medios posibles.

26 de Diciembre.

HOY, SOLO DOS TEMBLORES.

27 de Diciembre.

CUATRO TEMBLORES HOY
supimos que en la capital rei-

na la mayor consternación. Dícese que los pagarés de Arcos tienen un descuento de 40 por ciento. El mismo los rechaza. Nos aseguran que un meritorio oficial fué reducido a prisión a consecuencia de una disputa que se suscitó sobre el particular y en que Arcos se condujo indignamente. Sea lo que fuere, ello es que el Gobierno demuestra su alarma recurriendo a tan miserables expedientes. A fin de parecer fuerte y rico, ha dictado decretos concernientes a la reconstrucción de Valparaíso, y se habla de grandes proyectos. Pero el golpe maestro es la orden dada al Almirante de poner los buques *O'Higgins* y *Valdivia* a disposición del comandante de marina so pretexto de que necesitan reparaciones, y de convertir a la *Lautaro* en transporte. Esto corresponde a tres fines. Se hará creer al pueblo que el Gobierno tiene suficientes recursos como para afrontar los

fuertes gastos que demandarán la reparación de los dos buques en las presentes circunstancias. Se despoja a Lord Cochrane de toda su autoridad, y como el Gobierno no le ha aceptado todavía la renuncia, sus enemigos lo consideran, con no poca satisfacción, como una especie de prisionero de Estado, y no dudo que, si a tanto se atrevieran, sería sacrificado a la misma malevolencia personal que inspiró las acusaciones que contra él se formularon en abril. Se quedará en el puerto hasta dejar a la *Lautaro* imposibilitada para navegar, ya sea quitándole los mástiles o de otra manera. Ha enarbolado su insignia en la goleta *Moctezuma*, lo único servible que hay actualmente en la bahía, pues la *Galvarino*, sin un sólo inglés a bordo, se hizo por fin a la vela con su permiso, a solicitud del Director, para ir a desempeñar una comisión reservada. Los que concertaron este golpe se olvidaron probablemente de la goleta. Pronto, a Dios gracias, estará fuera del alcance de los que así lo tratan en pago del bien que les ha hecho. Los marineros han sido pagados y despedidos. Quedan sólo los oficiales, y con sueldo íntegro. No se deben sueldos atrasados sino a la tripulación de la *Moctezuma* y a una parte de la *Lautaro*. Las tropas están descontentas y sospecho que el respeto a la persona del Director es lo único que mantiene aún en pie a su desgraciado gobierno.

28 de Diciembre.

HOY, ALGUNOS LIGEROS
temblores.

Domingo 29.

LA TIERRA HA ESTADO MUY
tranquila durante las últimas vein-

ticuatro horas.

Lord Cochrane llegó con D. y su familia. Estaban refugiados a bordo de la *O'Higgins*, y ahora que el buque ha sido desmantelado no tienen donde guarecerse. Aquí, al menos, encontrarán albergue entre las carpas y los ranchos y tranquilidad y bondadosas atenciones.

Formamos un abigarrado grupo, congregado en un extraño sitio. La parte principal de la casa yace en tierra delante de nosotros. Todo el maderamen ha sido removido, y las murallas blanqueadas yacen casi enteras delante de las ventanas de la parte habitable del edificio. Aun subsiste en pie un pequeño vestíbulo, que sirve de oficina al secretario del Almirante y en que duermen dos o más personas; un aposento, que por cortesía llaman mío, ocupado por Glennie, mi cria-

da y yo, además de lo que puede contener de mi ropa, libros y muebles, quedando el resto delante del cuarto, al aire libre, el aposento del Almirante, donde duerme en un sofá y atiende sus asuntos y en donde comemos todos cuando el viento no nos permite hacerlo en el rancho, sirviendo además, de despensa; y por último, el cuarto que ocupan Mr y Mrs. D, sus dos niños y dos criadas. Mr. Bennet llamado comúnmente don Benito, ha armado una carpa en un bosquecillo a poca distancia de la casa, el rancho sirve de albergue a nuestro prisionero don Fausto, y una extraña colección de sirvientes y holgazanes se asila en las semiderruidas cocina y bodega. ¡Tales son los habitantes y tal es el actual estado de la casa de Quintero! La calamidad que cayó sobre el país ha reunido a personas a las que ninguno otro conjunto de circunstancias podría haber puesto en íntimo contacto, personas tan diferentes unas de otras en educación, hábitos y modales como en posición social y carácter, y sólo transitoriamente unidas por una imperiosa necesidad común. ¡Y la casa, todavía inconclusa y en cuya construcción se consultaba la comodidad y hasta la elegancia, convertida en un montón de ruinas!

*Martes 31 de Diciembre
de 1822*

LA TIERRA HA ESTADO SOSEGADA últimamente. Una o dos veces durante el día y generalmente

otras tantas durante la noche, hay ligeros movimientos y de cuando en cuando fuertes ruidos, pero nada alarmante. Los preparativos de viaje nos dejan poco tiempo para preocuparnos de otras cosas. Hemos sabido, sin embargo, que el descontento contra el Gobierno cunde día a día, especialmente en el norte, y que la Convención de Coquimbo hace lo posible por procurarse recursos con qué resistir a O'Higgins. Envió 20.000 pesos a Freire.

Después de comer vamos, generalmente, a la playa a gozar de la vista y de la música del mar, que son "como las dichas que pasaron, dulces y melancólicas para el alma". Hoy permanecemos largo tiempo en el promontorio de la Herradura para ver ocultarse en el Pacífico el último sol de 1822, y después que se perdió en el mar nos quedamos contemplando las cimas de los Andes doradas por sus rayos. Las olas nos rodeaban casi enteramente. Hacia el lado de la tierra y hasta donde podían alcanzar nuestros ojos no se veían más que ruinas de moradas humanas. Las sombras de la tarde nos impedían distinguir los peque-

ños espacios cultivados usurpados aquí y allá a los espesos jarales que se extienden hasta los cerros. El ganado se había retirado a los bosques, y fuera de las aves nocturnas que revoloteaban en torno nuestro, ningún ser animado nos recordaba que aun pertenecíamos al mundo de los vivos. Mis pensamientos volaban a otros tiempos ya lejanos en que la vida y sus goces eran jóvenes, en que tuve corazones que simpatizaban con el mío y amigos que sentían conmigo. El último sol del año pasado se ocultó dejándome esperanzas, confianza casi; pero ahora la generosidad de un hombre, casi un extraño para mí, ofrece a mis penas un alivio pasajero. El dolor y la muerte han hecho de mí su presa, mis mayores esperanzas se han desvanecido, y tendré que buscar algo que llene mi vida para que no me sea insoportable.

Mi compañero me sacó de mis reflexiones recordándome lo avanzado de la hora. Volví a la casa en silencio y entregada siempre a mis penosos, pero no ingratos recuerdos. Así terminó este año. Quizá el más triste de mi vida.

1º de Enero de 1823

RAZON TUVO YOUNG PARA

exclamar "¡Dulce restaurador de la fatigada naturaleza, reparador sueño!" Esta bella y fresca mañana me ha despertado a la vida, a la esperanza, a la certidumbre de que, suceda lo que suceda, este año no puede ser tan funesto como el pasado. No tengo ya nada que perder, y sí, algo que ganar en cada pequeño goce que me depare la suerte.

Los inconvenientes de vivir con tanta gente se hacen mayores a medida que avanzan nuestros preparativos de viaje. Lord Cochrane ha mandado armar carpas en la playa, a las que se trasladará inmediatamente mi equipaje y después una parte de los huéspedes. He cumplido solícitamente mi misión y tengo la satisfacción de ver que la salud de mi inválido va mejorando gradualmente

2 de Enero.

POR FIN, HEMOS DEJADO A

los numerosos huéspedes de Quintero. El comedor ha sido transportado cerca de las carpas. La familia D queda en tranquila posesión de la casa, con el administrador de la hacienda, que ha establecido allí un saladero en que ha preparado carne de buey por valor de cerca de diez mil pesos, tan buena como la mejor de Irlanda. Nuestra nueva resi-

dencia forma una línea a lo largo de la playa, en el orden siguiente: primero, el rancho que nos sirve de comedor, cerca del cerro, con una choza de pescadores en que hemos instalado la cocina y un manantial de agua dulce; segundo, una gran carpa, dividida por un biombo en dos departamentos, uno para Glennie y el otro para mí; tercero, la carpa que ocupa Lord Cochrane, cuarto, otras, ocupada por el equipaje y un cuidador; quinto, la de Mr. Jackson, sexto, la de don Fausto, y por fin, la de Carrillo. Don Benito ha armado la suya fuera de la línea y detrás de las anteriores, de modo que cada uno dispone ahora de su departamento independiente, y todos pueden reunirse en el rancho cuando les place. Las olas llegan hasta unas pocas varas de nuestras carpas, ondeando suavemente frente a ellas y rompiendo un poco hacia la izquierda alrededor de las rocas y de los restos del *Aguila*, una de las presas tomadas por el Almirante en Guayaquil. Los moluscos lo han invadido, interior y exteriormente, y a esta circunstancia debemos uno de nuestros más exquisitos manjares, el gran *barneacle* comestible, conocido aquí con el nombre de pico. Mandé a mi criada a Concón a que se encargara del cuidado de los niños de la señora Miers. Aquí estaba demás, y no creo que la vida a lo Robin Hood que llevamos sea muy conveniente para una muchacha bien parecida. Allá no correrá peligro y se sentirá feliz.

3 de Enero.

HOY ARMÉ LA PRENSA LITO-
gráfica en la carpa de Lord Cochrane

para imprimir la siguiente proclama a los chilenos, que espero tener lista mañana.

Chilenos, mis compatriotas

Quintero, Enero 4 de 1823.

El enemigo común de América ha sucumbido en Chile. Vuestra bandera tricolor tremola en el Pacífico, afianzada con vuestros sacrificios. Algunas conmociones intestinas perturban a Chile; no me toca investigar sus causas ni acelerar o retardar sus efectos, sólo me es permitido desear que el resultado sea favorable a los intereses nacionales

¡Chilenos! Habéis expulsado de vuestro país a los enemigos de vuestra independencia; no mancilléis acto tan glorioso alentando la

discordia y promoviendo la anarquía, el mayor de todos los males. Consultad la dignidad a que os ha elevado vuestro heroísmo; y si os véis en la precisión de adoptar alguna medida para afianzar vuestra libertad nacional, juzgad por vosotros mismos, obrad con prudencia, y dejad guiar por la justicia y la razón.

Cuatro años hace que la sagrada causa de vuestra independencia me llamó a Chile. Os ayudé a conquistarla y la he visto consumada. Sólo resta ahora conservarla.

Os dejo por algún tiempo, a fin de no mezclarme en asuntos ajenos a mi deber, y por otras razones que guardo por ahora en el silencio para no fomentar el espíritu de partido.

¡Chilenos! Sabéis que la independencia se obtiene con la punta de la bayoneta. Sabed también que la libertad se funda en la buena fe y en las leyes del honor, y que aquellos que las contravienen son vuestros únicos enemigos, entre los que nunca encontraréis a

Cochrane

Nos proponemos también imprimir otra dirigida en la misma fecha a los comerciantes ingleses y de otras nacionalidades establecidos en Valparaíso. Dice así.

A los Comerciantes de Valparaíso

Quintero, Chile, Enero 4 de 1823

Señores:

No me es posible dejar este país sin manifestaros la viva satisfacción que me causa el ver la extensión que se ha dado a vuestro comercio, abriendo a todos el tráfico de estas vastas provincias, sobre las cuales alegaba España en otro tiempo un exclusivo derecho. La escuadra que mantenía ese monopolio ha desaparecido de la superficie del océano, y la bandera de la independencia de la América del Sur tremola por todas partes triunfante, protegiendo aquellas comunicaciones que entre naciones son el manantial de riqueza, poder y prosperidad.

Si para el logro de este gran objetivo se impusieron algunas restricciones, sólo fueron aquellas que sanciona la práctica de todos los

Estados civilizados; y si bien ellas han herido los intereses inmediatos de un pequeño número que deseaba aprovecharse de las circunstancias accidentales presentadas durante la lucha, es satisfactorio saber que semejantes intereses sólo han sido pospuestos por el bien general. Si hubiese, sin embargo, algunos que se considerasen agraviados con mi conducta, les ruego que me hagan saber sus quejas, para tener la oportunidad de darles una respuesta particular.

Espero me haréis la justicia de creer que no he tomado la determinación de alejarme de estos mares, hasta no ver que nada quedaba por hacer, según los medios de que podía disponer, en vuestra ventaja y seguridad.

Tengo el honor de ser, señores, su muy adicto y humilde servidor.

Cochrane

Mr. C., que conoce el manejo de la prensa mejor que nosotros, se ha ofrecido para ayudarnos a sacar las reproducciones.

Me agrada esta rústica vida al aire libre, el más insignificante suceso nos interesa, y como nunca sabemos lo que vendrá o acaecerá después, el aguijón de la curiosidad nos mantiene en constante expectativa el día entero. Lo único seguro es nuestro paseo de la tarde. Algunas veces nos entretenemos en examinar los efectos del terremoto y creemos descubrir las huellas de otros incomparablemente más violentos, ocurridos en épocas remotas. Además del placer que nos causa la contemplación del mar, de la tierra y del cielo, no nos faltan otros pequeños pasatiempos. Vamos, por ejemplo, al jardín, que prospera admirablemente y nos ocupamos en coleccionar semillas de las plantas silvestres del país, aunque por lo temprano de la estación hay todavía pocas maduras.

5 de Enero.

HEMOS PERDIDO OTRA VEZ al Almirante por algunos días.

Trasladamos la prensa litográfica a mi carpa, donde podemos trabajar con más libertad a cualquier hora, sin interrumpir ocupaciones ajenas y sin que tampoco nos interrumpan. El trabajo habría marchado a las mil maravillas si no fuera que la tinta enviada por los fabricantes de prensa para la exportación es de tan mala calidad que nos vemos obligados a renovar la escritura en la piedra con mucha

frecuencia, de modo que en igualdad de tiempo podríamos haber hecho a pluma el mismo número de copias.

9 de Enero

HOY NOS SORPRENDIO LA

llegada a la bahía de un gran buque que permaneció varias horas lejos de la costa. En las actuales circunstancias todo despierta sospechas, y como el Almirante ha estado ausente más tiempo del que esperábamos y sin escribir, comenzamos a estar un poco alarmados por él.

Según las noticias que circulan, la actual contienda no tardará en decidirse. Freire llegó al Maule, a seis días de Santiago. Aunque el Director protestó al principio de que jamás abandonaría a Rodríguez, parece ahora que no sólo el ministro sino también sus medidas y el reglamento han sido sacrificados, probablemente demasiado tarde para salvar el resto. Es indudable que hubo voluntad para reprimir los abusos y debilidad para tolerarlos, y que el respeto y el amor al Gobierno ha disminuido en proporción a esa debilidad. Lo siento en el alma por el Director. Estoy convencida de que sus intenciones fueron buenas y no puedo olvidar sus bondades para conmigo. *

10 de Enero.

LORD COCHRANE REGRESO

en el *Moctezuma*. Todo lo relativo a nuestro viaje está ya acordado. Nos embarcaremos en el bergantín *Colonel Allen*, que vendrá con ese objeto a Quintero. Esperamos que llevará anclas antes de una semana. Todos trabajan ahora activamente: los peones del administrador salan carne en el cerro, los carpinteros clavan cajones, otros individuos cortan tiras de cuero para cuerdas, los secretarios escriben, la prensa litográfica funciona, los marineros ajustan maderos para construir balsas o armadías en qué transportar la carga al buque; y en medio de todo esto, personas que van y vienen, ingleses y de otras nacionalidades, a despedirse del Almirante, o, siento decirlo, para darse la triste satisfacción de manifestar su ingratitud. Hombres por quienes él ha hecho tanto, hombres que le deben todo lo que son y todo lo que

* Recordaré aquí el capítulo primero del libro segundo de los comentarios de Delolme sobre la Constitución de Inglaterra, desde el párrafo que comienza: *Si volvemos los ojos a todos los países libres*, hasta la conclusión de la cita de la historia de Florencia por Maquiavelo, pasaje en que se refieren los sucesos ocurridos en Chile desde 1810, año en que los Carrera abrieron el camino a todos los acontecimientos posteriores.

valen, le echan en cara el fracaso de sus propias ambiciones, como si hubiera podido repartir a manos llenas títulos o distinciones honoríficas o disponer de los fondos públicos. A su regreso de Acapulco hizo en este sentido por ellos lo que hizo por él mismo: obtener de los ministros una promesa solemne de que se les pagarían y recompensarían sus servicios. Si algunos de los oficiales han celebrado contratos privados en provecho personal, ellos saben mejor que nadie en qué condiciones los han estipulado. Sin embargo, en este país, y entre sus mejores ciudadanos, hay quienes respetan sinceramente al Almirante; pero yo creo que en la amistad como en el amor, *ce n'est pas tout d'être aimé, il faut être apprécié*, y aquí conozco escasamente a uno solo que sea capaz de apreciarlo en lo que vale; de suerte que hasta los homenajes que recibe son indignos de él. ¡Oh, si estuviera en su patria!

17 de Enero.

POR FIN YA ESTA TODO A

bordo y nosotros listos para par-

tir Esta mañana Lord Cochrane y yo subimos a las cumbres de casi todos los cerros que hay entre la casa de la Herradura y el mar. Quizá sea ésta la última vez que él recorra estos lugares por los cuales tanto ha hecho y yo probablemente no volveré a ver los sitios en donde, a pesar de tantas aflicciones, he vivido tantos y tan gratos momentos. Tenemos una numerosa colección de semillas y raíces que espero ver brotar y florecer en mi tierra, para que me recuerden a ésta en donde encontré una cariñosa hospitalidad que jamás olvidaré. * En cuanto al Almirante, a pesar de no habersele recompensado dignamente sus servicios, recordará siempre con satisfacción que fué útil a la gran causa de la independencia sudamericana y a los habitantes de este país, quienes le deben las primeras ideas de muchos adelantos en la agricultura, en las artes y hasta en el gobierno, ideas que algún día darán fruto. En este respecto, sus recuerdos de Chile no pueden menos de ser gratos.

De vuelta a las carpas encontramos a varios amigos que venían a despedirse de nosotros, aunque para decir verdad las carpas ya no existían y sólo quedaba el rancho, en el cual comimos muy alegremen-

* En 1909, mientras se imprimía en Chile la primera edición del *Diario de María Graham*, un bulbo de la planta que aquí se llama mancaya floreció en el jardín de los señores Lee y Kennedy, en Hammersmith. Recibió el nombre científico de *Cyrtanthia cochranea*. (N del T.)



PLAYA DE JUAN FERNÁNDEZ.

te, aunque con poquísima comodidad, pues, fuera de unos pocos cuchillos y platos, todo estaba ya en el buque. Improvisamos tenedores de madera y los cuchillos pasaron de mano en mano. Un trozo de carne asada al aire libre y algunas patatas al rescoldo, fué nuestra última comida en la Herradura.

18 de Enero.

ANOCHE DORMIMOS A BORDO. La mañana se empleó en hacer

provisión de leña y agua. A las seis el capitán Crosbie fué a bordo del *Moctezuma* a arriar la insignia de Lord Cochrane * dándose así por terminada su autoridad naval en Chile. Disparóse un cañonazo, y la insignia fué llevada a bordo del *Colonel Allen* y entregada a su señoría, quien la recibió de pie en la popa, sin revelar emoción, y recomendó que la guardaran cuidadosamente. Algunos de los que lo rodeaban dieron signos de estar vivamente impresionados. Con esa bandera les había mostrado muchas veces el camino de la victoria y siempre el del honor.

Quintero se va perdiendo más y más en el horizonte; sólo Dios sabe si lo volveremos a ver.

Lord Cochrane adoptó por patria a Chile. El Gobierno lo trató mal, y ahora, cuando le sería fácil, si lo quisiera, vengarse de los malos tratamientos que ha sufrido, se retira. No ignoro que hay quienes creen justo y conveniente que todos los hombres honrados tomen parte en las conmociones civiles para que los mejores y más prudentes procuren la reconciliación de los bandos. Esto puede convenir a los naturales de un país, pero de ninguna manera a un extranjero, y mucho menos a un extranjero de noble alcurnia y cubierto de glorias militares, en quien podría suponerse que uniría al poder el deseo de hacer imperar su autoridad. En este caso, después de haber librado al país de un enemigo extranjero y afianzado su independencia nacional, es prudente, es noble, es generoso, mantenerse lejos de las discusiones internas y dejar que los hijos del país sean los árbitros de los problemas que le atañen. La ley y la justicia sólo pueden preservar a los ciudadanos de males externos, pero no deben entremeterse en sus asuntos de familia.

* La bandera que usaba a bordo de la O'Higgins había sido enviada antes al Gobierno. (N. de la A.).

22 de Enero

DEL 18 AL 21 TUVIMOS MUY mal tiempo y mar agitado. Esta mañana divisamos a proa y a través de la niebla la isla de Más Afuera, a unas siete leguas de distancia. Un poco después pusimos proa hacia Juan Fernández, donde completaremos nuestra provisión de agua. Mucho habría sentido, en verdad, dejar el Pacífico sin conocer la isla de Alejandro Selkirk, quien, con el nombre de Robinson Crusoe, es, después de Don Quijote, el prototipo del más interesante de los héroes de novela.

24 de Enero.

AYER Y HOY, JUAN FERNÁNDEZ a la vista. Aunque navegábamos a velas desplegadas, no pudimos llegar sino en la tarde, poco antes de ponerse el sol. Es una isla sumamente pintoresca, formada enteramente por grandes rocas perpendiculares y hermosos valles, en el más vasto de los cuales se ven las ruinas de una pequeña ciudad, que realzan lo curioso del conjunto. Cuando anclamos era demasiado tarde para bajar a tierra, pero permanecemos sobre cubierta hasta tarde, admirando la extraordinaria belleza de aquella escena, iluminada por la luz de la luna.

25 de Enero.

ANTES DE ACLARAR, LORD Cochrane y los demás caballeros bajaron a tierra con el objeto de subir el elevado cerro que se alza detrás del puerto y divisar desde la cumbre el otro lado de la isla, donde dicen que hay llanos cultivables. Los ví escalar un altísimo picacho, y después desembarqué con Glennie y otros para recorrer un poco la isla y comer. Su Señoría y compañeros volvieron muy contrariados de su excursión. El contramaestre del bergantín, que algunos años antes pasó varios días en la isla, se ofreció para guiarlos, pero en vez de llevarlos a la cima más elevada los hizo escalar trabajosamente un áspero picacho de 1.500 pies de altura, rodeado de otros más altos aún, de suerte que desde la cumbre no se veía más que desde abajo. Lord Cochrane trajo de allí un trozo de lava negra, pesada y porosa, y un poco de arcilla dura y llena de celdillas, cuyo interior parece estar ligeramente vitrificado. La isla se compone principalmente a lo que parece, de esta lava porosa cuyas estratas, cruzadas en ángulos rectos por una lava negra y com-

pacta, descienden hasta el mar con una inclinación de 22 grados en el lado Este, y de 16 grados en el opuesto y convergen hacia el centro. Los valles son fertilísimos y surcados por numerosos arroyos que aquí y allá forman pantanos en los que abundan el berro y otras plantas acuáticas. El suelo es por lo común de color ocre rojizo, hay montículos y bancos de arcilla roja, y encontré una especie de cenizas volcánicas, parecidas a la puzzolana, y algunos fragmentos de piedra pómez. El pequeño valle en que se halla la ciudad, o mejor dicho, sus ruinas, es bellísimo, cubierto de árboles frutales, flores y hierbas aromáticas, y en la parte próxima a la costa, hay rábanos y avenas marítimas. Juan Fernández sirvió en otro tiempo de penal para prisioneros políticos, ignoro desde cuándo, probablemente desde la revolución o poco antes, pues sobre la puerta de la destruida iglesia se lee esta inscripción

*La casa de Dios es la puerta del cielo, y
se colocó el 24 de Septiembre de 1811*

Había un pequeño fuerte en la playa, del cual no quedan sino los fosos y parte de un muro, y otro, desproporcionadamente grande para el lugar, en un punto elevado y estratégico. Este tenía un cuartel para la guarnición, actualmente en ruinas, como la mayor parte del fuerte; sólo quedan en pie el muro del frente, el asta de la bandera y una torrecilla. Bajo el asta yace un hermoso cañón de bronce, fundido en España en 1614. Subsisten algunas casas y chozas en regular estado, aunque la mayor parte de sus puertas, ventanas y techos han sido sacados o empleados como combustible por las tripulaciones de buques balleneros u otros que han tocado en la isla.

La condición de la colonia fué floreciente durante algunos años. Los desterrados cultivaban legumbres y árboles frutales, que prosperan aquí en forma admirable, tanto que muchas especies se han vuelto silvestre y multiplicado hasta el punto de servir para el abastecimiento de los buques, que procuraban a los reos algunos medios con que hacer menos penoso su destierro. Esto, sin embargo, no tardó en suscitar envidias y recelos, y las autoridades lo prohibieron a los desterrados. Prohibióselos también el cultivo de la vid, al que el terreno de la isla era extraordinariamente favorable, y los rebaños fueron arrojados con perros de los bosques, para que los colonos no se hicieran

demasiado independientes. No obstante, la colonia se mantuvo durante algún tiempo, y los buques tocaban a menudo en la isla, especialmente para proveerse de agua, que es mejor y más abundante que la de Valparaíso y se conserva más tiempo en el mar; pero, después que se prohibió a los prisioneros abastecerse de provisiones, éstas eran enviadas por el Gobierno.

A mediados de 1821 estalló un motín contra el gobernador, encabezado por el norteamericano Brandt y en que se creyó implicado a uno de los malogrados Carrera de Viña del Mar, que se hallaba desterrado en la isla por motivos políticos y fué muerto en el primer disturbio, de modo que resultó imposible saber a punto fijo si tomó parte o no en la conspiración. He oído que uno de los confinados, que le guardaba rencor por una antigua ofensa aprovechó el motín para vengarse de su enemigo. Los insurgentes, después de encerrar al gobernador y vencer a la guarnición, se apoderaron de los botes de un buque ballenero norteamericano, que se hallaba allí anclado, con intención de embarcarse en él y huir a algún país extranjero, pero el buque, dejando sus botes en poder de los amotinados, se hizo a la vela hacia Valparaíso, donde dió cuenta de lo ocurrido en la isla.*

A consecuencia de la insurrección de Brandt el Gobierno de Chile resolvió abandonar la colonia. La guarnición fué retirada, desmantelado el fuerte, y la isla privada de todo lo que pudiera ofrecer medios de subsistir a los futuros habitantes. El Gobierno, sin embargo, publicó a principios de este año un manifiesto en que expone sus títulos sobre la isla y prohíbe a cualquiera persona establecerse en ella, matar el ganado o sacar madera de los bosques.

Después de andar largo tiempo por entre las derruidas chozas y los jardines volví al lugar en donde había dejado a mis compañeros, que durante mi ausencia habían dispuesto un comedor en un sitio delicioso. Bajo la sombra de dos enormes higueras hay un pequeño claro circular limitado por un cristalino arroyuelo, que en su rápido descenso salta de piedra en piedra, mezclando sus murmullos con los de la brisa y el mar. Aquí encontré a Lord Cochrane y a los demás sentados alrededor de un mantel de hojas de higuera cubierto con provisiones traídas del buque y frutas de la isla que, aun no estaban

* El comodoro de S. M. B. lo comunicó al Brasil y a las colonias españolas para que las naves mercantes inglesas se abstuvieran de tocar en la isla, por temor de que los sublevados se apoderaran de ellas. (N de la A.)

completamente maduras. Refrescamos el vino en el arroyo, y servían de decoraciones a nuestro rústico comedor el frondoso follaje de los árboles, cargados de frutas, y las flores del cerro que dominan las ruinas del fuerte, cuya imagen se reflejaba en la plateada y murmurante superficie del arroyuelo.

Terminada la comida, fuí con Lord Cochrane al valle que llaman Parque de Lord Anson. Encontramos en el camino numerosas plantas y hierbas europeas, "allí donde en otro tiempo lució sus encantos el jardín y donde sólo florecen hoy plantas silvestres". En los semidestruidos setos, deslindes de los antiguos campos, vimos manzanas, peras, membrillos y cerezas casi maduras. Como el terreno sube rápidamente desde la playa hasta los valles, y la hierba estaba resbaladiza, el paseo nos fatigó un poco. Nos sentamos bajo un frondoso membrillo, sobre una alfombra de toronjil rodeada de rosales, a descansar y recrear los ojos con la hermosa vista que teníamos delante de nosotros. Lord Anson no exageró la belleza de este lugar y lo delicioso del clima. A pesar de lo temprano de la estación cogimos exquisitos higos, cerezas y peras, a los que sólo faltaban para su perfecta madurez unos pocos días de sol. Sentí dejar este pintoresco sitio y tener que volver al desembarcadero para encerrarme de nuevo en la estrechez y obscuridad del buque.

En el desembarcadero los buques se aprovisionan de agua dulce. Un pequeño dique, construido con las piedrecillas de la playa, forma allí una caleta para los botes, en las inmediaciones de una vertiente, que un canal conduce hasta la caleta, de modo que los marineros, sin necesidad de bajar a tierra, pueden llenar las pipas por medio de mangueras con el agua más pura y deliciosa. Algunos viejos cañones, medio enterrados en la playa, sirven para amarrar los buques, que están más seguros mientras más cerca de tierra fondean. Soplan a veces de la montaña fuertes ráfagas de viento que sólo duran unos pocos minutos. Durante nuestra ausencia Glennie se entretuvo en calcular la mayor altura de la isla, que estima en unos 3.000 pies.

26 de Enero

BAJE TEMPRANO A TIERRA

con los marinos llevando la intención de hacer algunos croquis y de coleccionar plantas en los cerros. Mientras ellos realizaban su plan de subir al punto más elevado para divisar el lado opuesto de la isla, yo me quedé

atrás. Pronto los perdí de vista, el buque estaba fuera del alcance de mi voz, en la playa no había ningún bote, y yo me encontraba enteramente sola en medio de las ruinas de la que en otro tiempo fuera una colonia floreciente. No permanecí allí largo tiempo. Arrastrándome, más que corriendo, porque lo abrupto del terreno me obligaba con frecuencia a valerme de las manos para subir, llegué a un paraje en que ciertas señales de cultivo me indujeron a buscar hierbas o plantas exóticas y encontré una cantidad considerable de vides, en estado silvestre, abundantes hierbas comestibles, especialmente perejil, y, a orillas de los manantiales, gran profusión de menta, la que supongo indígena, como la fresa y las cerezas silvestres.

Hallábame en un sitio enteramente solitario en que nada revelaba el paso o la presencia del hombre y donde parecía estar excluida de toda comunicación con algún ser viviente. Sola, en medio de este gran desierto, mi primer impulso fué exclamar con el poeta.

*Y am monarch of all I survey
My right there is none to dispute **

Luego sentí, sin embargo, que la soledad absoluta es tan desagradable como contraria a la naturaleza, y una vez más acudieron a traducir mis sentimientos los exquisitos versos de Cowper:

*Oh, solitude! where are the charms
That sages have seen in thy face?
Better dwell in the midst of alarms
Than reign in this horrible place ***

Y repetí una y otra vez todo el poema, hasta que, viendo que dos de mis compañeros venían bajando el cerro, corrí a su encuentro, como si realmente hubiera estado "fuera del alcance de la humanidad". Eran Lord Cochrane y Mr. Sheperd, que, después de llegar a la cima que comunica los dos lados de la isla y divisar la parte opuesta, dejaron a los demás proseguir su excursión por los bosques.

* Soy monarca de todo cuanto se extiende ante mi vista; no hay nadie que me dispute mi derecho. Así comienza una bella poesía de Cowper, que éste supone compuesta por Alejandro Selkirk en la isla de Juan Fernández. (N del T.)

** ¡Oh! soledad! ¿dónde están los encantos que los sabios hallan en tí? Es preferible vivir en medio de sobresaltos y peligros a reinar en este horrible desierto. Segunda estrofa de la citada poesía de Cowper. (N del T.)

Dicen que no hay allá terrenos planos ni diferencia notable en la vegetación. Vienen entusiasmados con la belleza de los paisajes, y me trajeron espléndidas flores y plantas, fucsias, andrómedas, arrayanes, etc., y, sobre todo, una bellísima planta de flores monopétalas, hojas brillantes y flores bayas de hermoso color purpúreo. No conozco ninguna otra que se le parezca. Mientras arreglábamos las plantas y flores en nuestro comedor bajo las higueras, llegaron los demás excursionistas, con la noticia de haber descubierto vestigios de seres humanos, restos de carbones recientemente apagados y un caballo que presentaba signos indudables de haber sido ensillado hacía poco, de lo cual dedujimos que probablemente había en la isla algunos vaqueros ocupados por cuenta del Gobierno en hacer charqui y preparar cueros para Valdivia, suposición que muy luego vimos confirmada.

Después de comer fuimos a la parte occidental de las ruinas del pueblo, y allí admiramos la extraordinaria regularidad de la estructura de las rocas y algunas curiosas cavernas parecidas a las de Monte Albano. En una de las mayores hallamos una cabra muerta, que naturalmente nos hizo pensar en Robinson Crusoe. Estos animales abundan en la isla, pero, aunque en mi paseo de hoy ví varias guaridas, no encontré ninguna viva.

En los momentos en que nos dirigíamos a bordo presentóse un hombre que nos dijo que él y otros cuatro estaban actualmente ocupados en beneficiar el ganado de la isla y que acababan de embarcar para Talcahuano un cargamento de charqui, sebo y cueros. Supongo que la presencia de los excursionistas en la montaña esta mañana ocasionó esta visita. Lord Cochrane pagó unos cueros y sebo que el capitán del buque había llevado a bordo, y partimos de Juan Fernández, talvez para siempre.

El buque estaba fondeado tan lejos de la costa que se demoró mucho en recoger el ancla, hay tanto declive como en Santa Helena. Mientras me ocupaba a bordo en dibujar las dos bahías, los caballeros fueron a pescar y trajeron un bote lleno de magníficos peces, conocidos unos y desconocidos otros. Distinguiáanse entre los primeros algunos bellos bacalao y grandes cangrejos.

28 de Enero

TAN PRONTO COMO EL BUQUE completó su provisión de agua

nos hicimos a la vela, muy satisfechos con nuestra visita a la

isla. En ella podrían producirse en gran cantidad ganado, vinos y legumbres, pero el país que tome posesión de ella tendrá que importar el trigo. Puede mantener fácilmente 2.000 personas, canjeando el exceso de carne, vinos y aguardiente por harina y ropa. Su abundancia en madera, agua y otros productos útiles podría hacer de ella una de las más importantes escalas del Pacífico. Actualmente los buques balleneros ingleses la visitan a menudo. Sus tres radas, conocidas con los nombres de bahías del este, del oeste y central, están en la costa de sotavento, de suerte que en ellas el mar es muy tranquilo, las tres tienen manantiales de agua dulce y son muy hermosas.

Lunes 10 de Febrero.

DESDE QUE PARTIMOS DE

Juan Fernández hemos navegado regularmente. El termómetro no ha bajado de 40° Fahrenheit, a pesar de nuestra proximidad al Cabo de Hornos. Mi pobre inválido está muy mal, postrado en cama.

Martes 11

AL AMANECER TENIAMOS A

la vista las tierras próximas al Cabo de Hornos, el que doblamos poco antes de ponerse el sol. Cubrían la tierra nieblas y nubes, que de cuando en cuando dejaban pasar los rayos del sol, casi continuamente soplaban brisas húmedas y frías. La costa es bastante elevada, especialmente cerca del Falso Cabo de Hornos, donde hay varios cerros cónicos, que no alcanzamos a distinguir claramente. Lord Cochrane desembarcó aquí en el mes de noviembre de paso para Chile. Dice que anduvo algunas horas en un delicioso valle, lleno de bellas plantas y flores. Elevadas montañas avanzan hacia el mar, y aunque todavía estamos en otoño las más altas están coronadas de nieve. Los cerros inmediatos son escarpados y abruptos. Las rocas del Cabo, blancas como tiza, se alzan en fantásticas aristas que a la distancia parecen ruinas de antiguos castillos, al ocultarse el sol a través de la atmósfera nebulosa tomaron hermosos tintes de oro y púrpura. Antes de oscurecerse alcanzamos a divisar los desnudos e inhospitalarios picachos de las islas o mejor dicho, peñones de Barneveltdt, más allá de los cuales, asoman las montañas sus elevadas cimas por entre densas nubes. Los nombres

de Horne y Barneveltdt atestiguan la prioridad de los holandeses en el descubrimiento de este fácil paso del Atlántico al Pacífico.

En 1616 Le Maire, natural de Horne en Holanda, dobló por primera vez el Cabo, al cual dió el nombre del lugar de su nacimiento, asociando así a esa pequeña ciudad uno de los más conocidos lugares del mundo. Mucho celebro haber conocido el Cabo, pero preferiría haber pasado por el estrecho de Magallanes, al que las aventuras y sufrimientos de un Drake, Cavendish y otros antiguos navegantes comunican un interés que la inmensa desolación de esas regiones no puede inspirar por sí sola. Por la misma razón siento no haber visto Chiloé, que la memoria de Byron hace interesante para mí *.

12 de Febrero.

HOY PASAMOS EL ESTRECHO

de Le Maire. Las tierras próximas al cabo Buen Suceso parecen buenas y agradables, con cerros cubiertos de hierbas y árboles. Más allá se ven altas montañas, y en la costa, rocas escarpadas y numerosas ensenadas y caletas. La Tierra de los Estados, en el Este del estrecho, es de tan triste y desolada apariencia, que creo que será uno de los últimos puntos del globo que habitarán los hombres.

Tiempo muy frío y desagradable.

14 de Febrero

HOY AMANECIO A LA VISTA

la isla Falkland occidental. Es de regular altura y parece desprovista de árboles, pero está cubierta de hierba, con algunos grupos de pequeños arbustos verdes. Las rocas parecen formadas de capas horizontales de arenisca, al sur de la isla las cubre completamente el agua. Circundan la costa peñas y quebradas, cuyas altas agujas semejan pináculos de iglesias. Aquí y allá se ven puertas y ventanas naturales, que me recordaron las de Holy Island en la costa de Inglaterra. Hay magníficas bahías, todas desiertas. Los españoles destruyeron bárbaramente nuestro establecimiento de Port Egmont, y después tuvieron que abandonar el suyo, a causa, según dicen, del riguroso clima y de la esterilidad.

* Parece superfluo advertir que la señora Graham no se refiere al poeta Byron, que jamás visitó ni celebró en sus versos estas remotas tierras, sino al abuelo del poeta, el célebre comodoro y navegante Juan Byron, que acompañó a Lord Anson en sus viajes de descubrimiento y circunnavegación y naufragó con varios compañeros en las regiones australes de Chile, donde sobrellevaron largos y crueles padecimientos. (N del T.)

lidad de la tierra. Me inclino a creer que el cultivo podría remediar esos dos males, y no hay islas mejor situadas que éstas para abastecer a los buques que van al Pacífico. Hoy fluctuó el termómetro entre 43° y 50° y cayó una nevada. El barómetro marca de 29,15 a 29,20. La temperatura del mar es de 48° F.

1º de Marzo.

LLEGAMOS AL CABO SANTA

Marta. En la noche vimos magníficos relámpagos. Mientras los observábamos sentimos caer en el mar, a alguna distancia del buque, algo como un cuerpo pesado desde una altura. Media hora después Mr. J. vió y otros oyeron caer un segundo cuerpo en el agua. ¿Serían piedras meteóricas? Durante algunos días el termómetro no ha bajado de 80°

4 de Marzo.

VAMOS SIGUIENDO LA COSTA lentamente. El termómetro marcó 82° F en la mañana y en la noche, y 89° F a mediodía.

9 de Marzo.

NAVEGAMOS A LO LARGO de la costa y por entre las islas de la

bahía de Santos, de las cuales ni la mitad aparecen en los mapas. Casi todas son elevadas, muchas de ellas rocosas y algunas cubiertas de palmeras. El termómetro llegó hasta 94° F., pero anoche una tempestad eléctrica, algunas ráfagas de viento, y por fin, la lluvia, refrescaron el aire.

13 de Marzo

ANCLAMOS EN LA BAHIA DE Río de Janeiro.

D I A R I O

de

María Graham

se terminó de imprimir bajo el sello de Editorial del
Pacífico S. A., el 23 de Agosto de 1956, en las pren-
sas de la misma Editorial, San Francisco 116.
Santiago de Chile.

B I B L I O T E C A
SANTIAGO SEVERIN
V A L P A R A Í S C